

Ismaíl



Kadaré

El general del
ejército muerto

Alianza Literaria

Ismaíl Kadaré

El general del ejército muerto

Traducido del albanés por Ramón Sánchez Lizarralde

Alianza editorial

Índice

Primera parte

Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI

Segunda parte

Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII
Capítulo XXIII
Capítulo XXIV

Capítulo XXV
Penúltimo capítulo
Capítulo final

Créditos

*Aquí los tenéis, tomadlos.
El terreno era difícil y el mal tiempo
se ensañaba con nosotros.*

Primera parte

Capítulo I

Sobre la tierra extranjera caía una mezcla de agua y nieve. La pista de cemento, los edificios, los guardias del aeropuerto estaban empapados. La nieve fundida bañaba la llanura y los cerros y hacía relucir el asfalto negro de la carretera. Si no hubiera sido el comienzo del otoño, a cualquier otra persona que no fuera el recién llegado general aquella lluvia monótona le habría parecido una triste coincidencia. El general llegaba a Albania procedente de un Estado extranjero, con el fin de repatriar los restos de sus compatriotas muertos en todos los rincones del país durante la última guerra mundial. Las conversaciones entre los dos gobiernos se habían iniciado en la primavera, pero los acuerdos definitivos sólo llegaron a firmarse a últimos de agosto, justo en el momento en que comenzaron las primeras precipitaciones. Era, por tanto, otoño y la lluvia caía a su tiempo. El general lo sabía. Antes de partir se había informado, entre otros varios aspectos, acerca del clima de Albania y sabía que el otoño era allí húmedo y lluvioso. Pero aunque el libro que había leído dijera que en Albania el otoño era soleado y seco, a él no le habría resultado insólita aquella lluvia. Todo lo contrario, y la razón era que siempre le había parecido que su misión únicamente podía llevarse a cabo con mal tiempo. Puede que las lecturas y las imágenes de películas que acudían a su memoria no fueran ajenas a ese estado de ánimo, pero en todo caso el viaje en avión y el tiempo sombrío lo habían acentuado.

Durante largo rato había observado desde la ventanilla del avión la imagen amenazadora de las montañas. Se diría que sus agudas cumbres fueran a rasgar en cualquier momento el vientre del aparato. Por doquier tierras abruptas. Sombrías laderas que se precipitaban bruscamente bajo la niebla. En aquellos abismos y barrancos, por toda aquella vastedad invernal, se pudría bajo la lluvia el ejército que él venía a exhumar. Ahora que contemplaba por primera vez la tierra extranjera, experimentaba con mucha más claridad el turbio miedo que le ocasionaba desde hacía muchos meses la sensación de irrealidad a la que estaba unida su misión. Su ejército estaba allá abajo, fuera del tiempo,

inmóvil, calcificado, cubierto por la tierra, y él había asumido la tarea de alzarlo del barro. La sola idea le causaba temor. La suya era una misión antinatural, en la que la ceguera, la mudez y la absurdidad estarían siempre presentes. Las consecuencias eran impredecibles.

La tierra, que finalmente había hecho aparición abajo, en lugar de proporcionarle alguna sensación de seguridad con su imagen real, había, por el contrario, acrecentado su miedo. A la indiferencia de los muertos se sumaba también la de ella. Mas no se trataba sólo de indiferencia. Había algo más. La loca carrera bajo la niebla, aquellos contornos tortuosos que parecían causados por el dolor no expresaban sino hostilidad.

Por un momento le había parecido imposible cumplir su misión. Después, penosamente, hizo esfuerzos por recuperarse. Trató de oponer al efecto de la visión hostil de la tierra y sobre todo de las montañas el sentimiento de orgullo por su tarea. Retazos de discursos y artículos, fragmentos de conversaciones, himnos, escenas cinematográficas, ceremonias, páginas de memoriales, campanadas; toda esa reserva hundida en las profundidades de su conciencia salía lentamente a la superficie. Miles de madres esperaban en su país el regreso de los restos de sus hijos. Él se los devolvería, llevaría a término su alta y sagrada misión. No escatimaría nada. Ninguno de los caídos debía ser olvidado, ni uno solo quedaría en tierra extranjera. ¡Sí, la suya era una noble misión! Varias veces durante el viaje se había repetido las palabras que le dijera una ilustre y respetable dama antes de partir: «Como un ave orgullosa y solitaria, volarás sobre aquellas montañas trágicas para arrancar de sus gargantas y sus garras a nuestros desventurados hijos».

Pues bien, he aquí que el viaje tocaba a su fin. Desde que dejaran las montañas atrás y comenzaran a sobrevolar los valles y luego las llanuras, el general se sintió más aliviado.

El avión descendía sobre la pista mojada. Luces rojas, verdes. Un soldado con capote. Otro más. Ante el edificio de la terminal del aeropuerto varias personas con gabardina se dirigían hacia el avión que se detenía.

El general fue el primero en descender. Detrás, el sacerdote que lo acompañaba. El viento húmedo se estrelló con violencia contra sus caras y los obligó a alzarse los cuellos de los abrigos.

Un cuarto de hora más tarde sus automóviles rodaban velozmente en

dirección a Tirana.

El general volvió la cabeza hacia el cura, que miraba silencioso por la ventanilla. Su rostro aparecía hermético, carente de toda expresión. El general comprendió que no tenía nada que decirle y encendió un cigarrillo. Luego volvió a mirar afuera. Los contornos de la tierra extranjera se le aparecían troceados y deformados por efecto de los chorros de agua que resbalaban por el cristal.

A lo lejos se oyó el pitido de un tren. El general intentó averiguar por dónde pasaría, si por su lado o por el del cura. Lo hizo por el suyo. Lo siguió con la mirada hasta que se perdió en la niebla. Después se volvió nuevamente hacia el cura, pero el rostro de éste continuaba igualmente hermético e inexpresivo. El general sintió otra vez que no tenía nada que decirle; comprendió incluso que no tenía nada más en qué pensar. Ya lo había meditado todo durante el trayecto. Ahora estaba cansado. Era preferible no continuar agitando su cerebro. Ya era suficiente. Mejor sería, por ejemplo, comprobar en el espejo retrovisor si llevaba en regla el uniforme.

Caía la tarde cuando entraron en Tirana. La niebla se mantenía suspendida sobre los edificios, las luces y los troncos desnudos de los árboles de los parques. El general se reanimó. A través del cristal observaba a los numerosos transeúntes que se apresuraban bajo la lluvia. Hay muchos paraguas aquí, se dijo. Querría haberle dicho algo al cura, pues el silencio ya empezaba a incomodarle, pero no sabía qué. De su lado vio una iglesia, más allá una mezquita. Del lado del cura se alzaban edificios inacabados, recubiertos de andamiajes. Las grúas, con sus luces como ojos rojos, se movían entre la bruma semejando monstruos. El general mostró al cura la iglesia y la mezquita, pero el otro no manifestó el menor interés. Eso significa que será difícil que le interese cosa alguna, pensó el general. Parecía encontrarse a gusto ahora, pero no tenía con quién conversar. El acompañante albanés viajaba delante del cura, mientras el diputado y un representante del ministerio, que los habían recibido en el aeropuerto, venían tras ellos en otro coche.

En el hotel Dajti el general se sintió en forma. Fue a su habitación y se cambió de uniforme. Luego bajó a la recepción y solicitó una conferencia telefónica con su familia.

El general, el cura y los tres albaneses tomaron asiento en torno a la mesa.

Charlaban sobre asuntos diversos e intrascendentes. Eludían los temas políticos y sociales. El general se mostraba serio y atento. El cura hablaba poco. El general dio a entender que él era el personaje principal, aunque el cura hablara menos. Divagó sobre las hermosas tradiciones que la humanidad ha ido creando en torno a las exequias de los soldados. Mencionó a los griegos y a los troyanos, que honraban con gran magnificencia a sus muertos durante las treguas entre las batallas. Era muy entusiasta con su misión. Cumpliría cabalmente con aquel deber arduo y sagrado. Miles de madres esperaban a sus hijos. Llevaban más de veinte años esperándolos. Es verdad que esta espera era algo diferente de aquella otra, cuando aún confiaban en que sus hijos regresasen vivos, aunque, de todos modos, también se espera a los muertos.

Él devolvería a esas madres los huesos de sus hijos, a quienes estúpidos generales no supieron conducir en la guerra. Se sentía orgulloso por ello. Y haría lo imposible...

–Señor general, su conferencia...

El general se puso en pie lleno de vivacidad.

–Discúlpenme, señores.

Con paso largo y majestuoso se dirigió a la centralita del hotel. Regresó con idéntica majestad, todo él resplandeciente. En la reunión se tomaba café y coñac. La conversación era ahora más cálida. De nuevo el general dio a entender que él era el principal personaje de aquella misión, pues el cura, aunque ostentaba el grado de coronel, en esta ocasión sólo figuraba como representante espiritual. Él era el jefe y como tal tenía el privilegio de conducir la conversación hacia los temas que se le antojaran: las marcas de coñac, las distintas capitales del mundo, los cigarrillos... Se sentía verdaderamente a gusto en aquel salón del hotel cubierto de pesados cortinones, percibiendo los sonos de la música extranjera, quizá incluso algo más que extranjera. Aunque siempre había apreciado la comodidad y los privilegios materiales –le encantaban los viajes al extranjero: había algo de excitante en el lujo de los grandes hoteles internacionales, en los aeropuertos provistos de pabellones de decenas de países, en las lenguas extranjeras–, encontró sorprendente que se le despertara, así de repente, aquel apego al confort, la satisfacción ante todos los objetos que veía a su alrededor en

aquella sala, desde los cómodos sillones hasta el zumbido agradable de la cafetera exprés. Más aún que apego, tal vez se tratara de cierta nostalgia premonitoria por algo que sentía que debería abandonar durante largo tiempo.

El general estaba radiante. Él mismo no era capaz de explicarse el motivo de ese acceso de imprevista satisfacción. Era la alegría del viajero que encuentra cobijo tras un trayecto peligroso bajo un tiempo adverso. La pequeña copa ambarina del coñac comenzó a desplazar progresivamente en su memoria la imagen pálida y amenazadora de las montañas que, incluso ahora, sentado a la mesa, lo asaltaba inquietante una y otra vez. «Como un ave orgullosa y solitaria...» Y de pronto tuvo conciencia de su poder. Los cuerpos de decenas de miles de soldados, cubiertos por la tierra, habían esperado largos años que viniera; y he aquí que por fin había llegado, cual nuevo mesías, provisto de mapas, listas y anotaciones infalibles, para alzarlos del barro y restituírseles a sus padres y parientes. Otros generales habían conducido aquellas columnas interminables de soldados al fracaso y el aniquilamiento, pero él venía a rescatar del olvido y de la muerte lo que hubiera quedado de ellos. Recorrería cementerios y cementerios por doquier, buscaría por los antiguos campos de batalla hasta hallar a todos los desaparecidos y extraviados. En su combate con el barro no conocería la derrota, pues estaba investido de la fuerza mágica que proporcionan las estadísticas minuciosas.

Él representaba a un país grande y civilizado; su labor debía estar por lo mismo marcada por la grandeza. Había, en efecto, en su tarea algo de la majestad de los griegos y los troyanos, de la magnificencia de los funerales homéricos. ¡Ah, boquiabiertos quedarían los albaneses de innumerables paraguas!

El general apuró una copa más. A partir de esa misma noche y en adelante, cada día, lejos en su país, todos los que esperaban dirían de él: «En este mismo momento está buscando. Nosotros paseamos, vamos al cine, al restaurante, al café, mientras él recorre de un confín a otro la tierra extranjera y busca. Busca, abre tumbas. ¡Ardua tarea la suya! ¡Pero él sabrá llevarla a buen término! ¡No en vano fue el elegido! ¡Que Dios le preste ayuda!».

Capítulo II

La exhumación del ejército dio comienzo el 29 de octubre a las dos de la tarde.

El pico emitió un sonido sordo al hundirse en el suelo. El cura se persignó. Saludó marcialmente el general. El viejo obrero de los servicios municipales alzó de nuevo su herramienta y golpeó la tierra con fuerza.

Así pues, ya hemos comenzado, se dijo conmovido el general, observando los terrones mojados que rodaban a sus pies. Era la primera tumba que abrían y todos se mantenían expectantes en torno, como petrificados. El experto albanés, un joven de buena planta con el cabello rubio y el rostro enjuto, tomaba notas en su cuaderno. Dos de los obreros de los servicios municipales fumaban un cigarrillo, mientras un tercero chupaba su pipa con fruición y el último, el más joven, vestido con un jersey de cuello alto, se apoyaba en el astil del pico y observaba el cuadro con aire pensativo. Debían aprender el procedimiento que habrían de seguir en adelante en las labores de exhumación, y todos seguían atentamente la maniobra. Los detallados pormenores preceptivos figuraban en los párrafos 7 y 8 del cuarto anexo del contrato.

El general clavó los ojos en el montón de tierra que crecía a los pies del obrero. Los terrones eran negros, quebradizos y despedían un leve vapor.

Aquí está, la tierra extranjera, se dijo. Una tierra como cualquier otra. El mismo barro negro, los mismos guijarros, las mismas raíces y hierbajos, el mismo vaho. Y sin embargo, extranjera.

A espaldas de ellos, sobre la carretera, se oía a intervalos el claxon de los coches que pasaban velozmente. El cementerio se hallaba junto a la carretera, como suele suceder con las tumbas de los soldados. Al otro lado las vacas pastaban y su mugido espaciado se difundía con mansedumbre por el valle.

Estaba un poco conmovido el general. El montón de tierra no cesaba de crecer y un cuarto de hora más tarde el obrero estaba hundido en la zanja hasta las rodillas. Salió para descansar unos minutos, mientras otro de sus compañeros sacaba a paladas la tierra que él había removido con el pico;

luego volvió a meterse en el hoyo.

Alta en el cielo, una bandada de gansos volaba sobre ellos.

Un campesino solitario pasaba por la carretera llevando un caballo de las riendas. Ignoraba al parecer los menesteres a que se dedicaban, porque les voceó:

–¡Buen trabajo!

Ninguno de los del grupo que rodeaba la fosa le respondió, de modo que el campesino continuó su camino.

El general contemplaba alternativamente la tierra removida y las caras de los trabajadores albaneses, tranquilas y graves.

¿Qué podrán estar pensando?, se preguntó. Estos cinco hombres van a extraer de sus tumbas a todo un ejército.

Pero no logró sacar ninguna conclusión de las expresiones de sus rostros. Dos de ellos encendieron nuevamente un cigarrillo, el tercero continuaba chupando su pipa y el otro, el más joven, siempre apoyado en el mango del pico, seguía con la mirada ausente.

El de más edad, ahora hundido en el foso hasta la cintura, escuchaba las indicaciones del experto. Después de un rato de conversación reanudó su tarea.

–¿Qué dice? –preguntó el general.

–No lo he oído bien –respondió el cura.

Todo el grupo guardó un silencio de funeral.

–¡Menos mal que no se ha puesto a llover! –exclamó el cura.

El general alzó los ojos. El horizonte se encontraba por todas partes sumergido en la bruma y no podría decirse con certeza si lo que se erguía a lo lejos, muy lejos, eran las cimas de las montañas o formas de la niebla.

A medida que cavaba, el obrero se hundía más y más en la tierra. El general observaba su cabeza encanecida, que oscilaba al ritmo de los golpes del pico. Por el modo en que cavaba debía de ser el de mayor experiencia. Desde luego, de lo contrario no le habrían encomendado dirigir el equipo de cavadores que va a llevar a cabo las exhumaciones, se dijo el general. Habría deseado que cavara aún más deprisa, que las tumbas quedaran abiertas cuanto antes y cuanto antes aparecieran todos los caídos. Estaba impaciente por que el resto de los obreros comenzaran también a cavar. Entonces él sacaría las

listas, éstas se llenarían de pequeñas cruces rojas y cada una de ellas representaría a un soldado recuperado.

Los golpes del pico sonaban ahora profundos, como provenientes de las entrañas de la tierra. De pronto el general se sintió invadido por una inmensa alarma.

¿Y si el soldado no apareciera en el fondo de la fosa? ¿Y si los planos no fueran exactos y se vieran obligados a cavar dos, tres hoyos distintos para encontrar a cada soldado?

–¿Y si no encontráramos nada? –le dijo al cura.

–Tendremos que volver a cavar. Si es preciso, pagaremos el doble.

–No es cuestión de dinero. Lo único que importa es que los encontremos.

–Tenemos que encontrarlos –replicó el cura–. No puede ser de otro modo.

El general lo miró a los ojos, inquieto.

–Se diría que jamás se hubiese combatido en este lugar –dijo–, que esas vacas color café hayan estado siempre aquí, pastando plácidamente...

–Eso es lo que parece siempre más tarde –respondió el cura–, han pasado veinte años desde entonces.

–Es verdad, ha pasado mucho tiempo, y eso es precisamente lo que me inquieta.

–¿Por qué va a inquietarse? –se extrañó el cura–. La tierra aquí es firme, y lo que guarda en su interior permanece en su lugar durante muchos años.

–Sí, así es. Pero ni yo mismo sé por qué no puedo hacerme a la idea de que ellos se encuentran aquí, tan cerca de nosotros, a sólo dos metros de profundidad bajo nuestros pies.

–Eso es porque usted no ha estado nunca en Albania durante la guerra –dijo el cura.

–¿Fue realmente tan terrible?

–Sí, terrible.

El viejo obrero estaba ya casi por entero hundido en la zanja. El pequeño círculo que componían los demás se había ido estrechando en torno a él. El experto albanés, con el cuerpo doblado por la mitad al borde del foso, no cesaba de dar instrucciones al tiempo que hacía señas con la mano.

La tierra estaba repleta de menudos guijarros que emitían un sonido opaco al chocar con el metal del pico. El general recordaba fragmentos de relatos de

los veteranos que acudieron a su casa antes de la partida, interesándose por las tumbas de sus camaradas caídos en Albania.

Mi bayoneta chocaba con las piedrecillas y al frotar contra ellas producía un ruido escalofriante. Yo rasgaba el barro con toda la fuerza de que era capaz, pero mi improvisado instrumento era impotente frente a la tierra. Arrancaba trabajosamente un puñado de barro y me decía con pesar: ¡Ah, si hubiera estado en el cuerpo de ingenieros, tendría una pala y podría cavar más deprisa, deprisa, deprisa! Porque allí cerca, con las piernas colgando dentro de una zanja llena de agua, estaba tendido boca abajo mi mejor camarada. Cogí también la bayoneta que él llevaba al cinto y me puse a cavar con las dos manos a un tiempo. Quería que la fosa fuera bien honda, pues ése había sido su deseo. «Si muero», me decía siempre, «entiérrame hondo, tengo miedo de que me descubran los perros como aquella vez en Tepelena. ¿Te acuerdas de lo que habían hecho los perros en Tepelena?». «Me acuerdo», le decía yo y fumaba mi cigarrillo. Y ahora que lo habían matado, mientras cavaba la tierra pensaba: No te preocupes, tu fosa será profunda, muy profunda. Cuando hube acabado mi tarea, allané el suelo lo mejor que pude y no puse encima señal alguna, ni siquiera una piedra, pues él temía que sirviera para que lo descubrieran y volvieran a sacar su cuerpo de la tierra. Me alejé a través de la noche en dirección contraria a las ametralladoras y, sin parar de caminar, volví la cabeza hacia la oscuridad donde había dejado a mi compañero y pensé: «No temas, no podrán encontrarte».

—Todavía nada, por lo que parece —dijo el general esforzándose por dominar su nerviosismo.

—Aún es pronto para decirlo —respondió el cura—. No hay que desesperar.

—De todos modos, en la guerra no suelen enterrar a los muertos a tanta profundidad.

—Tal vez se trate de un segundo enterramiento —dijo el cura—. Ha sucedido con frecuencia que los desenterraran para volverlos a enterrar por segunda o hasta por tercera vez.

—Puede ser. Pero si todas las tumbas son así de profundas, no vamos a

terminar nunca.

–En ocasiones tendremos que contratar obreros de refuerzo, aunque sea de forma provisional –anunció el cura–. Según los casos, hasta veinte de una sola vez.

–Tal vez incluso tengamos que contratar más en alguna oportunidad especial.

–Sí, es posible que se presente el caso.

–Hasta es posible que ciertos días nos veamos obligados a contratar un centenar.

–Quién lo sabe.

–Y a estos cinco, ¿los llevaremos permanentemente con nosotros?

–Sí. Es lo estipulado en el contrato.

–Pero, ¿qué está haciendo esta gente? –se impacientó el general–. ¿Aún no han encontrado nada?

–Ya han llegado a la máxima profundidad –dijo el cura–. Si hay algo, es el momento de que den con ello.

–Tengo la impresión de que empezamos mal.

–Puede que se haya producido un corrimiento de tierras –dijo el cura–. Aunque los mapas no señalan ninguna actividad sísmica por aquí.

El experto albanés se inclinó todavía más sobre la fosa mientras los demás se aproximaban.

–¡Aquí está! Lo encontré –exclamó el viejo obrero, y su voz llegó a ellos profunda y ahogada, pues pronunció estas palabras con la cabeza dentro del hoyo.

–Lo encontró –repitió el cura.

El general aspiró hondamente. El resto de los obreros se puso de inmediato en actividad. El más joven, el que permanecía en todo momento pensativo apoyado en el astil del pico, le pidió un cigarrillo a su compañero y lo encendió.

El viejo obrero comenzó a extraer los huesos a la superficie paletada a paletada. No había en su aspecto nada impresionante. Mezclados con la tierra esponjosa, parecían pedazos de madera podrida entre ella. Todo alrededor se percibía el aroma agradable de la tierra removida.

–¡El desinfectante! –gritó el experto–, traed el desinfectante.

Dos trabajadores corrieron hacia el camión, detenido al borde de la carretera, detrás del automóvil.

El experto encontró algo de pequeño tamaño entre los restos y se lo tendió al general, sujetándolo con unas pinzas.

–Es un medallón. No lo toquen, se lo ruego.

El general acercó la cabeza y distinguió apenas la efigie de la Virgen.

–El medallón de nuestros soldados –dijo en voz baja.

«¿Sabes por qué llevamos todos este medallón?», me dijo un día. «Para reconocer nuestros cuerpos si nos matan.» Y sonrió con ironía. «¿Tú crees realmente que van a andar buscando nuestros huesos? Aunque, está bien, pongamos que nos encuentran: ¿acaso piensas que eso me sirve de consuelo? No existe hipocresía mayor que ponerse a buscar los huesos de los muertos, cuando la guerra ya ha terminado. Por lo que a mí respecta, no quiero que me hagan ese favor. Que me dejen en paz allí donde haya caído. Algún día tiraré este maldito medallón.» En efecto, un día lo tiró, y se quedó sin él.

Una vez concluida la desinfección, el experto tomó, uno por uno, las medidas de algunos de los huesos y luego estuvo un rato haciendo cálculos en su cuaderno, sosteniendo la estilográfica torcida entre sus dedos delgados y largos.

–Altura, un metro setenta y tres –dijo.

–Exacto –corroboró el general después de haber verificado el dato en su propia lista.

–Empaquetad los huesos –les dijo el experto a los obreros.

El general siguió con la mirada al más viejo de ellos, que fue a sentarse sobre una piedra al borde de la carretera, extrajo la petaca y se puso a liar un cigarrillo con aire cansado.

¿Por qué me mirará este hombre de ese modo?, se dijo el general para sus adentros.

Pasados unos minutos, la tierra comenzó a ser excavada en cinco puntos a la vez.

–Estamos hechos un lío –dijo el general–. Tengo la impresión de que nos hemos metido en un atolladero.

–Consultemos una vez más los mapas.

–No hay quien entienda nada. Están confundidos los números de las cotas.

–Por lo que se ve, los croquis de las tumbas fueron hechos de prisa y corriendo, en plena retirada.

–Es posible.

–Hagamos un intento más hacia la derecha. ¿Adónde conduce este camino?

–A las tierras de la cooperativa vecina.

–Vamos a probar por ahí.

–Es inútil.

–¡Maldito barro!

–De todos modos, es preciso intentarlo por la derecha.

–Ese camino no nos va a conducir a ninguna parte.

–Esto no es una búsqueda, esto es puro pánico.

–¡Qué barro!

–Estamos atascados.

Sus voces inquietas se alejaron al mismo tiempo que sus pasos por la llanura.

Capítulo III

Al cabo de tres semanas regresaron a Tirana. Era por la tarde. Su automóvil verde se detuvo ante la entrada del hotel Dajti, bajo el grupo de altos pinos que se encontraba junto al edificio. El general fue el primero en echar pie a tierra. Tenía aspecto de estar cansado, abatido. Los rasgos de su rostro daban incluso la impresión de que hubiera adelgazado, o al menos eso parecía a la luz roja del rótulo luminoso del hotel. Su mirada rígida se detuvo por unos instantes sobre el coche. Si al menos hubiésemos limpiado un poco el barro, pensó con irritación. Pero acababan de llegar, de modo que no podía culparse al chófer de que el automóvil estuviera sucio. El general lo sabía, sin embargo se negaba a admitir las razones.

Subió aprisa la escalinata, recogió el correo en la recepción, pidió una conferencia telefónica con su casa y se dirigió a paso lento a su habitación.

El cura se había retirado directamente a la suya.

Una hora más tarde, después de haberse dado una ducha y haberse cambiado de ropa, ambos se sentaban a una mesa en el salón de la planta baja.

El general pidió rakí, el cura cacao con leche. Era sábado. De abajo, de la taberna del sótano, llegaba el sonido de la música. Al fondo del salón se veían algunas parejas de jóvenes que iban y venían a través de la escalera que daba acceso a la sala de baile. También el vestíbulo estaba concurrido. En cuanto al salón, presentaba un aspecto noble y austero, con sus cortinajes oscuros y sus grandes sillones.

—Finalizó por fin nuestra primera gira —dijo el general.

—Sí, por fin.

—¿Qué piensa usted, conseguiremos terminar el trabajo en un año, como habíamos previsto?

—¿Qué quiere que le diga? —respondió el cura—. Eso depende de las dificultades que se nos presenten y del tiempo. De cualquier modo, confío en que el año que viene por estas fechas habremos terminado.

—Eso espero yo también —añadió el general—. Creo que la idea de comenzar

la búsqueda por las zonas próximas a las ciudades es correcta. Aunque, como es natural, las mayores dificultades se nos presentarán en las aldeas del interior, sobre todo en las comarcas montañosas más apartadas.

–Usted se encuentra en mejores condiciones para juzgar –dijo el cura.

–En las montañas lo vamos a pasar mal.

–Eso creo yo también.

–Aunque tampoco ellos lo tuvieron fácil.

–Es verdad.

–Mañana estudiaré nuevamente los mapas y elaboraré un plan concreto para nuestra segunda salida.

–¡Con tal de que no se estropee el tiempo!

–Qué le vamos a hacer. Estamos en otoño.

El cura bebía sosegadamente su cacao sosteniendo la taza entre el índice y el pulgar de su mano de largos y finos dedos.

Es un hombre guapo, se dijo el general observando a hurtadillas el perfil altivo e impasible del cura. Luego, súbitamente, se preguntó: ¿Qué relaciones habrá tenido con la viuda del coronel? Algo ha debido de haber entre ellos. Ella es hermosa; sobre todo allá en la playa y en traje de baño estaba estupenda. Entonces, cuando él aludiera en cierta ocasión al cura, ella no pudo evitar enrojecer y bajó los ojos. ¿Qué podrá haber entre ellos?, se preguntó nuevamente el general, sin apartar la mirada del rostro de su compañero.

–Pese a todos nuestros esfuerzos, no hemos conseguido dar con el coronel Z. –dejó caer en tono descuidado.

–Tal vez lo encontremos, no hay que perder la esperanza –respondió el cura bajando la cabeza–. Confío en que lo encontremos.

–Lo veo difícil, desconocemos por completo las circunstancias de su desaparición.

–Va a ser difícil, en efecto –corroboró en tono seco el cura–, pero no estamos más que empezando nuestra búsqueda. Aún tenemos mucho tiempo por delante.

¿Qué es lo que habrá llegado a hacer con la viuda del coronel?, volvió a preguntarse el general. Sentía verdadera curiosidad por saber hasta dónde era capaz de llegar aquel reverendo padre con una mujer joven.

–Debemos dar con el paradero del coronel cueste lo que cueste –declaró el

general—. Es el único oficial superior cuyos restos no han sido repatriados hasta el momento. Los demás ya lo fueron hace tiempo. Y su familia espera con ansiedad el resultado de nuestra misión, sobre todo la esposa...

—Sí, ella se interesó mucho —dijo el cura.

—¿Ha visto usted la tumba del coronel? Un sepulcro suntuoso todo de mármol que le hizo construir la familia.

—Sí —dijo el cura—. Me la mostraron antes de que partiéramos hacia aquí.

—Una tumba verdaderamente magnífica —continuó el general—, con una estatua y jardineras plantadas de rosales rojos y blancos todo alrededor. Sólo que está vacía.

El cura no respondió.

Permanecieron ambos en silencio durante un largo rato. El general bebía rakí, al tiempo que observaba todo lo que lo rodeaba y percibía en torno la vida extranjera. De pronto se sintió completamente solo. Solo con las tumbas de sus soldados muertos. ¡Diablos! Habría querido desechar de su espíritu aquellas sepulturas, las tumbas de sus «hermanos», no volver a recordarlas a cualquier precio. Ya había permanecido bastante entre ellas durante los últimos quince días, en compañía del cura. Dos semanas enteras, noche y día, cada hora, cada minuto. Ahora deseaba sentirse libre, escapar de ellas, no evocar siquiera su recuerdo. Era sábado. Había esperado con impaciencia ese momento de relajamiento, distraerse. Era un ser humano vivo, necesitaba algo de diversión. Se trataba de un derecho suyo indiscutible.

De abajo llegaban ahogados los sonos de la música. Allí la gente bebía, bailaba...

—Debemos distraernos un poco —dijo en voz baja, sustituyendo por «distraernos» la palabra «divertirnos», que era la que acudía a su mente.

El cura levantó los ojos. Era evidente que no.

Y tenía razón. Él habría querido hacerlo, bajar y ponerse a bailar, pero sin duda habría estado fuera de lugar, un general extranjero, encargado encima de una misión gubernamental. Sólo que se trataba de una fúnebre misión. Se encontraba de mal humor. O tal vez se tratara del cansancio, que iba haciendo su efecto. De cualquier modo, se daba cuenta de que no tenía nada que hacer en una pista de baile, y mucho menos en medio de aquel pueblo con el que sus soldados se habían enfrentado a muerte en una guerra despiadada. El general

bajó los ojos sobre el cenicero repleto de colillas. Comprendió en ese instante que durante las semanas, los meses que siguieran del largo itinerario que acababa de iniciarse, no volvería a repetir semejantes palabras. La incipiente rebeldía había sido aplastada de inmediato. De ahora en adelante estaría solo con ellos. Continuamente.

Sí, estaba en verdad muy cansado. Todos esos caminos tortuosos, las tumbas mojadas, apretadas unas contra otras a veces, otras veces aisladas, todo ese barro interminable y desesperante, los fortines a medio derruir (tampoco de éstos, como de los soldados, habían quedado más que los esqueletos); y después la confusión que venían a añadir los enterramientos de soldados de otros países mezclados con los suyos, las actas, las minutas con el representante de los servicios municipales, las formalidades imprescindibles para efectuar los depósitos de divisas en el banco, ¡no eran más que embrollos que se sumaban los unos a los otros! Lo más delicado y difícil era, de todos modos, distinguir a los muertos de los diversos ejércitos. Surgían frecuentes contradicciones entre los diferentes testimonios; los viejos confundían los acontecimientos y las guerras. Nada era preciso ni cierto. Solamente el barro conocía la verdad.

El general volvió a apurar el vaso.

—Esa barraca, allá en mitad del erial —murmuró—. Ese almacenero...

Antes de que entraran en Tirana (tenían prohibido penetrar en las ciudades con los restos) habían realizado la entrega en algún lugar de la periferia, en un barracón destinado al almacenaje y edificado con este propósito de acuerdo con los términos del contrato.

—El barracón, el almacenero... y el perro a la puerta...

El cura no dijo nada.

Echó una mirada alrededor. El salón, como era habitual, estaba tranquilo. Tan sólo al fondo, en un rincón, algunos jóvenes se contaban cosas y se echaban a reír una y otra vez. Únicamente se les veían las espaldas. Más allá se distinguía a una pareja también joven, de novios al parecer, que más parecían mirarse el uno al otro que conversar. El muchacho tenía una cabeza proporcionada, frente recta y alta, y una mandíbula inferior de notables dimensiones. Tipo alpino, pensó el general.

El camarero se mantenía erguido detrás del mostrador. Su cabeza redonda

se elevaba serena entre las bandejas de naranjas y manzanas.

Entró un hombre menudo con una cartera en la mano y tomó asiento ante una mesa junto al aparato de radio.

–Lo de costumbre –le dijo al camarero.

Mientras éste le preparaba el café, el hombre menudo extrajo de la cartera un grueso cuaderno y comenzó a escribir. Tenía las mandíbulas estrechas y sus mejillas eran apenas perceptibles. Cuando aspiraba el humo del cigarrillo se le formaban dos hoyos en la cara que permitían distinguir claramente la estructura de sus maxilares.

–¡Bueno, pues éstos son los albaneses! –dijo el general, como si reanudara una conversación interrumpida–. Gente de lo más común. No es posible imaginar siquiera que en la guerra puedan convertirse en fieras.

–¡Oh! ¡Si supiera cómo se transforman a la hora de pelear!

–¡Y pensar que son tan pocos!

–No son tan pocos –replicó el cura.

Un nuevo individuo, de frente oblicua, hizo su entrada en el salón.

–¡Qué diablo de tarea es la que nos han encomendado! Allá donde voy, en mitad de las carreteras o en los cafés, al mirar los rostros de la gente no hago más que intentar imaginar cómo es su calavera. ¿Me comprende usted? Desde hace algunos días ya no veo cabezas, sino únicamente cráneos sobre los hombros de las personas. Es extraño, ¿no le parece?

–Disculpe usted que me permita señalárselo, pero me parece que está bebiendo algo en exceso –le dijo el cura en tono comprensivo, al tiempo que lo miraba inquisitivamente con sus ojos grises.

En ese instante el general tuvo la impresión de que el color de aquellos ojos se confundía con el de la pantalla del televisor que se encontraba al fondo del salón. ¡De un televisor que jamás funciona!, se dijo el general. O mejor aún, de una pantalla que siempre emite el mismo programa, del todo incomprensible además.

Contempló durante unos instantes el vaso transparente que hacía girar entre los dedos.

–¿Y qué debería hacer, según usted? –dijo con cierto grado de irritación–. ¿Qué me aconseja que haga? ¿Tal vez debería coger el aparato fotográfico y ponerme a posar para enseñarle los resultados a mi mujer cuando regrese, o

bien llevar un diario y tomar nota de las curiosidades del país? ¿Eh? ¿Qué dice usted?

–Yo no he dicho nada semejante. Simplemente le he hecho notar que estaba bebiendo algo en exceso.

–Pues a mí lo que me sorprende es que usted no beba también. Me sorprende y mucho, se lo aseguro.

–Yo jamás he bebido alcohol –respondió el cura.

–Pues no hay ninguna razón para que no empiece a hacerlo ahora. Haga como yo, beba todas las noches para olvidar lo que ha visto a lo largo del día.

–¿Y por qué habría de olvidar lo que veo durante cada jornada? –se extrañó el cura.

–Porque nosotros dos tenemos la misma patria que todos estos infelices –el general golpeó la cartera con los dedos–. ¿Es que no siente usted lástima por ellos?

–Haga el favor de no ofenderme –dijo el cura–. Yo soy tan patriota como usted.

El general sonrió.

–¿Sabe? –dijo–. He observado que las palabras que intercambiamos desde hace tres días recuerdan extrañamente los diálogos de ciertas piezas teatrales modernas, por lo demás bastante aburridas.

También el cura sonrió.

–Qué se le va a hacer. De una forma o de otra, las conversaciones entre los seres humanos siempre se asemejan a los diálogos de los dramas o de las comedias.

–¿Le gusta el teatro contemporáneo?

–Hasta cierto punto.

El general lo miró a los ojos durante un buen rato. Finalmente apartó los suyos.

–Desventurados soldados –dijo de pronto, como si acabara de despertar de un sueño–. Se me rompe el corazón cuando pienso en ellos. Me siento como el padre adoptivo que cría a los niños abandonados por otros. A veces se siente más cariño por estos hijos que por los propios. Pero ¿qué puedo hacer yo por ellos?

–También a mí se me parte el corazón –dijo el cura–. Pero lo mismo que

gotea sangre, rezuma odio.

–Ambos somos impotentes con sólo estas listas y nuestras actas en las manos. No hacemos más que correr tras sus muertes. Tratar de reunirlos uno por uno. ¿Cómo hemos podido caer tan bajo?

–Es el destino.

El general sacudió la cabeza.

¡Ya estamos como en el teatro!, pensó. Se diría que este cura es de metal. Pero ya me gustaría a mí averiguar lo metálico que era con la preciosa viuda del coronel Z., pensó sin apartar los ojos del rostro del otro. Hizo esfuerzos por imaginar cuál sería el proceder del cura a solas con una mujer como ella, cómo se despojaría de sus negras vestiduras para abrazarse a sus rodillas. ¿Realmente le habría gustado el cura a ella o lo habría hecho movida por el interés? Si es que en verdad había habido algo entre los dos... ¿Y a mí que me importa, a fin de cuentas?

Una voz, procedente del aparato de radio del salón, atrajo su atención, y aguzó el oído. El albanés le resultaba una lengua áspera. Se la había oído hablar repetidas veces ante las tumbas a los campesinos que acudían a prestar ayuda en las labores de desenterramiento. También todos aquellos muertos habrían sin duda escuchado hablar esta lengua fatal, pensó. Ahora debían de estar transmitiendo las noticias, porque la locutora repetía palabras que le resultaban familiares: Tel-Aviv, Bonn, Laos...

Cuántas ciudades distintas diseminadas por el globo, se dijo y de nuevo acudieron a su mente los soldados venidos a Albania de países tan diversos. Letreros de hojalata oxidada, cruces, marcas sobre el suelo, nombres mal escritos. Pero la mayor parte de las tumbas no mostraban el menor signo distintivo. Todavía peor, la mayoría de los muertos no habían recibido propiamente sepultura. Se los encontraba amontonados en fosas comunes, directamente arrojados sobre el barro. Y los había incluso que no se encontraban siquiera en el barro, sino sólo en sus listas.

Habían encontrado los restos de uno de sus soldados en el museo de una minúscula ciudad del sur, edificado por algunos ciudadanos a quienes apasionaba el pasado de su villa natal. En una profunda celda de la vieja fortaleza encontraron, entre otros restos, los huesos de aquel hombre. Durante semanas y semanas, los arqueólogos aficionados, reunidos en el café de la

ciudad, habían edificado hipótesis distintas cada día sobre el origen de los huesos. Dos de ellos incluso habían escrito un atrevido y enrevesado artículo con destino a una revista, cuando llegó a la pequeña población el grupo de buscadores de restos. El experto pasó accidentalmente por el museo y de inmediato reconoció el esqueleto por el medallón. (En su artículo, los aficionados avanzaban dos hipótesis diferentes sobre el origen del objeto: o bien se trataba de una suerte de ornamento, o bien de una moneda de la época romana.) La visita del experto al museo puso término a todas las especulaciones. Un solo hecho quedaba por esclarecer: ¿cómo era posible que el soldado se hubiera introducido en los laberintos insondables de la fortaleza y por qué?

–¿Quién puede haber sido aquel soldado? –preguntó el general.

–¿Cuál? –preguntó extrañado el cura.

–El que encontraron en la fortaleza.

–Pero ¿no habíamos dado ya con su nombre?

–Sí, así es –dijo el general–. Pero me gustaría saber si se trata de uno de los soldados por los que se han interesado personalmente los familiares.

–¡Son tantos los que han venido en persona a rogarnos por sus allegados! –dijo el cura–. ¿Cómo vamos a acordarnos de todos los nombres?

–Tiene usted razón, es imposible. Además, hay muchos nombres iguales entre ellos. Las listas son larguísimas y yo ya no soy capaz de acordarme de ninguna de las peticiones que me hicieron.

–Sería un soldado como tantos otros –sentenció el cura.

–¿Qué necesidad habrá a estas alturas de todos esos nombres y de fichas personales con tantos detalles? –preguntó el general–. A fin de cuentas, ¿qué nombre va a tener un montón de huesos?

El cura sacudió la cabeza como si dijera: «Qué le vamos a hacer; así son las cosas.»

–Deberían tener todos el mismo nombre, lo mismo que llevaban al cuello un medallón idéntico –prosiguió el general.

El cura no respondió. Se oía la música procedente de la sala de baile y el general no cesaba de echar humo.

–Nos mataron una tremenda cantidad de soldados –dijo como si hablara en sueños.

–Así es.

–Aunque también nosotros debimos de matar a muchos de los suyos.

El cura guardó silencio.

–Sí, también nosotros tuvimos que matarles a muchos –repitió el general–. Se ven sus tumbas por todas partes. Sería triste y terriblemente humillante que las tumbas de nuestros soldados estuvieran solas.

El cura movió la cabeza de tal modo que resultaba imposible saber si afirmaba o negaba.

–Bien pobre consuelo –dijo el general.

El cura agitó nuevamente la cabeza, como queriendo decir: «¡Qué se le va a hacer!».

–No le he comprendido –dijo el general–. ¿Cree usted que es un consuelo para nosotros, o no?

El cura extendió los brazos con las palmas de las manos vueltas hacia lo alto.

–Yo soy un hombre religioso, no puedo apoyar el homicidio –dijo.

–¡Oh! –exclamó el general.

Los dos novios se habían levantado y salían del local.

–Nos hemos destrozado unos a otros como fieras –prosiguió el general–. Porque estos demonios demostraron ser verdaderamente fieros en el combate.

–Eso tiene su explicación –dijo el cura–. No se trata en su caso de un coraje consciente. Es algo que emana de su propia psicología.

–No le comprendo –dijo el general.

–Es bien sencillo –continuó el cura–. En la guerra hay quienes se orientan por la razón, sea sólida o precaria; otros se dejan guiar por los instintos.

–Sí.

–Los albaneses son un pueblo rudo y atrasado. Al poco de nacer les colocan un fusil sobre la cuna, de modo que esa arma pasa a ser parte integrante de sus existencias.

–Ya se ve –dijo el general–. Incluso los paraguas los llevan como si se tratara de fusiles.

–Al convertirse desde la infancia en parte de su ser –reemprendió su explicación el cura–, un elemento constitutivo de su vida, el fusil ejerce un influjo directo en la psiquis del albanés.

–Es curioso.

–Y cuando el hombre ama, incluso rinde una suerte de culto a determinado objeto; siente, como es natural, deseos de utilizarlo. ¿Y cuál es el mejor uso que puede dársele a un fusil?

–Matar, por supuesto.

–Así es. Los albaneses siempre han sentido placer en matar o hacerse matar. Cuando no encontraban un enemigo contra el que combatir, se mataban entre ellos. ¿Ha oído usted hablar de su venganza?

–Sí.

–Pues es ese instinto atávico el que los impulsa en la guerra. Se trata de una necesidad dictada por su propia naturaleza, una exigencia. En tiempo de paz los albaneses se aturden, se adormecen como serpientes durante el letargo invernal. Únicamente en la guerra dan libre curso a su vitalidad.

El general cabeceó.

–La guerra es la condición normal de este país. Por eso sus habitantes son tan terribles en ella y causan más daño del que parecería lógico conociéndolos en otra circunstancia.

–Dicho de otro modo: este pueblo, con la sed de aniquilamiento, de autoaniquilamiento que lo devora, está destinado a desaparecer –dijo el general.

–Desde luego.

El general bebió un trago más. Ya articulaba las palabras con dificultad.

–¿Odia usted a los albaneses? –preguntó de pronto.

El cura esbozó una sonrisa amarga.

–No, ¿por qué?

El general se inclinó para hablarle al oído. El cura hizo un leve gesto de repugnancia al notar su aliento cargado de alcohol.

–¿Cómo que por qué? –le increpó el general en voz baja, como si le estuviera confiando un secreto–. Yo sé de sobra que, al igual que yo, usted los odia; aunque los dos nos lo callemos, puesto que las cosas están como están.

Capítulo IV

Se desearon buenas noches uno al otro y el general, después de cerrar tras él la puerta de su habitación, se sentó a una mesita iluminada por una lamparilla. Pese a lo avanzado de la hora no tenía sueño. Sobre la mesa se encontraba la cartera y de forma automática extendió la mano y la abrió. Extrajo las listas con los nombres de los soldados y se puso a hojearlas. Había una gran cantidad de ellas, grapadas en grupos de cuatro, cinco y hasta diez hojas. Iba mirándolas, leyendo de pasada por centésima vez el encabezamiento escrito en letras mayúsculas que llevaba cada una: «Regimiento Gloria», «Segunda División», «Segundo Cuerpo de Ejército», «División de Hierro», «Batallón Alpino», «3.^a Unidad Especial», «4.^o Regimiento de la Guardia», «División Victoria», «7.^a División de Infantería», «Batallón Azul» (Unidad de Castigo) ... Se detuvo unos instantes en la última lista. El nombre del coronel Z. era el primero y a continuación seguían, por orden alfabético, los del resto de los muertos, oficiales, suboficiales y soldados, ordenados por pelotones y compañías. Batallón Azul, un bonito nombre, pensó el general.

Las listas habían comenzado a elaborarse en primavera. En las largas oficinas del ministerio, sentadas junto a las grandes cristaleras, las jóvenes mecanógrafas, vestidas y peinadas a la moda, golpeteaban con sus finos dedos las teclas de las máquinas de escribir. Era casi un ametrallamiento bajo sus miradas indiferentes, cercadas de rímel.

Dejó a un lado las listas nominales de base y sacó otras, repletas de notas y de pequeñas cruces rojas en los márgenes. Se trataba de las listas de uso práctico, que contenían indicaciones concretas para facilitar la búsqueda de los despojos. Aquí los soldados no estaban ordenados de acuerdo con las formaciones a las que habían pertenecido, sino según los lugares donde habían caído, y junto a cada nombre estaba anotada la cota que se correspondía con la de los mapas topográficos, así como la talla del soldado y algunas precisiones sobre su dentadura. Los nombres de los que ya habían sido hallados estaban marcados con una pequeña cruz roja. Pero las cruces eran aún escasas.

Recordó que debía transcribir los resultados a las listas básicas y realizar el balance de la primera salida. Pero ya era tarde.

Sin saber qué hacer, reemprendió maquinalmente la lectura. En las listas que contenían detalles de uso práctico los títulos iban seguidos de su traducción entre paréntesis, y todos aquellos nombres de valles, gargantas, mesetas, cursos fluviales y ciudades se le antojaban extraordinarios y macabros. Le parecía que entre todos esos lugares se hubieran repartido los soldados muertos, unos más y otros menos, y que él había llegado ahora para arrebatárselos.

De nuevo su mirada se detuvo en una de las listas. Se trataba de la relación de desaparecidos, a la cabeza de la cual aparecía otra vez el nombre del coronel Z. «Un metro ochenta y dos, primer incisivo derecho de oro», leyó el general, para continuar examinando el resto de la lista. Uno setenta y cuatro, faltan dos premolares; uno sesenta y cinco, faltan los molares superiores; uno noventa, puente metálico para los incisivos superiores; uno setenta y uno, dentadura completa; ¡dos metros diez! Éste es sin duda el de mayor talla de la lista. ¿Quién sería el más alto de todos? Por lo que se refiere al más bajito, de sobra sé cuál es su talla: uno cincuenta y uno, de acuerdo con el reglamento. Los más altos son en general los del 4.º Regimiento de la Guardia, y los más bajos los cazadores alpinos... ¡Pero qué clase de majaderías se me pasan por la cabeza!

Apagó la lamparilla y se acostó. No conseguía conciliar el sueño. No debería haber tomado aquel maldito café al final, se lamentó.

Contemplaba el cielo raso blanco de su habitación, por el que a intervalos resbalaba la luz de los faros de algún coche que pasaba por el bulevar. La luz se proyectaba en listas sobre el techo tras atravesar las persianas a medio bajar y el general tuvo la impresión de tener delante la pantalla de un aparato de rayos X, donde gentes desconocidas, uno tras otro, se hacían examinar para marcharse a continuación.

Las listas están ahí, sobre la mesa, esparcidas, pensó, y sintió un escalofrío. Ojalá hubiera podido traer a su mujer consigo. Se tenderían así en la oscuridad, el uno al costado del otro, hablando en voz baja, y él le contaría todo lo sucedido. Aunque ella habría sentido miedo, como durante los últimos días antes de que partiera rumbo a Albania.

Habían sido unos días bien diferentes de los que componían su existencia habitual, cargados de un elemento nuevo y desconocido. Acababan de comenzar las primeras lluvias y él había regresado de la playa, cuando el primero de los visitantes se presentó en su casa. Estaba trabajando en su despacho cuando la sirvienta le anunció que alguien lo esperaba en el salón.

El desconocido estaba de pie junto a la ventana. Fuera caía el crepúsculo y en el jardín sombras de formas caprichosas flotaban desconcertantes en el aire. Al oír el crujido de la puerta al abrirse, el visitante se volvió y saludó al general.

–Le pido disculpas por importunarlo –habló con voz ronca y profunda–. He sabido que pronto partirá usted rumbo a Albania con objeto de repatriar los restos de nuestros soldados que descansan allá.

–Está usted bien informado –respondió el general–. Espero salir dentro de dos semanas.

–Tengo un ruego que hacerle –prosiguió el desconocido y extrajo del bolsillo un manoseado mapa de Albania–. Yo fui soldado y participé en la guerra en ese país durante dos años.

–¿En qué unidad? –preguntó el general.

–División de Hierro, 5.º batallón, pelotón de ametralladoras.

–Prosiga, le escucho –dijo el general.

El hombre se inclinó sobre el viejo mapa desplegado y, después de buscar durante un instante, señaló un punto con el índice.

–Fue en este lugar, durante una operación de gran envergadura en pleno invierno, en el que mi batallón fue desbaratado por los guerrilleros albaneses. Los que pudimos escapar a la muerte nos dispersamos en todas direcciones amparándonos en la noche. Yo llevaba conmigo a un camarada herido. Hacia el amanecer murió, mientras yo lo arrastraba a la entrada de una aldea abandonada. Lo enterré yo mismo como pude, tras la pequeña iglesia del lugar, y me fui. Así sucedió. Su tumba no la conoce nadie, por eso he venido a verlo, para rogarle que cuando su ruta lo lleve por aquellos parajes recobre sus restos y nos los traiga junto con los demás.

–Su nombre figurará seguramente en la lista de desaparecidos –dijo el general–. Las listas son muy precisas aunque, de todos modos, usted ha obrado muy bien al venir a verme, pues siempre habrá más dificultades para dar con

el paradero de los desaparecidos. En estos casos el éxito de nuestra búsqueda depende en gran medida del azar.

–He preparado también un sencillo croquis, como he podido –dijo el desconocido y extrajo del bolsillo un nuevo pedazo de papel en el que había dibujado a bolígrafo algo semejante a una iglesia y a su trasera dos flechas, bajo las cuales estaba escrito en tinta roja: «tumba»–. Muy cerca de allí hay un manantial –prosiguió–, y algo más allá, hacia la derecha, dos cipreses, justo en este lugar –e hizo una nueva señal en las proximidades de la iglesia.

–Está bien –dijo el general–. Muchas gracias.

–Soy yo quien debe agradecersele –replicó el otro–. Era mi mejor amigo.

Quiso decir algo más, tal vez relatar algún pequeño suceso, pero el talante severo y oficial del general le impidió continuar hablando. Luego el desconocido se marchó, sin que el general se hubiera enterado siquiera de a qué se dedicaba ni cuál era su nombre. Pero esto no fue más que el comienzo.

Cada tarde, cuando se encontraba en casa, no paraba de sonar el timbre y el salón se llenaba de diferentes personas, siempre desconocidas, que deseaban verlo. Eran gentes diversas, de todas las profesiones posibles, esposas, padres, viejos, veteranos, y todos aparecían medrosos en el amplio sofá de la sala con idéntica expresión en las caras, esperando al general. Más tarde comenzaron a llegar también procedentes de otras ciudades y regiones; éstos esperaban con aire todavía más medroso y se explicaban a duras penas ante el general, ya que todo lo que sabían acerca de sus seres queridos muertos en Albania resultaba extremadamente impreciso e incierto.

El general tomaba nota de cuanto le decían en un cuaderno, sin cesar de repetir:

–No se inquiete. Las listas elaboradas por el Ministerio de la Guerra son muy precisas y las indicaciones y detalles que contienen nos permitirán sin duda encontrarlos a todos. No obstante, yo tomo nota de las precisiones que usted me proporciona. Podrían sernos de utilidad.

Ellos se marchaban dando las gracias, y al día siguiente llegaban otros, con los impermeables mojados, pisando con timidez la gruesa alfombra, donde quedaban las huellas de sus zapatos. Eran personas que se mostraban inquietas ante la posibilidad de que sus familiares muertos hubiesen sido olvidados y no apareciesen en las listas; había quienes mostraban los telegramas recibidos

del mando durante la guerra, en los que aparecían indicados el lugar y la fecha en que el soldado «había caído por la patria», mientras algunos otros, en particular padres ancianos, no creían que sus hijos fueran a ser hallados por medio de las listas y abandonaban la casa desesperados, tras rogarle al general que hiciera cuanto estuviera en su mano para dar con su paradero.

Todos tenían su privativa historia que contar y él se veía obligado a escucharlos uno a uno, comenzando por las antiguas esposas, ahora casadas con otros, que se interesaban a escondidas de sus actuales cónyuges por sus primeros maridos; hasta los jóvenes de veintitantos años, vestidos con jersey y gabardina, que nunca habían tenido la oportunidad de conocer a sus progenitores militares.

La última semana antes de partir, el flujo de visitantes se incrementó notablemente. Ahora, al regresar del cuartel, el general encontraba atestado de gente su salón, que más parecía la antesala de una clínica donde los enfermos esperaran para ser atendidos, con la única diferencia de que aquí reinaba una mayor tranquilidad. Los visitantes permanecían silenciosos, contemplando durante horas los dibujos caprichosos de la alfombra, de la cual sólo levantaban la vista cuando hacía su entrada un nuevo recién llegado, que tomaba asiento al igual que los demás en un rincón.

Algunos, campesinos venidos de muy lejos, se presentaban con un hatillo que depositaban a sus pies; mientras que, a la puerta de entrada, lo primero con lo que se topaba el general nada más descender de su automóvil eran las bicicletas apoyadas contra las verjas de hierro y, muy de cuando en cuando, algún coche aparcado junto a la acera. Acto seguido entraba directamente en el salón, donde sentía el fuerte olor de las ropas mojadas mezclado con el del perfume de alguna mujer elegante, y todos se ponían en pie en señal de respeto, en silencio, al igual que poco antes, sin decir palabra ninguno, pues de sobra sabían que no había necesidad.

—Papá —le preguntaban sus hijos cuando el general, después de cambiarse de ropa, se sentaba a la mesa en el comedor—, ¿quién es toda esa gente?

El general reía y se esforzaba por hacer alguna broma, pero ellos insistían.

—¿Es que se marchan a la guerra, papá? —preguntaba el niño.

—No, ya estuvieron en ella.

—¿Por qué vienen aquí entonces?

–Porque tienen familiares movilizados y quieren enviarles paquetes y cartas.

Luego, al terminar de comer, pasaba al salón y los visitantes le exponían su caso por riguroso orden. ¡Eran tan semejantes sus palabras! Y lo que les había sucedido a los suyos era tan parecido que él tenía la impresión de que cada día era el día anterior y de que estaba viéndolo en sueños. Con frecuencia, las mujeres que acudían para interesarse por sus hijos o sus esposos no podían contener los sollozos y el general se ponía cada vez más nervioso.

–¡Ya basta! –le gritó un día a una mujer que se echó a llorar–. Esto no es un centro de lamentaciones. Su hijo cayó en el campo del honor, allá donde la patria lo había llamado. Cayó como un valiente.

–¡Funesta valentía! –replicó la mujer.

En otra ocasión, un hombre de gran talla, apenas entró, le dijo en voz alta desde la puerta:

–¡Su misión no es más que hipocresía!

El general palideció de cólera.

–¡Así no hablan más que los vendidos! ¡Fuera inmediatamente!

Hacia la mitad de la semana, entre los que esperaban figuraba una mujer muy anciana acompañada por una muchacha joven. La vieja parecía estar exhausta, de modo que la atendió en primer lugar.

–Tengo a mi hijo allí –dijo ella con un hilo de voz–, mi único hijo –y extrajo un pañuelo que comenzó a desdoblar con manos temblorosas. Una vez que lo hubo desplegado, sacó de su interior un telegrama ajado por el tiempo y se lo tendió. Él leyó la habitual fórmula del mando militar que notificaba la muerte del muchacho y su mirada quedó apresada en las últimas palabras: «Cayó por la patria en Stalingrado».

–Señora –le explicó lentamente–, yo voy a Albania, no voy a viajar a Rusia.

La anciana lo miró durante unos segundos con sus ojos apagados, pero no pareció haber entendido nada.

–Tengo un ruego que hacerte –dijo–, a ver si puedes averiguar dónde y cómo murió, quién se encontraba junto a él cuando entregó el alma, quién le dio de beber y cuál fue su última voluntad.

El general se esforzó por hacerle comprender que él no iba a Rusia, pero la

vieja no entendía nada e insistía en su ruego, mientras el resto de los presentes en el salón se miraba en silencio.

–Vaya usted, madre –dijo por fin con voz dulce un hombre–. El general hará todo lo posible por complacerla. –Y la anciana le dio las gracias y se marchó, apoyándose con una mano en su bastón y con la otra en la muchacha que la acompañaba.

Al día siguiente otro solicitante le presentó un despacho anunciando la muerte en África de uno de los suyos, pero tras comprender su error se excusó y se marchó.

Otra tarde, dos días después, un individuo ceñudo esperó a que se hubieran marchado todos los demás.

–Yo también fui general –dijo casi con irritación–, e hice la guerra en Albania.

Los dos se miraron durante un instante con desprecio: el uno porque se encontraba frente a un general vencido, el otro porque tenía delante de sí a un general de tiempos de paz.

–¿Qué es lo que desea? –preguntó fríamente el general en activo.

–De hecho, nada. En realidad no espero nada especial de usted. A decir verdad, no tengo la menor confianza en todo esto y, en el fondo, encuentro ridículo el montaje. Aunque, ya que ha asumido usted esta misión, llévela a buen término, ¡qué diablo!

–¿Puede usted expresarse con mayor claridad?

–No tengo nada más que decir. Pretendía únicamente advertirle para que tenga cuidado. Haga honor a su rango. Mantenga la cabeza bien alta y no la incline jamás ante ellos. Tratarán de provocarlo, le harán incluso objeto de sus burlas, pero debe usted saber cómo responderles. Debe permanecer usted vigilante. Ellos intentarán ultrajar los restos de nuestros soldados. Los conozco bien. Se burlaban con frecuencia de nosotros. Ya se mofaban en aquella época. ¡Figúrese lo que serán capaces de hacer ahora!

–Yo no toleraré bajo ninguna circunstancia semejantes actitudes –declaró el general.

El otro lo miró con gesto de conmiseración, como si estuviera a punto de decirle: «pobre infeliz», y salió sin siquiera despedirse.

Los tres días que siguieron, los últimos antes de la partida, el salón del

general estuvo constantemente repleto. Entregado a los preparativos, él estaba ya harto de visitas y no deseaba sino partir cuanto antes. Su mujer se mostraba nerviosa aquella temporada.

–¿Y si rechazaras esa misión? –le espetó una noche, mientras estaban ambos, aún despiertos, tendidos en el lecho—. Tengo la sensación de que la muerte hubiese entrado en esta casa.

Él la tranquilizó como pudo y esa noche durmió peor que las anteriores. Era como si al día siguiente partiera hacia la guerra.

Recibió al último visitante la mañana del mismo día en que partiría en avión. Andaba apresurado, pues debía estar en el aeropuerto muy temprano. Cuando salió al jardín para abrir la puerta del garaje, se encontró con dos personas que estaban durmiendo acurrucadas junto a la puerta, apoyadas en las verjas de hierro, envueltas en mantas. Se trataba de un anciano y de un hombre joven, su nieto, y venían de una de las más distantes regiones fronterizas. Habían debido viajar durante largos días para conseguir llegar al fin con el último tren de la noche y, no atreviéndose a llamar a la puerta a esas horas, se echaron a dormir en la acera, a la espera de que llegara la mañana.

El general repitió por última vez las mismas palabras: «Las listas han sido elaboradas con minuciosidad, no deben tener cuidado, los encontraremos». El viejo aldeano le dio las gracias con un gesto de la cabeza, mientras trataba de apartar la manta que su nieto y él, despertados bruscamente con el ruido de la puerta, habían dejado caer a sus pies junto a la verja.

Esto había sido todo, así finalizaron aquellas dos últimas semanas que el general, tras regresar de la playa, había pasado en su casa.

Capítulo V

Se encontraban de nuevo en ruta. Caía una lluvia fina. Hacía semanas que recorrían terrenos abruptos, con escasas aldeas. Su coche avanzaba en cabeza y el camión que transportaba a los obreros y los útiles de trabajo lo seguía. Campesinos ataviados con sus apretadas ropas de lana negra recorrían continuamente la calzada en ambas direcciones, a pie, a caballo o en las cajas de los camiones. El general observaba con atención el relieve del terreno. Intentaba imaginar qué tácticas habrían debido emplear los distintos ejércitos que habían guerreado allí y cuáles otras utilizaría de manera general aquel pueblo.

En una barraca, no muy alejada del centro de una localidad, vendían periódicos. La gente se aglomeraba ante la ventanilla del precario establecimiento. Algunos leían en pie, otros hojeaban los periódicos al tiempo que se alejaban.

—Los albaneses leen mucho la prensa —comentó de pronto el general.

El cura se agitó en su rincón.

—Eso se debe a que se interesan mucho por la política. Tras la ruptura con la Unión Soviética se han quedado completamente solos en Europa.

—Como siempre.

—Pero ahora están por entero rodeados de potencias que les son hostiles.

—¡Un país tan pequeño y tan pobre, sometido a bloqueo! ¡Resulta extraño!

—Es verdad. Será difícil que salgan adelante dadas las actuales circunstancias...

—¡Vaya un pueblo! —exclamó el general—. Por lo que se ve, es imposible reducirlo por la fuerza. Tal vez pueda someterlos la belleza.

El cura se echó a reír.

—¿Por qué se ríe?

—Porque está usted hablando como un filósofo y no como un general.

El general contempló el sombrío paisaje sumido en la bruma, las laderas desnudas de las montañas, la multitud de piedras de todas las dimensiones y

formas que cubrían la tierra. Sintió cómo lo invadía una honda tristeza. Llevaba dos semanas seguidas viendo las mismas laderas pedregosas y le parecía que guardaban en su salvaje desnudez un secreto trágico.

—Éste es un país trágico —dijo—. Hasta sus vestimentas contienen algo de trágico. Fíjese en esos manteos negros y en las faldas de las mujeres.

—Ya los veo.

—¿Acaso no son trágicos?

—¿Qué diría usted si escuchara sus cantos? Luto, lóbreguez. Todo ello está relacionado con el destino de este país. No existe pueblo que a lo largo de los siglos haya conocido una suerte más triste. Eso es lo que les ha inoculado esa rudeza.

—¿No tienen canciones alegres?

—Pocas. Muy pocas.

El automóvil descendía por una carretera de montaña. Hacía frío. De vez en vez, los camiones que circulaban en sentido contrario dejaban oír sus acelerones. Sobre la ladera de la montaña se destacaba una fábrica en construcción. El paisaje desolado y desnudo tornaba gigantesca la edificación sobre el fondo de la niebla.

—Una fábrica de cobre —dijo el cura.

Aquí y allá, en las encrucijadas, comenzaron a aparecer de nuevo las fortificaciones cuadradas, circulares, hexagonales, mostrando sus estrechas troneras que miraban directamente a la carretera. Cuantas veces el coche tomaba una curva quedaba durante varios segundos bajo el ángulo de fuego y el general clavaba sus ojos en las pequeñas aberturas, abandonadas, por las que fluía el agua gota a gota.

¡Pasamos!, decía para sí cuando el vehículo salía del campo de tiro, pero en la siguiente curva volvía a aparecer otra casamata, como si brotara de la tierra, y nuevamente el coche permanecía durante varios segundos en la zona de fuego. El general observaba el agua que corría por el cristal y, de vez en cuando, mientras dormitaba, le parecía sentir que los cristales saltaban de pronto en mil pedazos, y entonces abría los ojos. Pero las casamatas continuaban silenciosas y abandonadas. Si se las miraba con atención, de lejos resultaban semejantes a ciertas esculturas egipcias, con una expresión tan fría y despreciativa como enigmática, según la posición de sus troneras. Cuando

éstas eran verticales, la expresión de la casamata se tornaba feroz y amenazante, como la de un mal espíritu; cuando, por el contrario, las aberturas eran horizontales su extraña mímica expresaba indiferencia y menosprecio.

Cerca de la hora de comer descendieron a la llanura y pronto llegaron a una aldea situada al borde de la carretera. La lluvia había cesado. Como de costumbre los chiquillos se agolparon en torno al automóvil: se gritaban desde lejos los unos a los otros y desembocaban corriendo desde todas las callejuelas en la carretera. A unos metros de distancia del automóvil se detuvo el camión y los obreros del servicio municipal saltaron uno tras otro a tierra, después de lo cual comenzaron a agitar brazos y piernas para desentumecerse.

Los aldeanos que pasaban se detenían para observar a los extraños. Parecían estar al tanto de los motivos de su llegada, cosa que podía leerse en la expresión de sus caras. Sobre todo en el caso de las mujeres. A estas alturas el general ya conocía de sobra aquel brillo frío en sus ojos. Nosotros les recordamos la ocupación, pensó. Y cuanto más ásperos hayan sido los combates en cada una de las diferentes comarcas, más hostiles son sus rostros.

En un terreno baldío situado junto a la aldea había numerosas tumbas. El cementerio estaba cercado por un muro de baja altura, derruido a trechos. Los que reposan ahí son sin duda de los nuestros, se dijo el general y se envolvió estremecido en su largo impermeable. Más allá, el cura recordaba a una gran cruz sacada de algún grabado. Resulta bien claro cómo fueron cercados, pensó. Intentarían sin duda atravesar el puente sobre el río y allí los acribillaron a todos. ¿Quién sería el estúpido oficial que los metió en esa trampa? De las notas no es posible deducir quién era el comandante de la fuerza.

El experto albanés procedió a dar cumplimiento a las formalidades de rigor. A cierta distancia de las primeras se encontraba otro grupo de tumbas, éstas situadas cerca del villorrio, cada una de ellas con una estrella roja en la cabecera. El general reconoció al instante el «cementerio de los mártires», según la denominación utilizada por los nacionales para designar los lugares de enterramiento de los guerrilleros. Siete de sus compatriotas habían sido enterrados allí, entre los albaneses. En las pequeñas chapas metálicas, todas las cuales ostentaban una estrella roja, estaban escritos, llenos de errores ortográficos, los nombres de los soldados, su nacionalidad y la fecha de su

muerte, que era la misma para todos. Sobre una placa de piedra aparecían grabadas las siguientes palabras: «Estos soldados extranjeros cayeron heroicamente junto a los guerrilleros albaneses en combate con las fuerzas del Batallón Azul, el 17 de marzo de 1943».

–Nuevamente el Batallón Azul –dijo el general, mientras paseaba entre las tumbas–. Es la segunda vez que damos con el rastro del coronel Z. De acuerdo con las listas, en este lugar deben encontrarse dos soldados de su unidad.

–Debemos preguntar a la gente si sabe algo del coronel –dijo el cura–. Pese a que en marzo de 1943 debía de estar vivo aún.

–Así es. En cualquier caso, debemos al menos tomar nota.

Mientras los forasteros cumplimentaban los formularios de gastos, sin hacerse notar, algunos lugareños se habían acercado a las tumbas. Luego se adelantaron también algunas mujeres ataviadas con las vestimentas características de la zona. Los niños se aproximaban más que el resto del grupo y se decían algo al oído unos a otros mientras agitaban sus pequeñas cabezas de cabellos rubios. Todos seguían con la mirada, en silencio, los movimientos del reducido grupo en el interior del cementerio.

Una mujer de edad avanzada, con un barrilete a la espalda, se acercó a ellos:

–¿Se los van a llevar? –preguntó en voz baja.

–Sí, se los llevan –le respondieron varios murmullos.

La anciana permanecía en pie, siempre con el barrilete a cuestas, y observaba al igual que el resto. Después dio algunos pasos al frente y se dirigió a los obreros:

–Hijos, decidles que no mezclen a éstos con los demás. Los hemos llorado lo mismo que a nuestros hijos.

El general y el cura se volvieron hacia la vieja, pero ya ella se había dado la vuelta y se alejaba; su barrilete se balanceó todavía unos instantes, antes de desaparecer por una callejuela de la aldea.

Los lugareños, alineados al borde del cementerio, guardaban tal silencio que parecían no encontrarse allí. Observaban con atención los movimientos de los hombres que, con los cuellos alzados para protegerse del frío, vagaban arriba y abajo, como si anduvieran buscando algo que no lograban encontrar.

–Las excavaciones en ambos cementerios darán comienzo mañana –dijo el

general—. Hoy debemos buscar a los dos soldados del Batallón Azul y al piloto derribado.

Todo el mundo allí conocía la historia del aviador.

Los restos del aparato derribado estaban aún esparcidos en un pequeño bosquecillo, al otro lado de la aldea, y el aviador había sido enterrado por los mismos aldeanos cerca del avión. No había quedado más rastro que una gran piedra que, al parecer, señalaba la cabecera de la sepultura. En cuanto al avión, no era ya más que un montón de chatarra oxidada. Un campesino les contó que ellos habían desmontado poco a poco todas las partes que podían serles de alguna utilidad, en primer lugar las piezas de caucho o de goma, utilizadas durante la guerra como combustible para alumbrarse en lugar de las velas, incluidas las partes metálicas más pesadas a las que habían dado las más diversas utilidades.

Dos de los obreros se pusieron de inmediato a cavar, mientras el resto del grupo retornaba a la aldea.

La lluvia había cesado hacía ya tiempo, pero las rodadas trazadas en las calles por las ruedas de los carros y los tractores continuaban inundadas de agua. Aquí y allá se alzaban almiarés a medio consumir, todavía mojados. Entre los cipreses se destacaba a lo lejos el campanario de la vieja iglesia y de un campo situado más allá llegaba el aullido de un tractor.

Almorzaron en sus propios vehículos, tras lo cual fueron a tomar un café al círculo de la cooperativa. El local estaba saturado de humo de cigarrillos y prácticamente todas las mesas estaban ocupadas. Un pequeño aparato de radio funcionaba a todo volumen. Los aldeanos charlaban en voz alta. Era fácilmente perceptible que se trataba de gentes del llano, con los cabellos descoloridos por el sol y la piel requemada. Incluso el timbre de sus voces era distinto del de los montañeses: más suave, más melodioso.

El general, mientras tomaba su café, observaba las consignas escritas con pintura roja en las paredes. Resultaban comprensibles las palabras «imperialismo», «revisionismo», «pleno», así como el nombre de Enver Hoxha, que aparecía bajo una breve cita.

Poco después llegó el especialista albanés, acompañado por un hombre joven vestido con una chaqueta de pana. Ambos se acercaron a la mesa ante la que se sentaba el general y el experto hizo las presentaciones.

–El presidente de la cooperativa. El general...

El hombre clavó en el general sus ojos claros, en los que podía leerse la sorpresa, y los dirigió después al experto.

–El asunto es el siguiente –dijo este último–: durante esta semana tenemos previsto excavar en los dos cementerios militares que se encuentran junto a vuestra aldea. Traemos a nuestros obreros con nosotros, pero para acelerar el trabajo no nos vendría mal, si es posible, que ustedes nos echaran una mano.

–¿Van a necesitar brazos? –preguntó el presidente.

–Eso es.

El joven pareció vacilar un instante antes de responder.

–La verdad es que estamos bastante atareados ahora –dijo–. Nos encontramos en plena época de labores y además el tabaco y el algodón no nos marchan demasiado bien este año. Así que...

–Será solamente cosa de unos días –lo interrumpió el experto–. Además, tenga en cuenta que quienes participen serán debidamente retribuidos. Ellos – señaló con un gesto de la cabeza al general y al cura– están dispuestos a pagar treinta lekes nuevos por cada tumba abierta y cincuenta por cada una en la que se encuentren restos.

–Nosotros pagamos bien –intervino el general.

–No se trata de eso –dijo el presidente de la cooperativa–. El caso es que este asunto debería estar autorizado por el gobierno, quiero decir...

–Por eso no tiene que preocuparse. Tengo un permiso de la Presidencia del Consejo. Mire.

El presidente leyó el documento que le mostraban y reflexionó durante unos instantes.

–De todos modos, deberán hablar con el comité ejecutivo de la región.

–Por supuesto –respondió el experto–. Mañana mismo, cuando vayamos a la ciudad.

–Puedo proporcionarles diez hombres durante tres o cuatro días, no más.

–Con eso bastará.

El general le dio las gracias y se pusieron en pie.

Nadie en el lugar sabía nada acerca de los dos soldados del Batallón Azul muertos y enterrados allí. Por lo que se refiere al coronel Z., los aldeanos de edad avanzada lo recordaban bien. Había pasado por allí dos veces con su

batallón y las dos veces había incendiado la aldea. Los jóvenes sólo se acordaban de haber contemplado sus casas mientras ardían, desde lo alto del cerro al que toda la aldea se encaramó, abandonando enseres y ganado.

Nadie había oído hablar de los dos soldados. Lo más probable es que los hubieran enterrado sus mismos camaradas de batallón durante el tiempo en que la aldea permaneció abandonada.

—Eso no impedirá que los encontremos —dijo el general—. En el documento se precisa con todo detalle el lugar donde están enterrados, y si yo insistí en que preguntáramos a los campesinos fue porque sus indicaciones contribuyen a que nuestro trabajo resulte más fácil.

Más de una hora estuvieron esforzándose el experto albanés y él por determinar, sobre la base de las precisiones de los mapas topográficos, el lugar exacto del enterramiento y finalmente consiguieron dar con él. El punto estaba situado en el establo de las vacas de la cooperativa. Se dirigieron allí acompañados por un grupo de cooperativistas y por los obreros y, una vez apartaron a los animales del lugar, comenzaron a cavar. Las terneras observaban con ojos tranquilos y hermosos a los intrusos y en el establo flotaba el aroma agradable de la hierba seca.

No había caído aún la noche y ya habían encontrado los restos del piloto y de los dos soldados. Los del primero aparecieron apenas sin esfuerzo, pero para dar con los soldados fue preciso abrir numerosas zanjas, y así quedó el establo cuando los visitantes lo abandonaron, todo agujereado, como si hubiese sufrido un intenso bombardeo.

Los obreros procedieron a rellenar los fosos y allanar el terreno sin apresurarse. Aquella noche dormirían en la aldea, en las casas de los campesinos. En cuanto al general y al cura, habían decidido pasarla en una pequeña ciudad situada a treinta kilómetros de allí. Regresarían al día siguiente por la mañana temprano.

Era ya noche cerrada cuando se pusieron en camino. Su automóvil rodaba a escasa velocidad por la carretera principal, iluminando durante un fugaz instante con sus faros los álamos que flanqueaban el camino, algún carro que regresaba de los campos, los huertos cercados de altas cañas.

—¡Pare el coche! —ordenó de pronto el cura, cuando pasaban junto al cementerio de sus soldados.

El conductor frenó.

–¿Qué ha sucedido? –preguntó el experto.

El cura mostraba algo con la mano al general en el muro del cementerio.

Abrió la portezuela y salió. El general lo hizo tras él, estrellando la portezuela con violencia. También descendió el especialista.

–¿Y esto qué significa? –gritó el general señalando con la mano el bajo murete del cementerio. Sobre él estaba escrito con carbón, en mayúsculas grandes e irregulares: «Así acaban nuestros enemigos».

El especialista se encogió de hombros.

–Alguien debe de haberlo escrito esta tarde –dijo–. Por la mañana no había nada.

–Eso ya lo sabemos –replicó el general–. Lo que nosotros queremos que nos diga es con qué objeto y quién ha promovido semejante provocación. Resulta vergonzoso que...

–Yo no veo nada vergonzoso –dijo con calma el experto.

El cura había sacado una libreta de notas del bolsillo y parecía escribir la frase pintada en el muro.

–¿Cómo que no es vergonzoso? –exclamó el general–. ¡Una frase así en el muro del cementerio de nuestros caídos en la guerra! Presentaré una protesta formal. Se trata de una grave provocación, de un gesto intolerable.

El especialista se volvió con irritación.

–Hace veinte años ustedes escribían las consignas fascistas sobre los pechos de nuestros camaradas a quienes ahorcaban, y ahora se indignan por una simple frase, escrita seguramente por un escolar.

–No estamos hablando de lo que sucedió hace veinte años –lo interrumpió el general.

–A fin de cuentas, se trata de una verdad de carácter general.

–No se trata de lo que pasó hace veinte años.

–¿No se refiere usted con frecuencia a los griegos y a los troyanos? ¿Por qué no vamos a poder hablar de lo sucedido hace veinte años?

–Estas discusiones no conducen a ninguna parte –dijo el general–. Aquí sopla mucho el viento.

Los tres se dirigieron con paso apresurado hacia el coche. Las portezuelas se cerraron violentamente una tras otra, como una ráfaga, y el chófer apretó el

acelerador. Pero no avanzaron más allá de cinco minutos. Al salir de la aldea, pasado un puente de madera, la carretera estaba bloqueada por un carro al que se le había salido una rueda. Dos campesinos se afanaban en torno a él.

–Perdonen –le dijo uno de ellos al especialista, que había descendido del coche.

–No tiene importancia.

Mientras se esforzaban en volver a colocar la rueda, el lugareño le preguntó al experto:

–¿De dónde eres?

El otro se lo dijo.

–Ya nos enteramos de por qué habéis venido –dijo el campesino–. Las mujeres de la aldea no tenían otra cosa en la boca que vuestra llegada. En cuanto vieron los coches comenzó el parloteo.

–¡Empuja un poco, maldita sea! –gritó el otro campesino, que no cesaba de empujar la rueda.

–Dicen que van a sacar a los soldados extranjeros de sus tumbas para llevárselos a su tierra –continuó el campesino tranquilamente–. Y que de paso van a desenterrar también a los *ballistas*¹ muertos y se los van a llevar al extranjero, más allá del sol poniente. ¿Es verdad?

El especialista se echó a reír.

–Es lo que hemos oído decir –dijo el campesino–. Incluso muertos, que permanezcan del lado del enemigo, lo mismo que cuando estaban vivos. Aliados entonces, aliados ahora. Bueno, eso es lo que se decía.

El especialista volvió a reír.

–No, no es verdad –dijo–. A nadie se le ha pasado por la cabeza ocuparse de los *ballistas* muertos.

–¡Pero empuja ya, diablos! –volvió a gritar el otro aldeano. La rueda no acababa de encajar.

A lo lejos ladraban los perros. Alguien que volvía de los campos se acercaba con un farol en la mano. Su luz temblaba, como asustada.

–Buenas noches.

–Buenas noches.

–¿Qué? ¿Se os ha salido una rueda? –preguntó el recién llegado, al tiempo que alzaba el farol y observaba con extrañeza el coche y a los forasteros.

–Ya lo ves –respondió uno de los aldeanos.

Hubo un silencio.

–¿Vienes de los apriscos? –preguntó el otro.

–Sí, de allá vengo.

El hombre permaneció unos instantes allí plantado, después dio las buenas noches y se alejó. La luz del farol se proyectaba a rachas sobre los almiarés que se alineaban silenciosos al borde del camino.

Los perros continuaban ladrando.

–¿Te dedicas siempre a esto? –le preguntó el paisano al especialista.

Éste asintió con un gesto de la cabeza.

–Desde hace algún tiempo –respondió al cabo de un momento.

El aldeano dejó escapar un hondo suspiro.

–No es un trabajo muy agradable.

El chófer silbaba una melodía reciente.

–¡Vamos, empuja!

La rueda pareció finalmente encajar en su sitio.

–¡A las buenas noches! –dijeron a coro algunos campesinos que volvían de los campos con las azadas al hombro.

–¡Buenas noches!

El carro dejó por fin expedita la calzada y el automóvil partió velozmente por la carretera.

La noche de octubre había descendido sobre la llanura. La luna, tras haber pugnado inútilmente por salir de las sombras, derramaba ahora su luminosidad glauca a través de los lechos esponjosos de las nubes y de la bruma que, empapadas, saturadas de luz e incapaces de contenerla, la dejaban derramarse despaciosa, quedamente, de modo uniforme, de un confín a otro del horizonte, sobre la planicie inmensa. El cielo parecía ahora untuoso y, junto a él, el horizonte, los campos, la carretera parecían haber sido salpicados de leche.

Había noches de otoño en que el cielo se tornaba insoportable, todo él se sumergía en la luminosidad indiferente, desolada y obsesionante de la luna. Tendidos sobre la tierra, de espaldas, todos nosotros nos decíamos sin duda lo mismo: ¡Dios mío! ¡Qué cielo!

La carretera estaba plagada de baches que se destacaban, grandes y negros, cuando los haces de los faros corrían paralelos sobre ellos, arrebatándoselos a las tinieblas.

Al cabo de una hora, a lo lejos, aparecieron las luces de la ciudad.

¹. *Ballista*, miembro del Balli Kombëtar (Frente Nacional), organización albanesa que colaboró con los ocupantes.

Capítulo VI

El automóvil se detuvo ante el hotel de Albturist. Por las calles mojadas, ante los escaparates iluminados con luces de neón, se veía a algún escaso transeúnte. El aire de la noche era cortante y los viajeros se apresuraron a entrar en el vestíbulo del hotel. No faltaban habitaciones libres, pues la temporada turística había terminado ya.

—¿Quieren las habitaciones del lado del río? —preguntó el administrador en un inglés macarrónico.

—Sí, a ser posible —respondió el cura—. Gracias.

Un botones les ayudó a subir las maletas.

—Hay una buena vista del lado del río —comentó el cura cuando se encontraron en su habitación.

—¿Ha estado usted alguna vez en esta ciudad?

—Sí.

—¿Cuántas veces ha visitado Albania?

—Varias durante los años 1938 y 1939, la última vez a mediados del 42. Pero la situación que encontré entonces era ya completamente distinta.

El general se aproximó a la ventana y apartó la cortina. A lo lejos, sobre la llanura, continuaba imperando la misma luminosidad turbadora de la luna. Volvió a correr la cortina y encendió un cigarrillo.

—¿Bajamos ya al comedor? —dijo el cura.

—De acuerdo.

En el pasillo se encontraron con el especialista, que salía de su habitación con una toalla colgada del brazo.

—¿Viene usted a cenar? —le preguntó el cura.

—Enseguida bajo —respondió el otro.

—El teniente general con el que nos encontramos hace dos semanas en las montañas está cenando abajo en el restaurante.

—¿De verdad?

—Por lo que se ve, están haciendo excavaciones en esta ciudad —dijo el

especialista.

Quince días antes, mientras su coche rodaba por una carretera que bordeaba una extensa meseta, el general, silencioso en su rincón cuando no conseguía dormir, vio de pronto algo sorprendente.

Sobre la ladera de la montaña un grupo de obreros ataviados con la vestimenta de algodón característica de los servicios municipales excavaba la tierra en cuatro o cinco puntos. Más allá, al borde de la carretera, se encontraba detenido un coche y, a cierta distancia detrás de él, un camión con la caja cubierta por una lona. Los dos vehículos eran idénticos a los suyos. Un militar con impermeable permanecía en pie junto al automóvil verde. Al borde de la carretera otro hombre, vestido de negro, le daba la espalda a la calzada.

¿Qué aparición es ésta?, se preguntó el general, todavía aturdido. ¿Acaso estoy soñando? Le parecía estar viendo su propia ladera, a sí mismo, al cura y a los obreros que lo acompañaban. Parpadeó nerviosamente al tiempo que limpiaba con la mano el vaho del cristal. La visión era real.

–Mire un momento allá –le dijo en voz baja al cura.

Éste volvió la cabeza e hizo un gesto de extrañeza.

–Pare, por favor –le pidió al chófer.

El automóvil se detuvo. El general bajó el cristal de la ventanilla y extendió el brazo hacia la derecha.

–Mire aquello de allá –le dijo al experto, quien volvió la cabeza en la dirección que le indicaban.

–¿Qué están haciendo?

–Buscan soldados.

–¿Cómo es posible? ¿Cómo pueden estar haciéndolo sin conocimiento nuestro?

–Están buscando a soldados de los suyos –explicó el especialista.

–¡Ah! ¿De verdad?

–Hace ya un año que nuestro gobierno firmó un convenio con el suyo, pero ellos se retrasaron mucho con los preparativos y no han comenzado hasta este verano.

–Comprendo. ¿Es también general?

–Sí, teniente general. El otro es alcalde de una ciudad.

El general sonrió y dijo:

–Ya sólo falta un general con *hoxha* incluido.

–No tendría nada de extraño –dijo el especialista sonriendo–. Es posible que también a los turcos se les ocurra venir un día en busca de los suyos.

Mientras el general y el experto albanés conversaban, los otros dos extranjeros, que continuaban detenidos al borde de la carretera, se habían vuelto hacia ellos y los miraban con curiosidad.

–Descendamos –dijo el general al tiempo que abría la portezuela–. Son colegas nuestros. No estará de más que nos conozcamos.

–¿Y eso para qué? –dijo el cura.

–Podríamos intercambiar la experiencia que hemos adquirido en este trabajo –respondió el general riendo.

Cuando se aproximaron, el general observó que su colega tenía el brazo derecho amputado. En su única mano sostenía una gruesa pipa negra. El civil era un hombre grueso y calvo.

Una vez hechas las presentaciones, se interrogaron los unos a los otros durante un buen rato hablando en mal inglés, mientras los conductores de los dos camiones se pedían algún pequeño favor. Abrieron y cerraron varias veces las tapas del motor y finalmente parecieron llegar a algún acuerdo entre ellos.

Diez minutos más tarde, tras haberse despedido de sus nuevos conocidos, se pusieron de nuevo en marcha. Ésta era la primera vez que se encontraban después de aquel día.

–Ahí están –dijo el general mientras entraba en el salón del restaurante en compañía del cura. Los otros dos los saludaron con una inclinación de cabeza. Ya habían acabado de cenar y en ese momento reclamaban la cuenta al camarero.

En cuanto a ellos, cenaron casi en silencio. El especialista y el cura intercambiaban algunas palabras a ratos, pero el general permanecía ceñudo y con aire de sentirse ofendido. En cuanto acabó de cenar, el experto subió a su habitación.

El general y el cura se levantaron poco después y se dirigieron al apacible vestíbulo del hotel, donde volvieron a reunirse con el otro militar y el alcalde, que descansaban en sendos sillones, fumando.

–Venimos todas las noches aquí –dijo el alcalde–. Llevamos una semana

entera en esta ciudad y es así como pasamos todas nuestras veladas. ¿Adónde podríamos ir si no? Nos han dicho que esto es agradable en verano y que entonces hay algunos centros de diversión abiertos, pero en esta época no hay turismo y sopla día y noche un viento muy frío del lado del río.

–Podríamos haber venido antes a esta ciudad –dijo el teniente general–, pero todavía no había terminado la liga de fútbol y no nos permitían hacer excavaciones en el terreno de juego en plena temporada.

–¿Pueden ustedes imaginarse un impedimento más sorprendente? –dijo el civil.

–En realidad era una medida razonable –replicó el primero–. Aunque hubiéramos comenzado a cavar por los laterales sin entrar por el momento en el terreno de juego, no habría resultado demasiado agradable oír a los espectadores corear los goles al tiempo que nosotros íbamos sacando los cadáveres.

–Tampoco para los espectadores habría sido un plato de gusto tener a la vista las fosas abiertas durante el desarrollo de los partidos. Vamos, creo yo –dijo el general.

–Es posible que así fuera –terció el teniente general–. Aunque yo no me atrevería a poner la mano en el fuego.

El general detuvo su mirada en la única mano con la que el otro sostenía la pipa y después en la manga vacía del capote, cuyo extremo se hundía en el bolsillo derecho.

Debe de tener el brazo amputado a la altura del codo, pensó. Hacía ya rato que le inquietaba este interrogante.

–¡No comprendo cómo han podido edificar el estadio justo encima del solar del cementerio! –dijo en tono recriminatorio el cura–. El derecho internacional lo prohíbe. Deberían ustedes protestar.

–Ya lo hicimos –dijo el teniente general–, pero resultó que los cadáveres de nuestros soldados no habían sido enterrados por la gente del lugar sino por nuestras propias tropas y, lo que es peor, la operación se llevó a cabo durante la noche; nadie se enteró de nada.

–Yo no doy el menor crédito a esa historia –dijo el hombre vestido de civil.

–Tampoco me convence a mí, aunque tampoco pondría la mano en el fuego

por lo contrario –se apresuró a decir el teniente general.

El general se quedó de nuevo mirando el brazo amputado.

–Pues a nosotros no nos ha sucedido nada semejante –dijo.

–¿Dónde están excavando ahora? –preguntó el alcalde.

El general dijo el nombre de la localidad.

–Tenemos trabajo para varios días –declaró el cura–. Será preciso hacer excavaciones en dos cementerios, uno grande y otro más pequeño.

–Supongo que dispondrán ustedes de listas debidamente confeccionadas.

–Sí, así es.

–Pues las nuestras están elaboradas sobre la base de testimonios verbales.

–Puede decirse que estamos buscando casi a ciegas –añadió el alcalde.

–Les resultará bastante trabajoso.

–La verdad es que mucho –dijo el teniente general–. Probablemente no lograremos encontrar más que a unos centenares de soldados, y la mayoría no podrá ser identificada.

–La identificación es cosa en extremo problemática cuando no se dispone de listas precisas.

–Ustedes, sin duda, dispondrán de indicaciones sobre la talla y la dentadura de cada uno de sus soldados.

–En efecto –respondió el cura.

–Además, según tengo entendido, todos sus hombres llevaban un medallón, ¿no es cierto?

–Ah, sí. Esas chapas de identificación nos resultan de gran utilidad, pues no son algo que se pueda descomponer.

–En cambio nuestras listas ni siquiera contienen la talla de todos los que buscamos, lo cual no contribuye que digamos a facilitarnos las cosas.

–Afortunadamente disponemos de la hebilla metálica del cinturón; representa una gran ayuda para nosotros –dijo el alcalde.

Dos muchachos entraron en el vestíbulo y se sentaron en los sillones próximos a la gran puerta de cristal que daba al jardín del hotel, del lado donde debía encontrarse el río.

–¿Qué desinfectante usan ustedes para los huesos? –preguntó el civil.

–Universal 62.

–Es un producto eficaz.

–No existe desinfectante más eficaz que la tierra.

–Eso es cierto. Pero hay casos en que ni siquiera la tierra es capaz de cumplir ese cometido.

–¿Se les ha dado algún caso de encontrar cuerpos intactos?

–¡Desde luego!

–A nosotros también nos ha ocurrido.

–Es muy peligroso.

–El peligro de infección es constante. A veces ocurre que el microbio resiste largos años a la destrucción y recupera bruscamente su virulencia cuando se desentierran los restos.

–¿Han sufrido ustedes alguna desgracia que deba lamentarse?

–Por el momento, no.

–Tampoco nosotros.

–De todos modos, no debe ahorrarse ninguna precaución.

–Por lo que he podido observar, los enterradores son experimentados.

–Así me lo parece también a mí.

–¿Quieren tomar un café? –preguntó el teniente general.

–No, gracias. Yo ya subo a acostarme –respondió el cura.

–Yo también me retiro –dijo el alcalde–. Todavía tengo que escribir una carta.

Desearon buenas noches a los generales y ascendieron por las escaleras cubiertas por una alfombra roja. En el vestíbulo reinaba el sosiego. Únicamente los dos jóvenes conversaban en el rincón opuesto y, de vez en cuando, podía distinguirse alguna de sus palabras.

El general observaba la gran puerta de cristales, tras la cual reinaba la oscuridad.

–Nosotros estamos ya rendidos, y quién sabe qué fatigas nos aguardan aún.

–Es mal terreno.

–Sí, es un terreno muy duro. Estoy aprovechando el trabajo que hacemos para estudiar algunos aspectos de la táctica de la guerra moderna en las zonas montañosas. Aunque no parece que me vaya muy bien. ¡Con un terreno semejante!

El otro no manifestó el menor interés por el asunto y el general se extrañó un tanto.

–Es curioso –intervino el teniente general–, en el estadio donde estamos ahora excavando veo casi todos los días a una hermosa joven que acude a esperar a su novio mientras él se entrena. Cuando llueve lleva puesto un impermeable azul y se queda allí en silencio, guarecida en un rincón bajo los pilares de la tribuna, siguiendo con la mirada los movimientos de los jugadores sobre el césped. El estadio vacío tiene un aire triste, lúgubre, incluso con los graderíos de cemento que brillan empapados por el agua y las fosas abiertas que se destacan negras al borde del terreno. Lo único hermoso es ella con su impermeable azul. Cuando se encuentra allí, yo me paso el tiempo contemplándola, mientras nuestros obreros cavan más allá, y ésa es la única distracción que disfruto en esta ciudad.

–¿No se asusta al ver cómo desentierran los huesos de los soldados? –preguntó el general.

–Ni mucho menos –replicó el otro–. Simplemente vuelve la cabeza hacia el otro lado y busca con la mirada a su novio que corre tras el balón por el césped.

–¡Qué curioso!

Permanecieron allí largo rato, arrellanados en sus sillones, fumando sus cigarrillos sin pronunciar una palabra.

El general rompió al fin el silencio, casi riendo:

–Somos los más grandes desenterradores del mundo. Dondequiera que se escondan esos soldados muertos, nosotros daremos con ellos. No se nos escaparán.

El teniente general dijo mirándole fijamente:

–¿Sabe? Llevo muchas noches con la misma pesadilla.

–También yo tengo malos sueños.

–Me veo en el estadio donde precisamente estamos haciendo ahora nuestras excavaciones –continuó el teniente general–. Sólo que me parece más grande y las gradas están llenas a rebosar de gente mientras nosotros cavamos. La muchacha del impermeable azul se encuentra también allí. A cada nueva tumba que abrimos, la multitud de espectadores se pone a aplaudir y prorrumpe en gritos, todo el estadio se pone en pie, coreando a voces el nombre del soldado. Yo hago esfuerzos por distinguir ese nombre con el fin de identificar al soldado, pero la voz de la masa me llega ahogada como el sonido de un

trueno y no soy capaz de entender nada. ¡E imagínese que esto me sucede puede decirse que todas las noches!

–Eso se debe a que está usted obsesionado con la identificación de los soldados –dijo el general.

–Sí, se trata de eso sin duda. Ésa es mi más honda preocupación.

El general se acordó de un frecuente sueño suyo, poco más o menos semejante. Él era viejo y lo habían hecho guardián de un cementerio militar en su país, precisamente donde habían sido vueltos a enterrar los soldados que él mismo recogiera en Albania. El cementerio era grande, interminable, y por los senderos que se abrían entre las tumbas iban y venían miles de personas con una suerte de telegramas extraños en las manos, buscando a sus allegados. No lograban dar, al parecer, con las tumbas que buscaban y comenzaban entonces a sacudir la cabeza con gesto amenazante, y así miles y miles, y un miedo inmenso se apoderaba de él. Pero justo en ese momento el cura hacía sonar la campana y todas aquellas personas se esfumaban y él se despertaba.

El general quiso contarle al otro su sueño, pero cambió al poco de idea, pues tuvo el temor de que el teniente general creyera que se lo había inventado.

–No resultará nada fácil la tarea que tenemos por delante –dijo.

–Así es –respondió el otro–. Esto que estamos haciendo es una especie de duplicado de la guerra misma.

–Tal vez sea peor.

Ambos guardaron silencio un rato.

–¿Han sido ustedes objeto de provocaciones en alguna ocasión? –preguntó el general.

–No, no ha llegado a sucedernos, excepto una vez.

–¿Cómo fue?

–Unos niños se pusieron a tirarnos piedras.

–A tirarles piedras...

–Sí.

–¿Y cómo consintieron ustedes semejante ultraje?

–¿Quién ha dicho que lo consintiéramos?

–Es algo realmente asombroso –replicó el general–. ¡Eso es un acto de barbarie!

–Fue un asunto complicado –dijo el teniente general–. Habíamos abierto por error unas tumbas albanesas que nos habían parecido de las nuestras.

–¿Ah, sí?

–Sí, un episodio desafortunado. No quiero ni acordarme. Tomemos otro café.

–Vamos a estar sin pegar ojo hasta por la mañana.

–Qué más da. Así no tendremos pesadillas. A fin de cuentas, todo lo que se repite termina por volverse irritante.

El general sacudió la cabeza.

–Tiene usted razón.

Pidieron dos cafés.

¿Qué más quieres que te diga? Todo lo demás es una crónica monótona. Lluvia y barro, y listas, actas, toda clase de cifras y de suposiciones, toda una tecnología tenebrosa. Además, últimamente me está sucediendo algo extraño. En cuanto veo a una persona, de inmediato y sin pretenderlo comienzo a despojarla primero de los cabellos, luego de los carrillos, de las mejillas enteras, de los ojos, como si fuesen aditamentos innecesarios que me impiden penetrar en su verdadera esencia; y me represento a esa persona desprovista de todo, con la sola calavera y los dientes (el único detalle de su rostro que permanece inalterado). ¿Me comprendes? Tengo la sensación de haberme internado en el reino del calcio.

Capítulo VII

–Eso sucedió al comienzo de la guerra –dijo el camarero en un inglés precario. Tiempo atrás había trabajado durante años en un bar de Nueva York y se diría que todos los murmullos y el golpeteo propios de un café nocturno se hubiesen introducido en su modo de hablar. El general había pedido que alguien de aquella vieja y pétreo ciudad montañesa le relatara la historia de la prostituta. Nadie, le dijeron, conocía mejor los detalles que el camarero del café, aunque se atrancaba un tanto y hablaba muy mal el inglés.

Qué más da si tartamudea, se dijo el general, y si martiriza el inglés cada vez que abre la boca. ¿Acaso toda esta historia no es ya en sí misma un martirio?

Habían leído el nombre de la prostituta por la mañana, en el cementerio militar situado en la periferia de la ciudad. Se trataba de la única mujer entre todos los muertos encontrados hasta entonces y el general se interesó por escuchar su historia, cuando le dijeron que aquella mujer tenía una historia. Probablemente habría pasado indiferente ante su tumba si en su cabecera no hubiese visto una placa de mármol con la inscripción habitual: «Caída por la patria.»

El general había distinguido ya desde lejos la losa blanca. Llamaba la atención entre las cruces torcidas, negruzcas y podridas, entre los cascos oxidados colgados en la cabecera de las sepulturas.

–¡Una lápida de mármol! –dijo el general–. ¿Será de algún oficial superior? Incluso podría tratarse del coronel Z.

Se aproximaron a la tumba y leyeron la inscripción esculpida. Incluía el nombre y apellido de una mujer y su lugar de nacimiento. El general se abstuvo de decirle a nadie que era oriunda de la misma provincia que él.

–Aquello pasó al principio de todo y yo fui uno de los primeros en enterarse de la noticia –dijo el camarero, en el tono propio de quien habla ante un gran auditorio. Tras haber contado tantas veces la historia, había acabado por elaborar cierto estilo personal de narración, consistente en abrir

abundantes paréntesis para expresar sus propias opiniones a propósito de cada suceso. Se trataba de una suerte de retórica que, no obstante, no alcanzaba a convertirse en pomposidad—. No es que tuviera un interés especial por las historias de este estilo, pero mi trabajo en el café hacía que fuera el primero en enterarme de cualquier acontecimiento que se produjera en la ciudad. Eso es lo que sucedió aquel día. El café estaba a rebosar cuando se difundió la noticia, sin que lograra nunca averiguarse quién la había traído. Algunos dijeron que había sido un soldado que partía en dirección al frente griego, después de haber dormido una noche en el hotel de la ciudad y de emborracharse hasta perder el conocimiento. Otros sostenían que la trajo Lame Spiri, quien no tenía cerebro más que para esta clase de cosas. Pero eso carecía de la menor importancia. Lo que nos causó una verdadera y enorme conmoción fue la noticia misma, tanto que no prestamos atención al hecho de que la hubiera traído en verdad aquel soldado borracho o el golfo de Lame Spiri.

»Lo cierto es que, en aquel entonces, no nos sorprendíamos con facilidad, pues eran tiempos de guerra y oíamos contar toda suerte de cosas, tan increíbles como antes no las habíamos oído jamás. Imaginábamos que ya nada podría volver a sorprendernos desde el día en que, por vez primera, vimos los cañones y las piezas antiaéreas, con sus largos tubos, rodando por las calles empedradas con tan terrible estruendo que parecía que se fuera a derrumbar la ciudad entera. Y todavía menos después de presenciar un combate aéreo sobre nuestras propias cabezas, y tantas y tantas otras cosas que vinieron más tarde.

»Tiempo después corrió el rumor de que un vecino de la ciudad se había encontrado, en una garganta de las montañas circundantes, con el viejo Baba Ali, que caminaba apoyado en su bastón, y que el anciano le había hecho las predicciones más aterradoras. Los huesos de gallo degollado no hacían prever sino guerra y sangre. Los muertos aparecían en efecto todos rojos y las gentes esperaban aún peores calamidades.

»Más tarde hubo un tiempo en que no se hablaba de otra cosa en la ciudad sino de aquel piloto inglés derribado en las afueras. Yo pude ver con mis propios ojos la mano del aviador, la sola cosa que había quedado entera de su cuerpo. La vi cuando fue puesta a la vista de la población, en la plaza del ayuntamiento, junto con un jirón de su camisa abrasada. Parecía una especie de

tablón amarillento y en el dedo medio podía distinguirse un anillo que todavía no le habían quitado.

»De modo que asistíamos a numerosos episodios de este género y estábamos habituados a los imprevistos, pero aun así la noticia de que iba a abrirse un burdel nos produjo a todos una fuerte conmoción. Cualquiera otra cosa podíamos esperar menos eso. Tan insospechado era el hecho, que la mayoría al principio ni siquiera lo creyó. Nuestra ciudad es muy antigua, ha presenciado costumbres y tiempos muy diversos, pero algo semejante nunca lo habría esperado. ¿Y cómo iba a soportar, en la vejez, tamaña vergüenza esta ciudad, que había vivido durante toda su historia con honor? ¿Qué podía hacerse? Esta pregunta sumía a la gente en un hondo desconcierto. Algo desconocido y aterrador rondaba nuestra existencia, como si no bastara con la ocupación, los barracones de los soldados extranjeros, los bombardeos, el hambre. No comprendíamos que también esto formaba parte de la guerra, ni más ni menos que los bombardeos mismos, los barracones y el hambre.

»Al día siguiente de aquel en que se corrió la noticia, una delegación de ancianos se dirigió al ayuntamiento, y esa misma noche otro grupo se reunió en el café para redactar una carta dirigida al representante del emperador fascista en Tirana. Estuvieron aquí largas horas, justo en aquella mesa de allá, yendo y viniendo continuamente, mientras los demás permanecían en pie a su alrededor, pedían café, fumaban cigarrillos, entraban y salían para solventar sus asuntos y otra vez regresaban y preguntaban cómo marchaba la cuestión de la carta. Pero no resultaba fácil elaborar el escrito. Numerosas familias se inquietaron y enviaban a los niños para comprobar que los hombres no se estuvieran emborrachando en el café; yo aún me acuerdo de cómo los pequeños, con ojos adormilados, miraban desconcertados desde el exterior de las grandes cristaleras, para marcharse luego tiritando a causa de la humedad de la noche.

»Jamás había tenido que cerrar el café a hora tan avanzada como esa noche. Finalmente la carta quedó terminada y alguien la leyó. No recuerdo bien lo que decía. Sólo sé que, entre otros extremos, en ella se decía que, debido a múltiples razones, enumeradas una detrás de otra, los ciudadanos honestos de nuestra ciudad le rogaban al lugarteniente del emperador que fuera anulada la decisión de abrir una casa de lenocinio, en aras del honor y la prosperidad de

nuestra antigua ciudad de tan nobles tradiciones, cuyos orígenes se perdían en la noche de los tiempos.

»Al día siguiente fue enviada la carta.

»Es verdad que hubo gentes que no deseaban que se redactara tal escrito y que de manera general se mostraban contrarios a toda suerte de carta o petición de tal carácter a las autoridades ocupantes. Pero nosotros no los escuchamos y teníamos confianza en que algo se haría. Nos encontrábamos entonces al inicio de la guerra y todavía no comprendíamos muchas cosas, o las comprendíamos torcidamente, tan torcidamente como marchaba todo en aquel tiempo.

»Es preciso decir que nuestro ruego no fue tenido en cuenta. Al cabo de varios días llegó un telegrama: «La casa pública será abierta por razones de orden estratégico, stop». El viejo telegrafista, que fue el primero en leer el despacho, no comprendió al principio lo que significaba aquella expresión. Algunos dijeron que se trataba de una de esas claves secretas que tanto se utilizaban por entonces y que ocultaban extraños significados. Incluso hubo quien afirmó que se trataba de la apertura de un nuevo frente y que el lenguaje castrense era muy complicado. Pero nada de aquello respondía a la verdad y quienes escuchaban todas las noches las emisoras de radio sabían de sobra lo que significaba la expresión «de orden estratégico». Más tarde todo quedó claro: era en efecto un prostíbulo lo que se abriría y no un segundo frente.

»Al cabo de unos días se conocieron los detalles. La casa pública iba a ser instalada por las tropas de ocupación y *ellas* debían venir del extranjero.

»En aquella época, en nuestra ciudad no había otro tema de conversación. Quizá en sus casas las gentes hablaran también de otros problemas, pero en el café se pasaban el día y la noche enteros rumiando el asunto. Todos querían saber en qué consistiría aquella cosa desconocida y cómo serían *ellas*. Quienes, muy escasos, habían pasado algún tiempo en la emigración satisfacían la curiosidad de los demás relatando en torno a las mesas donde todos tomaban café múltiples historias relacionadas con el tema. Se sobrentiende que lo que contaban eran tanto episodios verdaderos como inventados y cada cual hacía esfuerzos por parecer el mejor conocedor del asunto contando las cosas más chocantes. Oyéndolos hablar de los lupanares de Japón y Portugal, se diría que conocían palmo a palmo esos países y sabían

el nombre y apellidos de todas las putas del mundo.

»Quienes los escuchaban, sobre todo los que tenían hijos crecidos, se mostraban inquietos y sacudían la cabeza con desesperación. En cuanto a las mujeres, en sus casas, sin duda las corroía todavía más el desasosiego y habría resultado difícil decir por quiénes se inquietaban más, si por sus hijos o por sus maridos. Los de más edad consideraban el fenómeno como el más funesto presagio de los tiempos, y esperaban con el corazón desgarrado y el alma encogida algún otro castigo todavía más severo de parte del Señor omnipotente. Desde luego, también hubo quienes se regocijaron, pues en el mundo hay gente para todo, pero ninguno osó siquiera expresar abiertamente su alegría y, además, quienes así pensaban eran muy escasos. Había hombres a los que no les iba bien con sus esposas, pero había también algún que otro aficionado a las mujeres, y sobre todo unos cuantos jóvenes solteros que se pasaban el día leyendo novelas rosas y no sabían qué hacer cuando llegaba la noche. Algunos trataban de consolarse a sí mismos y a los demás afirmando que de allí en adelante los soldados extranjeros dejarían por fin en paz a nuestras muchachas, ya que dispondrían de las suyas. Pero se trataba de un pobre consuelo.

»Antes incluso de que el prostíbulo se abriera comenzaron las desgracias. Dos hombres fueron detenidos porque habían dicho que aquello se hacía con la intención de introducir el modo de vida extranjero y la degeneración en Albania, y que formaba parte de un amplio plan para la desnacionalización y la fascistización del país. El suceso provocó que la gente comenzara a hablar en voz baja del asunto, y únicamente los viejos y las viejas maldecían sin temor cuando se mencionaba la futura casa pública.

»Por fin, *ellas* llegaron. Las trajo un vehículo militar de color verde. Lo recuerdo como si fuera hoy mismo. Acababa de caer la tarde y el café estaba a reborde de gente. Al principio no entendía por qué los clientes se levantaban de sus asientos y se acercaban a los ventanales para mirar afuera, hacia la plaza del ayuntamiento. A continuación, algunos se precipitaron al exterior mientras otros preguntaban qué es lo que sucedía. Muchas mesas quedaron vacías y fue la primera vez que se me marchaba tanta gente sin pagar los cafés. Salí también yo, sin poder dominar más la curiosidad. También salieron los parroquianos del otro café, el de enfrente, y del círculo de cazadores habían

salido los curiosos, que se agolpaban en la acera para contemplar la escena. El vehículo se había detenido justo delante del único monumento de nuestra ciudad, ante el ayuntamiento, y ellas acababan de descender y miraban con sorpresa en derredor. Eran seis y se las veía cansadas, extenuadas por el largo viaje. Las gentes, rodeándolas, desorbitaban los ojos, como si se tratara de bestias extrañas, mientras ellas mismas observaban con gesto tranquilo y algunas sonreían con indiferencia y hacían comentarios entre sí. Tal vez estuvieran sorprendidas al encontrarse así, tan de pronto, en esta extraña ciudad toda de piedra, porque nuestra ciudad, a la hora del crepúsculo, adquiere un aspecto algo fantasmal, con los contrafuertes de la fortaleza en lo alto y los minaretes que se alzan silenciosos, con las agujas recubiertas de hojalata refulgiendo bajo los rayos del sol poniente.

»Entretanto, la plaza se había llenado de gente, de chiquillos sobre todo, que les decían palabras en esa lengua extranjera aprendidas de los soldados. Los mayores apartaban a los niños y observaban en silencio, sin decir una palabra, y resultaba difícil darnos cuenta de lo que verdaderamente sentíamos en nuestro interior en aquellos instantes. Una sola cosa acabamos de entender bien esa tarde. Comprendimos que todos los cuentos sobre los lupanares de Tokio o de Honolulu eran algo radicalmente distinto de lo que teníamos delante, que esto era de una naturaleza más honda, mucho más entristecedor y lastimoso.

»Acompañado de algunos extranjeros y de un empleado del ayuntamiento, el pequeño grupo, perseguido por los chiquillos, se encaminó hacia el hotel como un rebaño dócil. Fue allí donde las extrañas huéspedes de nuestra ciudad debieron dormir esa noche.

»Al día siguiente se las instaló en una casa de dos plantas rodeada de un jardín, situada en pleno corazón de la ciudad. En la puerta colocaron un pequeño letrero con los horarios establecidos para los civiles y los militares. Todos nosotros vimos el letrero más tarde, pues durante los primeros días la calle donde se alzaba la casa quedó completamente vacía, como si la peste hubiera caído sobre ella. Por allí no se internaba ni un alma. Incluso más adelante, cuando comenzamos a pasar por ella, aquella calle nos parecía la más fea, la más retorcida y la más sórdida de la ciudad. Nos producía el efecto de una cosa extraña, de algo envilecido para siempre, lo mismo que una

mujer manoseada. Luego situaron a un miliciano allí, con la misión de espiar a las personas que cambiaban de calle y poco a poco, al cabo de algún tiempo, todo el mundo volvió a pasar por el lugar; al comienzo los niños, después también los demás, pues la gente tenía sus preocupaciones y asuntos y no estaba para andar dando rodeos por la callejuelas. Sólo algunos viejos y viejas se juramentaron para no hacerlo y no volvieron jamás a pisar la zona, pasara lo que pasase.

»Eran por cierto, aquellos, días negros y cargados de inquietud para todos. Nuestra ciudad no había conocido nunca mujeres de mala vida y los escándalos familiares, por causa de celos o de traiciones, eran algo muy raro. Pero he aquí que, inesperadamente, este punto negro se instalaba en pleno centro de la ciudad. La alarma de la gente cuando se corrió la noticia al principio no era nada frente a la de ahora, cuando la casa pública quedó verdaderamente abierta. Los hombres se marchaban temprano a sus casas y el café quedaba vacío enseguida. Las mujeres sospechaban si sus maridos o sus hijos se retrasaban y se ponían como locas. *Ellas* eran como un tumor en el corazón de nuestra ciudad. Las gentes se tornaron nerviosas y en los ojos de no pocos de los hombres y los jóvenes podía descubrirse de vez en cuando cierta turbulencia.

»Al principio, puede imaginarse, nadie frecuentaba el lugar, y *ellas* se habrán sin lugar a dudas sorprendido y habrán comentado lo extraño que es este pueblo que no siente la menor preocupación por las mujeres. O tal vez ellas mismas se dieran cuenta de que eran extrañas en este país y de que formaban parte de las tropas de ocupación, de que eran enemigas para todos nosotros.

»El primero que visitó la casa fue el perdido de Lame Kareco Spiri. La tarde en que entró allí, la noticia corrió como la pólvora; así que, cuando salió, las ventanas de las casas estaban llenas de gente que lo miraban con ojos desorbitados, lo mismo que si Cristo hubiera resucitado. Lame Spiri caminaba ufano por la calle, sin la más leve muestra de pudor. Incluso, mientras se alejaba, saludó con la mano a uno de los que miraba desde su ventana. Fue justo en ese momento cuando, desde una de las casas, una vieja le tiró un cubo de agua. Todas las prostitutas salieron entonces al balcón y contemplaron, con sorpresa y entre risas, a la multitud que abarrotaba las

ventanas de las casas situadas enfrente. Las viejas se pellizcaban las mejillas, insultaban y maldecían a las otras mediante un gesto consistente en tender el brazo, con la mano alzada y los cinco dedos extendidos en dirección a la persona en cuestión, característico de nuestra ciudad. Pero *ellas* no parecían entender nada de esto y no hacían más que reírse.

»Así fue como sucedieron las cosas al principio. Luego las gentes se acostumbraron también a este nuevo fenómeno. Hubo incluso alguno que empezó a acudir a escondidas, en una noche oscura, a la casa que tantos tormentos nos ocasionara. Pasado un tiempo, *ellas* acabaron, por así decirlo, por introducirse en nuestra vida cotidiana.

»A menudo sucedía que salían al balcón al atardecer, fumaban, contemplaban con gesto turbado las montañas en torno y sin duda pensaban en su lejano país. Permanecían en esta actitud largos ratos, en la penumbra, mientras el almuédano, desde lo alto del minarete, cantaba el *ezan* con voz monótona, tras lo cual la gente regresaba del bazar a sus casas.

»Pasó algún tiempo más y ya no sentíamos ningún odio particular hacia *ellas*. Hasta había gente que les tenía lástima. Decían que las habían movilizadas como al resto de los soldados y que eran mantenidas con fondos del ejército. De cuando en cuando ocurría que a causa de *ellas* se producía alguna desgracia. Así, por ejemplo, fue arrestado un colegial por haber utilizado la expresión «militarismo de las putas». ¿Qué podían hacer *ellas*, las infelices? Cosas así eran corrientes.

»Parecía que, poco a poco, la gente comenzaba a acostumbrarse a su presencia. Ya no se les desplomaban los cielos sobre la cabeza cuando se las encontraban casualmente en alguna tienda, o los domingos en misa, excepción hecha de las viejas, quienes rogaban día y noche que una “bomba del inglés” cayera sobre la casa maldita. Era la ocupación y había sobrados motivos de pesar en nuestra existencia, aquel no era sino uno más que venía a sumarse al resto. Estoy convencido, por otra parte, de que había días en que *ellas* deseaban lo mismo que las viejas.

»El frente ítalo-griego no estaba lejos y por las noches se podía oír el estampido de los cañones. Nuestra ciudad servía de lugar de parada tanto a las tropas de refresco que se dirigían al frente para sustituir a otras unidades como a las que regresaban de él.

»Con frecuencia, de la puerta de la casa pública colgaba un cartel con la inscripción: “Mañana no se recibe a civiles”, y todo el mundo comprendía que se preparaba un movimiento de tropas para el día siguiente, no obstante lo cual el cartel era completamente inútil, pues ningún civil visitaba la casa durante la jornada y mucho menos cuando había militares; a excepción, claro está, de Lame Kareco Spiri, que entraba y salía a cualquier hora y cuando se le antojaba.

»En aquellos días, nosotros pasábamos de vez en cuando por la calle para ver a los soldados procedentes de la primera línea del frente, que esperaban formando grandes colas ante la puerta, mugrientos, sin afeitarse ni lavar. No se apartaban de la fila ni aunque se pusiera a llover y sin duda habría sido más fácil desalojarlos de sus trincheras que de esa larga cola, retorcida y triste que parecía no tener fin. Mientras esperaban bajo la lluvia se entregaban a bromas procaces, se rascaban los piojos, se lanzaban palabras groseras y disputaban entre sí acerca de los minutos que permanecerían dentro. De suyo se comprende lo difícil que debía resultar para *ellas*, pero no podían sino someterse pues, a fin de cuentas, estaban movilizadas.

»Al caer la tarde, la fila iba reduciéndose hasta que por fin marchaba el último de los soldados, la puerta se cerraba y todo quedaba en calma. Por lo general, al día siguiente de estas jornadas agotadoras, *ellas* tenían aspecto de estar rendidas, los rostros pálidos y los ojos más extraviados que nunca. Se diría que aquellos soldados procedentes del frente descargarán sobre las infelices muchachas toda la extenuación, la lluvia y el barro, los reveses de las trincheras, para marcharse después, aliviados y satisfechos, como si se hubieran desembarazado de una pesada carga, mientras *ellas* se quedaban aquí, en nuestra ciudad, a escasa distancia del frente, a la espera de otros soldados, apurando así hasta el final el veneno de la retirada.

»Tal vez todo hubiera continuado indefinidamente de esta suerte y no hubiese sucedido nada extraordinario, ya que, a fin de cuentas, la vida sigue siempre su curso. Quizá *ellas* hubiesen pasado todo el tiempo que durara la guerra en nuestra ciudad, viendo consumirse sus oscuros días al son de la voz monótona de los *hoxhas*, recibiendo y despidiendo largas hileras de soldados que el destino dispersaría luego quién sabe dónde. Sí, las cosas bien podían haber sucedido de este modo pero, un buen día, el hijo de Ramiz Kurti rompió

con su prometida.

»Nuestra ciudad es pequeña y acontecimientos de este género causan no poco ruido. Con mayor motivo si se tiene en cuenta que raramente en todo el país podrá encontrarse una ciudad o aldea en la que se produzcan menos divorcios que aquí, entre nosotros. La ruptura del hijo de Ramiz Kurti con su prometida provocó un gran escándalo. Durante muchas noches seguidas, toda la parentela de Ramiz se reunió en su casa para deliberar acerca del asunto y para obligar al hijo de Ramiz mediante toda clase de amenazas a que volviera con su novia. El muchacho se obstinaba en lo suyo y no aceptaba ni muerto ni vivo doblegarse a los deseos de la familia. Mas lo peor de todo era que no aducía razón alguna y en vano se esforzaron los suyos por averiguar la causa de su distanciamiento. Se pasaba el día entero en un estado de abatimiento, silencioso y pensativo, se debilitaba y empalidecía cada día que pasaba, como si hubiera sido víctima de alguna hechicería.

»Entretanto, la familia de la joven reclamaba explicaciones. Sus parientes, que eran tantos como los del muchacho, se reunieron para sopesar el asunto, y enviaron dos mensajeros a casa de Ramiz Kurti en demanda de los motivos de la ruptura. Pero no había forma de que éstos salieran a la luz y los enviados tuvieron que marcharse, ceñudos y furiosos, advirtiendo que no consentirían que nadie arrastrara su honra por los suelos. Esto significaba que después de las palabras se dejarían oír las armas; y, en efecto, las armas hablaron, pero de modo distinto al que cabía esperar.

»Justo durante los días en que ambas familias llevaban a cabo las últimas deliberaciones, al tiempo que sentían que su vieja amistad, nacida junto con el compromiso del niño y la niña cuando aún estaban en las cunas, se transformaba en enemistad, en una enemistad larga y amenazadora, se supo la verdadera causa de la ruptura del vínculo. Y el motivo era tan simple como vergonzoso: el hijo de Ramiz Kurti frecuentaba la casa pública y siempre visitaba a la misma mujer.

»Más tarde, nosotros nos devanaríamos una y otra vez los sesos tratando de comprender la verdadera naturaleza de sus relaciones con la extranjera. ¿Acaso la amaba de verdad? ¿O quizá había sido *ella* quien se prendara de él? Nadie sabe a ciencia cierta lo que sucedió entre los dos. Nunca pudo conocerse la verdad.

»El día mismo en que se corrió el rumor, hacia el anochecer, Ramiz Kurti, con el rostro lívido, descubierto y con el bastón en la mano, bajó del barrio alto y se dirigió hacia la casa de lenocinio. Caminaba con los ojos convertidos en hielo y, sin lugar a dudas, en aquellos instantes su estado mental no era normal. Pueden imaginarse la sorpresa que habrán experimentado *ellas* cuando vieron al viejo pálido empujar con el bastón la puerta de hierro de la casa y penetrar en su interior. Se encontraban en ese momento en la veranda y, cuando el viejo subió las escaleras, una se echó a reír, pero quién sabe por qué a las demás la risa se les quedó congelada en los labios y en la terraza se hizo un silencio de muerte. El viejo señaló con el bastón a aquella a quien frecuentaba su hijo (dicen que la reconoció por el cabello) y la muchacha, sumisa, se dirigió hacia su habitación, imaginando que el otro era uno de los de siempre. El viejo la siguió. Después, mientras se disponía a desnudarse, la joven levantó la cabeza y vio el rostro de él, con una expresión anormal, tan ajena al deseo, como si fuera una máscara. Gritó de terror. Tal vez el viejo no habría disparado de no ser por el grito. El chillido parece que lo sacó de su estado de trance. Disparó tres veces, después arrojó el arma y se marchó como si estuviera borracho entre los gritos de las muchachas.

»A Ramiz Kurti lo colgaron tres días después. Su hijo se esfumó.

»Era el mes de octubre y de las gargantas de las montañas soplaban un viento frío que no cesaba de día ni de noche. No obstante, la muerta tuvo un entierro imponente con coronas de flores, música y salvas de fusil. Los fascistas consiguieron reunir en las calles una verdadera multitud de gente, sacándola de los cafés y obligándola a acompañar a la difunta al cementerio. Nosotros caminábamos sin decir palabra, mientras el viento nos abrasaba la cara. La habían colocado en un vehículo militar, dentro de un hermoso ataúd rojo. La banda de música tocaba una marcha fúnebre y sus compañeras lloraban.

»Jamás nuestra ciudad había acompañado el féretro de una mujer extranjera, mucho menos de una mujer así. Todos nos sentíamos como aturcidos y experimentábamos una sensación de vacío en el alma. Yo contemplaba las altas nubes en el cielo y, mientras caminaba, pensaba una y otra vez en el destino de aquella mujer. Quién sabe qué fatalidad había empujado a la infeliz para venir de tan lejos, en compañía de aquellos

soldados cubiertos con cascos, de retaguardia en retaguardia, hasta llegar a nuestra ciudad, donde estaba escrito que encontraría la muerte y arrastraría, junto con ella, a otros a la perdición.

»La enterraron en el cementerio militar y sobre su tumba colocaron esa lápida de mármol que vieron ustedes esta mañana. Habían grabado en ella la fórmula acostumbrada: “Caída por la patria”, la misma que podía leerse en la cabecera de la tumba de cualquier soldado.

»Pasados algunos días llegó una orden de la capital y el burdel fue clausurado. Recuerdo como si fuera hoy mismo aquella mañana fría en que *ellas* llegaron, con las maletas en las manos, a la plaza del ayuntamiento, a esperar el vehículo militar que habría de recogerlas. Los viandantes se detenían en las aceras para mirarlas. *Ellas* se mantenían pegadas unas a otras, con las solapas levantadas para protegerse del frío, tiritando, más desamparadas que nunca.

»Subieron al camión, y cuando éste se puso en marcha hubo alguno que las saludó tímidamente con la mano. *Ellas* respondieron al saludo, aunque no como suelen hacerlo esta clase de mujeres; había en su gesto algo diferente, algo en lo que se adivinaba la amargura, la derrota. Nosotros permanecimos allí mirándolas marchar y, sin embargo, no éramos capaces de sentir especie alguna de alivio por su partida. Porque siempre habíamos creído que la festejaríamos incluso con banquetes. Pero he aquí que sucedía de modo bien diferente. *Ellas* se iban, en efecto, pero, ¿qué ganábamos nosotros con eso? Todo lo demás continuaba igual, la guerra proseguía, los fascistas montaban guardia ante nuestras puertas y nosotros no podíamos esperar nada mejor bajo la ocupación.

»Dios sabe adónde irían a parar las infelices, seguramente a alguna otra pequeña ciudad próxima al frente, allí donde se detenían las tropas que marchaban a primera línea y donde recalaban por una noche las que volvían de ella. Y de nuevo su existencia se vería sin duda llena de largas colas de soldados extenuados y mugrientos, que descargarían sobre *ellas* toda la amargura y la humedad de la guerra...»

Capítulo VIII

El general, de pie a la entrada de su tienda, contemplaba el horizonte gris. Los jirones de niebla se alzaban y caían sobre las abruptas laderas, envolviendo a intervalos unos trechos y descubriendo otros. En ocasiones las nubes descendían a tal punto que cubrían el techo de la tienda. El general se había alzado el cuello del capote y escuchaba a su espalda el susurro de la lona que parecía tiritar de frío bajo el viento.

Pocos pasos detrás se encontraba estacionado el automóvil y, un poco más allá, el camión. El cementerio no tenía límites bien definidos. Serpenteando de un lado a otro, las torrenceras habían ido arrancando tanta tierra como habían podido, para acabar por depositarla en algún lugar, abajo en el valle.

Se oía el rítmico golpeteo de los picos en la tierra endurecida. De vez en cuando los hombres se agrupaban en algún lugar y el general sabía entonces que un nuevo cadáver había sido exhumado. Ahora, lo adivinaba ya sin verlo, el obrero más joven aproximaba las bombonas del desinfectante, se procedía como de costumbre a fumigar los restos recién hallados, el especialista se inclinaba para medir la talla del esqueleto, mientras el cura trazaba una cruz roja en la lista al costado de uno de los nombres y, cuando la estatura no correspondía a la anotada en el papel, añadía un signo de interrogación.

El general era capaz de representarse hasta los menores detalles de lo que sucedía ahora allí, en el pequeño corro de personas, comenzando por el rostro helado del cura hasta los ademanes del experto albanés al tiempo que manipulaba entre sus manos la cinta métrica. Lo miden por segunda vez, se decía el general cuando el grupo tardaba en dispersarse. Eso significa que habrá que añadir un nuevo interrogante a la lista.

Después el más joven de los obreros, el que vestía un jersey, corría hasta la tienda de campaña y regresaba con un saco de nailon, un precioso saquito azul con dos largas franjas blancas, orlado con una cinta negra, producción de la marca Olimpia y confeccionado de encargo. Por medio de unas pinzas que manejaba con sus largos dedos, el experto recogía el medallón y lo depositaba

en una caja metálica.

Un día nos hicieron pasar a todos una minuciosa revista para comprobar si conservábamos nuestra chapa de identificación. Alguno había ido con el cuento de que mi compañero había tirado la suya. «¿Qué has hecho con tu medallón?», le preguntó el teniente cuando se desabrochó la guerrera y le mostró el pecho desnudo. «No lo sé», le respondió, «debo de haberlo perdido». «¿Lo has perdido? Pues a mí me han dicho que tú mismo lo has tirado por ahí. ¡Mamarracho! Morirás como un perro y nadie podrá reconocer tu cuerpo. ¡Y seremos nosotros quienes tendremos que responder por ello! ¡Largo! ¡Estás arrestado!», aulló. Y a los dos días le entregaron una chapa nueva.

Cuando el grupo se separaba significaba que los restos habían sido introducidos en la bolsa de nailon y que en su borde superior se había colocado la etiqueta con el nombre del soldado y el número de orden con que figuraba en la lista. Luego, el mismo obrero regresaba a la tienda transportando el saco y una vez más se reanudaba el golpeteo sordo y cadencioso de los picos que se hundían en la tierra húmeda.

¿Quién será el que acaban de encontrar?, se preguntaba una vez tras otra el general mientras observaba a los hombres que volvían a reunirse entre las tumbas. Y siempre que esto ocurría acudían a su memoria aquellas caras silenciosas y sombrías en la sala de espera de su casa, allá lejos, durante aquellos días lluviosos, apenas regresados de la playa. Todos los que acudían a verlo lo hacían para hablarle de los suyos. Algunos se hacían entender mejor, otros eran menos locuaces; unos llevaban consigo montones de fotografías, paquetes enteros de cartas; otros en fin no poseían nada, sólo el lacónico despacho del Ministerio de la Guerra.

El general se envolvió estremecido en su capote y lanzó una mirada hacia el noroeste.

Allí está el monolito, pensó, justo en el cruce de caminos, en el lugar donde el regato del viejo molino abandonado hace oír su chapoteo. Si el día fuera claro, se distinguiría desde aquí. Hoy está envuelto en la niebla.

Cuando la niebla comenzaba a moverse le parecía que de un momento a

otro podría ver destacarse el monumento, alto y delgado, revestido de losas de piedra blanca, y tras él las arcadas en ruinas de una vieja mansión, los escombros, restos de piedras calcinadas y, aún más allá, a la salida de la aldea, el molino quemado y abandonado, el agua de la represa gorgoteante, la única cosa que no había sido posible quemar ni destruir. En el frontis de la estela, esculpida con letras mayúsculas deformes, se leían las siguientes palabras: «Por aquí pasó el funesto Batallón Azul, que quemó y devastó esta aldea, asesinó a nuestras mujeres y niños y colgó a los hombres de los postes del teléfono. A la memoria de sus muertos, el pueblo erige este túmulo». La aldea había sido reedificada más abajo, en el valle, y sólo los postes del teléfono, pintados de betún en la base, apuntalados en algunos casos con vigas de refuerzo –aquellos mismos postes de los cuales, según contaban, el coronel Z. había colgado a los hombres con sus propias manos– permanecían en el mismo emplazamiento, unos más altos que otros según el relieve del terreno, con los cables siempre tendidos en el espacio.

Mas también estos postes se hallaban envueltos en el manto lechoso de la niebla y, desde el lugar en que se encontraba, el general no podía verlos. Era como si, allá abajo, sobre el túmulo, los postes, el viejo molino y los arcos a medio derruir se hubiera tendido un inmenso telón blanco, en vísperas de una gran inauguración.

–Va usted a coger frío –dijo el cura al tiempo que penetraba en la tienda–. Hay mucha humedad y el viento es muy fuerte.

El general lo siguió al interior. Era la hora de comer.

–¿Qué, cómo han ido las cosas?

–Bien. Si mañana los cooperativistas de la aldea nos ayudan en la otra orilla del torrente, creo que dentro de cuatro días podremos largarnos de aquí.

–Confío en que vengan; excepto las mujeres y los viejos, pues consideran un sacrilegio abrir las tumbas.

–Es posible que vengan también las mujeres y los viejos. No me extrañaría nada que este trabajo les produjera una secreta satisfacción.

–No creo –dijo el general–. ¿Quién va sentir satisfacción abriendo tumbas?

–Bien podría tratarse para ellos de una especie de venganza aplazada.

El general se encogió de hombros.

–Por añadidura, se trata de un trabajo remunerado –continuó el cura–. Les

pagamos bien y a los aldeanos les interesa contratar con nosotros. Con el jornal de unos días de trabajo pueden comprarse un pequeño aparato de radio. Les encantan las radios.

–Ya me he dado cuenta –dijo el general–. Las tienen siempre puestas a todo volumen. Aunque tampoco habría estado mal que nosotros hubiéramos traído un transistor.

–No nos acordamos.

–Empiezo a estar harto de esta tienda.

–Y además hace más frío cada día que pasa. Espero que sea la última vez que la montamos en esta zona.

–Pues me parece que aún nos queda otro lugar donde hacer excavaciones, arriba en las montañas, en las proximidades de una ruta militar ahora abandonada.

–¿Sí?

–Se trata de los soldados que vigilaban el paso de la carretera, o de un puente, no lo recuerdo bien.

–Entonces deben de ser bastantes.

–Sí, son un buen puñado y he pensado que los dejemos para el verano próximo. ¿Quién se adentra allá arriba en la montaña con este tiempo?

Afuera se oyó el ruido de un motor. El cura salió a mirar.

–¿Qué sucede? –preguntó el general cuando el otro regresó al interior.

–Nada. Traen una bombona nueva de desinfectante.

El general sacó las fiambreras y comieron un almuerzo ligero y frío, en silencio, tras lo cual el general se acostó en la cama de campaña; el cura cogió un libro y se puso a leer.

¿Qué es lo que habrá podido hacer con la viuda del coronel?, se preguntó el general al tiempo que observaba el perfil del cura y su cabellera negra y suave, en la que aún no se distinguía una sola cana.

¡Qué encantadora estaba!, se dijo, colocando ambas manos bajo la nuca, con los ojos fijos en la lona del techo, que temblaba suavemente sobre él sacudida por el viento. Las gotas de lluvia comenzaron a golpetear de nuevo sobre ella.

El cielo era azul, todo azul, continuó con su ensoñación, siempre mirando la tela malva, oblicua, sobre su cabeza. Y aquella mujer estaba tan hermosa

bajo aquel cielo que resultaba casi inevitable preguntarse por qué tenían que existir mujeres tan hermosas...

Tenía la sensación de que todo aquello había tenido lugar muy atrás, en el remoto pasado, y no en el mes de agosto último, durante uno de esos ocasos extraordinarios en que el sol enrojecía como un enorme ojo cansado y aquí y allá, a trechos, temblaban tenues y todavía inciertas, en los confines del horizonte, las primeras huellas hechas jirones del crepúsculo. La orilla del mar se llenaba entonces de gentes paseando y ellos, en compañía de todas sus amistades, permanecían sentados en la terraza del gran hotel y contemplaban el sol que moría y las barcas y las gaviotas sobre el mar. Acudían allí todos los días, a presenciar el espectáculo, y sólo cuando el sol se hundía en el mar y los grandes rótulos luminosos de los hoteles y los más pequeños, verticales, de las salas de fiesta se iluminaban a lo largo de toda la playa, sólo entonces se levantaban para pasear en compañía de los niños por la arena.

Aquella tarde la terraza estaba llena de gente y los rayos del sol arrancaban de los vidrios destellos purpúreos. ¿De qué hablaban? Le resultaba difícil recordarlo. Era una de esas conversaciones convencionales que se extinguían junto con el día sin dejar otra huella tras de sí que las botellas vacías sobre la mesa, esas botellas alargadas de refrescos con sus variopintas etiquetas que aparecen en los anuncios de la televisión.

En un momento determinado tuvo la sensación de que alguien lo miraba con insistencia desde una mesa vecina. Se volvió con parsimonia y su mirada se cruzó por vez primera con la de ella, a continuación con la de una dama anciana, luego con la de un hombre y, finalmente, con la de un segundo varón. Aquellas personas hablaban de él. Después de haber intercambiado entre ellos algunos movimientos de cabeza volvieron a fijar sus miradas en él con idéntica insistencia, al tiempo que la joven mujer esbozaba una sonrisa. Pasado un instante, uno de los hombres se levantó de pronto y se dirigió hacia él, con aire de cierta timidez.

—¡Mi general!

Así fue como entabló conocimiento con la familia del coronel Z. Todos ellos habían acudido a esa playa con el único propósito de encontrarse con él; la joven viuda, todavía hermosa, del coronel, la vieja dama —su madre— y sus dos primos.

–Hemos sabido que le ha sido encomendada a usted esa sagrada y sublime misión –dijo la anciana–, y nos sentimos muy honrados de conocerlo. Por otra parte, es por eso por lo que hemos venido aquí.

–No cesamos de buscarlo hasta el fin de la guerra –continuó hablando la dama–. Por tres veces envié emisarios en pos de su paradero y todos ellos regresaron con las manos vacías. El cuarto nos engañó, se embolsó el dinero y desapareció. Cuando hemos oído decir que iría usted a ese país, sentimos renacer nuestras esperanzas. Oh, sí, hijo mío, ahora tenemos depositadas nuestras esperanzas, grandes esperanzas, en usted.

–Haré todo lo que pueda, señora. No escatimaré esfuerzo alguno.

–¡Era tan joven y virtuoso! –exclamó la anciana con los ojos arrasados en lágrimas–. Todo el mundo afirmaba que llevaba dentro un verdadero genio militar. Es lo que nos decía también el ministro de la Guerra cuando vino a presentarnos sus condolencias. Es una gran pérdida, una pérdida para todos nosotros, eso decía. Mas se trataba de mi hijo y soy lógicamente yo quien debe cargar con el mayor peso de esta desgracia. Tú también, Betty, desde luego, te ruego que me perdones, querida mía. Tú, que te has revelado tan digna de él, tan fiel a su memoria. ¿Recuerdas la última vez que vino desde Albania, con un permiso de quince días? Quince días tan sólo y tuvimos que celebrar vuestra boda deprisa y corriendo, pues el tiempo apremiaba. Él desempeñaba tan importantes funciones que no podía ausentarse por más tiempo de aquel maldito país. ¿Te acuerdas, Betty?

–Sí, madre, ¿cómo podría olvidarlo?

–¿Recuerdas que derramaste amargas lágrimas desde lo alto de la escalera mientras él vestía su uniforme; que yo trataba de consolarte, de tranquilizarme a mí misma, cuando de pronto nos sobresaltó una llamada de teléfono? Era del Ministerio de la Guerra, el avión debía despegar media hora después. Nuestro infortunado hijo bajó las escaleras de cuatro en cuatro, nos abrazó a las dos y partió. ¡Oh! Discúlpeme –dijo la anciana–, le pido perdón por desahogarme de este modo, soy muy sentimental –se enjugó las lágrimas–; siempre lo he sido.

Durante los días que siguieron, profundizaron aún más sus vínculos de amistad y la familia del coronel se incorporó a su círculo de habituales. Jugaban juntos al tenis, se bañaban, daban paseos en barca e iban a bailar por las noches a las salas de la costa. La mujer del general no se sentía demasiado

complacida con esta nueva amistad, pero, según su costumbre, procuraba no evidenciarlo. Le disgustaba ver a su marido pasear tan a menudo con Betty sobre la arena ardiente; la silueta perfecta, la arrebatadora cabellera rubia y el resto de los atractivos de aquella mujer no cesaban de provocar sus celos. Sí que es curioso. Me gustaría saber de qué habláis tanto tiempo los dos solos. Del coronel, únicamente del coronel. ¿Del coronel? Sí, ¿te parece extraño? Que la vieja se pase el día haciéndolo, puedo entenderlo, pero que ella no haga otra cosa... No está bien que hables de ese modo. Son personas que se encuentran en un grave aprieto; me han rogado que acuda en su ayuda, es lo menos que puedo hacer. Hay que tener humanidad... Ya, humanidad... No acabo de comprender tu ironía, y de manera general no comprendo qué puede pintar la ironía en una situación así, en que está de por medio la muerte. Ya está bien, me hago cargo perfectamente de lo que le inquieta a la viuda del coronel. No cesa un momento de dar a entender a quien quiera oírla que espera con ansiedad el regreso de las cenizas de su marido. No hace otra cosa que hablar de él en todo lugar y en todo instante. Pues esa exagerada vehemencia por un esposo muerto hace ya veinte años, con el que no convivió más que dos semanas, tiene una única explicación. ¿Qué quieres decir? ¿Qué explicación es ésa? Muy sencillo, simplemente que trata de embaucar a su suegra, que con la edad se ha vuelto chocha. La pobre vieja cree a pies juntillas que su nuera no ha olvidado ni por un momento a su querido hijo; y, claro está, eso le complace, le sirve de consuelo. ¿Y qué? ¿Cómo que y qué? ¿Por qué finges no comprenderlo? La vieja condesa es inmensamente rica y no tiene otros herederos. Un buen día, a no tardar mucho, morirá y tendrá que dejar testamento. No quiero oír hablar de historias semejantes. Lo que debo hacer yo es devolverles los restos del coronel, ése es mi deber, mi único deber. Maldito deber.

Luego Betty desapareció súbitamente durante dos días y, a su regreso, el general percibió en su mirada cierta frialdad mezclada con un aire de hastío.

—¿Dónde ha estado? —le preguntó él cuando se la encontró ante el hotel.

Ella estaba en traje de baño y llevaba gafas de sol negras, en forma de máscara. No pudo impedir observar que, bajo el bronceado del sol, la mujer había enrojecido levemente al pronunciar el nombre del cura.

Comenzó a contarle que su suegra le había rogado apremiantemente que

fuera a ver al cura para recomendarle de su parte que se interesara en la búsqueda de su hijo; que había conseguido al fin entrevistarse con él; que de ese modo su suegra se había tranquilizado por fin, y...

Pero él ya no la escuchaba. Contemplaba aturdido el cuerpo casi desnudo, y fue entonces cuando se preguntó por primera vez cuál sería la naturaleza de sus relaciones con el tal cura.

Luego los días pasaron, llenos de sol, y la anciana madre del coronel continuaba parlotando con insistencia sobre las virtudes de su hijo que, según decía, había sido el benjamín del Ministerio de la Guerra, y sobre la vieja raigambre de su familia. Betty, por su parte, se esfumaba de tiempo en tiempo de la playa y, cada vez que regresaba, siempre con el mismo aspecto cansado y distante, el general volvía a hacerse idéntica pregunta. Su grupo continuaba pasando las tardes en la gran terraza del hotel. Una artista de cine, su más reciente conocida, le decía:

—Mi general, me resulta usted el hombre más extraño de toda esta playa. Lo envuelve siempre una especie de halo misterioso, y cuando pienso que después de estos días espléndidos marchará usted allá, a Albania, a recoger cadáveres, me estremezco de horror. Usted me recuerda al héroe de la balada de un poeta alemán, ya no consigo recordar su nombre, que estudiábamos en el colegio. Sí, un personaje que se levantaba de la tumba y cabalgaba bajo la luz de la luna. A veces tengo la impresión de que viene usted a llamar por la noche a la ventana de mi habitación. ¡Oh! ¡Qué horror!

Y él se echaba a reír, aunque con el espíritu ausente, mientras los demás se arrobaban contemplando la puesta de sol y la anciana madre del coronel no cesaba de repetir:

—¡Qué sensible era él a todas las cosas bellas del mundo! —y se limpiaba los ojos con un pañuelo.

En cuanto a Betty, continuaba tan seductora e impenetrable como antes; y el cielo tan azul; sólo que ahora, cada vez más densas, comenzaron a aparecer nubes en el horizonte, nubes negras cargadas de lluvia, que viajaban hacia el este, hacia Albania...

El general se levantó. No había nadie en la tienda. Ya no se oía el ruido de las gotas sobre la lona y, al parecer, se había reanudado el trabajo. Salió a la puerta de la tienda y comprobó que afuera continuaba la niebla húmeda de la

mañana, envolviendo los contornos del paisaje, y dirigió la mirada hacia el sureste, en dirección al lugar donde debían alzarse el túmulo y los viejos postes del teléfono con sus cables tendidos en el espacio.

Capítulo IX

El cura encendió la lámpara de petróleo y la puso encima de la pequeña mesa de campaña. Su sombra y la de su compañero comenzaron a oscilar, divididas en dos, sobre las superficies oblicuas del techo de la tienda.

–¡Qué frío! –exclamó el general–. Esta maldita humedad me está calando hasta la médula de los huesos.

El cura comenzó a abrir una lata de conserva.

–Conseguiremos aguantar hasta mañana.

–Estoy deseando que amanezca y podamos largarnos de aquí de una vez. Me siento como un salvaje y, además, estamos necesitados de un baño para arrancarnos toda esta suciedad.

–Si al menos no hiciera tanto frío...

–Éste es un trabajo que debería realizarse únicamente en verano –dijo el general. Pero eso ya no es posible, pensó, pues una vez concluido y firmado el convenio era preciso ultimar los preparativos, y en cuanto éstos terminaron comenzaron de inmediato las lluvias.

–La época es en verdad impropia para una actividad así, pero, por lo que se ve, no fue posible empezar antes. Cosas de los gobernantes.

–Cosas del demonio –lo enmendó el general.

Había desplegado sobre la mesa el plano detallado del cementerio y trazaba algunos signos sobre él.

–¿Dónde se encontrarán aquellos dos en este momento?

–¿Quiénes?

–El otro general y el alcalde.

–¡Vaya usted a saber! –dijo el cura.

–Es posible que todavía estén cavando en el estadio donde los dejamos.

–Lo suyo no va a resultar nada fácil. Y además no parece que tengan las cosas demasiado bien organizadas.

–Pues aquí todo funciona a la perfección. Somos los más modernos desenterradores del mundo.

El cura no respondió.

–Sí, sólo que estamos cubiertos de suciedad –añadió el general.

Afuera, en la oscuridad de la noche, se oía un canto. Al principio, muy quedo, surgía de unas voces bajas, gruesas; luego, cada vez más alto, cobraba fuerza de forma progresiva, hasta que el canto llegó y se estrelló contra la tienda como se estrellaban la lluvia o el viento contra las lonas en aquellas noches de otoño. Y pareció que la tienda se quejara y se estremeciera, gimiendo bajo algún peso.

–Son los obreros que cantan –dijo el general levantando los ojos del mapa. Ambos prestaron oído durante un rato.

–Es un hábito muy extendido entre los albaneses de algunas zonas –informó el cura–. En cuanto se reúnen tres o cuatro hombres se ponen a cantar a coro. Se trata de una antigua costumbre.

–Puede que se deba a que hoy es sábado –dijo el general.

–También puede ser. Además, acaban de cobrar su paga y seguramente habrán comprado alguna botella de rakí a cualquier vendedor ambulante.

–Me he fijado en que les gusta beber un trago de vez en cuando. Según parece, también a ellos les deprime este trabajo. ¡Tanto tiempo lejos de casa...!

–Cuando beben, generalmente se ponen a contarse historias –continuó el cura–. El más viejo les relata a los demás episodios de la guerra.

–¿Fue guerrillero?

–Creo que sí.

–Entonces este trabajo le hará revivir los años de la guerra.

–Seguramente –dijo el cura–. Y en estas situaciones, el ponerse a cantar constituye una necesidad espiritual para ellos. ¿Puede concebirse mayor satisfacción para un viejo combatiente que arrojar de sus tumbas a los antiguos enemigos? En cierto modo es como si se tratara de una prolongación de la guerra.

La melodía del canto llegaba hasta ellos serpenteante y lánguida, y el *iso*, el coro de acompañamiento, la envolvía por todas partes lo mismo que una pelliza suave y cálida, como si pretendiera protegerla de las tinieblas y la humedad de la noche. Después, el *iso* se extinguió gradualmente y de su seno emergió una única voz.

–Es él –dijo el general–. ¿Lo entiende usted?

–Sí.

–Tiene una buena voz. Pero, ¿qué dice la canción?

–Es un antiguo canto de guerra –respondió el cura.

–Es una canción grave.

–Así es.

–¿Es capaz de distinguir las palabras?

–Desde luego. Habla de un soldado albanés muerto en África. Cuando su país estaba bajo el dominio otomano, los albaneses debían hacer el servicio militar en los rincones más alejados del imperio.

–Ah, sí. Ya me había hablado usted de eso.

–Si lo desea puedo tratar de traducírsela.

–Haga el favor.

El cura permaneció unos instantes escuchando con atención.

–Resulta difícil encontrar una equivalencia exacta, pero más o menos el sentido es como sigue: «Yo caí herido de muerte, oh camaradas, caí más allá del puente de La Meca».

–Así que es una canción del desierto –dijo como en sueños el general y en su memoria, igual que un tapiz deslumbrante e infinito, se desplegó el desierto. Trataba de avanzar de nuevo sobre aquella alfombra, como había hecho un cuarto de siglo antes cuando vestía el uniforme de teniente.

–«Saludad en mi nombre a mi madre» –continuó traduciendo el cura–, «decidle que venda el buey negro».

Fuera, el canto se estiraba y se contorsionaba hasta casi quebrarse; luego cobraba vida de nuevo, se envolvía en el espeso coro de acompañamiento y acababa por fin estrellándose contra las lonas oblicuas de la tienda.

–«Si mi madre os pregunta por mí...»

–Y ahora, ¿qué le irán a decir a la madre? –se interpuso el general.

El cura escuchó un momento en silencio.

–Poco más o menos –continuó el cura–, éste es el sentido: «Si mi madre os pide noticias de mí, decidle que su hijo tuvo tres esposas», es decir que recibió tres balazos, «y que un gran número de invitados acudió a sus esponsales: los cuervos y los grajos que se disputaron sus despojos».

–¡Pero eso es horrible!

–¿No se lo advertí?

El canto, entretanto, como un resorte que se estira, se tensó hasta el límite y al fin se quebró.

–Seguramente comenzarán enseguida de nuevo –advirtió el cura–. Una vez que han empezado no saben parar con facilidad.

En efecto, la melopea se reanudó en la tienda vecina. Al comienzo sólo se oía alzarse la voz aguda, temblorosa, sobrecogedora del viejo obrero; luego comenzó a oponérsele otra dándole la réplica y por fin el *iso* envolvió con su pelliza el canto, que se elevó melodioso y dominador en el seno de la noche.

Escucharon un buen rato en silencio.

–¿Y ésta? –preguntó el general por fin–. ¿De qué habla ésta?

–Es sobre la última guerra –respondió el cura.

–¿Sobre la guerra en general?

–No; por lo que puedo entender, se trata de un comunista que resulta muerto al ser cercado por nuestras tropas. La canción está dedicada a él.

–¿No se tratará de aquel muchacho que se lanzó sobre un tanque? Hemos visto su busto en dos o tres lugares.

–No lo creo. Si así fuera, la canción lo diría.

–¿Se acuerda de aquel que saltó sobre un carro de combate como si fuera un tigre, según parece para tratar de abrir la torreta?

–No –respondió el cura–. Hemos visto ya demasiados bustos parecidos.

–Pues yo sí lo recuerdo –dijo el general–. Por lo que me contaron, estaba intentando abrir la tapa del tanque cuando lo abatieron de un disparo desde otro carro que marchaba detrás.

–Ah, sí. Creo recordar algo, pero muy vagamente.

En la otra tienda dio comienzo una nueva canción.

–Hay algo desgarrador en esas canciones que languidecen y languidecen –dijo el general.

–Sí, precisamente desgarrador. Son unas voces primitivas que parecen llegar del pasado.

–Me estremece escucharlas, incluso me causan temor.

–Así es todo su folclore épico –dijo el cura.

–El diablo sabrá qué es lo que pretenden expresar los pueblos con sus cantos –dijo el general–. En su tierra puedes excavar e introducirte con

relativa facilidad, pero penetrar en su espíritu, eso jamás.

El cura no dijo nada y en la tienda se hizo un prolongado silencio. Afuera, la canción proseguía parsimoniosa como todas las anteriores, y el general tuvo la sensación de que sus sones los hubiesen cercado por todas partes.

—¿Hasta cuándo van a estar cantando? —preguntó.

—¿Cree que yo lo sé? —respondió el cura de mala gana—. Tal vez hasta por la mañana.

—Escúcheme bien —dijo el general—, si hacen alusión a nosotros en alguna de sus canciones tome nota.

—Por supuesto —respondió el cura, y echó una mirada a su reloj—. Es tarde.

—No tengo ningún sueño —comentó el general—. Tomemos una copa, tal vez nos entren también a nosotros ganas de cantar —añadió riendo.

—Yo no puedo beber.

El general balanceó la cabeza en un gesto de resignación.

—Pues no encontrará mejor ocasión que ésta para acostumbrarse a hacerlo. Estamos en invierno, en una tienda en mitad de la montaña, la soledad...

Fuera, el canto ora se alzaba ora descendía, para volver a elevarse de nuevo. El general sacó una botella de su mochila.

—¡Qué le vamos a hacer! —suspiró—. Beberé solo —Y su enorme sombra recorrió la cara interior de la lona mientras llenaba el vaso.

El cura se acostó.

El general bebió dos copas una tras otra, después se levantó, encendió el hornillo de petróleo y colocó sobre él la cafetera. Hacía ya largo tiempo que se había acostumbrado a hacerse el café cuando estaba solo. Esta vez el brebaje le resultó amargo.

Permaneció un buen rato con los brazos cruzados y la mente en blanco, luego salió al exterior y se detuvo a la entrada de la tienda. Continuaba cayendo una lluvia fina y la noche era tan negra y silenciosa que tuvo la impresión de no encontrarse en ninguna parte. El canto procedente de la tienda vecina hacía ya unos minutos que había cesado. Quizá se hayan tomado un descanso, se dijo. Probablemente se pondrán a cantar de nuevo.

Así fue. Un momento después el canto se elevó otra vez en la noche como una flecha. La voz del viejo enterrador se sobreponía a las del resto, se alzaba y se alzaba cada vez más, hasta que se detuvo por fin y permaneció un instante

suspendida. A continuación se quebró inesperadamente, cayó y se perdió entre las demás, como una chispa rescatada por las brasas del hogar.

Relampagueó a lo lejos, durante un segundo la tienda blanca se iluminó y tras ella el camión, que sobre el terreno inclinado parecía que fuera a echar a rodar cuesta abajo. Después las tinieblas lo envolvieron todo de nuevo.

El general escuchaba la canción y se esforzaba por adivinar su significado. Era una canción larga y triste, como todas las anteriores.

Tal vez evoque a sus compañeros caídos, pensó el general. Uno de los visitantes que acudieron entonces a verlo al salón de su casa le había contado que los albaneses dedicaban con frecuencia sus canciones a los compañeros muertos. Quién sabe lo que ese viejo obrero rumia en su cabeza. Abre tumbas arriba y abajo y relata sus recuerdos de guerra. Con toda seguridad, a mí me detesta. Lo leo en sus ojos. Somos enemigos declarados, aunque por lo que a mí respecta no siento por él nada más que desprecio. A fin de cuentas no es más que un obrero. Un peón que durante seis días a la semana abre y cierra tumbas y el séptimo canta. Aunque si yo tuviera que entonar un canto por los soldados que estoy recogiendo, ¡a saber el horrible quejido que me saldría!

Estuvieron cantando largo tiempo. Las canciones surgían una tras otra, como los eslabones de una cadena, y él permanecía allí en pie, escuchando a la entrada de su tienda. Sólo se decidió a entrar cuando sintió que el frío le penetraba los huesos.

Capítulo X

Durante las pocas horas que restaban hasta la mañana, el general durmió un sueño inquieto.

Lo despertaron las voces de los obreros, ocupados en arrancar de la tierra helada los vientos de su tienda. La depositaron, todavía empapada, en el camión, sobre los grandes cajones, junto a los picos y las palas. Los dos conductores habían puesto en marcha los motores de sus vehículos para que se calentaran.

El primero en levantarse había sido el cura, que ahora preparaba el café en el hornillo, cuya llama producía al arder un agradable ronroneo. La pequeña llama azul iluminaba a intervalos el rostro del cura. Por la entrada de la tienda penetraba la luz pálida del amanecer.

El general sintió nostalgia del hogar.

Dio los buenos días al sacerdote.

–Buenos días –respondió este último–. ¿Qué tal ha dormido?

–Mal. Hacía mucho frío, sobre todo después de medianoche.

–Yo también he pasado frío esta noche. ¿Quiere tomar un café?

–Se lo agradezco.

El cura sirvió el café en las tazas; el general se levantó y se vistió.

Un cuarto de hora más tarde ya estaban fuera de la tienda y los obreros se dispusieron a desmontarla. El más joven de ellos cargó finalmente las botellas vacías del desinfectante en la caja del camión. La lluvia había cesado, pero el terreno estaba empapado y las fosas abiertas del gran cementerio estaban medio llenas de agua.

–Parece que no lloverá más –dijo el cura una vez que se encontraron en el interior del coche.

Al este, por detrás de las altas nubes, se elevaba mortecina en el horizonte la mancha del sol, que a ratos brillaba y a ratos palidecía.

El general comenzó a dormir.

Llevaban ya más de dos horas en ruta cuando el chófer frenó bruscamente.

El general limpió el vaho del cristal y vio en medio de la calzada a un pequeño aldeano, enfundado en un estrecho traje negro, con el brazo extendido en dirección a ellos. El camión frenó ruidosamente unos metros más atrás.

El conductor de su automóvil sacó la cabeza por la ventanilla.

–No tenemos sitio, chaval –le gritó.

Pero el muchacho pronunció unas palabras a gran velocidad y señaló con la mano en dirección a la cuneta.

–¿Quién es? –preguntó el cura.

El general bajó el cristal para ver mejor. Al borde de la carretera, un viejo campesino con una pelliza negra sobre los hombros estaba sentado sobre una enorme piedra. Con un gran pañuelo desplegado sobre las rodillas tomaba un bocado de pan de maíz con queso y cebolla. Mientras el muchacho hablaba con el chófer, el viejo observaba los dos vehículos con gesto curioso. Ante él, paralelo a la carretera, había un ataúd. Unos pasos más allá un asno, todo lleno de barro, se mantenía inmóvil al borde de la calzada.

–¿Qué es lo que sucede? –preguntó el general.

–Vaya usted a saber. Enseguida nos enteraremos –respondió el cura.

El especialista albanés había descendido del camión y discutía con los dos lugareños. El viejo sacudió las migas de su pañuelo y se levantó pesadamente. El especialista se aproximó a la ventanilla.

–Está bien, ¿qué sucede? –inquirió el general.

–Son los restos de un soldado.

–¿Uno de los nuestros?

–Sí –respondió el experto señalando el féretro–. Trabajaba en casa de este campesino cuando lo mataron.

El general abrió la portezuela del coche y bajó. El cura lo siguió.

–No he comprendido bien –dijo este último, acercándose al paisano.

–El soldado estuvo al servicio de este campesino, que le dio empleo en su molino –dijo el especialista–. Allí lo mataron.

–Ah –dijo el cura–, debe de ser un desertor, o uno de los que quedaron una vez firmada la capitulación.

El especialista, después de preguntarle al campesino, acabó aclarándolo:

–Era un desertor.

El general, que no había oído los últimos intercambios de palabras, se

acercó al grupo caminando despacio y con gesto grave. Era la actitud que adoptaba siempre que se encontraba en presencia de paisanos albaneses.

–Está bien, ¿de qué se trata? –preguntó.

Ahora que los fríos y deprimentes días y la tienda plantada en mitad de la montaña habían quedado atrás, ahora que se había vuelto a enfundar su flamante uniforme, lo poseía de nuevo el sentimiento de grandeza.

El campesino tenía el rostro enjuto y los ojos grises, fatigados. Sacó con parsimonia la petaca, llenó la pipa de tabaco y la encendió con el mechero. El general detuvo su mirada sobre los dedos del aldeano, nudosos y secos como sarmientos; sus manos eran grandes y todavía fuertes. El muchacho permanecía a su lado, maravillado ante la presencia del general.

–Llevamos tres horas esperando aquí –dijo el campesino–. Nos pusimos en camino antes del alba. Ayer me dijeron que vuestros coches debían pasar por la carretera y decidí venir a esperaros con mi nieto. Hemos parado una buena cantidad de coches antes que el vuestro, pero todos los conductores nos decían que ellos no eran los que transportaban a los muertos. Hubo un par de ellos que incluso me tomaron por loco.

–¿Fue usted quien lo enterró? –lo interrogó el general.

–Sí –respondió el viejo–. ¿Qué otra cosa podía hacer? Vivía con nosotros.

–De modo que vivía con ustedes. No obstante, me gustaría saber, si es posible, qué género de relaciones tenían ustedes con él. Qué podía estar haciendo este soldado de un gran ejército regular con ustedes; quiero decir, cómo es posible que permaneciera por propia voluntad en su casa. Ustedes son aldeanos, ¿no?

El experto tradujo más sencilla y brevemente las palabras del general.

El paisano se quitó la cachimba de los labios y miró al general directamente a los ojos.

–Era nuestro criado –dijo–. Eso es algo que sabe toda la aldea.

El general arrugó el ceño y enrojeció, ofendido. Sólo ahora acabó de comprender cómo estaban las cosas. Echó al molinero una mirada de soslayo, como diciendo: Habla, tienes todo el derecho de hacerlo así, amigo, y encendió un cigarrillo después de romper en la operación dos o tres cerillas.

–Es uno de los desertores –le explicó el cura–, de los que trabajaron como sirvientes de los albaneses.

El general hizo una mueca al escuchar la palabra desertor. Estaba muy irritado.

–¿Cómo se llamaba? –preguntó el especialista.

–No lo sé –respondió el campesino–. Nosotros le llamábamos Soldado, y con ese nombre se quedó mientras estuvo en nuestra casa.

–¿Cuándo lo han desenterrado? –volvió a preguntar el especialista.

–Anteayer –le respondió el campesino–. Oí decir que habían venido a recogerlos y decidí desenterrarlo y traerlo. Que descansa el infeliz en su tierra, me dije.

–¿No encontró en su cuerpo un medallón redondo?

–¿Una medalla? –preguntó el molinero extrañado–. Él no era de los que ganan medallas, hijo. De lo que se dice trabajar, todo lo que le dijeran, pero de la guerra, ni nombrarla.

–No, abuelo, no una medalla –lo interrumpió divertido el experto–. Un medallón. Algo parecido a una moneda con la imagen de la Virgen María grabada.

El anciano se encogió de hombros.

–No, no encontré nada. Desenterré los huesos uno por uno, pero otra cosa no encontré.

–Ha obrado usted correctamente –dijo el cura–. Ha cumplido con su deber de buen cristiano.

–¿Y quién iba a hacerlo si no? –replicó el abuelo–. No cabe duda de que me correspondía a mí.

–Se lo agradecemos –añadió el cura–, en nombre de la madre del soldado.

El viejo se aproximó al cura, quien sin duda le pareció un hombre afable y respetuoso, y comenzó a darle explicaciones, mostrándole con la mano en repetidas ocasiones el ataúd, toscamente trabajado en madera de roble tierno.

–Ayer le fabriqué el ataúd –dijo–, y esta mañana, antes del alba, me puse en camino con mi nieto. Lo pasamos bastante mal para hacer el trecho que lleva del molino hasta aquí, a la carretera. Había barro hasta las rodillas. El burro se nos cayó dos veces. ¡Mire cómo se ha puesto de sucio! No crea que fue fácil volver a ponerlo sobre sus patas.

El cura lo escuchaba con atención.

–Pero al soldado, ¿fueron ustedes quienes lo mataron? –preguntó de pronto

y con voz apacible, al tiempo que clavaba sus ojos en él.

El campesino hizo un gesto de estupefacción y se quitó la pipa de la boca. Luego se echó a reír.

–¿Pero es que no estás en tus cabales? ¿Por qué iba a matarlo yo?

También el cura sonrió, como diciendo: Hombre, son cosas que pasan...

El molinero le explicó brevemente que las unidades punitivas del Batallón Azul habían matado al soldado en septiembre de 1943. Luego, tal vez rumiando la pregunta del cura, su mirada se tornó meditativa.

–¿Por qué dicen esas cosas, hijo? –le preguntó al especialista en voz baja.

–Son extranjeros, abuelo; tienen costumbres distintas de las nuestras.

–Se esfuerza uno; hace todo este camino y...

–Bueno, no te hagas mala sangre, abuelo –le dijo uno de los obreros que había bajado del camión para cargar el ataúd–. Queda con salud, nosotros tenemos que irnos ahora.

Mientras el viejo campesino conversaba con el especialista y los obreros de los servicios municipales alzaban el féretro para introducirlo en la caja del camión, el general, que ya se disponía a entrar en el coche, se volvió de pronto:

–¿Es que reclama alguna clase de compensación? –le preguntó al experto albanés.

El otro se sonrojó.

–¡No!

–Está en su perfecto derecho. Nosotros estamos dispuestos a pagarle lo que pida.

–¡Él no pretende que le den nada!

Pero el general parecía haber encontrado un medio de vengarse por la afrenta que le había hecho el molinero, de modo que insistió:

–De todos modos, dígale que estamos dispuestos a compensarlo por lo que ha hecho.

El especialista vaciló.

–Querriamos retribuirle los trabajos que se ha tomado –le dijo el cura al molinero con voz dulce–. ¿Qué cantidad cree que será suficiente?

El rostro del molinero se ensombreció; alzó la cabeza.

–No quiero nada –dijo secamente.

–Pero usted ha tenido que hacer un gran esfuerzo, ha dedicado varias horas a este trabajo, ha empleado materiales...

–Nada –repitió el campesino.

–Nosotros pagamos bien –intervino el general.

–Gracias al Señor no estoy necesitado –replicó el molinero.

–Pero usted mantuvo durante mucho tiempo a ese soldado. Tal vez podríamos hacer un cálculo.

El paisano sacudió su pipa con irritación.

–También yo le he quedado deudor –dijo–. No pude pagarle sus últimos jornales. Tal vez quieran que se lo entregue a ustedes.

Les dio la espalda y se dirigió hacia el lugar donde esperaba el burro. En el momento en que el coche arrancaba, el muchacho murmuró unas palabras al oído de su abuelo y éste comenzó entonces a agitar la mano en dirección al automóvil.

–¡Demonios, esperad un momento! ¡Casi lo olvido! Aún tengo algo suyo que quiero entregaros –e introdujo una mano bajo la pelliza.

–Quiere el dinero –dijo el general al ver que el viejo les hacía señas–. ¿Lo ve? Ya lo sabía yo.

–¿Qué sucede? –preguntó el especialista al tiempo que descendía.

–Un cuaderno –dijo el anciano–. Sé que escribía algunas veces en él. Aquí lo tienes.

El experto tendió la mano y cogió el cuaderno. Era un cuaderno corriente de escolar, todo lleno de una escritura apretada.

–Seguramente serán sus últimas voluntades –dijo el viejo–. De lo contrario, ni siquiera se me habría ocurrido entregároslo. ¡Quién sabe lo que el infeliz habrá escrito ahí! Tal vez le haya dejado a alguien sus cabras y sus corderos en herencia. Yo no quise preguntarle. Pero si es que tenía algún ganado, lo más probable es que ya se lo hayan comido los lobos.

–Gracias –dijo el especialista–. Seguramente también estará ahí su nombre.

–Nosotros le llamábamos siempre Soldado –dijo el viejo–. A nadie se le ocurrió preguntarle cómo se llamaba. Hala, buen viaje. ¡Que lleguen con bien!

–Otro diario –comentó el general hojeando el cuaderno que le había entregado el especialista albanés–. ¿Cuántos son los que llevamos encontrados?

–Éste es el sexto –respondió el cura.

Los vehículos partieron uno después del otro y el general, al volver la cabeza hacia atrás, pudo ver al molinero que permanecía un momento inmóvil mirando en dirección a ellos, luego les daba la espalda, colocaba el asno delante y se ponía en camino con el nieto al costado.

Capítulo XI

Tan pronto como se arrellanó en el asiento trasero, puesto que no tenía otra cosa que hacer, el general abrió el cuaderno. Le habían arrancado alguna hoja (en casi todos los diarios encontrados faltaban las primeras hojas). No obstante, en cuanto comenzó a leer se dio cuenta de que no faltaban más que algunas frases. Seguramente el desconocido soldado había anotado sus datos personales en la primera página y después, pensándolo mejor, la había arrancado.

12 de febrero de 1943

Nunca había sentido deseos de llevar un diario desde la época en que, todavía en la escuela, me enamoré por primera vez de una muchacha y mis compañeros, tras descubrir mi secreto, se burlaron cruelmente de mí. Recuerdo que durante el recreo, entre la clase de historia y la de matemáticas, alguno lanzó por la ventana de la tercera planta las hojas de mi cuaderno. Después de revolotear como hojas caídas de un árbol se esparcieron por el patio, donde todos se apresuraron a recogerlas para leerlas a continuación. Yo corría como un poseso de un rincón a otro tratando de arrebatárselas de las manos, pero no podía alcanzarlos a todos y no conseguí más que provocar sus risas, mientras ella, llorando, iba a quejarse al director.

¡Qué perdidos en el pasado me parecen ahora aquellos días! Estos recuerdos se me antojan como los libros amarillentos y cargados de polvo que leía el abuelo por las tardes. ¿Era realmente yo aquel muchacho que corría en bicicleta por las calles del vecindario y era siempre el primero a la hora de comprar entradas para ver la última película en el cine del barrio? No puedo creerlo.

Es una tarde de invierno, estoy sentado con las piernas cruzadas delante del fuego y no consigo explicarme cómo un soldado de la División de Hierro

como yo ha podido verse reducido a hacer de criado para un molinero albanés y a llevar en la cabeza uno de estos feces blancos que usan los aldeanos de por aquí.

¿Qué es lo que escribes ahí, Soldado?, me pregunta el molinero, echando una bocanada de humo de su pipa negra de madera de boj.

Todo el mundo aquí me llama Soldado y a nadie se le ha ocurrido nunca preguntarme por mi nombre. La mujer del molinero se dirige a mí de igual modo, lo mismo que su única hija, Cristina. Creo que fue ella precisamente la primera que utilizó ese nombre. Sucedió el día en que nuestro batallón fue desbaratado por los guerrilleros y yo, que había tirado mi fusil entre unas zarzas, puse tierra de por medio y me interné en el bosque. Me alejé siguiendo siempre el curso de un arroyo, pues sabía que los cursos de agua acaban por conducir de forma ineludible a lugares habitados. No me equivoqué. Me trajo precisamente hasta el canal de este molino en el que me encuentro ahora, y cuando llamé a la puerta, la joven albanesa que me abrió contuvo con dificultad a su enorme perro y gritó sorprendida:

¡Papá, es un soldado!

Así fue como, aquel día de enero, comenzó para mí esta curiosa vida de criado en una granja, en un país extranjero. A veces yo mismo me asombro de que el hijo de mi madre, un soldado de la División de Hierro, se haya convertido en un sirviente y lleve en la cabeza un gorro blanco como el que usan los campesinos por aquí.

Si tú me ayudas en mi trabajo, me dijo el molinero, yo te proporcionaré cama y comida y te daré mi protección por lo que pueda pasar. Me estoy haciendo viejo y apenas puedo ya hacer nada con estas manos. Mi único hijo se ha marchado con los guerrilleros. Únicamente te advierto que no hagas tonterías, pues de lo contrario te vestiré el traje de madera para que te vayas a hacer compañía al diablo.

Se refería sin duda a su hija y yo le prometí que, si estaba de acuerdo, estaba dispuesto a servirle y a comportarme honestamente hasta que acabara la guerra, a cambio de comida y cobijo.

Oye, desgraciado, ¿no serás un espía?, dijo inesperadamente clavando en mí una mirada severa y punzante.

¿Espía, yo?, le dije turbado.

Pobre de ti si llego a enterarme de algo parecido; te cuelgo de lo alto del pajar.

Ése fue nuestro contrato.

Ha transcurrido más de un mes desde aquello y ahora me encargo de una buena porción de trabajos: corto leña en el bosque, limpio el canal del molino, afilo las muelas, enderezo alguna viga torcida del granero, barro el suelo, engraso los engranajes, vacío y lleno los sacos.

Los compañeros del batallón, lo mismo que mi familia, me creerán a buen seguro muerto. Si me vieran tal como estoy ahora, a mí, un soldado «de hierro», bien rebozado y envuelto en harina, con este gorro en la cabeza, se llevarían una buena sorpresa y seguro que se partirían de risa.

25 de febrero de 1943

Hace mucho frío. No para de soplar en todo el día un viento enloquecido, con tal violencia que parece que fuera a arrancar el molino de sus cimientos. Trabajamos muy poco. El invierno es muy crudo y son escasos los campesinos que se arriesgan a emprender el camino hasta el molino para moler algún saco de maíz o más rara vez un capazo de trigo. Los campos están completamente desiertos. Muchas aldeas de los contornos han sido quemadas o abandonadas. Los pocos que vienen a moler cuentan cosas terribles.

Me detengo a veces a escuchar el aullido del viento, que apaga el mugido del buey, y tengo la impresión de que no hubiese quedado otra cosa en el mundo más que este viento aullante.

9 de marzo de 1943

El molinero me trata bastante bien. Aunque debo decir que yo, por mi parte, trabajo mucho y de buena gana. Ayer reparé un trozo del tejado del molino que se había dañado con el viento. Quedó contento de mí.

Tú, Soldado, tienes buena mano para todo, me dijo. Y después de echarme una mirada burlona de pies a cabeza, añadió: Creo que es la guerra lo único para lo que no estás hecho.

Enrojecí hasta las orejas. Era la primera vez que alguien me recordaba mi deserción.

Eso no es verdad, le respondí ofendido. He sido yo mismo quien ha decidido no combatir en esta guerra, no tiene sentido para mí. Eso es todo.

No pretendía ofenderte, me dijo riéndose, al tiempo que se encogía de hombros. Lo dije sin mala intención. En realidad, has hecho muy bien al abandonar ese ejército de fascistas.

Esas palabras han estado todo el día retumbándome en la cabeza. ¿Por qué me habrá dicho aquello? Él ayuda a los guerrilleros y odia a los fascistas.

El hecho es que he notado que los albaneses sienten un profundo respeto por la valentía, aunque se trate del enemigo. Desprecian a los cobardes y yo puedo dar la impresión de ser uno de ellos. ¡Todo un hombretón de uno ochenta y tantos, desertor!

Verdaderamente sentiría mucho que me consideraran un gallina. ¡Qué vergüenza, sobre todo por Cristina! Es tan joven y tan bonita. Sólo tiene diecisiete años y cada vez que la miro siento que se me hace un vacío, aquí en el corazón, como la rueda de una bicicleta cuando se desinfla de pronto. ¡Qué cosas!

20 de marzo de 1943

Hoy se ha producido un suceso extraordinario. Había ido al bosque a cortar leña cuando, al regresar, vi a un hombre en el umbral del molino. Me detuve, estupefacto. Presté atención y le oí silbar una melodía de las nuestras. Me aproximé y reconocí en sus harapos lo que quedaba de un uniforme militar.

¡Eh, amigo! ¡Salud!, le grité.

Al instante dejó de silbar y se puso en pie de un salto. No nos habíamos visto nunca, pero nos arrojamos el uno en brazos del otro como dos viejos conocidos, y nos sentamos juntos a la entrada.

¿A qué unidad perteneces?, le pregunté.

Al regimiento Gloria, dijo.

Yo a la División de Hierro.

Pertenecíamos, añadió él. Lo que somos ahora, es otro asunto.

Ambos nos echamos a reír.

¿Cómo te las arreglas?, le pregunté. ¿Hace mucho tiempo que te largaste?

Cuatro meses. ¿Y tú?

Poco más de dos.

¿Estás trabajando aquí?

Sí.

Bonito lugar. Es como estar en Suiza.

¿Con quién has venido?

Soltó una carcajada.

Con «mi señor». Hemos traído dos sacos de maíz para moler.

¿Qué está pasando por ahí? Yo estoy completamente aislado y no me entero de nada de lo que pasa en el mundo. ¿Cómo va la guerra? ¿Cuándo acabará?

Por lo que yo sé, esta película ya no tiene para mucho.

¿Y nosotros? ¿Qué pasará con nosotros?

Regresaremos a casa cuando todo haya terminado.

Pero, ¿no nos pedirán cuentas por haber desertado?

¿Estás mal de la cabeza? ¡Vaya una ocurrencia! ¿Quién nos va a pedir cuentas? Seremos nosotros quienes se las ajustemos a ellos por habernos traído aquí.

Estas palabras me reconfortaron un tanto. Encendimos un cigarrillo.

Hay muchos como nosotros en esta región, dijo él. ¡Un montón! Los campesinos albaneses tienen mucha necesidad de que les ayuden; la mayor parte de los jóvenes se han enrolado en la guerrilla. Están deseosos de alojar a los soldados, aunque temen que haya espías entre nosotros. He podido comprobar que nuestros compañeros realizan toda clase de trabajos, desde labrar la tierra y llevar el ganado a pastar, hasta cuidar de los niños. ¡Sí, también hacen de niñeras!

¡Vaya! ¿Te das cuenta?, dije riendo.

¿Y qué sucede? ¿No crees que es un verdadero milagro que nos ofrezcan la posibilidad de subsistir? De no ser por ellos podríamos estar pudriéndonos en cualquier agujero, sin que nadie llegara a saber nunca dónde han ido a parar nuestros huesos.

Eso es cierto.

¿Y con las mujeres, cómo te las arreglas?

Nada de nada.

Mal asunto para nosotros ese de las mujeres. No hay nada que hacer. A uno que andaba rondando a una muchacha albanesa lo pusieron de patitas en la calle después de haberle dado una buena paliza.

Yo no dije nada. Él sonrió con astucia.

Pues tú, amigo, tengo la impresión de que te las has arreglado de maravilla. He visto hace un rato a la hija de tu patrón. ¡Vaya bombón!

¡Tú estás loco!, le respondí. No me atrevo a pensarlo siquiera. Tú mismo acabas de decir el riesgo que se corre.

Sí, sí, lo he dicho; pero no sé por qué me parece que aquí debe de ser distinto. En este lugar tan hermoso y apacible. Insisto: es como estar en Suiza.

¿Y los puños del molinero, les has echado un vistazo?

Dejó escapar una obscenidad vacua y los dos nos echamos a reír a carcajadas.

Del interior del molino nos llegaba el traqueteo monótono de las muelas que trituraban el grano.

Sacó la petaca y se puso a liar un cigarrillo del mismo modo que los aldeanos albaneses. Cuando terminó lió otro para mí, pues yo aún no he conseguido aprender.

Escucha, me dijo, con los ojos entrecerrados, pensativo. ¿Has oído decir algo sobre el Batallón Azul?

Yo me estremecí.

No, respondí. ¿Por qué?

Dicen que anda operando por algún lugar de la Albania central.

¿Muy lejos de aquí?

Sí, bastante lejos, respondió él. Pero el diablo sabe los vuelcos que pueden dar las cosas. Y se frotó la nuca con la mano.

¿Crees tú que pueden llegar hasta estos parajes?

¿Quién lo sabe? Todo puede suceder.

Dio varias chupadas a su cigarrillo sin decir palabra.

Tal vez no aparezca nunca por aquí, dije yo. O puede que los guerrilleros albaneses lo dejen fuera de combate.

Es posible, pero a pesar de los frecuentes enfrentamientos que ha tenido con ellos y las grandes bajas que ha sufrido, siempre lo han vuelto a reforzar con tropas de refresco.

¿Cuántos efectivos tiene?, le pregunté.

Novecientos hombres, y todos fascistas rabiosos. Realizan matanzas allá donde ponen el pie, siembran el terror. Y en cuanto a los desertores...

¿Qué?, pregunté yo, al tiempo que sentía cómo se espaciaban los latidos de mi corazón.

Fusilamiento sobre el terreno, desde luego.

¡Virgen santa!, exclamé en un susurro.

Permanecimos un rato más allí, en el zaguán del molino, charlando de todo un poco. Mi molinero y el campesino estaban enzarzados en un largo y tranquilo parloteo en el interior. Cuando estuvo molido el maíz, los visitantes se echaron cada uno un saco al hombro y partieron; el campesino abriendo la marcha, el exsoldado detrás. Nosotros les deseamos un buen día.

2 de abril de 1943. Domingo

Ya es primavera y tenemos muchas cosas que hacer. De todos los contornos vienen campesinos a moler su grano, algunos a pie, otros a caballo o en burro. Cada vez que oigo el tintineo de las esquilas de sus animales siento alegría por ver gente, pues la soledad se me torna ya pesada.

El molinero es un hombre bueno y recto, pero tiene el mal hábito de ser demasiado parco en palabras. He observado que los albaneses, de manera general, no son nada locuaces, sobre todo los hombres. Mi patrón se pasa todo el día con la pipa en la boca y Dios sabe las ideas que rumia detrás de las volutas de humo. Hablo más con su mujer, la tía Frose, como yo la llamo. Ella me pregunta sobre toda suerte de cosas, en especial por mi familia, por mi casa. Cuando le digo que siento nostalgia de volverlos a ver me mira compasiva, balancea la cabeza y enseguida se marcha a amasar pan o a lavar la vajilla, murmurando: ¡Pobre muchacho!

Y ahora que tú estás ausente, me preguntó en cierta ocasión, ¿quién se encarga de cuidar los animales?

Me eché a reír.

Pero si no tenemos.

¿Ni siquiera vacas?

No, tampoco vacas. Vivimos en la ciudad.

Y aunque las hubieseis tenido, faltando tú tanto tiempo, a estas alturas ya se las habría llevado el lobo. Ay, hijo mío, hoy los hombres se despedazan unos a otros como fieras, no digamos los lobos.

No supe qué decirle.

Otro día, me preguntó por el medallón.

Eso que llevas al cuello, ¿qué es, muchacho? Parece una moneda turca.

Me eché a reír.

Es una especie de señal que llevamos todos nosotros; para que nos puedan identificar si nos matan en la guerra. Fíjese aquí, debajo de la imagen de la Virgen; hay una cifra. ¿La ve? Ése es mi número.

Tía Frose se puso las gafas, unas lentes bastante ridículas, con uno de los cristales roto.

¿Y quién ha sido el que os ha dado esto?

Nuestros superiores.

¡Mal rayo les parta!, dijo, y se marchó refunfuñando.

Así son mis conversaciones con tía Frose. A Cristina apenas la veo, y hablo con ella todavía más raramente. Aunque es justo con ella con quien más me gustaría hablar, sobre todo ahora, que me voy defendiendo bastante bien con el albanés. Pero no consigo verla por el molino. Se pasa el día entero ocupada en las faenas caseras y el tiempo que le sobra lo ocupa en hacer calceta. Incluso cuando alguna vez viene a avisarnos de que la comida está lista, sólo permanece un instante en la puerta. Con sus ojos dulces y oscuros me lanza una mirada furtiva de soslayo, después vuelve la cabeza y yo consigo ver un momento aún su cabellera castaña antes de que desaparezca.

A veces, ni siquiera baja, y nos llama desde la ventana de la casa:

¡Papá, la comida ya está lista!

Si resulta que soy yo quien está en el patio, se dirige a mí:

¡Soldado, avisa a papá que la comida está preparada!

Cuando nos sentamos todos a la mesa nunca levanta los ojos. Aunque también a mí me cuesta trabajo levantar la cara del plato.

Luego, al anoecer, no dejo de pensar en ella. En ocasiones salgo a la puerta a disfrutar de la noche. Dejo que mi mirada se pierda en las tinieblas y escucho el murmullo del agua en el canal; me dejo llevar entonces por mis ensoñaciones.

17 de abril de 1943

Los campesinos continúan acudiendo para moler su grano. Cuentan que están ocurriendo cosas sorprendentes en las zonas liberadas por los guerrilleros. Parece que se van a crear una especie de consejos, algo que nunca hasta ahora se había visto por aquí; se distribuye el trigo de los ricos. Algo nuevo, que yo no estoy en condiciones de captar, está a punto de nacer.

25 de abril de 1943

Hoy Cristina me ha sonreído.

Anoche han intentado asaltar el molino. Todos nosotros estábamos durmiendo cuando Balo, el perro, se puso a ladrar. Me desperté sobresaltado. Me preguntaba qué es lo que podía estar sucediendo y sentí que los escalofríos me recorrían el cuerpo. Era muy tarde, alrededor de la medianoche, y a esa hora nadie se habría atrevido a sacar la nariz fuera.

Los ladridos de Balo se hicieron todavía más rabiosos y oí un leve crujido en la escalera de madera. Alguien bajaba del primer piso al vestíbulo donde yo dormía. Era el molinero. Con una mano me hizo señas de que lo siguiera y vi que en la otra llevaba una larga carabina. Cogí por mi parte un buen palo y fui detrás de él. Mi corazón latía violentamente.

¿Y si son ellos?, me dije. ¿Si alguien me ha denunciado?

El molinero se detuvo ante la puerta y aplicó la oreja. No se oía el menor ruido que viniera del exterior, ni de voces ni de pasos. Yo me decía: Si fueran ellos, no tomarían tantas precauciones.

De pronto se oyó un ligero crujido, luego algo se quebró.

—¡Ladrones! —murmuró el molinero y abrió la puerta.

Dio dos pasos hacia el exterior, en la oscuridad, alzó la carabina y disparó. ¡Oh, Dios! Yo no había oído nunca a un fusil producir tal estampido ni lanzar semejante llamarada. El molinero se llevó nuevamente el arma a la cara y disparó en dirección al molino. El eco de la detonación se repitió a lo lejos, devuelto por el desfiladero de las montañas vecinas.

Se oyó un ruido de pasos en el molino. El molinero se precipitó corriendo, encorvado hacia delante. Yo le seguí con mi estaca en la mano.

Corrimos durante un buen rato antes de detenernos, sin aliento.

Han huido, dijo el molinero. Volvamos a la casa.

Retornamos sin pronunciar palabra ninguno de los dos.

¿Qué ha pasado?, preguntó tía Frose cuando llegamos.

Madre e hija estaban en el vestíbulo, en plena oscuridad, aunque yo alcancé a discernir que la primera llevaba un bastón en la mano.

¡Ladrones!, dijo el molinero.

Ladrones, me oí repetir, y descubrí en el fondo de mi alma un sentimiento de secreta satisfacción y fiereza.

Nunca imaginé que podría experimentar alegría al perseguir a los ladrones en mitad de la noche, con el cuerpo encorvado y tenso.

¡Que la peste se los lleve!, exclamó tía Frose. ¡Como si no tuviéramos ya bastantes preocupaciones!

Bueno, es la guerra, dijo el molinero. ¿Has pasado miedo, Cristina?

Sí, padre, respondió ella.

Y yo sentí que nunca en mi vida había oído una voz más dulce, más acariciante. Intenté distinguir sus ojos en la oscuridad, pero fue inútil.

Subieron los tres. El último escalón gimió y el silencio se adueñó de la casa.

A la mañana siguiente, al revisar la puerta del molino comprobamos que la cerradura había sido forzada, y no sé por qué sentí un vacío en el corazón.

25 de mayo de 1943

Me paso largos ratos entre ensoñaciones, pero es sobre todo Cristina quien ocupa mi pensamiento. Se me ocurren un montón de verdaderas tonterías. Yo sé bien que se trata de locuras, y sin embargo me complazco en darles vueltas en mi cabeza.

Ayer, hacia el mediodía, estaba tendido junto al canal sin saber qué hacer. Arrojaba piedras al agua. El viento murmuraba en los plátanos y yo me sentía adormecer.

De pronto oigo un fuerte ruido, pisar de botas, voces, silbidos, cascos de caballos. Me levanto de un salto y ¿qué veo? Una larga columna de los nuestros estaba a punto de llegar al molino. Quise huir pero, ignoro por qué,

mis piernas se negaron a obedecerme. Me quedé allí como clavado al suelo. Llegaron hasta mí y me rodearon por todas partes.

¿Es éste el molino?, preguntó uno de ellos haciendo un gesto de complicidad.

Sí, le respondí tembloroso.

¡Vamos, muchachos! ¡Reduzcámoslo a cenizas!, gritó él y se abalanzó el primero hacia la casa.

Los otros le secundaron. Y yo me uní a ellos. Ignoro cómo mis piernas se desentumecieron de repente, pero el hecho es que todo mi cuerpo se tornó ágil y rápido, al tiempo que se apoderaba de mí aquella ferocidad febril que ya experimenté el año pasado, cuando quemamos seis aldeas una detrás de otra, durante una operación de invierno.

Todos nos precipitamos, aullando como posesos. Dos hombres prendieron fuego al molino. Otros habían apresado al molinero y lo arrastraron afuera. Lo colocaron ante la puerta y allí mismo lo fusilaron.

De pronto me acordé de Cristina. Subí a todo correr las escaleras de la casa y me crucé con tía Frose, a quien otros soldados bajaban atada de pies y manos. Al verme me escupió en plena cara y me gritó:

—¡Perro asqueroso! ¡Espía!

Pero a mí me daba igual. Ya no pensaba más que en Cristina. Irrumpí en su cuarto y me lancé sobre la cama. Ella temblaba de pies a cabeza.

¡No, Soldado, no!

Pero yo estaba ya fuera de control. Todo me daba igual. Rápido, rápido, me decía, el tiempo se escapa.

Le arranqué el cobertor, le desgarré con furia el ligero camisón y caí sobre ella.

De pronto me desperté. La voz de Cristina me llamaba. En torno a mí, igual que poco antes, el agua mansa continuaba chapoteando y podía oler el aroma de la hierba. Me había quedado dormido.

¡Soldado, Soldado!

Me encaminé hacia la casa con paso rápido. Cristina estaba asomada a la ventana central.

Mi madre te llama, me dijo.

Yo aún me frotaba los ojos.

¡Si ella supiera el sueño que acababa de tener!

24 de junio de 1943

Los habitantes de Gjirokaštër abandonan la ciudad y no cesan de distribuirse por los alrededores. Llegan extenuados, con todas sus pertenencias a cuestas. Las mujeres llevan a los niños en brazos y los viejos se arrastran penosamente. Todos son presa del pánico. Dicen que van a incendiar toda la ciudad. Otros afirman que la van a hacer saltar por los aires con minas. En una palabra, se pronostican cosas horribles.

Los fugitivos se refugian en el campo. Algunos marchan a las zonas liberadas, otros se quedan en las zonas que no están liberadas ni ocupadas, como la aldea próxima a nuestro molino.

La ciudad de Gjirokaštër está siendo bombardeada sistemática y diariamente. Me encaramo en ocasiones al gran plátano que se alza junto al regato y la contemplo. Se diría que se aferra a la falda de la montaña con uñas y dientes, como si se negara a separarse de ella aunque se desencadene el apocalipsis. Yo he servido allí con mi regimiento durante año y pico y conozco casi todas las calles y callejuelas, a todos los taberneros y vendedores de *kiofte*. También conozco a dos putas del barrio de Varosh.

La ciudad es habitualmente bombardeada por la mañana a las nueve y media y por la tarde a las cuatro. Cuando no tengo nada que hacer trepo a la copa del árbol una media hora antes de que se aproximen los aviones y los espero escrutando el horizonte todo alrededor. A la derecha se divisan Grihoti, la localidad donde está acantonada nuestra división, con sus largos barracones nuevos; la elevada colina que domina el pueblo y, en lo alto de ella, la rábida solitaria, rodeada de cipreses. Veo abajo, junto al lecho pedregoso del río, la iglesia y el cementerio cristianos, el puente sobre el que he montado guardia quién sabe cuántas noches, luego el aeródromo militar, entre el curso del río y la colina de la Santísima Trinidad. Las barriadas que se apiñan contra el flanco de la montaña, los torrentes que han ido horadando sus lechos y los puentes que, sobre ellos, enlazan las distintas partes de la ciudad.

Los aviones son puntuales. Proceden del norte y suelen aparecer por la garganta de Tepelena. Los antiaéreos de Grihoti son los primeros en abrir

fuego. El sonido de las detonaciones no llega hasta nosotros, únicamente se ven las volutas de humo blanco de los obuses al estallar. Luego entran en acción las piezas de la colina del monasterio, aunque tampoco éstas logran perturbar el vuelo de los aviones. Éstos continúan flotando tranquilos en dirección a la ciudad y yo imagino entonces con todo detalle el aullido de las sirenas en Gjirokastër y el apresuramiento de las gentes en busca de los sótanos y refugios. Parece mentira que el espanto y el desconcierto que se desatan en esa imponente ciudad de piedra sean causados por esos tres aparatos minúsculos, que vuelan centelleando bajo los rayos del sol, como monedas de plata lanzadas al cielo.

Finalmente disparan las piezas antiaéreas emplazadas sobre los torreones de la fortaleza. Desde aquí puede apreciarse bien cómo maniobran los aviones, que disminuyen primero de altitud y pican a continuación en vuelo rasante, una y otra vez, sobre el aeródromo militar, dejando caer en cada pasada sus bombas. Puedo ver entonces las columnas de humo negro alzarse de los edificios destruidos; luego los aviones regresan por donde han venido, tranquilos y relucientes, como si ellos no tuvieran nada que ver con lo que sucede abajo.

Todo esto se ve únicamente durante el día, pues por la noche la ciudad queda sumida en la oscuridad forzosa. En cuanto cae la tarde las tinieblas comienzan a engullirlo todo; primero se tragan las callejuelas, las casas bajas, el puente a caballo sobre el río; luego, poco a poco, por etapas, comenzando por abajo, los diferentes barrios, los puentes que salvan las torrenteras, las casas altas y, por último, la fortaleza, los campanarios y los minaretes, rematados por nidos de cigüeña.

Ayer tarde, mientras contemplaba la ciudad que se perdía en la oscuridad y desaparecía como si no hubiera existido nunca, me preguntaba cómo ha podido sobrevenir este tiempo turbulento y siniestro que nos ha tocado vivir, un tiempo en que las tinieblas son algo impuesto y el mundo se oculta de sí mismo. Y me acordé de una noche semejante, unos tres años atrás, en que nuestra compañía recorrió por vez primera el camino que atraviesa Gjirokastër, en dirección al sur.

Era noche cerrada, una noche bochornosa, y en cuanto llegamos a los barracones de Grihoti para pernoctar, extenuados, sucios y desalentados,

solicitamos que nos llevaran al burdel. El mando concedió el permiso y de inmediato, como por encanto, todos recuperamos la vivacidad. Tal como nos encontrábamos, con barba de varios días y cubiertos de barro, sin descolgarnos siquiera los fusiles del hombro, nos pusimos de nuevo en fila y atravesamos la gran puerta del acuartelamiento. La casa se encontraba en el corazón de la ciudad, de modo que, después de la larga caminata realizada, nos faltaba aún más de un kilómetro para llegar. Pero ahora la marcha se nos hacía más llevadera. Caminamos en formación por la carretera en tinieblas, intercambiando bromas groseras y aguijoneándonos unos a otros. No necesitábamos más para sentirnos felices. Estaba prohibido cantar por la noche, de lo contrario cualquiera sabe lo que habríamos hecho. Y en verdad no nos faltaba razón para sentirnos así: poder caminar en grupo, una noche de verano, por una carretera exenta de peligro, con el seguro del fusil echado. Recuerdo, como si lo estuviera viendo ahora mismo, la sobrecogedora silueta del monte de la Lunxheria; parecía tan próximo que se creería poder tocarlo con sólo extender el brazo; mientras que a la derecha se alzaba, toda negra, la Montaña Ancha, en cuya ladera se asentaba la ciudad.

Al pasar el puente sobre el río fuimos controlados por los centinelas del puesto de guardia y luego, para acortar, dejamos la carretera y atravesamos por medio de los sembrados.

Una vez en el barrio de Varosh comenzamos a ascender por las calles empedradas y en pendiente. La ciudad parecía muerta. Las ventanas estaban en su mayoría cerradas, y las pocas que mantenían los postigos abiertos dibujaban sobre los muros rectángulos sombríos. Nuestras gruesas botas alpinas resonaban con fuerza sobre el empedrado y, tras las persianas y las pesadas puertas de las casas, los vecinos sin duda temblaban de miedo temiendo el comienzo de una nueva matanza. ¡Si hubieran sabido adónde nos dirigíamos!

Finalmente llegamos a la casa. La noche era negra y el bochorno reinante se hacía asfixiante. Mientras nosotros esperábamos ante la puerta, el oficial que nos mandaba empujó la cancela y entró.

La casa estaba a oscuras y en silencio. No parecía haber ningún cliente en el interior.

Es posible que estén durmiendo, dijo uno de nosotros, inquieto.

Todos nos impacientamos, pues nuestro oficial tardaba demasiado en regresar.

Pues si están acostadas será mejor que se levanten, dijo alguien.

Eso es, remachó otro. Vamos de uniforme y se nos debe respeto por ello. Con mayor motivo sabiendo que estamos de paso.

Si hoy estamos aquí, no podemos decir dónde nos encontraremos mañana, dijo una voz atiplada.

Pero al fin la puerta se abrió, el oficial salió y todos lo rodeamos.

¿Qué?, preguntó alguien en la oscuridad.

Escuchad, dijo el oficial. Ahora vais a empezar a entrar. Pero debéis mantener el orden, nada de escándalos, de lo contrario os hago volver a todos por donde habéis venido. ¡Vamos! ¡En fila todo el mundo!

Formamos una especie de cola, que ni era cola ni era nada. La espera se nos hacía intolerable.

¡Atención!, volvió a hablar el oficial. Dentro está todo a oscuras; las ventanas están abiertas a causa del calor, así que no se puede encender ninguna luz. Que nadie intente siquiera encender el mechero o una cerilla porque le pesará. Aquí al lado hay un puesto de control con un nido de ametralladoras.

Comprendido, dijeron dos o tres voces. ¿Para qué necesitamos luz? Funcionamos lo mismo sin ella.

Eso es, no es luz lo que necesitamos. Necesitamos...

¡Cierra esa boca, animal!, aulló el oficial. ¡Silencio! ¡Vamos! ¡Los cinco primeros!

Entraron atropellándose unos a otros y desaparecieron en la oscuridad del patio.

¡No confundáis vuestros fusiles!, les gritó el oficial.

Luego se volvió hacia nosotros:

¡Otros seis, que me sigan!, dijo.

Yo era uno de ellos. Entramos y alguno cerró la puerta detrás de nosotros. Atravesamos como si estuviéramos borrachos el patio enlosado, subimos las escaleras y nos encontramos ante un largo corredor. Reinaba en él la más completa oscuridad y hacía un calor sofocante, pese a que todas las puertas y ventanas estuvieran abiertas.

¡Tranquilidad!, dijo una voz de mujer, seguramente la patrona.

Jadeantes, apretujados en la oscuridad los unos contra los otros como borregos, no sabíamos dónde meternos y nos detuvimos. Oí a nuestro oficial decirle unas palabras a la patrona. Ella le cogió de la mano y le condujo a alguna parte, sin duda a la habitación de la más bonita. Luego di unos pasos por el pasillo y al cabo de pocos segundos me quedé completamente solo, pues mis compañeros habían ido desapareciendo como si las tinieblas mismas se los hubieran tragado. Avancé a tientas en la negrura, entonces pude oír un gemido, luego otro. La sangre se me agolpó en la cabeza, me metí por la primera puerta abierta que encontré y percibí el sonido de una respiración agitada. Salí al instante y me encontré ante otra puerta. En las tinieblas distinguí vagamente un bulto blanco en un rincón de la estancia. Entré, di dos pasos y me detuve.

Ven, me dijo una voz femenina.

Avancé un trecho con torpeza, extendí los brazos y la toqué. Estaba completamente desnuda. Mis manos se deslizaron por su cuerpo empapado de sudor y sentí que se me nublaban los ojos. No conseguía averiguar dónde estaba la cama.

Deja tu arma, me dijo la voz en tono apacible.

Me descolgué el fusil del hombro y lo dejé apoyado en la pared. Ella se tendió entonces.

No distinguía su rostro en la oscuridad, pero a juzgar por su voz y por sus pechos debía de ser muy joven.

Discúlpame, le dije unos minutos después, mientras me relajaba un rato entre sus brazos. Perdona que esté tan sucio.

Oh, no es nada, dijo ella en un tono de indiferencia que dejaba entrever que estaba acostumbrada hacía ya tiempo al sudor de los soldados.

¿Adónde os dirigís?, me preguntó.

Hacia el sur, al frente.

No dijo nada más. Ésas fueron la únicas palabras que intercambiamos. Yo intentaba en vano distinguir sus rasgos, pero se desdibujaban, se esfumaban como las imágenes de las películas cuando el proyector no funciona bien. Me levanté lentamente, cogí el fusil, me lo eché al hombro y me volví por última vez hacia aquella forma blanquecina que permanecía tendida en el rincón.

Buenas noches, dije.

Buenas noches, me respondió una voz indiferente.

Y salí. Encontré a tientas la escalera y bajé. Los que habían terminado ya esperaban fuera, fumando en silencio, sentados con el fusil entre las rodillas, sobre los bancos de piedra situados a ambos lados de la puerta.

Una hora más tarde caminábamos de nuevo por la carretera: sin embargo ahora ya no hablábamos ni nos gastábamos bromas, únicamente escuchábamos el ruido irregular de nuestros pasos sobre el pavimento y de nuevo nos sentíamos abatidos, extenuados, cubiertos de barro hasta las orejas.

¡Maldita oscuridad!, exclamó alguien como si hablara en sueños, pero nadie le respondió y todos continuamos en silencio la marcha hacia Grihoti.

Mucho tiempo más tarde, cuando nuestra división volvió a pasar por Gjirokastër quisimos, naturalmente, volver a visitar la casa de placer, pero se nos dijo que había sido cerrada. No recuerdo demasiado bien la causa, pero creo que dijeron que se había producido un embrollo: habían matado a una de las chicas y después evacuaron a todas las demás. Al oírlo contar pensé en la joven con quien pasé unos instantes en las tinieblas en una noche bochornosa y me pregunté si habría sido ella la muerta. Pero quizá se tratara de otra. Si no me equivoco eran cinco o seis. Como mucho siete.

29 de junio de 1943

Cristina está todavía más hermosa estos últimos tiempos y siento un desgarramiento en el corazón cada vez que la veo. Anteayer se estaba lavando los pies en el regato. ¡Qué pies tan preciosos! Pero es que todo lo suyo me parece hermoso. Sus ojos por encima de todo. Unos ojos melancólicos y aterciopelados que poseen algo de la dulzura de la tarde. No sabría cómo describirlos. También soy incapaz de leer en ellos. Yo diría que, de manera general, me resulta imposible leer en los ojos de todas las jóvenes albanesas. Son para mí como jeroglíficos. Jeroglíficos espantados. ¿O tal vez se trata de que ése es el efecto que nos producen a los soldados extranjeros?

13 de julio de 1943

Anoche pasaron tropas por la carretera de Gjirokastër. Iban camino del norte. Desde aquí se distinguían las luces de los camiones. Por lo que se ve, deben de estar desplegando un regimiento.

21 de julio de 1943

La aldea vecina está llena de *ballistas*. Los campesinos que vienen a moler el grano cuentan que llevan una semana instalados allí como si estuvieran en su casa. Se pasan el día atiborrándose de comida y por la noche no paran de entonar cánticos antiguos. Están esquilmando a estos pobres infelices. Es una suerte que el molino se encuentre un tanto apartado, si no ya los tendríamos aquí.

Por lo que pueda pasar, el molinero me ha dicho que me esconda de inmediato en cuanto divise sus feces blancos con el águila cosida en el frente. La misma recomendación le ha dado a Cristina. Es posible que tengamos problemas.

Yo imagino a veces: ¿Y si vinieran los *ballistas* y Cristina y yo tuviéramos que escondernos juntos en cualquier sitio? Ella tendría miedo y yo estrecharía sus manos entre las mías para consolarla, y la sentiría muy cerca de mí, el uno contra el otro, solos los dos...

Pero no ocurre nada parecido. Por lo que se ve, esas cosas sólo suceden en las películas, no en la vida.

Y a pesar de todo, echo mucho de menos la posibilidad de ir al cine.

3 de agosto de 1943

Ayer el crepitar de las ametralladoras no cesó desde antes de mediodía. Por la tarde los *ballistas* se largaron de la aldea. Los guerrilleros han regresado y el consejo ha sido reformado. Eso es lo que nos han contado dos aldeanos que han llegado al molino antes del alba. Cristina me ha mirado hoy con dulzura. Últimamente hay en ella algo misterioso, turbador, que contribuye a reforzar su encanto.

Sueño con ella todas las noches. La amo sin remisión. No tengo la menor

duda acerca de eso. El mío es un amor sin esperanza, sin la menor esperanza, pues en el fondo no soy más que un soldado de un ejército desbaratado, un criado, un extranjero, un vencido, un don nadie. He aquí lo que han hecho de mí el Duce y el fascismo.

6 de agosto de 1943

Cristina se casa dentro de una semana. Me he enterado por pura casualidad, ni siquiera sabía que llevara ya largo tiempo prometida. Ayer, mientras tía Frose cogía agua del regato, le dije, simplemente por intercambiar unas palabras:

Me he fijado en que desde hace algún tiempo se pasa usted el día encerrada trabajando en el telar, ¿a qué se debe?

Pues claro, el día se aproxima, respondió; el día se aproxima, hijo.

¿Qué día?

¿Cómo qué día? Casamos a la niña la semana que viene. ¿Es que no lo sabías?

No, le respondí, no lo sabía.

Pero mi voz era tan débil que tía Frose levantó los ojos hacia mí y me miró fijamente un instante. Hice enseguida un esfuerzo por dominar mi turbación, pero acto seguido me dije a mí mismo: ¡Al diablo! ¿Por qué voy a ocultarle que me duele?

No sabría decir si ella llegó a notar el efecto que había producido en mí la noticia, el caso es que me volvió a mirar y dijo:

Así es, muchacho. Ya lo ves, el tiempo pasa y llega un momento en que la niña se convierte en una mujer en edad de casarse. También a ti, en cuanto se acabe esta guerra y regreses a casa, tu madre te casará con una joven preciosa. Créeme.

Me habría tirado de los pelos cuando pronunció aquellas palabras, pues tuve la impresión de que estaba tratando de consolarme y mi dolor no hizo más que intensificarse.

Fui a sentarme junto al canal del molino y dije para mí: Te vas a casar, Cristina. Nada más.

20 de agosto de 1943

Monotonía. Los días se suceden, todos iguales. El otoño se nos echará encima dentro de poco y Dios sabe qué nos traerá.

Cristina se casó. El domingo pasado vinieron los familiares del novio a buscarla. Seis hombres a caballo, con pellizas negras, todos armados. Los caminos son ahora muy peligrosos y los albaneses, que incluso en tiempo de paz viajan con el fusil a la espalda, no se separan en los tiempos que corren ni un instante de sus armas. No hubo ninguna fiesta. Los hombres se sentaron en torno a la mesa baja y tomaron sólo un poco de rakí, pues tenían un largo camino que recorrer. También a mí me invitaron a sentarme, aunque ninguno de los visitantes me dirigió siquiera una vez la palabra, como si no existiera.

Dos días antes quise hacerle un regalo a Cristina. Pero ¿qué le iba a dar? ¡No tengo absolutamente nada! Había intentado tallar un cuchillo en madera, como hacen los campesinos albaneses, pero fue un esfuerzo inútil. Pensé entonces en regalarle mi medallón. Ella lo había mirado dos o tres veces con aire intrigado.

Toma, le dije, quédatelo como un recuerdo mío.

Lo cogió y lo miró con regocijo.

¿Es la Virgen?

Sí.

¿Quién te lo dio? ¿Tu madre?

No, mis superiores.

¿Y eso por qué?

Para que me puedan reconocer cuando me maten.

Se echó a reír.

¿Y qué sabes tú si te van a matar?

Bueno, en el caso de que me maten.

¡Cristina!, gritó tía Frose desde el corredor.

Así fue como le entregué la única cosa que poseía. ¿De qué me iba a servir? De todos modos estoy perdido. Perdido y desaparecido. Aunque vivo. ¿Para qué quiero que me encuentren cuando esté muerto?

A mediodía los familiares del novio se pusieron en pie, se colgaron las armas al hombro y montaron en sus caballos. Uno de ellos, blanco y

vistosamente enjaezado para la ocasión, era el destinado a Cristina. Ella lloraba. También lo hacía tía Frose, mientras el molinero chupaba su pipa sin decir palabra. Luego, los padres abrazaron a la hija. Yo me quedé un poco apartado, en silencio, esperando al menos una mirada de ella en el último momento. Pero Cristina tenía los ojos llenos de lágrimas y sus hombros se estremecían convulsivamente. ¡Qué bella estaba! Quise despedirme también yo, pero, ignoro por qué, no tuve valor para acercarme a los caballos; puede que debido a la actitud distante y altanera de quienes los montaban o tal vez a causa de la gran turbación que me invadía, no lo sé. Lo único que sé es que me quedé al margen, aturdido. Nadie se ocupó de mí y me sentí entonces más extranjero y superfluo que nunca.

Los jinetes se pusieron en camino. Cristina volvió la cabeza una última vez para mirarnos y luego los caballos se internaron en la espesura. Primero desaparecieron las grupas de nuestra vista, después las siluetas de los jinetes y finalmente los largos cañones negros de sus fusiles. Permanecimos allí los tres, inmóviles, observando la comitiva que se alejaba, sin decir una palabra. El molinero y su mujer entraron en la casa. En cuanto a mí, me encaminé al borde del regato, me tumbé de bruces, con el corazón abatido, y de pronto me eché a llorar.

Lloraba, aunque no sabía bien por qué. Ignoro si aquellas lágrimas se debían a la partida de Cristina o en realidad eran a causa de mi propia suerte.

24 de agosto de 1943

Hace varias noches que hay un verdadero vaivén de tropas en la carretera de Gjirokastër. Eso hace pensar que algo importante va a suceder dentro de poco. Los campesinos que acuden al molino cuentan que las aldeas están otra vez atestadas de refugiados procedentes de las ciudades. Se los ve aparecer por todas partes y siempre parecen traer consigo cierto olor a humo. Se predicen cosas horribles.

Cuentan además que el Batallón Azul ha comenzado a dejarse ver por estas comarcas. Algunos dicen que está operando al otro lado de Lunxheria, otros que ha sido visto más cerca de aquí. Las noches vuelven a ser tétricas. Me desvelo con facilidad, me levanto a menudo y paso la noche en blanco.

El deseo de volver a ver a Cristina me atormenta.

1 de septiembre de 1943

Sopla viento de otoño. Caigo a menudo en brazos de una profunda tristeza y tengo la segura convicción de que nunca conseguiré salir de aquí. Tengo sólo veintidós años y creo estar desde ahora mismo perdido para siempre en un desierto.

Me siento en ocasiones junto al canal. Es el lugar donde prefiero estar.

Me siento y miro el agua correr, tranquila, arrastrando de vez en cuando una hoja, a veces una ramita, a veces nada, tan sólo unos cuantos reflejos.

Pienso estos días en las operaciones realizadas por nuestra división cuando recorríamos los campos albaneses. Recuerdo la gran cantidad de canales que nos encontrábamos entonces en nuestro camino. No sé por qué aquellos tranquilos canales de las aldeas albanesas, excavados a golpe de azada por los paisanos mismos, a fuerza de brazo, me turbaban tanto. Ninguna otra cosa me recordaba de forma tan clara y condensada los días de paz como estos cursos de agua. Paseaba por sus bordes con el fusil a la espalda y experimentaba una sensación de desasosiego. Sentía que removían algo confuso e inquietante en mi interior, como si despertaran un instinto atávico que me empujaba a hacer algo.

Recuerdo un libro que leí cuando aún estaba en la escuela. No he sido capaz de retener el nombre del autor. Hablaba de los instintos profundamente arraigados de los perros-lobo, que reaparecen en ellos de tiempo en tiempo. Algo semejante era lo que yo experimentaba mientras paseaba por la orilla de esos regatos. Ellos reanimaban en mi alma, en esta época cruel, viejos sentimientos perdidos en el olvido. Me llamaban. Sentía zumbiar en mi interior su murmullo eterno, y fue desde luego al borde de un canal donde concebí, al comienzo muy turbiamente, pero luego de forma cada vez más diáfana, la idea de la deserción.

Y ahora acudo con frecuencia a sentarme a la orilla de este regato y me digo que tal vez vuelvan a venir días mejores y más pacíficos para nosotros, viejos soldados que no sabemos siquiera lo que somos ni a dónde nos conduce nuestro destino.

5 de septiembre de 1943

Calma. Las hojas de los árboles han empezado a amarillear. Esta mañana, sobre nuestras cabezas, muy alto en el cielo, centenares de aviones volaban hacia el noroeste.

Quién sabe de qué lugar del mundo vienen y cuál otro van a bombardear. Los cielos están abiertos. Siempre y en todas partes.

Capítulo XII

En este punto acababan las notas. También aparecía escrita la fecha del 7 de septiembre de 1943, pero estaba tachada. Al parecer el soldado había renunciado a continuar su diario, tal vez porque no tuviera nada de particular que escribir o simplemente porque se había cansado.

El general arrojó el cuaderno sobre el asiento, con desprecio.

–¿Hay algo interesante? –le preguntó el cura.

–Las lucubraciones de un llorica sentimental.

El cura lo recogió y lo abrió por la primera página.

–No aparece su nombre en ninguna parte –dijo el general–. Únicamente la talla: un metro ochenta y dos.

–Justo la del coronel Z. –dijo el cura.

Se contemplaron uno al otro durante un instante; al poco ambos desviaron la mirada.

–¿Su regimiento y su batallón figuran en alguna parte?

–Únicamente la división. Era la División de Hierro. No hay ningún otro dato más que sirva de identificación. Escribió el nombre del perro, pero el suyo no.

–¡Qué extraño!

–Hay también unas cuantas líneas sobre el Batallón Azul, pero nada a propósito del coronel Z.

–Las notas son de 1943 –dijo el cura hojeando el cuaderno–. ¿En qué momentos aparecen las menciones al Batallón Azul?

–Al comienzo y al final del diario, es decir en febrero y en septiembre.

–En el mes de septiembre el coronel ya no existía –dijo el cura.

–Sí, claro.

El cura se puso a leer.

El general, recordando el relato del viejo campesino, imaginaba cómo habría podido acabarse aquel diario. El Batallón Azul había pasado por aquellos parajes; sus hombres, furiosos a causa de las derrotas sufridas,

cayeron un día sobre el molino, donde, sin duda, alguien les había informado que se ocultaba y trabajaba un desertor. Buscaron al soldado y por fin dieron con él, escondido entre unos sacos, todo blanco bajo una capa de harina, como envuelto prematuramente en su mortaja. Lo apresaron y lo colocaron delante de ellos, lo empujaron con el cañón de la metralleta, y así, reculando y reculando, acabó por llegar hasta el canal del molino. Probablemente dio un salto con la intención de llegar al agua para así protegerse, pero no logró su propósito pues lo alcanzaron apenas a un paso de la orilla, de modo que, cuando se desplomó, solamente su cabeza quedó en el interior de la corriente. Luego, las aguas formaron un pequeño remolino en torno a ella, como si se tratara de una piedra, y la suave corriente extendió sus cabellos aguas abajo, igual que unas algas negras y extrañas.

Eso debió de ser todo, se dijo el general aspirando el humo del cigarrillo. ¿Qué otro fin habría podido encontrar un desertor?, añadió para sí.

—¿Y bien? —preguntó el general cuando, una hora después, el cura cerró el cuaderno.

El cura se encogió de hombros.

—Un diario como tantos otros —dijo.

—Así es, no contiene nada de extraordinario. ¿No se lo decía yo? Un llorica sentimental.

—Dos de los otros diarios eran más interesantes —dijo el cura.

—Ni que decir tiene que con semejantes soldados, que arrojan las armas al agua y se enamoran de la primera muchacha que les sale al paso nunca podríamos haber ganado la guerra —dijo el general colérico—. ¡Vaya un soldado! —añadió tras un corto silencio.

—Estos diarios de soldados parecen tener elementos en común —observó el cura.

—Es natural, desde el momento en que son hombres de uniforme quienes los han escrito. Sin embargo, son distintos en lo esencial. ¿Recuerda usted el primero que encontramos? ¡Qué ímpetu guerrero! En cada renglón se apreciaban la mano y el espíritu de un soldado.

El cura asintió con un movimiento de cabeza.

—Naturalmente, había alguna que otra majadería, aunque de manera general prevalecía el ardor castrense.

–Cuando digo que tienen algo en común me refiero a la forma –dijo el cura–. Claro que son distintos los diarios que hemos encontrado. Lo que tienen de semejante es el final, dicho de otro modo aquello que ninguno de ellos llegó a escribir.

–Sí, eso es. La muerte es lo único que tienen en común.

–Pero este infeliz, en lugar de morir honorablemente en combate, se condenó a sí mismo a ser fusilado por desertor y a caer con la cabeza hundida en un regato –dijo el cura.

–¿Ha leído usted lo que escribe acerca de los canales? –preguntó el general.

El cura asintió.

–Creía haber encontrado la salvación, justo donde era únicamente la muerte quien lo esperaba.

–Nadie escapa al castigo divino.

El general encendió un cigarrillo.

–El jovencito de la carretera debía de ser hijo de la tal Cristina.

El cura guardó silencio.

El conductor accionaba ruidosamente el claxon. Un largo rebaño de ovejas cruzaba la carretera. Dos pastores, armados de sendos y largos cayados, hacían esfuerzos por separarlo en dos partes con el fin de permitir el paso a los vehículos.

–Bajan a los pastos de invierno –dijo el cura.

El general observaba a los pastores montañeses de elevada estatura, envueltos en sus gruesas pellizas de piel negra, con las capuchas bajadas sobre la cabeza.

–¿Se acuerda de aquellos dos tenientes que se rebajaron a cuidar de las ovejas en una aldea albanesa? ¿De qué unidad formaban parte? De los cazadores alpinos, según creo.

–No lo recuerdo –respondió el cura.

–Un fenómeno curioso el que se produjo con nuestro ejército en Albania –continuó el general–. ¡Verdaderamente curioso! O, para ser más exacto, vergonzoso.

–¿Se refiere usted a aquellos de nuestros militares que, para poder subsistir, trabajaron como braceros para los campesinos albaneses?

–Sí, sobre todo después de la capitulación; fue un fenómeno masivo. Tuve ocasión de leer un documento del Cuartel General en relación con ello. Es algo inconcebible.

–Es verdad –admitió el cura–. Llegaron a suceder cosas ridículas.

–Nosotros mismos nos hemos topado con casos de ese género. Cuántas veces habremos tenido que enrojecer de vergüenza al oír que alguien dice que nuestros soldados se arrastraban hasta el extremo de dedicarse a lavar la ropa y a cuidar las gallinas de los aldeanos albaneses. Hace sólo dos horas, ese pastor o molinero, lo que fuera, me hizo hervir la sangre.

El cura asintió de nuevo con un gesto de la cabeza.

–Usted lo ha dicho, han sucedido cosas ridículas, pero, más que ridículos, estos episodios son entristecedores.

–En la guerra resulta difícil separar lo trágico de lo grotesco, lo heroico de lo lamentable.

–Algunos se esfuerzan por justificarlo –dijo el general–. Intentan explicar la actitud de las divisiones que quedaron bloqueadas aquí después de la capitulación. «No había barcos», pretextan, «los mares estaban cerrados. ¿Qué podían hacer los infelices? A fin de cuentas, tenían que comer para vivir.» Sí, tenían que comer, ¡pero no convertir en un trapo la dignidad de tu país! –gritó casi fuera de sí el general–. Oficiales de un gran ejército, aunque vencido, ¡meterse a cuidar gallinas! ¡Cómo se puede caer tan bajo!

–Al principio, muchos vendieron sus armas –dijo el cura–. Las entregaban a cambio de un saco de maíz o de judías.

–Usted estaba aquí en aquella época, ¿no es así?

–No. No estuve, pero me lo contaron. Parece ser que los revólveres se cambiaban por un pedazo de pan y un trago de vino, pues los albaneses aprecian mucho menos las pistolas que los fusiles. Éstos eran más cotizados, su precio podía elevarse hasta un saco de pan. En cuanto a las ametralladoras, las metralletas y las granadas, se las llevaban casi por nada, a cambio de un huevo, de un par de zapatillas viejas, dos cebollas o, como mucho, medio kilo de requesón.

–¡Qué bajeza! –exclamó el general.

El cura se aprestaba a continuar, pero su interlocutor lo interrumpió aún:

–Ésa es la razón de que los albaneses se burlen con frecuencia de nosotros.

Usted mismo vio cómo el pastor ese, o molinero, lo que fuera, se burló de mí.

–Adoran las armas –continuó el cura–. Para ellos resulta inconcebible vender el fusil, y mucho menos cambiarlo por un chusco de pan.

–¿Y las armas pesadas? –quiso saber el general.

–Las armas pesadas no tenían casi ningún valor en el mercado, pues iban cayendo todas en manos de los guerrilleros. Se llegaba a cambiar un mortero por un pollo.

–¡Qué vergüenza! –dijo el general–. Dicho en otras palabras, que los días siguientes a la capitulación se organizó en Albania un verdadera feria de armas.

–Así fue exactamente –dijo el cura–. Una pura feria. Los albaneses han tenido desde siempre un ansia irreprímible de armas, y como es lógico esta avidez creció con la guerra. Estoy seguro de que sus ancestros soñaron alguna vez con un mercado así a lo largo de los siglos.

–Se pretende que fueron vendidos o entregados a cambio de víveres más de diez mil fusiles.

–Puede que más –dijo el cura.

–Fue, se mire como se mire, una monumental parodia de la guerra.

–Piense que aquel año hubo que lamentar en Albania más accidentes que ningún otro. Los niños disponían de armas verdaderas para sus juegos y, si se producía una disputa, no pocas veces se volaban la cabeza en pedazos con una granada. En ocasiones, durante el día, las mujeres de un barrio determinado, de una casa a la otra, discutían y se insultaban entre ellas como tienen por costumbre; luego, ya de noche, desde las ventanas o los gallineros, los hombres se disparaban con las ametralladoras y aquello era una sarracina de mil diablos.

–Tengo la impresión de que exagera usted un poco.

–Ni mucho menos. Todo el mundo aquí era presa de una grave psicosis. Los albaneses estaban ebrios, todos sus viejos instintos belicosos salieron a la superficie y ellos se tornaron más agresivos que nunca.

–Es posible que se debiera a que se encontraban en mitad del fuego de la batalla y se sentían heridos además –dijo el general–. Lo mismo les sucede a los leones cuando los hieren. Lo he visto con mis propios ojos en África.

El cura estaba a punto de replicar, mas el general continuó.

–Además, en aquella época los albaneses preveían nuevos peligros, según creo. Corrían el riesgo de ser atacados por sus propios vecinos en cualquier momento.

–Los albaneses exageran siempre los peligros que les amenazan –respondió el cura.

–Hay de todos modos una cosa que no consigo explicarme. Y es el hecho de que no se encarnizaran con los nuestros después de la capitulación. Sucedió justamente todo lo contrario: los protegieron de nuestros antiguos aliados, que pasaban a nuestros soldados por las armas en cuanto les ponían la vista encima. ¿Lo recuerda usted?

–Sí, claro que me acuerdo –dijo el cura.

–Existe incluso un documento al respecto –prosiguió el general–. Me refiero a un llamamiento del mando guerrillero dirigido a toda la población albanesa con motivo de la capitulación. En él se recomienda que no se deje morir de hambre a las decenas de miles de nuestros soldados que deambulaban como pordioseros harapientos por los caminos de Albania. Yo mismo lo he leído y siempre ha constituido un enigma para mí. ¿Qué es lo que pudo empujarlos a comportarse de ese modo, ellos que nos detestaban tanto? ¿O se trataba simplemente de demagogia?

–Burda demagogia –dijo el cura–. A mí también me sorprendió esa actitud.

–Éramos enemigos declarados –dijo el general–. Mientras estuvimos en guerra nos atacaban con verdadera saña, y luego, de improviso, lanzan un llamamiento semejante.

–Sí, sí –dijo el cura, pensativo.

–Fue un lamentable epílogo el de nuestro ejército en Albania –continuó el general–. Todos aquellos militares de uniforme, con sus armas, sus galones y sus medallas se encontraron convertidos en criados, en braceros, en peones de granja. Me siento enrojecer cuando pienso en los trabajos que se vieron compelidos a aceptar. ¿Lo recuerda usted? Nos han hablado incluso de un coronel que lavaba la ropa y hacía punto en una casa albanesa.

–Sí –repitió el cura–. Yo he llegado a imaginar a veces la posibilidad de que el coronel Z. hubiera entrado también al servicio de una familia de aldeanos y que estuviera todavía hoy llevando las vacas a pastar.

–Me pregunto qué habría hecho Betty si le hubiera visto en semejante

estado –se rió el general.

El cura, por toda respuesta, se contentó con sonreír.

Continuaron conversando todavía un buen trecho, aunque la mayor parte del trayecto la recorrieron en silencio. Las carreteras estaban cubiertas de hojas recién caídas o podridas. Las primeras revoloteaban de un lado a otro bajo el soplo del viento, las otras apenas se movían unos metros, con dificultad, y enseguida quedaban inertes, pegadas al suelo, como aplastadas por su carga de agua y de barro; y así, marchitas, desperdigadas por la calzada, parecían esperar la muerte.

El automóvil rodaba sobre ellas velozmente.

Los vehículos se aproximaban a la periferia de la capital. A ambos lados de la carretera se divisaban modernos edificios agrícolas, un pequeño aeropuerto con varios helicópteros en la pista, las instalaciones de un emisor de radio.

Bruscamente, los coches abandonaron la carretera y tomaron, uno en pos del otro, un camino lleno de barro. El paisaje se transformó de forma sorprendente. Se trataba de un erial de tierras bajas, cargadas de humedad. Por únicos accidentes se veían unos cuantos arbustos desperdigados, un viejo poste de teléfono, ninguna otra cosa. En mitad de ese desierto se alzaba, solitario, un barracón alargado, cubierto de planchas de uralita. Los automóviles se detuvieron ante él y un enorme perro lanudo comenzó a ladrar desde la entrada.

La puerta se abrió lentamente y surgió tosiendo en el umbral un hombre alto, cubierto por un abrigo grande y raído. Era el encargado del almacén.

Los obreros de los servicios municipales se aprestaron a descargar los cajones del camión, mientras el experto albanés entraba en el establecimiento en compañía del almacenero. El general y el cura descendieron del coche y siguieron sus pasos.

En el interior hacía frío; la escasa luz que conseguía penetrar por las ventanas iluminaba los saquitos de nailon, apilados en hilera sobre unas largas estanterías de madera.

Mientras los obreros acababan de meter los cajones, el almacenero comenzó a sacar uno por uno los saquitos de nailon y a numerarlos, tras lo cual los colocaba en las estanterías sin dejar de murmurar los números correspondientes.

–Esto no –dijo tajante, cuando los obreros le aproximaron el pesado ataúd que les había entregado el viejo molinero en la carretera. El especialista se puso a hablar con él en su lengua, tratando de convencerlo.

–No –repitió el otro sin dejarse impresionar–. No cumple los requisitos

exigidos.

Los obreros volvieron a llevárselo y lo cargaron en la caja del camión.

Una vez que estuvo todo concluido, el almacenero cogió un grueso cuaderno de tapas grasientas, pasó las hojas con dedos torpes, que mojaba repetidamente con saliva, y dijo:

—Aquí —y le ofreció al experto albanés una página desplegada. Éste hizo alguna anotación y firmó al pie. La entrega estaba hecha.

Capítulo XIII

Bastantes días después los dos se hallaban de nuevo frente a frente, a ambos lados de una mesa, en el salón del hotel Dajti. De la sala del sótano llegaban, también esta vez, los sones de la orquesta y el general percibía, difusa en torno a ellos, la presencia de la vida extranjera. Su rostro había adelgazado y sus ojos estaban más hundidos que de costumbre.

–He dormido muy mal anoche –dijo–, tuve un sueño extraño.

El cura alzó la cabeza.

–Vi en sueños a la prostituta aquella, la de la historia que nos contó el tabernero aquel. ¿Se acuerda?

–Sí, me acuerdo.

–Pues justamente ella se me apareció en sueños. Sólo que no estaba viva sino bien muerta y tendida en el ataúd. En el exterior guardaban cola una larga hilera de soldados, metidos también ellos en féretros, esperando su turno a la puerta de la casa.

–Sí que es un mal sueño.

–Pues a mí todo me parecía de lo más natural. Como pasaba por allí le pregunté a alguien: «Estos soldados, ¿qué esperan? ¿Regresan del frente o van hacia él?». Me respondieron que unos venían y otros iban. Entonces les dije: «Los que van a partir hacia el frente, que no esperen más, que marchen a combatir. Ya tendrán tiempo después de disfrutar. En cuanto a los que regresan, que formen en columnas y esperen su turno».

–Una verdadera pesadilla –comentó el cura.

–Luego vi al coronel Z. «¿Usted cree que yo mido un metro ochenta y dos?», me decía sonriendo con socarronería. «Pues bien, se equivoca, señor mío, yo nunca he sido tan alto.» Entonces, ¿qué estatura tiene usted?, le pregunté yo. Volvió a reírse y sólo después de unos instantes respondió en tono juguetón: «¡No pienso decírselo!».

El general sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos y añadió:

–Últimamente tengo pesadillas casi todas las noches.

–Eso es debido al agotamiento.

–Es verdad. El último recorrido ha sido extenuante. Más que los anteriores.

–Qué le vamos a hacer –respondió el cura–. Aún nos encontramos al comienzo de nuestras penalidades. Tenemos todavía mucho camino por hacer.

–Parecemos peregrinos medievales. Marcha que marcha, y el camino nunca tiene fin.

–Sus familias esperan. Han depositado todas sus esperanzas en nosotros.

–Deben de imaginar que nosotros sacamos a los muertos de la tierra sin tener que hacer más que apretar un botón –dijo el general irritado–. No tienen ni idea de lo que es esto.

–No los culpe.

El general tamborileaba con los dedos sobre la mesa.

–Tengo entendido que ha sido usted aficionado a leer crónicas antiguas –dijo–. ¿Se ha topado alguna vez con un caso semejante?

–No –respondió el cura, sin que pudiera concluirse si no había hecho semejantes lecturas o si nunca había dado en ellas con un caso parecido.

–¿Y si damos un paseo? –propuso al poco–. Hace una buena tarde.

Bajaron la escalinata del hotel y se encaminaron a paso lento hacia el edificio de la Universidad. El espacioso bulevar estaba animado por un infrecuente tráfico de automóviles. Al llegar al puente, en el cruce del bulevar con la avenida de Marcel Cachin, los focos de los faros se bifurcaban. Unos giraban a la izquierda, hacia el barrio donde se encontraban la mayor parte de las embajadas, mientras los otros ascendían en dirección a la plaza de Scanderbeg.

Caminaron hasta llegar al edificio de la Presidencia del Consejo y luego regresaron sobre sus pasos. A ambos lados de la calzada grupos de obreros procedían a arrancar las mimosas y, en su lugar, en las grandes fosas abiertas, plantaban pinos.

–Se preparan para la fiesta –dijo el cura–. Por eso trabajan incluso de noche.

–¿De dónde traerán los pinos?

–Supongo que de las montañas.

Ante el hotel, al pie de las escaleras, encontraron al alcalde, el compañero del otro general.

–Hola, ¿cómo le va?

–Bien, gracias, ¿y a ustedes?

–No marchan mal las cosas. ¿Dónde ha dejado usted a mi colega? – preguntó el general.

–En este momento, en Albania central. Estamos haciendo excavaciones en unas planicies de esa zona. ¿Y ustedes?

–Nos hemos tomado unos días de descanso.

–Hacen muy bien. Yo salgo mañana en avión. Anteayer recibí un telegrama de casa. Mi esposa está enferma. Espero conseguir estar de vuelta en una semana. No puedo ausentarme por mucho tiempo. Nuestro trabajo va de mal en peor.

Subieron las escaleras charlando. El alcalde se despidió y se dirigió al ascensor. Ellos dos volvieron al salón a sentarse.

El general pidió una copa de coñac y encendió un cigarrillo. Le trajeron una botella. Llenó la copa y bebió. Ante sus ojos comenzaron a danzar los contornos obsesionantes de la tierra y, sobre ellos, las tumbas.

No entiendo por qué los restos de nuestros camaradas deben ser entregados a sus familias. No creo que ése fuera su último deseo, tal como pretenden algunos. Para nosotros, los veteranos, esas expresiones de sentimentalismo son pueriles. Un soldado, vivo o muerto, sólo se siente a gusto entre sus camaradas. Déjenlos juntos, no los separen. Que sus tumbas unidas mantengan vivo en nosotros el espíritu guerrero de antaño. No hagan caso de quienes tienen corazones de alfeñique y están siempre dispuestos a poner el grito en el cielo en cuanto ven una gota de sangre. Confíen en lo que nosotros les decimos, somos los viejos combatientes.

El general sentía que el alcohol se le subía a la cabeza.

Dispongo ahora de todo un ejército de cadáveres bajo mi mando, pensó. Sólo que, a manera de uniforme, cada uno viste un saquito de nailon. Un saquito azul con dos franjas blancas, orlado con una cinta negra, producción especial por encargo de la empresa Olimpia. Y ahora esos sacos se encuentran envueltos en sus respectivos ataúdes, pequeños ataúdes de dimensiones bien

determinadas, estipuladas en el contrato firmado con los servicios municipales. Al comienzo no formaban más que unos cuantos pelotones, poco a poco fueron constituyendo compañías y más tarde batallones, y en el momento presente ya están a punto de convertirse en regimientos y divisiones. Un ejército entero envuelto en nailon.

–¿Qué es lo que voy a hacer con ellos? –murmuró entre dientes.

–Tiene usted aspecto de no encontrarse bien –le hizo notar el cura–. Parece incluso que tiene fiebre.

–No, no me ocurre nada –respondió el general quien, a buen seguro debido al agotamiento, sentía que el coñac se le subía a la cabeza más aprisa de lo habitual–. No es nada –insistió–. Simplemente que me apetece beber –y apuró la copa–; deseo beber y usted, padre, coronel o lo que diablos sea, pretende impedírmelo. ¿Qué pretende de mí, eh?

El general se había tornado bruscamente arrogante y ofensivo, le sucedía con frecuencia cuando bebía.

–No soporto que me controlen. ¿Qué quiere usted de mí?, hable –casi gritó.

El hombre menudo que, como de costumbre, escribía sentado a la mesa más próxima a la radio, volvió la cabeza.

–Nada en absoluto, general. Yo no pretendo impedir que haga nada, ni quiero nada de usted. Ni siquiera se me pasa por la cabeza –dijo secamente el cura.

El general volvió a dar un trago de su copa. El cura ya no lo importunaría más. A fin de cuentas, ¿quién era allí el jefe?

Volvió a pensar en su ejército. En su ejército azul, con dos franjas blancas y una cinta negra. ¿Qué voy a hacer con mis soldados? Son numerosos, muy numerosos, y seguramente tienen frío bajo esos capotes de nailon. Sus estúpidos generales los abandonaron en los campos de batalla y ahora me los cargan a mí. Podría haber ganado tantas batallas con ellos...

Intentó recordar las batallas que había estudiado en la academia militar, para elegir cuáles de ellas habría podido ganar con las fuerzas que tenía a sus órdenes. Comenzó a diseñar planes tácticos sobre el paquete de cigarrillos, señalando las posiciones de las tropas, las líneas de ataque, los puntos de asalto decisivos. El cura observaba en silencio sus garabateos y bebía su cacao con leche. El general comenzó por la Antigüedad. Para empezar, cercó a

César; enseguida le cortó el paso al ejército de Carlomagno; a continuación se encontró frente a Napoleón y lo hizo correr en desbandada recurriendo al elemento sorpresa. Pero no quedó satisfecho con ello. No se sentía conforme, pues si tenía ganadas de antemano todas las batallas de los tiempos pasados era debido a la superioridad técnica de su armamento y no en razón de su talento como estratega. Se dispuso entonces a repasar los combates de las guerras recientes. Desembarcó en playas diversas y puso cerco a grandes ciudades. Sus soldados azules avanzaban desde las costas de Normandía hasta el paralelo 38° en Corea. Los internó en las terribles junglas de Vietnam y consiguió sacarlos sanos y salvos. Ganó tantas batallas como la historia ha dado por perdidas. Y si lo lograba era porque siempre conducía hábilmente a sus soldados, jamás los abandonaba a su suerte. Él sí sabía dirigir las tropas. Se sumergió entonces en un estudio sobre la guerra en terrenos montañosos. Además, disponía de valientes, oh sí, de muy valientes soldados. Si son valientes es porque ya no tienen nada que perder, pensó y volvió a beber un trago. El paquete de cigarrillos estaba ya negro de garabatos, pero le vino a la memoria una nueva batalla. Al fin, se vio obligado a replegarse, pero tras lanzar al ataque las reservas de muertos todavía pendientes de inscribir (y éstos eran los más feroces en el combate) consiguió vencer.

—Así pues —murmuró casi alegre—. ¿Quién osaría enfrentarse al Gran Ejército de Nailon?

Capítulo XIV

El general se sentía hecho una ruina. Se levantó y abrió las ventanas. La mañana era fría y el cielo estaba ceniciento, cubierto de nubes altas e inmóviles. Se apoyó en el alféizar y notó que se le iba la cabeza. Esto no va bien, se dijo. ¿No será que vuelve aquello? Así es como comenzó entonces, en África. Al principio hice responsable de mis males al clima, pero no se trataba de eso.

Miró hacia afuera. El otoño tocaba a su fin. Los árboles del parque, frente al hotel, estaban enteramente desnudos. Hacía largo tiempo, con toda probabilidad, que nadie se sentaba en los bancos azules. Sólo las hojas muertas. Aunque éstas no tardaban mucho en pudrirse. El general conocía de sobra los uniformes de los distintos ejércitos de la OTAN, pero únicamente ahora observó que sus colores no hacían más que imitar las diversas tonalidades de las hojas en otoño. Al comienzo verdes, se tornaban marrón claro para pasar enseguida al amarillo cobrizo; cuando se pudrían se volvían negras por entero.

Uniformes negros, pensó. No creo que los haya. Por lo menos ahora; aunque los hubo, desaparecieron, en otro tiempo eran los de los fascistas.

En el centro del parque, cerca de la pista de baile circular, las sillas mojadas se amontonaban en pilas, unas sobre otras, y la pista, ahora despejada y desierta, aparecía extensa y triste. El estrado de la orquesta, como todo el suelo alrededor, estaba inundado de hojas muertas que los barrenderos agrupaban en grandes montones con su escobón.

No me encuentro bien, se dijo el general, mientras bajaba las escaleras en dirección al comedor donde se disponía a desayunar.

—No tiene usted buen aspecto —observó el cura cuando hubieron tomado asiento a la mesa—. Tal vez le resultara conveniente una temporada de reposo.

—Ni yo mismo sé lo que me sucede. Pero lo cierto es que no me encuentro nada bien. Creo recordar que anoche le ofendí sin pretenderlo. Le pido disculpas. Había bebido demasiado.

–Se lo ruego –respondió el cura indulgente.

–¡Qué asco de tiempo hace en este país!

–¿Qué le parece si mañana partiera yo solo? Las excavaciones en el litoral serán, según creo, mucho menos penosas que en las zonas montañosas – propuso el cura.

–Eso creo yo también.

–Descanse usted por algún tiempo. Podría ir por las tardes al teatro o a la ópera. A veces dan conciertos sinfónicos.

–Duermo muy mal –dijo el general–. Debería tomar algún somnífero.

Salieron al bulevar y pasearon yendo y viniendo por la calzada, bajo los altos pinos situados ante el hotel. Jóvenes de ambos sexos pasaban en pequeños grupos, probablemente estudiantes que se apresuraban en dirección a sus aulas.

–¿Qué miserable tarea es esta que nos han endilgado? –dijo el general como si reanudase una conversación interrumpida–. Me resultaría más soportable dedicarme a poner patas arriba las pirámides de Egipto, en busca de faraones todavía por descubrir, que cavar a dos metros de profundidad en esta tierra para arrancarle a mis soldados.

–No deja usted un momento de pensar en ello. Quizá sea esa la causa de que no se encuentre bien.

–Aquí, la guerra no fue como el resto de las guerras –continuó el general–. No se libraba en los frentes. Se infiltraba en todas partes como un virus, en cada célula de este país, y a ello se debe que su naturaleza fuera distinta de las demás.

–Fue así porque los albaneses, por naturaleza justamente, son proclives a la guerra –dijo el cura–. La asumen y la abrazan con plena conciencia. La guerra ha llegado a constituirse, por así decirlo, en parte integrante de esta nación, le ha intoxicado la sangre como ocurre con los alcohólicos. Debido a ello es aquí tan horrible. Además, no se trata sólo de eso. Siempre ha habido guerras entre los pueblos y siempre las habrá, pero existen pueblos que, debido a causas diversas, y aquí juegan sin duda un papel primordial las circunstancias que han rodeado el proceso de constitución de su psicología a lo largo de los siglos, existen pueblos, decía, que se lanzan a la guerra con celo desenfrenado, y son precisamente esos pueblos los más peligrosos.

–Ya me ha hablado en otra ocasión sobre el asunto –dijo el general.

–Sí, lo recuerdo.

–Por lo que se ve, es uno de sus temas predilectos. ¿No estará haciendo un estudio, del mismo modo que yo?

–No –respondió el cura–. Pero se trata de un interesante objeto de discusión; aunque, así lo creo, llegue a hacerme enojoso acudiendo continuamente a él.

–No, se lo ruego. Lo escucho con sumo placer. Estábamos en el espíritu belicoso de los albaneses.

–Sí. Se trata de algo particularmente interesante. A lo largo de toda su historia los albaneses han vagado de un lado para otro con los hierros al hombro. Sus montañeses, todavía en la sociedad patriarcal, aunque hasta ayer mismo estuvieron viviendo como en la Edad de Piedra, se las han ingeniado siempre para poseer las armas más modernas. Piense en el contraste. Ya se lo dije una vez: sin guerra y sin armas este pueblo languidecería, poco a poco se secarían sus raíces y terminaría por perecer.

–¿Y perdurará en cambio entre guerras y armas?

–Eso es lo que ellos creen, aunque serán precisamente las armas las que lo harán desaparecer, es probable que aún con mayor rapidez.

–Según usted, la guerra constituye una suerte de gimnasia matinal que ellos utilizan para desentumecer los músculos y activar la respiración.

–Durante cierto tiempo, sí.

–Dicho de otro modo, que con armas o sin ellas este pueblo está destinado a desaparecer en tanto que tal.

–Eso es lo que parece –continuó el cura–. Su actual gobierno ha elevado a la categoría de principio político la secular inclinación de los albaneses a la guerra, y en verdad es una suerte para sus vecinos que no sean más que dos millones.

El general guardó silencio y encendió un cigarrillo.

–¿Recuerda usted los cantos que entonaban los enterradores durante las noches que pasamos bajo la tienda de campaña, allá en las montañas? ¿Recuerda la tristeza y el abatimiento que nos producía escucharlos?

–Lo recuerdo muy bien –dijo el general–. Hay cosas que no se olvidan fácilmente.

–Sus cantos tienen como tema preferente la destrucción y la muerte. Es un rasgo característico de la totalidad de su arte. Se encuentra en sus canciones, en su indumentaria, en toda su existencia. Constituye verdaderamente, de manera general, una característica de todos los pueblos balcánicos, aunque se encuentra de forma más acusada entre los albaneses que en los demás. Su misma bandera nacional no simboliza sino sangre y duelo.

–¡Con cuánta pasión se refiere usted a estos temas! –exclamó el general.

–Me he ocupado durante largo tiempo de estos problemas –respondió el cura–. Oscar Wilde decía en alguna parte que las gentes de las clases inferiores experimentan la necesidad de cometer crímenes, porque sólo así pueden acceder a las sensaciones fuertes que a nosotros nos proporciona el arte. Esta afirmación puede muy bien ser aplicada a los albaneses, con la sola salvedad de que sería necesario sustituir la palabra crimen por guerra o venganza. Porque, en aras de la objetividad, es preciso reconocer que no es frecuente encontrar entre los albaneses criminales de derecho común. Los homicidios que cometen los cometen siempre conforme a los preceptos de los viejos cánones. Su venganza podría ser comparada a una pieza teatral compuesta de acuerdo con todas las reglas de la tragedia, con introducción, nudo en el que la tensión dramática se eleva continuamente de tono y un desenlace en el que resulta inconcebible la ausencia de la muerte. Esa venganza podría ser representada por un toro furioso que no cesa de hacer estragos en su carrera a través de las montañas cuando se lo deja en libertad. Pues ellos han colgado toda suerte de adornos y guirnaldas al cuello de ese toro, de acuerdo con su peculiar concepto de la belleza, de suerte que, cuando se suelta a la bestia y ésta siembra la muerte por doquier, puedan experimentar al mismo tiempo satisfacción estética.

El general escuchaba con atención.

–La vida de los albaneses –continuó el cura– es como una puesta en escena, regida según las viejas tradiciones. El albanés vive y muere como si estuviera representando un papel, con la única diferencia de que los decorados de cada escena son los valles y las montañas donde transcurre su existencia, carente de lo más elemental. A menudo muere por el solo hecho de que deben ser respetados ciertos usos, y no debido a razones objetivas. La vida que arrastran en medio de tantos sufrimientos y privaciones entre estas crestas rocosas, esa

vida con la que no pudo el frío, el hambre o un alud, concluye bruscamente tras la expresión de una palabra imprudente, de una broma excesiva o de una mirada de deseo dirigida a cierta mujer. La venganza se desata con frecuencia sin la menor pasión, sólo porque así lo ordena el canon. Y cuando el vengador da muerte a su víctima, no hace otra cosa que poner en su lugar cierto precepto de la tradición. Durante toda su existencia llevan esos viejos preceptos enredados en las piernas como si fueran sogas, hasta que un buen día les hacen tropezar y caen para no volver a levantarse jamás. Así pues, los albaneses no han hecho otra cosa a lo largo de los siglos que representar una sangrienta pieza teatral.

Sintieron los pasos de alguien a sus espaldas y volvieron la cabeza. Era el experto albanés.

–Les estaba buscando en el hotel –dijo.

–¿Qué sucede?

–Mañana debemos revisar algunas actas con el delegado de los servicios municipales. Nos esperan a las diez de la mañana.

–Está bien –respondió el general.

El cura observaba atentamente al especialista, intentando averiguar si había oído sus últimas palabras o no.

–Estábamos hablando de sus costumbres –dijo en tono tranquilo–. Unas costumbres muy interesantes.

El especialista sonrió para sí.

–Me estaba hablando de la venganza –dijo el general–. Es muy sugestiva desde el punto de vista psicológico.

–No tiene nada de sugestiva –lo interrumpió el albanés–. Algunos extranjeros se imaginan que la venganza y algunas otras de nuestras costumbres perniciosas se explican a partir de la psiquis del albanés, pero eso es absurdo. Han sido nuestros opresores de todos los tiempos y la religión quienes nos han impuesto esas costumbres.

–¿Ah, sí? –dijo el cura.

–Sí. Los extranjeros a los que me refiero se detienen con particular celo en la cuestión de la venganza entre nosotros, pero eso persigue un fin predeterminado.

–Simplemente se debe a que el asunto presenta interés científico –intervino

el cura.

–No es ésa mi opinión. Su verdadero objetivo consiste en manipular a la opinión pública en el sentido de propagar la idea de la inevitabilidad de la desaparición del pueblo albanés.

–Oh, no lo creo, no lo creo –dijo el cura con una sonrisa forzada.

El especialista caminó unos pasos junto a ellos; a continuación, no sin antes saludarlos, se marchó.

–Explica usted la cuestión de las costumbres basándose exclusivamente en elementos psicológicos –dijo el general reanudando la conversación–, pero yo creo que, en cualquier caso, no deben excluirse factores objetivos, de índole histórica y militar. ¿Sabe en qué me hace pensar a mí este pueblo? Me recuerda a una de esas bestias salvajes que, en presencia del peligro, antes de saltar, permanecen en un estado de extrema tensión, con los músculos contraídos, todos los sentidos alerta. Este pueblo, me parece a mí, ha tenido que encontrarse con excesiva frecuencia ante el peligro, y ese estado de alarma se ha convertido para él en una segunda naturaleza.

–Eso a que usted se refiere es justamente lo que ellos llaman vigilancia –dijo el cura.

Siguió hablando, pero el general ya no lo escuchaba.

–Tengo la impresión de que hablamos demasiado de ellos –dijo al fin–. En el fondo, ¿qué nos importan a nosotros sus asuntos? ¿No acabarán eliminándose ellos mismos entre sí, según decía hace un minuto?

El cura esbozó un gesto de resignación consistente en mostrar las palmas de las manos.

–Sería preferible que nos ocupáramos un poco de nuestra misión –prosiguió el general–, de esta miserable misión nuestra que nos tiene desquiciados y que no conseguimos llevar a buen término. ¿No se da usted cuenta de que estamos prácticamente empantanados? ¿No hay en todo esto algo de tenebroso, algo oscuro que obstaculiza nuestro trabajo?

–No –dijo el cura–, no creo ver nada semejante. Nuestra misión es sublime.

–Pues yo tengo la impresión de que estamos errando por este país como un tumor trashumante. No hacemos más que entrometernos en la vida de la gente, obstaculizarlos en sus labores.

–¿Se refiere usted tal vez al caso aquel en que, por culpa de nuestras

indagaciones, los trabajos del canal se retrasaron durante unos días.

–No –respondió el general–. No pensaba únicamente en eso. Hay en nuestro trabajo algo pernicioso, anormal.

–Absolutamente nada –le replicó el cura.

–Pero ¿no se le ha ocurrido pensar alguna vez que esos infelices que nosotros buscamos con tanto celo preferirían que les dejáramos en paz?

–Es absurdo –dijo el cura–. Nuestra misión no puede ser más noble y humana. Cualquiera otro se sentiría orgulloso de que se la hubieran encomendado.

–Y a pesar de todo sigue habiendo en ella algo turbio, una cierta ironía, por sutil que sea.

–No –insistió el cura–. No hay nada de eso. Aunque tal vez usted, en su calidad de militar, tenga otros motivos para sentirse afectado.

–¿Qué motivos podría tener?

–Será mejor que no continuemos hablando de esto. Es posible que usted mismo no tenga deseos de admitirlos.

El general sonrió de mala gana.

–¿Ya estamos otra vez con las motivaciones psicológicas? –dijo–. Por lo que se ve, le fascina a usted el psicoanálisis. Ya sé que ahora se habla mucho de él, pero si quiere que le hable con franqueza, aún no he llegado a comprender en qué consiste con exactitud. Nosotros, los militares, no somos muy dados a esa clase de sutilezas.

–Está bien –respondió el cura, como si pretendiera decir: cada uno según su gusto.

–De cualquier modo –continuó el general–, ¿cómo explicaría usted el mal que me aqueja? Me gustaría conocer sus razonamientos, me complace escucharle. Además, le prometo que no me ofenderé diga usted lo que diga.

–Pues bien, ya que insiste, voy a darle mi opinión –respondió el cura muy apaciblemente–. Si experimenta usted un estado opresivo se debe al hecho de que, en lo más profundo de su conciencia, lamenta no haber estado en persona al frente de nuestras divisiones en Albania. Y cree que, de haberlas mandado usted, todo habría sucedido de modo bien diferente, que en vez de conducir a sus soldados a la derrota y a la muerte los habría hecho salir con honor de aquella prueba. Es por eso por lo que despliega en ocasiones los mapas y

permanece horas enteras inclinado sobre ellos, o garabatea en cualquier paquete de cigarrillos sus esquemas tácticos. En realidad sufre usted por cada operación fracasada, revive una por una todas las derrotas, y de forma inconsciente se coloca retrospectivamente en el lugar de aquellos infortunados oficiales que mandaban nuestro ejército; acaricia de modo permanente el sueño más insensato: el de convertir nuestros desastres en victorias.

—Es suficiente —dijo el general—. ¿No me estará tomando usted por un psicópata para hurgar de ese modo en mi alma?

El cura esbozó una sonrisa.

El general frunció el ceño.

—No, no me mueve ningún impulso oculto —respondió pausadamente—. No soy ninguna jovencita inocente para haberme imaginado que la búsqueda de los restos de los soldados muertos en la guerra podía llegar a parecerse ni de lejos a un paseo sentimental. No tenía la menor duda de que éste sería un deber arduo y tétrico.

Hablaba con sinceridad. Desde el comienzo había comprendido que iba a verse inmerso en una misión de características extraordinarias. Sabía que en ella habría de contar tanto con el amor como con el odio, que lo habitaban a un tiempo. El amor por aquellos infelices soldados y el odio por quienes los mataron. Al regresar del ministerio a casa, el día mismo en que le encomendaron la misión, sentía resonar en su corazón los sones de una música. Era fúnebre y solemne a la vez. Luego, cuando comenzó a abrir los expedientes y a hojearlos, sintió que de aquellas largas listas, interminables, emanaba un hálito de odio y de venganza. Se aproximó al globo terráqueo que tenía en el despacho y buscó Albania. Comprobar que se trataba de un país tan pequeño, casi un mero punto en el mapa, le hizo experimentar una furiosa satisfacción. Después, nuevamente, sintió que lo invadía el odio. Aquel territorio minúsculo, aquel punto en el mapa, había sido escenario del acabamiento de infinidad de gallardos y valerosos muchachos. Deseó partir cuanto antes hacia ese país salvaje y atrasado —según informaban todas las enciclopedias del mundo— y conocer a su pueblo que imaginaba como una turba de bárbaros indígenas.

Imaginaba que pasearía entre ellos altivamente, que los contemplaría con odio y desprecio, como diciéndoles: «Aquí tenéis vuestra obra, salvajes». Se

figuraba la ceremonia solemne de repatriación de los restos, las miradas medrosas y turbadas de los albaneses, como la mirada culpable, torpemente disimulada, de alguien que, tras haber roto un valioso jarrón, mira alrededor arrepentido y avergonzado.

–Pese a todo, me sentía orgulloso –dijo el general con voz cansada, siguiendo el hilo de sus propios pensamientos–. Haríamos pasar entre ellos los féretros de nuestros soldados, mostrándoles así que incluso nuestra muerte es más hermosa que su vida. Sí, así pensaba entonces. Pero en cuanto llegamos aquí las cosas resultaron ser bien distintas. Lo sabe usted mejor que yo. Lo primero en desaparecer fue nuestra altivez, luego le llegó el turno a una solemnidad que no aparecía por ningún lado, hasta que mis últimas ilusiones se desvanecieron por fin. Y henos aquí ahora, paseando entre la indiferencia general, bajo miradas enigmáticas y ofensivas, dos miserables bufones de la guerra, aun más dignos de conmiseración que todos los que combatieron y fueron abatidos en este país. ¿Acaso no es así?

El cura no respondió y el general se arrepintió de haber hablado.

Hicieron un buen trecho de camino en silencio, mientras las últimas hojas continuaban cayendo sobre la acera y la gente pasaba en una y otra dirección. El general experimentó entonces una sensación de soledad, de disgusto.

Le repugnaba hablar de esos asuntos. Prefería charlar de los días grises que habían pasado por los caminos, bajo la tienda de campaña, cuando la lluvia los empapaba y el viento les azotaba el rostro haciéndoles estremecer; de las impenetrables miradas de los campesinos ataviados con sus pesados trajes de gruesa lana negra; de aquella noche en que el cura, víctima de alguna pesadilla, dejaba escapar en sueños alaridos de terror; del viejo campo de batalla convertido ahora en el embalse de una central hidroeléctrica, bajo cuyas aguas había desaparecido también el cementerio, unas aguas de las cuales los rayos del crepúsculo arrancaban destellos rojos; de aquel cráneo, en fin, con todos los dientes de oro brillando al sol cuando los obreros lo desenterraron, que parecía sonreír sarcástico ante cuanto lo rodeaba.

Caminando con lentitud habían llegado a la gran plazoleta que se extiende ante el edificio de la Universidad. Tomaron hacia la derecha, a lo largo del Instituto de las Artes, y comenzaron a subir por el camino de grava flanqueado de tilos que asciende serpenteante hacia la colina de San Procopio. A ambos

lados de la pista las cunetas estaban cubiertas de hojas muertas y las estatuas del extenso parque parecían tiritar entre los árboles desnudos.

Al llegar a lo alto descubrieron, al pie de la otra vertiente, el lago artificial, aprisionado entre sus riberas, que se extendía a lo largo dando lugar a entrantes y salientes de caprichosas formas y tamaños. Sobre la cumbre redondeada de la colina se alzaba una iglesia y, pegado a ella, un café con pista de baile al aire libre. Todo en torno a ésta, una hilera de altos cipreses susurraban por efecto del viento. En un rincón se amontonaba una buena cantidad de cajas vacías sobre las que, escrito en negro, podía leerse: Cerveza Korça.

—No debe de hacer mucho tiempo que han formado este lago —dijo el cura—. Tampoco la pista de baile se encontraba antes ahí.

—Es un bonito lugar.

—Sí, realmente. Desde aquí puede divisarse casi toda Tirana.

Le dieron la espalda a la laguna y observaron la ciudad. El impermeable del general restallaba sacudido por el viento.

Ambos detuvieron su mirada sobre el gran bulevar que dividía la ciudad en dos. Un álamo se balanceaba delante de ellos y les ocultaba alternativamente con una de sus ramas el edificio de la Presidencia del Consejo y el del Comité Central. Cuando el viento soplabla con más fuerza, la rama llegaba a cubrir la torre del reloj de la ciudad, que parecía desde allí adosada al minarete de la mezquita, tapaba a continuación una parte de la plaza de Scanderbeg, resbalaba sobre el edificio del Comité Ejecutivo y casi alcanzaba a rozar la Banca Nacional.

—En aquel libro sobre Albania leí que todo el conjunto arquitectónico que tiene como eje el gran bulevar representa unas fasces de lictor del imperio —dijo el general extendiendo un brazo por delante de él.

—Es cierto —respondió el cura.

—Sin embargo, llevo ya varios minutos tratando de encontrar la semejanza sin conseguirlo.

—Observe con más atención —dijo el cura trazando un amplio gesto con la mano—. El bulevar forma el mango del hacha; el edificio alto del rectorado representa la cabeza del mango que sobresale del hacha propiamente dicha; el Instituto de las Artes conforma la parte posterior, mientras que el estadio —el

cura estiró la mano en dirección a la derecha –imita el filo en forma de arco.

–Es curioso –dijo el general–, pero continuó sin conseguir captar la semejanza.

–Tal vez sea porque debe observarse desde un punto más elevado que éste –dijo el cura–. Además, y esto es lo esencial, después de la guerra los albaneses han tratado de que el esquema desaparezca.

–¿Han destruido acaso alguna parte del conjunto?

–No, al contrario –respondió el cura–. Lo que han hecho ha sido construir otros edificios en el perímetro, logrando de ese modo el mismo efecto.

–Según parece, lo que ha venido a quebrar el esquema de las fasces es ese barrio que han edificado a la derecha –dijo el general.

–Se trata en efecto de una barriada enteramente nueva –dijo el cura–, y creo que la han bautizado con el nombre de Primero de Mayo.

–En una palabra, que se trata de una especie de gigantesco sello imperial en medio de la ciudad.

–Fue después de acabada la guerra, sobrevolando la ciudad en un avión, cuando los comunistas se dieron cuenta por vez primera del efecto, tras lo cual dieron órdenes terminantes de que se hiciera desaparecer la figura del hacha.

–¿Realmente no lo sabían con anterioridad?

–No sabría responderle.

Continuaron caminando por el camino asfaltado que bordeaba la iglesia. En uno de los bancos situados a la orilla del camino se sentaba una pareja de jóvenes, apretados el uno contra el otro. Con la mirada perdida, ella apoyaba la cabeza sobre el hombro de su compañero, mientras él le acariciaba las rodillas.

–Descendamos –dijo el general–. Empieza a soplar un viento frío.

Capítulo XV

Los dos vehículos habían abandonado la calzada y, tras girar a la derecha y continuar campo a través, rodaban ahora a lo largo de las viñas de la granja. El general, con un mapa topográfico sobre las rodillas, miraba una y otra vez hacia el exterior. Sabía que en aquel mismo instante, en la cabina del camión que les seguía, el experto albanés llevaba sobre las rodillas el mismo mapa y que, al igual que él, lanzaba miradas de tiempo en tiempo a través de la ventanilla para determinar con precisión el lugar donde debían detenerse.

Hacia la derecha se delineaba una hilera de álamos altos, y si se mira en esa dirección se distinguirán, más allá, las edificaciones de la hacienda de un bey, y todavía más lejos un molino. Justo al pie de los álamos se encuentra el lugar. Para poder recordar más fácilmente la ubicación de las tumbas las excavamos formando una V, con el vértice orientado hacia el mar. Cinco a un lado y cinco al otro, la del subteniente queda en el medio.

–Dígale que se dirija hacia los álamos –dijo el general.

El cura le tradujo estas palabras al conductor.

Cuando descendieron del coche el viento soplaba y hacía susurrar los árboles. A la cabeza del grupo el cura se dirigió hacia el hipotético emplazamiento de las tumbas. Llevaba caminando un rato cuando, de pronto, dejó escapar un grito de estupor.

–¿Qué sucede? –preguntó el general mientras se aproximaba.

–Mire –respondió el cura–. Mire allá.

El general volvió los ojos en la dirección que le señalaban.

–¿Qué significa esto? –dijo colérico.

Al pie de los álamos se abrían dos hileras de zanjas abiertas, que se unían por los extremos formando una V. Las fosas parecían haber sido cavadas hacía una o dos semanas, pues las últimas lluvias las habían llenado de agua hasta la

mitad.

–No entiendo nada –dijo el cura.

–Alguien ha venido a abrir las tumbas antes que nosotros –dijo el general, con la voz temblorosa de cólera.

–Ahí viene el especialista –dijo el cura–. Veamos qué es lo que nos dice.

–¿Qué pasa? –preguntó el albanés aproximándose a su vez.

Sin decir una palabra el general le mostró las zanjas con la mano. El especialista las observó un instante y se encogió de hombros.

–¡Qué extraño! –murmuró en voz baja.

–Alguien ha abierto las tumbas sin nuestra autorización, sin nuestro conocimiento siquiera –dijo el cura–. ¿Qué tiene usted que decirnos?

El otro volvió a encogerse de hombros.

–¿Cuándo se va a poner fin a estas provocaciones? –gritó el general–. Daré parte inmediatamente del incidente.

–Por el momento no puedo decirles nada. Pero espero poder aclararlo sin tardanza. Les ruego que tengan un poco de paciencia.

–Desde luego –respondió el general conteniendo la furia.

Los obreros y los dos chóferes se habían acercado y miraban hacia el suelo desconcertados.

–Jamás nos había sucedido nada semejante –dijo el más viejo de ellos.

El especialista contó las fosas por segunda vez, mientras hacía girar el mapa topográfico entre las manos.

–Escucha –dijo dirigiéndose al conductor del camión–, coge el camión y llégate hasta la granja; tráete contigo a alguien de allí, no importa quien sea. Diles que somos de la Presidencia del Consejo y que tenemos entre manos un asunto importante.

–Entendido –constestó el otro.

–Esperemos a ver lo que nos dice la gente de la granja –dijo el experto.

–Jamás me habría esperado una cosa semejante –protestó el general con aire sombrío–. Se trata de una grave provocación. Las leyes internacionales son de obligado cumplimiento para todos.

–Nada puedo decirle por ahora –repitió el experto–. Todo lo que estoy en condiciones de asegurarle es que si alguien ha osado cometer una acción así con intenciones ultrajantes será castigado con arreglo a nuestras leyes.

—Cualquiera que sea la intención con que se haya hecho —intervino el cura — se trata de una grave profanación.

—No consentiré que este asunto quede así —insistió el general—. Ya sabía yo que un día u otro sería objeto de alguna provocación, pero nunca imaginé que las cosas llegaran a este extremo.

—No han sido ustedes víctimas de ninguna provocación —dijo el especialista.

—¿Y esto? ¿Qué es esto entonces?

Con mano temblorosa, el general señalaba las fosas.

—Enseguida lo sabremos.

Entretanto, los obreros continuaban detenidos ante las zanjas y comentaban su extraña disposición.

—Es la primera vez que nos topamos con un cementerio como éste, en forma de V.

—¡Sí que es extraño!

—En una formación así vuelan las cigüeñas —dijo el obrero viejo—. ¿No las habéis visto emigrar en otoño?

Se oyó a lo lejos el motor del camión que se aproximaba. En la cabina, junto al conductor, se distinguía a otra persona.

—Espero que todo se aclare ahora —dijo el especialista.

El conductor descendió y fue a abrirle la puerta al desconocido que lo acompañaba. Éste, una vez que puso pie a tierra, los observó atentamente a todos, uno por uno.

—¿Trabaja usted en esa granja? —le preguntó el especialista.

—Sí.

—¿Hace mucho tiempo?

—Sí, mucho.

—¿Sabe usted algo sobre estas tumbas de soldados?

El hombre echó una mirada a las zanjas abiertas.

—Lo que todo el mundo sabe —respondió.

—¿Por ejemplo?

—Pues eso. Que son tumbas de soldados extranjeros y que hace veinte años y pico que están ahí...

—¿Cómo se explica entonces que...?

–Hará unos diez días que vinieron y las abrieron.

–Eso es precisamente lo que queremos saber –dijo el especialista albanés–. ¿Quiénes fueron los que las abrieron hace diez días?

El hombre paseó de nuevo su mirada sobre los obreros, el general, el cura, y a continuación sobre los vehículos.

–¿Vio usted con sus propios ojos a los que abrieron las tumbas? –volvió a interrogarlo el especialista.

El otro parecía vacilar antes de dar una respuesta. Luego, dijo bruscamente:

–¿Pretende usted burlarse de mí?

–¿Cómo? ¿Qué intenta decir con eso?

–Lo sabe usted mejor que yo.

El especialista esbozó un gesto de extrañeza. Todo alrededor se hizo un gran silencio. Podía oírse el murmullo de los álamos.

–Le ruego que nos diga lisa y llanamente quién ha abierto esas tumbas hace diez días.

El hombre de la granja fijó en el especialista una mirada enfurecida.

–Fueron ustedes mismos quienes las abrieron –dijo en tono cortante.

El especialista sintió que su frente se llenaba de sudor.

–Todos ustedes –prosiguió el otro, y señaló con el dedo a los obreros de los servicios municipales, al general, al cura y a los conductores.

Todos se miraron, estupefactos.

–¿De dónde has sacado a este tipo? –le dijo alguno en voz baja al conductor del camión.

–Escuche –dijo el especialista, siempre dirigiéndose al hombre de la granja–, no resulta agradable que usted...

–¡Déjate ya de historias! –le respondió el otro echando chispas de furor por los ojos–. ¡Si crees que vas a confundirme te equivocas! ¿Te figuras que porque tienes estudios puedes ir por ahí tomándole el pelo a la gente?

Dirigió una mirada cargada de desprecio al especialista, le volvió la espalda y se encaminó hacia la granja.

–¡Espera un poco, camarada! –le gritó el obrero viejo.

–¡Eh, tú, para ahí! –lo llamó el chófer del camión.

–Debería daros vergüenza –refunfuñó el hombre de la granja mientras

regresaba—. ¿Tomáis a la gente por imbécil? ¿Creéis acaso que no os vimos cuando llegasteis hace diez días y luego mientras cavabais de la mañana a la noche?

—No nos faltaba más que esto —dijo el cura en voz baja.

—¿Quiénes? ¿Nosotros?

—¡Vosotros, claro que sí! ¿Quién va a ser si no? Estuvisteis ahí con ese mismo coche verde y ese camión cubierto.

—¡Ah! Espere un poco —dijo de pronto el especialista—. ¿Estuvo usted presente mientras se excavaban las fosas?

—No, pero lo vimos desde lejos.

El experto balanceó la cabeza.

—Creo que ya lo entiendo —dijo—. Sí, sin duda, han debido de ser los otros. ¡Vaya plancha!

—¿Qué es lo que pasa? —quiso saber el general.

—Pues parece que ese general con el brazo amputado y su alcalde han pasado por aquí antes que nosotros.

—¿Y han sido ellos quienes han hecho esto?

—Estoy convencido. No tiene otra explicación para mí.

El hombre de la granja, acompañándose de abundantes gestos, les explicaba algún detalle a los obreros y a los conductores.

—¿Cómo es posible? —se preguntaba el general.

—Van sin mapas ni indicaciones precisas. Probablemente hayan tomado estas tumbas por las de los suyos.

—Pero, de todos modos, podían haber preguntado a las gentes del lugar. Además, están los medallones —dijo el cura.

—Eso es justamente lo que me extraña a mí —dijo el especialista al tiempo que se mordía el labio inferior.

—Esto constituye una grave profanación —dijo el general.

—No es la primera vez que les ocurre —intervino el experto—. En Tirana me contaron que, en cierta comarca hacia el sur, habían abierto por error dos tumbas de *ballistas*, mientras que en otro lugar se pusieron a cavar fosas en un viejo cementerio musulmán.

—¿Y se llevaron los restos?

—Sí, eso creo.

–Es fantástico –dijo el general.

–¿Está en sus cabales esa gente? ¿Cómo se permiten comportarse de ese modo?

–Quizá tengan un motivo –dijo el especialista con ademán pensativo.

–Sospecho que lo tienen.

–¿De qué se trata?

El experto vacilaba en expresar su opinión.

–¿Sospecha usted un fraude por su parte? –preguntó el cura.

El especialista sonrió.

–No puedo añadir nada más, discúlpenme.

–Es posible que como todo lo suyo está hecho un desastre y no consiguen encontrar nada, se estén dedicando a pillar las primeras tumbas que encuentran en el camino –dijo el general.

–Ellos mismos nos lo dijeron. Estamos buscando en las tinieblas.

–Pues si son capaces de hacer eso, no puede continuar considerándoselos representantes gubernamentales que cumplen una misión sino simples aventureros –dijo el general encolerizado.

–Y lo que es más grave, expiden de inmediato hacia su país los restos que recogen –dijo el experto.

–¿Quiere usted decir que no podremos recuperar a esos once?

–Va a ser difícil, si es que los huesos han partido ya.

–Dicho de otro modo, ¡que los restos de nuestros soldados van a ser distribuidos a familias de un pueblo que no es el suyo! –dijo a gritos el general–. ¡Es para volverse loco!

–El asunto hace pensar que tienen compromisos contraídos –dijo el cura–. Ésa debe de ser la razón de que se apresuren tanto a embarcar los restos que recogen.

–Y cuando no encuentran a los suyos echan mano de todo lo que se topan a su paso. ¡Esto es encantador!

El general estaba furibundo.

–Vámonos –dijo de pronto–. No tenemos nada que hacer aquí.

Montaron en el coche y partieron hacia el mar, precisamente la dirección que señalaba el vértice del pequeño cementerio en forma de V.

Capítulo XVI

La costa aparecía oscura y desértica. Algunas casamatas de hormigón se alzaban sobre la misma arena húmeda y algo más allá, al pie de los farallones rocosos, se distinguían otras de tamaño mucho mayor.

Los obreros del servicio municipal se ocupaban en arrancar las clavijas de las tiendas de campaña y, después que hubieran levantado la primera, sobre la arena endurecida por el agua aparecieron unas extrañas huellas, como si una bestia de enormes pezuñas hubiera estado merodeando por el lugar.

Una vez que quedó plegada la primera tienda, los trabajadores la arrojaron al interior del camión, sobre las grandes cajas, y se dispusieron a arrancar las clavijas de la otra.

Un viento frío soplaba procedente del mar.

El general levantó la mirada hacia el norte, allá donde, detrás de las casamatas, aparecían los primeros chalés de la playa, los apeaderos veraniegos del ferrocarril y la hilera de casas de reposo y de grandes hoteles, la mayor parte de ellos cerrados en esa época del año.

Se habían trasladado a aquel lugar con el fin de recoger los restos de los soldados de su país muertos durante el primer día de la guerra. Durante toda la semana no habían hecho más que correr a lo largo del litoral, deteniéndose en los diversos puntos donde se habían producido desembarcos de tropas, cada uno de los cuales contaba con su propio cementerio.

Recordaba perfectamente bien el primer día de la guerra, en la primavera de 1939. Él se encontraba entonces en África. Aquella tarde la radio dio la noticia: las tropas fascistas habían desembarcado en Albania y el pueblo albanés acogía pacíficamente, incluso con flores, a las gloriosas divisiones que les llevaban la civilización y el bienestar.

Más tarde llegaron los primeros periódicos y a continuación las revistas plagadas de fotografías y reportajes sobre el desembarco. Se describía en ellas la espléndida primavera de aquel año, el mar y el cielo radiantes de Albania, las playas, el horizonte transparente, el amor de las albanesas, los

trajes y las graciosas danzas populares del país. No pasaba un solo día sin que los periódicos y revistas hablaran del asunto y, de noche, los soldados soñaban con ser transferidos a Albania, a aquella costa tan pacífica, a la sombra de los olivos eternos.

El general recordó que también él tuvo en aquel entonces deseos de que lo enviaran a Albania, pero cayó enfermo y, al regreso de África, hubo de permanecer en su país.

Sin embargo, el destino me había reservado mi propia parte en esta guerra, aunque para más tarde, se dijo. Es precisamente ahora cuando debo hacerla, sobre un terreno tan difícil y en un tiempo en que el mundo vive en paz.

Los obreros habían acabado de recoger la segunda tienda y la cargaban en la caja del camión junto con los picos, las palas y las bombonas de desinfectante. El más joven de los obreros, después de calentarse las manos con el aliento un par de veces, cerró la trasera del camión y subió. Los cinco se sentaron como de costumbre sobre los cajones y el más viejo sacó la petaca para liar un cigarrillo. El general montó a su vez en el coche y el cura lo siguió.

—¿Han terminado ya? —le preguntó el general.

—Creo que sí.

—Entonces, vámonos.

El automóvil arrancó lentamente. Se oyó rugir el motor del camión. El chófer del coche sacó la cabeza por la ventanilla para mirar hacia atrás. El motor del camión pasaba alternativamente de dar grandes acelerones al ralentí; de pronto se caló.

—Parece que no quiere arrancar —dijo el chófer al tiempo que frenaba—. Voy a ver si les puedo ayudar.

El general se asomó también y vio que los obreros se disponían a empujar el camión y que el chófer de su coche se dirigía hacia ellos. Poco después el vehículo avanzaba penosamente, empujado por el grupo de hombres, a quienes se oía de vez en cuando gritar: ¡Ahora! ¡Ahora! Al cabo de un rato el camión rebasó al automóvil. Los obreros continuaban empujando y se lanzaban gritos de aliento. Sus pies resbalaban sobre la arena y el general pudo ver durante un instante el esfuerzo dibujado en sus rostros bañados en sudor y los músculos tensos de sus brazos y de sus espaldas aplicadas contra la carrocería. Los

grandes arcones y el montón de picos y palas resonaban como siempre en el interior de la caja traqueteante.

–Es la primera vez que el camión tiene una avería –dijo el general.

–Así es; debe de ser por el frío –respondió el cura–. Hace dos días y dos noches que no se mueven los vehículos. Y no ha parado de soplar el viento.

–No hay cosa más irritante que un coche averiado.

El cura guardó silencio.

Un instante más tarde se oyó el rugido del motor, que se había puesto por fin en marcha. Su conductor, todo sudoroso, regresaba corriendo.

–¡El diablo se lo lleve! –exclamó al tiempo que montaba–. ¡Vaya trabajo que nos ha costado hacerlo arrancar!

Poco más tarde el automóvil rebasaba nuevamente al camión y el general pudo ver a los obreros, con el cigarrillo en los labios, recostados sobre los cajones.

Pasaron ante las villas de la playa, que aparecían ahora frías y tristes con todos los postigos cerrados, y a lo largo de los edificios modernos de los hoteles y los restaurantes de verano, asimismo cerrados desde hacía tiempo. Las terrazas y pistas de baile se adentraban en el mar, con las mesas y las sillas reunidas en altas pilas en un rincón, vestigios abandonados del verano.

–Este lugar debe de ser muy acogedor en la época de vacaciones –comentó el general.

–Esa impresión tengo yo también. Aunque no creo que resulte demasiado agradable, para las mujeres sobre todo, tomar el baño y pasearse al lado de las casamatas.

El general observaba atentamente.

–En mi opinión, pese a la modernización de los sistemas defensivos, una parte de estas casamatas conserva incluso hoy cierta importancia militar.

–A los albaneses les gusta repetir que su país es una fortaleza a orillas del Adriático –dijo el cura.

El general volvió la cabeza hacia el mar.

–Me ha dicho usted que el mar no les ha traído más que desgracias, y que por eso no sienten atracción por él.

–Así es –respondió el cura–. Los albaneses son como los animales que temen al agua. Prefieren trepar por las peñas y las montañas. Es allí donde se

sienten seguros.

La línea del litoral iba quedando gradualmente alejada y ahora los apeaderos del ferrocarril y las blancas villas diseminadas se ocultaban a su vista.

–No nos falta por encontrar más que a uno de los soldados caídos el primer día de la guerra –dijo el general–. Será el último que busquemos en la zona de la costa.

–Es extraño. ¿Por qué estará éste solo, tan alejado de los otros?

–A saber lo que sucedió –dijo el general mientras sacaba un mapa de su cartera y lo desplegab–. Éste es el lugar donde debería encontrarse –y señaló un punto marcado con lápiz rojo sobre el papel.

–Espero que en una hora habremos llegado.

–Tal vez incluso antes. Y después de esto habremos terminado.

–Aparte de unos cuantos casos aislados, no nos queda por hacer más que una expedición en esta región –dijo el cura.

–Sí, en una zona de media montaña. Otro recorrido con dificultades.

–Qué más da. Lo importante es poner fin cuanto antes a esta misión –dijo el cura.

–¿Qué? Está deseando regresar a casa, ¿eh?

–Desde luego. ¿Usted no?

–Sueño con ello –dijo el general–. Apenas soy capaz de soportar la espera. Pero aún es demasiado pronto para hablar de eso. No hemos cumplido todavía más que la cuarta parte de nuestra tarea.

–En efecto.

El general dejó escapar un suspiro.

–Aún es pronto –insistió–. Demasiado pronto.

El cura movió la cabeza en señal de asentimiento.

Estás impaciente, pensó el general. Te esperan...

–Hace ya largo tiempo que no nos los encontramos –dijo en alta voz.

–¿A quiénes?

–Al teniente general y al alcalde.

–¿A saber dónde estarán ahora haciendo excavaciones!

–Seguramente en cualquier otro estadio, si es que no lo hacen en mitad de un bulevar. Lo que resulta evidente es que las cosas no les van nada bien.

–De la manera que trabajan no creo que puedan abandonar este país antes de dos años.

–Allá ellos –dijo el general–. ¿Qué más nos da a nosotros? Lo único que nos importa es que no nos vuelvan a robar ningún soldado.

El resto del trayecto lo hicieron en silencio.

El monasterio donde debían buscar la tumba del soldado estaba situado sobre un pequeño promontorio que dominaba los contornos y frente al cual la carretera se bifurcaba para continuar por una parte hacia el norte y por la otra, tras volver hacia la izquierda, en dirección paralela a la costa.

Bajaron del coche y ascendieron a pie la cuestecilla. El general encabezaba el pequeño grupo, el cura y el experto lo seguían; tras ellos caminaban los obreros de los servicios municipales, con los aperos al hombro, cerrando la marcha. Los dos conductores se sentaron en sendas piedras situadas al borde de la ruta y encendieron un cigarrillo.

Ante el edificio del monasterio se destacaban algunas tumbas imponentes, sepulturas antiguas con grandes cruces e inscripciones en latín. El viejo portón estaba cerrado. En una placa de piedra empotrada sobre el umbral se leían grabadas las palabras *Societas Jesus*.

El especialista albanés golpeó repetidas veces antes de que se oyeran pasos en el interior. Un fraile de cabellos blancos, cubierto con hábito negro y un capuchón triangular sobre la cabeza apareció en el umbral.

–Buenos días, padre –dijo el experto.

–Buenos días –respondió aquél.

–En este convento es donde se encuentra la tumba de un soldado extranjero muerto en 1939. Hemos venido a exhumar el cadáver.

El fraile echó una mirada, uno tras otro, al general, al cura y a los obreros, con sus picos y sus palas siempre a la espalda.

–Traemos con nosotros la orden escrita del gobierno y la autorización del arzobispado –dijo el especialista, al tiempo que extraía unos documentos de su cartera.

El viejo fraile bajó sus ojos grises; tenía los párpados inferiores llenos de pequeñas arrugas y se puso a leer los papeles moviendo los labios mientras lo hacía, como si rumiara alguna cosa.

–Muy bien –dijo–. Síganme. Les conduciré ahora mismo hasta la tumba.

Echaron a andar todos tras él y caminaron a lo largo del muro exterior que rodeaba el convento hasta llegar a la parte trasera, donde se alzaba la iglesia.

–Aquí está; ésa es la tumba –dijo el monje.

Se trataba de una humilde sepultura, con una cruz de piedra a la cabecera y un casco. Hacía ya tiempo que la pintura del casco se había desprendido, los bordes se hundían en la tierra y probablemente en primavera, cuando brotara la hierba tierna, quedaría oculto entre el verdor.

Uno de los obreros lo arrancó del suelo con la pala. Otros dos se aplicaron a remover la cruz, mientras los demás se aprestaban a cavar.

–¿Por qué quedó esta tumba aislada, lejos de las otras? –preguntó el general.

–Es que este soldado fue abatido en circunstancias singulares por un tal Nik Martini –le respondió el viejo monje con voz profunda, apagada.

Al escuchar al viejo pronunciar el nombre de Nik Martini, el general lanzó al cura una mirada interrogativa.

–Un montañés desconocido –le explicó éste.

–Yo vi con mis propios ojos cómo lo derribó. Le disparó con un fusil desde esa altura de allá –dijo el monje.

Volvieron la cabeza y vieron una elevación escarpada que, como una fortaleza, se alzaba casi en vertical al otro lado de la carretera.

–¿Se produjo algún enfrentamiento en estos parajes? –preguntó el general.

–No –respondió el monje–. Esta zona, desde aquí hasta el mar, está deshabitada y nadie imaginaba siquiera que fueran a desembarcar tropas tan cerca de nosotros.

–¿A qué distancia nos encontramos de la orilla del mar?

–A diez kilómetros –prosiguió el monje–. Todo hace pensar que el desembarco se llevó a cabo en completo silencio. Nadie habría podido sospechar que las tropas pusieran pie a tierra en un lugar tan perdido. Nik Martini fue el único que se enteró, Dios sabe por qué medios.

–Pero, ¿quién era ese hombre?

–Un montañés, un simple montañés –dijo el viejo monje, que hablaba en tono monocorde, como si repitiera maquinalmente palabras aprendidas de memoria–. Ese día lo vi venir de lejos por la carretera. Caminaba con el fusil al hombro y, como lo conocía, le salí al paso: «¿Dónde vas, Nik Martini?», le

grité. «Voy a hacer cantar el fusil», me respondió. «¿Solo?» «Sí, solo.» Yo quería detenerlo y bajé al camino, me planté delante de él y le dije persignándome: «¡Paz a las criaturas del Señor!». Él me lanzó una mirada de furor e hizo un gesto con la mano como para empuñar el fusil. «¡Quítese de en medio, padre!», me dijo a gritos. Luego sus ojos se dirigieron hacia el campanario y sin decir una palabra se encaminó hacia el convento, conmigo detrás. Nos encaramamos los dos a lo alto del campanario y desde allí vimos la playa plagada de soldados. «Han desembarcado», dijo. «¡Regresa a tu casa, Nik Martini!» «¡No, no pienso volver!», respondió y comenzó a resoplar como una fiera. Después bajó de la torre, le vi alcanzar rápidamente la carretera y trepar a esa atalaya.

—¿Y luego, estuvo combatiendo él solo?

—Sí, completamente solo. Estuvo disparando durante más de una hora. Tiraba con largos intervalos y sus balas silbaban solitarias en el aire. La carretera se llenó de tropas, pero él continuaba dando tiros; no había medio de que lo desalojaran de allí; hasta que comenzaron a dispararle con morteros.

—¿Lo mataron entonces?

—No. Eso es lo que todos creímos al principio, cuando su fusil dejó de sonar. Pero más tarde se supo que reapareció diez kilómetros más allá, sobre otro risco, y que había estado nuevamente pegando tiros durante más de una hora.

—Lo creo muy posible —dijo el general—. Una posición así es virtualmente inexpugnable. Se puede permanecer en ella durante todo un día, a menos que te desalojen mediante la artillería.

—Ellos intentaron escalarla —dijo el fraile —y fue precisamente en una de esas intentonas cuando fue alcanzado ese soldado. Desde las ventanas del convento nosotros seguíamos con los ojos sus vanos esfuerzos por llegar arriba. Fue luego, tras haber traído aquí a su compañero muerto, envuelto en su capote, y enterrarlo, cuando decidieron machacar la posición a golpes de mortero.

—¿Y el montañés, consiguió salir con vida?

—¿Nik Martini? —El viejo fraile levantó sus ojos grises de mirada apagada en dirección a las colinas—. No —respondió—, murió. Estuvo batiéndose aquel día en cuatro lugares distintos, hasta llegar al límite de sus fuerzas. Dicen que

cuando se le agotaron las municiones y vio que los camiones cargados de soldados se dirigían hacia Tirana lanzó un alarido, como tienen por costumbre hacer los montañeses cuando fallece algún allegado. Lo rodearon y lo despedazaron a golpes de bayoneta.

Durante unos segundos se hizo el silencio.

–Nik Martini no tiene tumba –continuó el monje, quien seguramente había imaginado que a continuación los visitantes le preguntarían por ella–. No ha quedado de él traza alguna, ni cruz; no tiene más que un canto que recuerda su memoria. Lo cantan con frecuencia, sobre todo en aquellas dos aldeas de allá –extendió un brazo tembloroso y señaló hacia el noreste–. El año pasado vino un grupo del Instituto de Folclore a recoger textos de canciones, entre ellas creo que la de Nik Martini.

–Es sorprendente –dijo el general, una media hora más tarde, cuando el coche rodaba hacia Tirana–. ¿Cómo puede un hombre solo plantar cara a todo un ejército?

–Ellos tienen a gala combatir en solitario –replicó el cura–. Se trata de una antigua tradición suya.

El general encendió un cigarrillo y suspiró.

–Ya terminó un día más de guerra –murmuró en voz baja.

El cura no dijo nada. Contemplaba los campos que se extendían a ambos lados de la carretera y eran ya barridos por los vientos invernales. Algunos kilómetros más adelante el Adriático volvió a aparecer, esta vez a la derecha, imponente en su inmensidad.

Pequeños montículos de lomo redondeado se levantaban frente a la orilla del mar; sobre sus faldas se encontraban las tumbas dispersas de los albaneses caídos el primer día de la guerra.

A retazos y de fuentes diversas, el general había escuchado lo sucedido ese día a orillas de los dos mares que bañan Albania. Le contaron que la noticia de que el enemigo había surgido del mar se extendió como la pólvora por todas las regiones, y que de todos los rincones del país, en grupos de cinco, de diez, de veinte, los hombres se pusieron en marcha con el fusil al hombro decididos a batirse. Venían de lejos, sin que nadie los hubiese organizado, atravesaban valles y montañas y en su marcha había algo antiguo, ancestral, legado quizá como un instinto, a través de las generaciones, desde los tiempos

legendarios de Gjergj Elez Alia, cuando el mal emergía siempre del mar y, como si fuera una bestia, debía ser exterminado en la orilla misma para impedirle que penetrara en el interior y sembrara la destrucción. Se trataba de un viejo sentimiento de alerta lo que se revelaba en ellos, un miedo antiguo a las aguas azuladas y de modo más general ante todas las tierras bajas, pues el mal procedía siempre de ellas; y en cuanto los hombres que descendían de las alturas para unirse a los restos del ejército monárquico, que todavía resistía, venteaban el aire húmedo del mar y luego lo descubrían, inmenso, ante ellos, experimentaban de inmediato una sensación de peligro y tomaban el estruendo de las olas por los sonos de una música guerrera.

Así fue como, aquel día, decenas de partidas descendieron de las montañas. En sus filas formaban hombres con sombrero de fieltro y anteojos, mezclados con los altos montañeses de los *bairak*, que hacían aún una vida patriarcal y en cuyas montañas probablemente había muchos que ignoraban por completo cuál era el país que los atacaba, ni qué enemigo era al que debían combatir, pues para ellos eso carecía de importancia. Lo importante era el hecho de que el mal había vuelto a surgir del mar y que debía ser, una vez más, arrojado a él. Gran parte de ellos no había visto nunca el mar y cuando el Adriático se les apareció de pronto, a buen seguro habrían exclamado maravillados: «¡Qué hermoso es!». Y tal vez en ese instante no pudieran creer que el mal pudiera proceder de él. Después miraron con indiferencia el hormigueo de soldados en los cruceros, sus cañones gigantescos que apuntaban hacia la costa, los aviones que hacían pasadas en vuelo rasante, las lanchas de desembarco, y al instante, sin pensárselo dos veces, trabaron combate, tal como prescribía la tradición, y fueron cayendo, unos antes, otros después.

Luego, al declinar el día, llegaron los retrasados, procedentes de los contornos más apartados de las montañas. En el estado en que llegaban, extenuados, rendidos tras la larga caminata, se fueron lanzando también ellos a la batalla, bajo la puesta del sol, precisamente a la hora en que los invasores ponían en acción potentes bombas de agua para lavar las calles de Dures de sangre, que despedía llamaradas rojas bajo los últimos rayos solares.

Continuaron llegando montañeses rezagados hasta bien entrada la noche. Había entre ellos hombres aislados, que surgían como sombras armadas de

fusiles en lo alto de los promontorios y, nada más ser descubiertos por los reflectores en sus parapetos, eran barridos por las ametralladoras y quedaban tendidos boca abajo cuan largos eran hasta el amanecer, con los cabellos empapados por el rocío.

Al día siguiente se los enterró en el mismo lugar en que habían caído y sus tumbas aparecieron aquella primavera por todas partes, como ovejas dispersas e innumerables, sobre las colinas que se alzan frente al mar, y nadie supo jamás sus nombres ni la comarca de la cual procedían para poder ponerles una lápida. Sólo a los montañeses se los reconocía por sus vestimentas. Algunos habían llegado de los lejanos *bairak* de los Alpes del norte, un lugar donde en los casos de muerte todo el clan se viste de negro e incluso cubren con un trapo negro la *kulla* de piedra, fría y triste, del muerto, para dedicarle a continuación un canto. En aquella ocasión los cantos evocarían muy probablemente el mar lejano y péfido.

Segunda parte

Llegó la primavera y pasó. La hierba creció sobre la tierra extranjera. Recubría las suaves colinas, brotaba en las laderas de los valles e invadía, tenaz, cualquier franja de tierra que encontrara a los costados de la carretera.

El general, el cura y el grupo de enterradores de los servicios municipales recorrieron a lo largo de toda la primavera montes y valles, de región en región. En esto los encontró el verano, pero convinieron en no concederse más que quince días de reposo, pues su búsqueda no estaba resultando demasiado fructuosa. Durante los meses más calurosos exploraron los Alpes del norte y luego, en cuanto refrescó un poco, descendieron a las planicies y reemprendieron sus indagaciones en ciertas comarcas ya visitadas con anterioridad.

Octubre los sorprendió de nuevo por las carreteras de Albania. El tiempo empeoró súbitamente y el horizonte se llenó una vez más de relámpagos.

El sombrío peregrinaje se prolongaba más de lo previsto. En la conferencia de prensa que el general había concedido en su país, durante el verano, antes de su segunda partida con destino a Albania, los periodistas lo abrumaron con embarazosas preguntas acerca del tiempo que aún quedaba para que pusieran fin a su misión. Él les respondió lacónicamente, a veces con manifiesto nerviosismo y otras en tono desdeñoso, como si pretendiera decir: «¿Por qué no vais vosotros, desgraciados, y probáis a hacer lo que estoy haciendo yo?».

Cada vez con mayor frecuencia, el general tenía la sensación de que su vida se reducía a una interminable sucesión de encrucijadas entre carreteras empapadas y extranjeras. Cuando viajaba por esos caminos recordaba cada vez más a menudo, a medida que pasaba el tiempo, fragmentos de largas conversaciones y de fastidiosos encargos. Todas estas reminiscencias que asaltaban su mente adoptaban la forma de algo desviado y monótono, terriblemente monótono. Le hacían el efecto de una escritura apretada y caída, en la cual las letras, como golpeadas de costado, estaban a punto de venirse

abajo y dar de bruces en tierra.

Capítulo XVII

Por lo general pasábamos todo el día fumando, apoyados en el pretil del puente o refugiados en la pequeña barraca de madera, sobre cuya puerta de entrada se leían las palabras: «café-limonada», escritas en caracteres irregulares por el dueño. Éramos seis los soldados que montábamos la guardia sobre el puente. Pasaba por allí una ruta estratégica construida por los austríacos durante la Primera Guerra Mundial y hacía largo tiempo abandonada. Llegamos pocos días después de que terminaran la reparación de la carretera y el puente. Los soldados que lo hicieron habían construido al mismo tiempo un blocao y un pequeño cuartel. Todo estaba listo para nosotros en el momento en que llegamos. Emplazamos una ametralladora pesada en el blocao y la ligera la manteníamos con nosotros en el cuartelillo para hacer frente a cualquier eventualidad.

El lugar era árido y triste. Nada más que tierras incultas salpicadas de pequeñas piedras y, rara vez, un árbol aquí y allá. La aldea era minúscula, diez casas todo lo más, extrañas construcciones de piedra en cuyos muros, a modo de ventanas, se abrían troneras pequeñas y estrechas, semejantes a las de nuestros blocaos.

Al principio nos aburríamos soberanamente. Sólo muy de vez en cuando pasaban vehículos militares y los aldeanos mantenían una actitud hostil hacia nosotros. Durante el día no hacíamos más que ir y venir a lo largo del parapeto y jugar a lanzar piedras al torrente. Por la noche hacíamos turnos de guardia.

Pero un buen día, por el camino de la montaña vimos aparecer a un hombre que conducía tres mulas cargadas de tableros, cajones y rollos de cartón embreado. Se trataba de un traficante que venía de la ciudad vecina. En dos jornadas puso en pie una barraca al borde mismo del puente y escribió con pintura negra, encima de la entrada: «café-limonada».

A partir de entonces nos convertimos en sus clientes asiduos. La verdad es que, aunque en la puerta dijera café y limonada, lo que vendía de hecho era rakí y vino tinto. De vez en cuando, los militares que pasaban en camión se

detenían ante la barraca para tomar un vaso; se diría que el tingladillo había animado un tanto aquel sombrío lugar. Sucedió incluso que los aldeanos venían en alguna ocasión a beber, aunque no era el rakí del tabernero lo que les atraía y mucho menos el vino. En realidad acudían con otro fin. Venían a cambiar sus huevos por municiones. Aunque lo teníamos terminantemente prohibido, la realidad es que lo hacíamos todos. De noche, mientras montábamos guardia, disparábamos al aire una descarga de balas de fusil y al día siguiente informábamos haber consumido el doble de cartuchos de los realmente utilizados. Intercambiábamos por los huevos las municiones de este modo acaparadas.

Pero estas salvas nocturnas resultaron ser un siniestro augurio. Se diría que nosotros mismos habíamos atraído el mal. Al cabo de poco tiempo los guerrilleros comenzaron en efecto a hostigarnos. De no haber existido el blocao, habrían acabado con nosotros enseguida.

Al primero lo derribaron sobre el puente, mientras hacía guardia, una noche. Según parece, los guerrilleros intentaban volar el puente, pero nuestro centinela lo impidió, pues consiguió dar la alarma. Por la mañana lo encontramos muerto ante el parapeto. Había caído en una postura extraña, con la boca abierta. ¿Han visto la película *Muerte de un ciclista*? Pues bien, cuando yo la vi estuve a punto de gritar en mitad de la sala. Ese cuerpo en la pantalla era idéntico a la visión que llevo grabada en la memoria.

Apenas habían pasado dos semanas cuando mataron al segundo. Las circunstancias podría decirse que fueron idénticas. Sospechábamos que fueran los aldeanos mismos quienes disparaban sobre nosotros, pero no estábamos del todo convencidos. Ya no les cambiábamos municiones por huevos, pero a esas alturas daba igual.

Cuando mataron al tercero de nuestros hombres se decidió no salir al puente a hacer guardia. Y junto con los refuerzos que llegaron para sustituir a los caídos nos enviaron un proyector que fue instalado en el blocao, de modo que el puente quedaba ahora iluminado a intervalos. Con sus centenares de postes de hierro negro entrecruzados, que le daban el aspecto de un enorme ciempiés, resultaba terrible y amenazador. A veces, en plena noche, observando cómo se destacaba en las tinieblas bajo la luz helada y blanquecina, tenía el presentimiento de que acabaría por devorarnos a todos,

uno detrás de otro.

Los guerrilleros no cejaban en su empeño.

Al cuarto de nuestros hombres lo mataron la noche en que yo fui herido. No recuerdo otra cosa excepto que me pegaron un balazo durante los primeros segundos del ataque. Cuando recuperé el conocimiento me di cuenta de que me habían cargado sobre una mula que avanzaba cansinamente sobre el puente. Los tablones crujían de forma extraña bajo sus cascos. Era por la mañana, una mañana gris de invierno. Mi mirada entumecida contemplaba, a través de un solo ojo, los innumerables pernos metálicos que desfilaban ante mí, y sentía que algo frío como el hielo, algo que no había experimentado jamás, me oprimía el corazón.

Cuando la mula acabó de atravesar el puente y se adentró con paso lento en la carretera volví, trabajosamente la cabeza y contemplé por última vez el blocao, las oscuras casas de piedra de los campesinos dispersas sobre la meseta, las tumbas de nuestros compañeros al pie de los pilares del puente (la última de ellas aún no habían comenzado a cavarla) y la barraca de madera allí, al lado, con aquella sórdida inscripción: «café-limonada».

El general fumaba, sentado sobre un bloque de hormigón. Abajo, al pie del puente, los obreros cavaban en los espacios dejados libres por los grandes bloques despedazados y dispersos por todas partes, entre los fragmentos retorcidos de los hierros ya oxidados. El puente nuevo había sido tendido unos cientos de metros más abajo, en el lugar donde desembocaba igualmente la nueva carretera, a poca distancia de un molino de aceite. La vieja carretera de montaña estaba ahora cubierta de arbustos y de matojos.

La explosión debió de ser terrible, pensó. El puente quedó cortado en dos y los enorme bloques de hormigón volaron en pedazos hasta el blocao y aún más allá, hasta la carretera ahora en desuso. Junto al puente se destacaba todavía la vieja barraca de madera, sobre cuya entrada todavía podían leerse las palabras: «café-limonada».

A su llegada, dos semanas atrás, tanto la barraca como el puente, el blocao y una parte de la calzada estaban medio derruidos. El cartón alquitranado que servía de techo a la tosca construcción aparecía desgarrado a pedazos, numerosos tablones habían sido arrancados y una buena parte de los que se

conservaban estaban podridos. Sin embargo, al cabo de dos días llegó un vendedor ambulante de la NTLUS¹ que traía cigarrillos, coñac y un hornillo para preparar café. Fue una buena noticia para todos porque además de los cinco obreros habituales habían contratado temporalmente a otros siete, y todos ellos, más los conductores, el experto, el cura y el general deberían pasar allí dos largas y fatigosas semanas. Luego de haber clavado unas cuantas tablas en dos o tres lugares y haber sujetado con gruesas piedras los jirones de cartón embetunado para que no se los llevara el viento, el vendedor ambulante se estableció en la vieja barraca.

El establecimiento introdujo cierta animación en el lugar. Por la mañana los obreros tomaban café o una copa de coñac antes de incorporarse al trabajo. Durante el día los lugareños deambulaban por allí durante horas enteras y contemplaban a los obreros mientras cavaban.

En ese instante mismo, el general observaba cómo dos de ellos parecían explicarle algo al obrero de más edad, señalando con la mano un punto situado en algún lugar a los pies del puente.

¿Cuál de ellos habrá disparado sobre los centinelas?, se preguntaba el general cada vez que los campesinos merodeaban por el lugar para mezclarse con los obreros o para comprar cigarrillos en la barraca. Hacía una semana que estaban allí y a esas alturas ya conocía a algunos de vista.

Las excavaciones continuaban más allá del puente, a la altura de la carretera, y también al pie de las pilastras. Únicamente los centinelas estaban enterrados en la base del puente; la mayor parte de las tumbas se hallaban al borde de la carretera, alineadas una junto a otra, sobre un terreno sembrado de restos de chatarra de los coches calcinados. El lugar parecía de lo más apropiado para tender encerronas a las columnas motorizadas. De hecho todo aquello había sucedido antes de que los guerrilleros volaran el puente.

El cura y el experto trepaban por el terraplén. El especialista se dirigió hacia la barraca, y el cura, en cambio, se reunió con el general.

—¿Qué? —preguntó este último.

—Todo en orden.

—¿Se corresponden con los datos que traemos?

—Plenamente.

—Pasado mañana será necesario que comencemos al otro lado del puente.

Las gargantas de las montañas circundantes estaban envueltas en la niebla.

–Mal tiempo –comentó el general.

El cura meneó la cabeza.

–Los albaneses tienen un dicho: «El mal tiempo se olvida en casa de un buen amigo».

–Bueno, en ese dicho nosotros no entramos –respondió el general–. En este lugar nadie nos abrirá las puertas.

El cura comenzó a toser.

–Llevo dos días con dolor de garganta.

–No me extraña, con esta humedad...

–Debería tomar alguna pastilla.

–Si hace el mismo invierno que el año pasado, las cosas no nos van a ir bien.

–Pues me temo que tendremos el mismo tiempo –respondió el cura.

–Sólo hace unos días que llegamos aquí y ya me parece que llevamos toda una vida.

–Lo más arduo de nuestra misión ya está cumplido, el resto es cosa fácil.

–Sí, pero cuanto más se prolonga este trabajo, más extenuante se torna.

–Realmente estamos agotados.

–Pero todavía tenemos mucho esfuerzo por delante.

–Aunque la mayor parte ya está hecha.

–Si hubiéramos terminado lo que nos quedaba en la montaña durante el verano la cosa marcharía bien.

–Hemos hecho lo que hemos podido. ¿Qué más podíamos conseguir en sólo tres meses?

–Sí, pero el retraso que llevamos acumulado ha superado todas las previsiones.

–No ha sido culpa nuestra.

–Es verdad que existe la guerra relámpago, pero la búsqueda de los caídos es siempre lenta...

–Estamos como clavados en este puente y se diría que no vamos a conseguir arrancar de aquí. No sé si seré capaz de aguantar mucho más tiempo este paisaje.

–Pues yo no consigo explicarme por qué los guerrilleros se obsesionaron

tanto con hacer saltar este puente a toda costa –dijo el cura–. De hecho constituye por sí solo una excelente trampa. Una vez destruido, las columnas motorizadas debieron cambiar de itinerario y nuestros hombres dejaron de ser una presa tan fácil.

–Sí, pero si no lo hubieran destruido, probablemente el número de tumbas sería dos veces mayor, y nosotros nos veríamos obligados a permanecer aquí no ya quince días sino todo un mes. Afortunadamente no renunciaron a su propósito. Porque yo no puedo continuar soportando este paisaje ni a esos campesinos que se pasan el día yendo de arriba abajo y contemplando cómo desenterramos a los muertos.

–Merodean, en efecto –dijo el cura–. Por lo que se ve, se trata de una actividad que les reporta alguna satisfacción.

–Conocieron a los centinelas del puente, fueron sus vecinos durante largo tiempo, intercambiaron con ellos los huevos por balas, y alguno de éstos seguro que les disparó. Naturalmente que disfrutan ahora observando las excavaciones.

–Acuden aquí como si pretendieran pavonearse ante los obreros de haber sido ellos quienes abatieron a los centinelas –dijo el cura–. ¿Se ha fijado en el viejo de los grandes bigotes que se presenta todas las mañanas con un enorme pistolón en la faja y se pasea alardeando entre los obreros?

La cara del general se ensombreció.

–¿Ese que lleva dos o tres medallas colgadas del pecho y camina con la cabeza muy alta?

–Sí, ése.

–Ya lo he notado. El experto me ha dicho que su hijo resultó muerto por los nuestros.

–¿Ah, sí?

–Tiene aspecto de ser muy viejo. En cuanto se enteró de que veníamos se colgó las medallas, se calzó el pistolón y acudió de inmediato a merodear por aquí. Ahora no deja de venir una sola mañana.

–Mira con desprecio incluso a los obreros albaneses. Ayer, cuando el experto le pidió una indicación, no se dignó siquiera responderle.

–Será un viejo fanático. Seguramente considera al especialista y a los obreros aliados nuestros.

El cura tosió.

–Lo único que sé –dijo el general en tono de confidencia– es que debemos estar preparados para cualquier cosa. No me fio nada de este tipo de psicópatas. Nunca se sabe. Si le da por ahí, puede echar mano a su arma y pegarnos un tiro a plena luz del día.

–Todo es posible –dijo el cura–. De un tipo medio tronado como ése puede esperarse cualquier cosa. Es preciso ser prudentes.

Nuevamente comenzaron a oírse truenos a lo lejos, en las gargantas de las montañas circundantes.

El general encendió un cigarrillo.

–El interés de los lugareños por nuestros trabajos lo encuentro en cierto modo comprensible –dijo–. Un antiguo soldado que estuvo montando guardia en este puente me contó antes de que partiéramos un episodio de la época de la guerra. Hace un rato, mientras estaba ahí sentado, recordaba sus palabras, quizá por décima vez.

–Nosotros les recordamos los años de la guerra.

–Es natural. El destino mismo de esta minúscula aldea estuvo atado durante la guerra al del puente. Su proximidad constituyó para ellos una fatalidad. A causa de su destrucción, nuestras unidades de castigo hicieron una terrible matanza aquí. De no haber sido por el puente, la vida de este villorrio aislado del mundo habría podido continuar en calma y las turbulencias de la guerra ni siquiera lo habrían rozado. Pero el caso es que el puente fue construido, para convertirse en la causa de todo lo que sucedió después. Y ahora, repentina e inesperadamente, aparecemos nosotros y nos ponemos a rebuscar los restos de nuestros soldados. Nuestra llegada ha puesto sus recuerdos en movimiento y no les deja permanecer quietos. Ésa es la causa de que acudan a esa barraca, reabierta por vez primera después de más de veinte años, y merodeen por aquí buscando la atmósfera de entonces.

Era ya la hora del almuerzo y los obreros dejaron la tarea. El experto se entretuvo aún unos instantes hablando algo con el mayor de los obreros, antes de reunirse con el general e informarle:

–Dos de las tumbas están cubiertas por gruesos bloques de hormigón.

–¿Qué vamos a hacer entonces?

–Habrá que utilizar la dinamita.

–De acuerdo, adelante. Pero, ¿tenemos?

–No, deberemos aprovisionarnos mañana en la ciudad más próxima.

Se fueron a comer.

Tras la comida, el general se sumió durante un rato en sus listas. Se encontraban ya todas llenas de anotaciones diversas, principalmente en los márgenes: «Sin identificar. Cota 1184. Véase acta de exhumación. Sin identificar. Falta la cabeza. Véase acta de exhumación. Sin identificar. Brazo derecho seccionado. Cota 1099. Número 19, 301. Figura muerto dos veces. Las piezas dentales no corresponden. Sin identificar.»

Por la tarde comenzó a caer una lluvia fina. Los trabajadores, reunidos en la fría barraca saturada de humo de los cigarrillos, la miraban caer.

[1.](#) Iniciales albanesas de la empresa que agrupaba la actividad de restaurantes, bares, etc. Empresa Estatal de Comercio de Productos Ligeros y Alimenticios.

Capítulo XVIII

Por la tarde, el viejo obrero cayó enfermo. Comenzó a sentirse mal a partir del mediodía, pero no le dio importancia. Hacia el anochecer se puso pálido y solicitó irse a acostar. Todo el mundo interpretó que se trataba de un simple enfriamiento, de modo que lo llevaron a casa de un aldeano, donde lo instalaron junto al hogar para que se calentara, después de haber encendido un buen fuego. Pero al caer la noche su estado se agravó.

No había amanecido aún cuando alguien llamó a la puerta de la tienda donde dormían el general y el cura. Fue el general quien se despertó primero.

–Hay alguien ahí fuera –dijo dirigiéndose al cura.

Este último se levantó y abrió la cremallera. Era el experto.

–Perdonen que les moleste a estas horas.

–No importa. ¿Qué es lo que ocurre?

–Quería preguntarles si puedo utilizar su automóvil. Imagino que no tendrán intención de bajar hoy a la ciudad.

–No. ¿Para qué lo necesita?

–El jefe de equipo está grave. Es preciso llevarlo urgentemente a la ciudad más próxima.

El cura traducía al general las palabras del otro.

–Que se lo lleven –dijo el general.

–Gracias.

El especialista se disponía a marcharse, pero el cura lo retuvo.

–¿Qué tiene? Ayer por la tarde ya tenía aspecto de no encontrarse bien.

–No sé qué decirle –respondió el experto.

–¿No habrá cogido frío?

–Temo que se trate de una infección. Tiene una pequeña herida en la mano derecha.

–¿Una infección? –lo interpeló el general al tiempo que levantaba la cabeza, extrañado.

El especialista albanés se alejó.

–¿Qué le habrá podido suceder? –volvió a preguntar el general.

–También yo me inclino por la hipótesis de la infección –dijo el cura–. Anoche tenía el semblante terroso.

–Pero ¿cómo se habrá infectado?

–Tal vez con el botón oxidado de un capote, o con un hueso astillado. Ayer abrieron un buen montón de tumbas.

–Sí, pero es el que mejor conoce su trabajo. Era siempre él quien enseñaba a los demás cómo hacer las cosas.

–No se habrá dado cuenta –respondió el cura–. Quizá tuviera las manos cubiertas de barro y no reparara en la herida.

–Habría sido mejor que lo hubiéramos trasladado a la ciudad ayer tarde mismo.

–La ruta está en malas condiciones, abandonada desde hace tiempo. El trayecto no es fácil, ni siquiera de día.

–De todos modos...

–Llegarán a tiempo incluso hoy. No creo que se trate de nada peligroso. Hoy en día existen medios eficaces para combatir las infecciones.

El general volvió a arrojarse en la manta de lana.

–¿Qué tiempo hace esta mañana? –preguntó.

–Está nublado.

Cuando salieron de la tienda, algunos obreros ya se habían incorporado al trabajo. Abrían boquetes en los bloques de hormigón para colocar los cartuchos de dinamita. El resto tomaba café entretanto, de pie, junto a la barraca. Era domingo, pero en aquel lugar los días festivos no lo parecían.

–La ausencia del especialista nos va a retrasar en el trabajo –dijo el cura–. Los demás no tienen una idea clara de dónde deben cavar.

–Es posible que regrese esta tarde. Lo más tardar mañana por la mañana.

–Será mejor que los obreros no hagan nada hasta que regrese –dijo el cura–. No vaya a ser que tengamos cualquier otro percance.

–¿Cree que pueda haber otros esqueletos infectados?

–¿Por qué no? Si había uno, no sería nada raro que en la columna hubiera muchos otros soldados infectados.

–Tal vez deberíamos echar cal en las fosas abiertas –dijo el general.

–Le preguntaremos al experto albanés. Es él quien sabe de esas cosas.

Se dirigieron a la barraca y pidieron un café cada uno.

–El microbio permanece aletargado bajo tierra durante veinte años y de pronto recobra su virulencia. Resulta asombroso –dijo el general.

–Así es –respondió el cura–. En cuanto entra en contacto con el aire y el sol recobra la vida.

–Como una bestia que despierta de su sueño invernal.

El cura sorbía su café con parsimonia.

–Parece que esta tarde vamos a tener lluvia.

–Un día desagradable –comentó el general.

En efecto, fue una jornada lúgubre. Estuvieron deambulando durante toda la mañana sin saber qué hacer. Por la tarde la lluvia volvió a hacer su aparición.

–En caso de que le suceda algo grave tendremos que pagarle una indemnización a la familia –dijo el general.

–¿Una pensión vitalicia?

–Sí. Eso es lo que se estipula en el contrato. Creo que en el artículo cuatro, parágrafo once.

El especialista regresó al día siguiente por la mañana. El chófer del camión fue el primero en divisar el coche que ascendía penosamente la carretera de montaña.

–¡Ya vienen! –gritó–. ¡Ya vuelven!

El general, el cura y los obreros, que ya estaban todos reunidos en la barraca para resguardarse de la lluvia, salieron de inmediato.

A lo lejos, por la carretera, intentando esquivar las rocas caídas que salpicaban la calzada, ascendía lentamente el coche verde.

–Debe haberse repuesto –afirmó alguien.

Al aproximarse el automóvil comprobaron que estaba todo salpicado de barro y, cuando al fin se detuvo, el conductor del camión exclamó con sorpresa:

–¡Pero si lleva el guardabarros estropeado!

El especialista fue el primero en descender. Aparecía con el semblante pálido, los ojos tristes y aspecto cansado. Sacó primero una pierna, luego la otra y lanzó en torno una mirada de indiferencia, como si no se encontrara allí.

–Bueno, ¿qué ha ocurrido? –preguntó alguien rompiendo el silencio.

El experto volvió la cabeza hacia él, como si le causara sorpresa la

pregunta.

–Ha muerto –dijo quedamente.

–¿Muerto?

–Sí, muerto. ¿Qué ocurre? ¿Es que no lo creéis? –gritó el conductor, descendiendo después del experto.

Tenía los ojos enrojecidos, sin duda por haber pasado la noche en vela, las manos y la cara llenos de barro.

–¿Cuándo ocurrió? –inquirió una voz.

–Hacia la medianoche.

–Era una infección terrible –dijo el especialista como si hablara consigo mismo.

El pequeño grupo de hombres se encaminó silencioso hacia la barraca.

–¿Habéis tenido alguna avería en el camino? –preguntó el chófer del camión.

–No –respondió su colega–. Sólo que me golpeé dos o tres veces contra las piedras de la carretera. No hemos pegado ojo en toda la noche.

Entraron finalmente en la barraca.

–Hazles un café, ¿no ves que están reventados? –le gritó alguien al cantinero.

–¿Por qué no tomáis también un coñac? Os sentará bien.

–Está bien. ¡Venga ese coñac!

–Bueno, hermano, cuéntanos qué sucedió.

El chófer apuró su copa de un trago.

–Lléjala otra vez –dijo dirigiéndose al vendedor–. ¡Vaya noche! No despegó los labios en todo el trayecto. Lo mismo le castañeteaban los dientes que ardía de fiebre. Luego empezó a sentir mareos. Nosotros le dijimos entonces que se tumbara como pudiera en el asiento trasero, pero ni siquiera eso le alivió. Yo, naturalmente, pisé a fondo el acelerador. ¡Algún dios sabrá cómo no acabamos estrellándonos en una curva! No parábamos de preguntarle: «Reiz, ¿cómo te encuentras?», pero él no abría la boca. Se contentaba con mirarnos, como diciendo: «Mal, hermanos, mal». Llegamos por fin a la ciudad y lo condujimos inmediatamente al hospital. Cada media hora íbamos a preguntar cómo se encontraba. Las enfermeras nos miraban con expresión poco optimista. Una de ellas nos dijo que debíamos haberlo llevado antes.

Comprendimos entonces que la cosa marchaba mal. Les pedimos que nos dejaran verlo, pero no nos lo permitieron. Ya era de noche. Fuimos dando tumbos de café en café, demasiado impresionados para meternos en el hotel. Hacia las once regresamos al hospital en busca de novedades. Figuraos nuestra sorpresa cuando nos dijeron que entráramos de inmediato. Preguntamos cómo se encontraba. «Mal», nos respondió el enfermero. «No llegará a mañana.» Ésa era la razón por la que nos habían hecho entrar tan rápidamente. No iba a durar mucho. Con la cara como el mármol, todo su cuerpo temblaba unos momentos y a continuación se ponía rígido, como si fuera de piedra. Levantó los ojos hacia nosotros e hizo un movimiento de cabeza. Luego clavó la mirada en la escoriación que tenía en la mano como queriendo decir: «Has sido tú la que me ha perdido, desgraciada». Alrededor de la medianoche tuvo una violenta crisis. ¡Sufrió un verdadero martirio, el pobre, antes de morir poco después! Así es como sucedió. ¡Lléname la copa otra vez, por el amor del cielo! ¡Qué diablo de historia! ¡Ah!

En la barraca se hizo el silencio. Sobre la cubierta desvencijada se oía restallar al viento un pedazo de cartón rasgado.

—Es como para no creerlo. Pensar que hace pocas horas estaba aquí, tan vivo, y ahora ya no es de este mundo...

—Sí, el pobre Reiz nos ha abandonado. Se fue sin que nos diéramos cuenta.

—Era un hombre bueno —dijo otro—, cariñoso con todos y sencillo.

—Y valiente.

—Sí, así es.

—¿Quién le va a dar la noticia a su mujer?

—¡Oh! ¡Deja eso ahora!

—A la pobre no le gustaba el trabajo que él hacía. Se diría que presentía la desgracia. Siempre le decía en sus cartas: «¿Cuándo vais a acabar con esas tumbas?». Y él le respondía: «Aguanta. Un poco más y estará todo terminado».

—Pobre mujer —dijo el chófer—. Una vez, cuando le llevé una carta de él a Tirana, se desahogó conmigo. Estaba cada vez más envenenada. Le había esperado durante tantos años cuando la guerra y ahora tenía la sensación de que hubiese regresado a ella.

—Es lo que él mismo nos decía siempre: «Me las tuve que ver con los fascistas cuando estaban vivos y ahora que están muertos tengo que seguir

ocupándome de ellos».

–Así es. Se batió durante años con ellos y los venció, pero fueron ellos los que, al final, acabaron por jugársela. ¡Maldita sea!

–Es como si se tratara de una venganza póstuma.

–Han esperado veinte años para vengarse.

–Sí, pero él se batió lealmente, como se pelea en la guerra, mientras que ellos han acabado con él a traición, con un maldito botón.

–El enemigo es el enemigo, incluso muerto.

–Ahí están, como dos cuervos negros, sin abrir la boca –dijo el chófer con voz ronca, al tiempo que lanzaba una mirada cargada de odio al cura y al general, quienes, envueltos en sus grandes impermeables, permanecían en pie junto a las ruinas del puente–. ¿Qué, estáis contentos ahora?

–¡Calla la boca! –dijo alguien–. ¡Déjate ya de tonterías, Lilo!

–Tendremos que ocuparnos de que lo entierren en el cementerio de los mártires.

–Por supuesto. Hoy mismo enviaremos un telegrama al Comité del Partido en Tirana.

–Antes habrá que decírselo a su mujer.

Un pesado silencio inundó nuevamente la barraca y volvió a oírse cómo el viento hacía golpetear el jirón de cartón embetunado sobre el techo.

–Nos lo han matado –dijo alguien con un sollozo–. Se nos lo han llevado.

–¿Han encontrado algo? –preguntó el cura.

–No –respondió el experto con voz cansada, caminando con precaución sobre las grandes glebas de tierra arcillosa.

–Qué extraño –dijo el cura.

–Vamos a cavar en un par de puntos más a ambos lados del puente indicado en su mapa. Debe estar por aquí cerca.

El general se aproximó. Llevaba las botas cargadas de pegadizo barro rojo y conseguía levantarlas con esfuerzo después de cada paso.

–¿Qué? –le preguntó al experto.

–Nada aún. No conseguimos dar con él.

–Nos veremos obligados a renunciar –dijo el general–. ¿Qué graduación tenía?

–Teniente.

–¡Quién sabe lo lejos que pudo arrastrarse después de que lo hirieran!

–Es perfectamente posible –dijo el especialista.

Las gotas de lluvia caían escasas sobre el barro rojo amontonado a ambos costados de las fosas. Se diría que colgaban del horizonte unos visillos rojos que teñían la tierra de reflejos sangrientos e irritantes.

–¡Lo encontramos! –se oyó de pronto gritar a un obrero a lo lejos.

El experto, que avanzaba despacio para evitar resbalarse, se dirigió hacia la fosa recién excavada. El cura le siguió.

Estuvieron largo tiempo dando vueltas en torno a la tumba abierta y, finalmente, el cura regresó con el desencanto dibujado en el rostro.

–Todo nuestro esfuerzo ha sido en vano –dijo en tono cansado–. No era uno de los nuestros.

–¿Quién era entonces? –preguntó el general.

–De creer al experto, se trata probablemente de un aviador inglés.

El especialista se acercó hasta ellos.

–Todo ha sido en vano –les dijo.

–¿Qué vamos a hacer ahora? –le preguntó uno de los obreros, que se había acercado.

–Vámonos –respondió el general–. No tenemos nada más que hacer aquí.

–¿Y qué hacemos con el inglés? –quiso saber el obrero.

–Enterrarlo de nuevo –respondió el cura–. No podemos hacer más por él.

El experto se volvió hacia la zanja.

–Enterradlo –ordenó a los trabajadores.

Dos de ellos arrojaron la osamenta en la fosa y comenzaron a llenarla, mientras el pequeño grupo se alejaba. Cuando, al cabo de unos instantes, el general se volvió, los dos hombres continuaban trabajando y desde lejos se veía subir y bajar las palas con regularidad. Poco más tarde, al volverse de nuevo el general, debían de haber terminado, porque los vio bajar por el terraplén con las herramientas al hombro. Sobre el suelo ya no se distinguía la tumba, sin duda llena ahora y cubierta a ras del suelo.

–Una jornada perdida –dijo el general–. Enteramente perdida.

Éranse una vez un general y un cura que habían partido en busca de fortuna. Aunque en verdad no buscaban fortuna. Iban en busca de los huesos de sus soldados muertos en una gran guerra. Camina que camina, atravesaron tanto montañas como llanuras, buscando y recogiendo los restos. El país era áspero y hostil. Los vientos no cesaban de soplar y la lluvia caía sin descanso. Pero ellos no abandonaron su camino y continuaron siempre adelante. Recogieron y recogieron cuantas osamentas pudieron y regresaron a contar lo que habían recogido. Resultó que faltaban aún muchos restos. Se calzaron entonces las botas, se envolvieron en sus impermeables y se pusieron de nuevo en camino. Caminaron y caminaron, recorrieron de nuevo montañas y llanuras. El tiempo era inclemente y riguroso. Destrozados, extenuados, se dejaron jirones del alma en la tarea. Ni el viento ni la lluvia les mostraron dónde se encontraban los soldados que buscaban. Reunieron cuantos pudieron y nuevamente regresaron para contar los que habían recogido. Pero también ahora resultó que faltaban muchos soldados por encontrar. Entonces, cargando con su extenuación y su pesadumbre, se echaron de nuevo a los caminos. Y marcharon, marcharon sin fin. Era invierno, nevaba.

—¿Y el oso?

—Fue entonces cuando se les apareció el oso.

El cuento que el general se repetía a sí mismo casi cada noche y que pensaba contarle a una de sus nietas en cuanto regresara solía terminar con la pregunta: «¿Y el oso?», pues, en cierto momento, su nieta menor le hacía invariablemente esta pregunta cuando escuchaba los cuentos que le contaba.

Capítulo XIX

Por fin, el décimo día, comenzaron a descender. La carretera se deslizaba ahora cada vez más abajo, dejando sobre sí las cimas de las montañas.

Finalizaron su última y más penosa salida. Habían hecho sus excavaciones en comarcas muy apartadas y a lo largo de diez días no dejó de nevar en las montañas. Durante ese tiempo, el general observaba sin cesar a través de la ventanilla el tedio interminable de la carretera. De vez en cuando, entre las gargantas y las vertientes desnudas y escarpadas, surgían pequeños villorrios cubiertos de nieve, para desaparecer al poco.

Por los cuatro confines del horizonte se destacaban las montañas, altas y frías, como un escenario de tragedia. De tiempo en tiempo, en las gargantas y las laderas desnudas, se veían brigadas de jóvenes atareados en roturar nuevas tierras y construir terrazas. Estas últimas se prolongaban en círculos deformes por los flancos de los montes como trincheras interminables. La nevada cesaba a veces, pero para reanudarse enseguida formando copos deshilachados, una nieve invariablemente seca, indiferente. Pernoctaban en las aldeas y de día reemprendían su trabajo.

Allí fue donde los cazadores alpinos habían encontrado la muerte en masa, en el curso de una vasta operación de invierno. Se encontraban también numerosos cementerios de paisanos.

Este terreno fue uno de los más difíciles. Los cementerios estaban cubiertos por la nieve y ellos se orientaban con dificultad con la sola ayuda de los mapas topográficos. Se diría que la nieve se negaba a permitir que le arrebataran lo que guardaba en su seno. Lo había envuelto con un manto delicado, blando y manso, pero cuando los picos y las palas comenzaban a actuar todo se tornaba horrible; el hermoso tapiz era mutilado, llagas sangrantes se abrían por doquier, y el suelo quedaba de este modo desgarrado hasta que una nueva nevada cubría de nuevo las heridas.

La carretera serpenteaba, giraba y se retorció sobre sí misma, siempre en el mismo lugar, como una cuerda enmarañada en la que resulta imposible dar con

los cabos. Su automóvil marchaba en cabeza y el camión, con el toldo blanco de nieve, los seguía, y al general le parecía que recorrían el mismo trecho que el día anterior y que no existía otra que aquella angosta calzada de montaña, que les hacía dar vueltas sin piedad, sin conducirlos a ninguna parte. Y precisamente ahora que la misión tocaba a su fin, el general sentía de pronto que jamás conseguiría salir de aquellas montañas.

En los virajes veía surgir de nuevo las casamatas con sus ametralladoras dispuestas para disparar, y sus troneras, tanto verticales como horizontales, se le antojaban bocas abiertas que unas veces expresaban sorpresa y otras sarcástico desprecio. El general observaba su mímica pétrea y otra vez lo asaltaba el presentimiento de que nunca escaparía a aquella ironía petrificada.

El camión, con los grandes arcones conteniendo centenares de sacos de nailon llenos de osamentas, seguía dócilmente al automóvil. Sentados sobre los cajones los obreros de los servicios municipales fumaban, envueltos en sus pellizas de piel. Desde la muerte de su compañero no se les había oído cantar.

El general repasaba en su memoria los cientos y cientos de camiones militares que habían desfilado ante sus ojos a lo largo de su carrera. Recordaba a los soldados sentados en hileras en las cajas de los vehículos, con las barbillas apoyadas en los cañones de los fusiles, que se balanceaban, se balanceaban sin cesar. Y ahora los tenía detrás, corriendo tras él, amontonados por centenares, en un solo camión, balanceándose de nuevo. Sólo que esta vez no era posible distinguir los mentones de las manos.

Los pensamientos del general giraban y giraban sin tregua siempre en torno al mismo punto, como la carretera que, semejante a un ovillo, se enroscaba alrededor de las montañas hasta tornarse impenetrable.

Desde el día en que vieron aquella estatua el cura había retornado a su mutismo, recuperando su aire sombrío. Con idéntica expresión fúnebre que aquella mañana en que el general lo halló gritando, aterrorizado, víctima de una pesadilla. Era la segunda vez que le sucedía.

Se encontraron con la estatua tres días antes, en un cruce de caminos. Les salió inesperadamente al paso, como un personaje que espera al borde de la carretera a que se pare algún coche y lo lleve. El general se volvió para mostrársela al cura y vio que a éste se le desorbitaban los ojos. Nunca había visto al cura tan desenchajado. Sus ojos estaban fijos sobre la estatua y una

extrema palidez invadía su rostro.

–¿Qué le pasa? –le preguntó el general.

El cura no respondió. El coche tomó rápidamente la curva y la estatua, que se les había aparecido tan próxima tras los cristales, con los hombros blanqueados por la nieve, se alejó a toda velocidad de ellos, para acabar por desaparecer detrás, en la encrucijada.

Poco más tarde el general le preguntó al cura si la estatua despertaba en él algún recuerdo, pero él, sin dar la menor explicación, se justificó atribuyendo su turbación a un simple mareo.

La víspera habían hecho abrir la última tumba. Los picos se hundían penosamente en la tierra, prieta a causa de la helada, como si se negara a entregar, al menos, al último de los soldados. Los obreros se frotaban sin cesar las manos y daban fuertes patadas sobre la nieve helada. El general, con las manos enlazadas sobre el vientre, observaba cómo se afanaban excavando y por su cansado cerebro cruzó entonces la idea de que esos obreros habían desenterrado a todo un ejército. Luego se dejó sentir el último golpe de pico y, como una postrera detonación, el experto albanés gritó: «¡Uno sesenta, justo!».

Con frecuencia, mientras contemplaba a los trabajadores excavando, el general imaginaba cómo se había llevado a cabo la tarea que ahora ellos realizaban a la inversa. Cuando, con los párpados pesados, sus ojos se entrecerraban, a veces, sobre todo al atardecer, y no alcanzaba a discernir con precisión más que las siluetas de los desenterradores, semejantes a espectros, se le antojaba que no eran ellos quienes allí cavaban, sino soldados de su propio país, los soldados desconocidos que veinte años atrás habían hecho aquel trabajo en sentido contrario para dar tierra a sus camaradas. Cerraba entonces los ojos e imaginaba cómo había tenido lugar probablemente todo, en plena noche con frecuencia, utilizando los soldados por toda herramienta bayonetas o machetes.

Pero aquélla era la última jornada de su recorrido, ya estaban descendiendo y él no volvería a pensar en lo ocurrido. El cerco de las montañas tocaba ahora a su fin. La nieve seca cedía su lugar a otra más húmeda y, más abajo, en el valle, probablemente les esperaba la lluvia, como una vieja conocida.

Pronto estaría de regreso en su país. Otros se ocuparían de los restos y

darían término a la tarea. Su trabajo finalizaba con ese recorrido. Después, los representantes municipales y contables de ambos países se sentarían a una mesa y harían balance del trabajo realizado. Luego tendría lugar un arduo proceso de infinitos cálculos, se firmarían montones de facturas y relaciones, y por fin se redactaría el acta definitiva. A continuación se ofrecería un pequeño banquete, en el que se pronunciarían breves discursos oficiales, y tras el banquete se celebraría una misa solemne por las almas de los soldados caídos en la guerra. Las agencias de prensa difundirían la noticia de que la misión había sido llevada a buen fin y él tendría aún que tomar la palabra en conferencias de prensa ante centenares de periodistas irritantes.

Entretanto, carpinteros desconocidos habrían acabado de construir miles de pequeños ataúdes, según las dimensiones prescritas en el contrato, y otros empleados colocarían en cada uno de ellos un saco de nailon, lleno de huesos. Divisiones, regimientos, batallones, compañías, toda suerte de unidades se confundirían en la montaña de ataúdes. Luego se los embarcaría en un gran navío que partiría navegando pesadamente para repatriar aquel gran ejército, reducido ahora a unas cuantas toneladas de calcio y fósforo.

En hileras bien apretadas, todos esos muertos recogidos por los cuatro confines de Albania serían cargados en el barco y, una vez que éste retornara al país de origen, sus osamentas serían distribuidas por las distintas regiones que los habían visto nacer. Todos serían embarcados y después desembarcados: los dos pilotos derribados a tiros de fusil y los cuatrocientos hombres segados por las ametralladoras de los guerrilleros cuando intentaban vanamente atravesar el desfiladero; los dieciocho que se mataron entre ellos en un valle, y los otros cincuenta literalmente despedazados a bayonetazos en el mismo cuartel; ese batallón entero aniquilado con todas sus mulas incluidas, cuyos restos habían sido diseminados al tiempo que sus armas y sus arneses; también los desconocidos, muertos por albaneses desconocidos, y la joven prostituta, en fin, tan inútilmente sacrificada, la única mujer entre tantos hombres, que fue tratada, también ella, como un soldado entre tantos otros porque, en definitiva, únicamente los anatomistas podrían distinguir un esqueleto de mujer del de un hombre.

En cuanto a los que no habían podido encontrar, se quedarían en Albania. Más adelante, tal vez, vendría en su busca una nueva expedición, encabezada

por otro general, y se emprenderían nuevas indagaciones. Eran alrededor de doscientos los desaparecidos, comenzando por el coronel Z. La nueva expedición recorrería el mismo itinerario deprimente e interminable hasta reunir, uno por uno, los restos de todos aquellos infortunados. ¿Qué pensaría sobre ello el oficial que la dirigiera? (A buen seguro no sería general, pues no iban a enviar de nuevo a un general para sólo doscientos hombres.)

La carretera descendía sin descanso, reptaba, sinuosa, y tendía una madeja en torno a las montañas. Las curvas que trazaba se tornaban más amplias a medida que bajaba y el general tuvo la sensación de que, por fin, todo se desenredaba en su ánimo y que la calma se instalaba de nuevo en su espíritu.

Una y otra vez volvía la cabeza a lo largo del descenso. Las montañas se alejaban de forma progresiva. Sus contornos se difuminaban y así se tornaban menos amenazadores. El general las miraba como si quisiera decirles: «Se acabó vuestra presión. Me escapé, me escapé por fin de vosotras». Después, durante las horas de somnolencia que siguieron en el coche, fue presa de un vago temor. Sentía que las montañas extendían las manos heladas para hacerles retornar a sus gargantas, donde el viento silbaba como en el infierno.

Pero él no regresaría jamás allí. Jamás.

Llegaron a una aldea de buenas dimensiones junto con el crepúsculo. Por primera vez en diez días la sonrisa iluminó el rostro del general. Todo había terminado por fin. Pernoctarían allí esa noche y a la mañana siguiente partirían en dirección a Tirana. En unos días más estarían de regreso en sus casas. El general había recobrado su buen humor. Una cálida oleada de bienestar, aunque todavía medrosa, comenzaba a poseerlo.

En la aldea aún no se habían encendido las luces. El coche, escoltado por una nube de chiquillos, atravesó el camino embarrado por mitad del pueblecito. Ante el círculo de la cooperativa el chófer, dejando el motor al ralentí, sacó la cabeza por la ventanilla para preguntar dónde se encontraba la sede del consejo de la cooperativa. Los chiquillos le proporcionaron la información deseada a grandes gritos y, sin esperar a más, algunos de ellos se pusieron a correr delante del coche para servirles de guías; los otros continuaron detrás, de modo que el automóvil rodaba ahora entre la algarabía de sus voces finas y estridentes.

La oleada de euforia se tornaba cada vez más cálida.

A través del parabrisas el general veía agitarse con rapidez las pequeñas piernas; volvió la cabeza, descubrió que otros niños los seguían corriendo a su vez y esbozó una sonrisa. Era él sobre todo quien despertaba la atención de los niños, pues el cura los dejaba indiferentes. No pudo impedir sentirse ufano por ello, por mucho que este interés, de sobra lo sabía, se debiera únicamente a su uniforme.

El sentimiento de grandeza, que palpitaba todavía en alguna parte en su interior, trataba tímidamente de alzar la cabeza.

El ruidoso cortejo, después de atravesar de este modo la aldea, se detuvo ante el edificio del consejo de la cooperativa. El conductor y el experto subieron a toda prisa las escaleras. Un minuto después el camión se detenía detrás del coche y los trabajadores saltaban a tierra uno detrás del otro. Sin embargo, el camión no atrajo demasiado la atención de los niños. Acercaban sus cabecitas a los cristales de las ventanillas y trataban de distinguir en el interior del coche a los dos hombres inmóviles sentados en los oscuros asientos. Uno de ellos fumaba un cigarrillo y su brasa era lo único que los niños podían distinguir desde fuera, de modo que continuaban dando vueltas alrededor del coche, aplastando de tiempo en tiempo contra el cristal sus caras curiosas y asombradas.

—Fue en este pueblo donde probablemente desapareció el coronel Z. —dijo el cura.

—Puede ser —dijo el general con indiferencia.

—Deberíamos averiguar alguna cosa sobre aquello —continuó el cura—. Es nuestro deber intentarlo.

El general dio, una tras otra, dos o tres chupadas a su cigarrillo.

—Para hablarle con sinceridad, hoy no me interesa en absoluto encontrarlo —dijo lentamente—. Esta tarde, de manera general, no me interesa encontrar a ningún muerto. Me limito a congratularme por el hecho de que este calvario se haya terminado por fin; y usted pretende volver a complicarme la vida.

—Pero es nuestro deber —dijo el cura.

—Lo sé, lo sé, pero por el momento no me interesa en absoluto ni pensarlo siquiera. Hoy es un gran día para nosotros. Se me hace extraño que usted no lo sienta. ¡Es una tarde de fiesta! Me apetece estar tranquilo. Tomar un baño de agua caliente. He aquí mi principal preocupación en este instante. ¡La mitad de

mi reino por un baño! –añadió riendo.

El general estaba de buen humor, de muy buen humor. El largo y penoso peregrinaje, que evocaba como una visión angustiosa, había terminado al fin. Mas no se había tratado simplemente de un peregrinaje sino más bien de un recorrido a través de las tinieblas de la muerte. ¿Cómo decía el viejo canto de los soldados suizos? «Nuestra vida es un viaje a través del invierno, un viaje a través de la noche.»

El general se frotó las manos.

Ahora estaba a salvo. Ahora podía mirar desde lejos, con indiferencia, aquellos odiosos montes abruptos.

«Como un ave trágica y solitaria...» No recordaba bien la frase que le había dirigido una gran dama al desearle buen viaje.

El especialista salió del edificio de la administración.

–Dormirán ustedes en esta casa de aquí –y señaló con el dedo una pequeña casa con un balcón.

Diez minutos más tarde el general se asomaba al reducido balcón y se apoyaba en el antepecho de madera. El cura estaba dentro de la habitación, sacando sus cosas de la maleta. Era una casa de dos plantas, rodeada de un jardincillo, y desde el balcón podía dominarse parte de la aldea. El general oyó el tintineo de un cubo y las voces de las mujeres que cogían agua en el pozo cercano, los mugidos solitarios de las vacas, el sonido de una radio recién encendida, y siempre los gritos de los niños que jugaban correteando de un lado para otro por la plaza. Las luces de la aldea ya estaban encendidas y el generador eléctrico dejaba oír su ronroneo monótono.

Aquella noche habría pasado como todas las demás, sin dejarle nada particular que recordar, si el general, también en esa ocasión, se hubiese conformado con aspirar el aroma característico de las aldeas albanesas, ese aroma sutil, casi imperceptible, pero que se le había tornado familiar y que podía distinguir entre muchos otros. El cura salió a tratar de obtener información sobre el coronel Z. y el general, apoyado en la barandilla del balcón, miraba a las mujeres que, por turno, cogían agua del pozo. Todo parecía desarrollarse con normalidad, aunque a lo lejos, procedente de algún lugar situado en el centro de la aldea, de pronto comenzó a dejarse oír un batir de tambor y el canto de un violín, que añadieron a la noche un nuevo misterio

cargado de encanto.

El general reconoció el sonido característico del tambor nupcial. De no saber que se encontraba al final del otoño, el batir del tambor le habría parecido al general un triste contraste. Pero había leído en un libro que, en efecto, los campesinos albaneses celebraban generalmente las bodas en otoño, una vez terminadas las recolecciones tardías. Era el segundo año que vagaban de aldea en aldea justo durante esas fechas. Pero ya se aproximaba el invierno y no se celebraban más que las últimas bodas, precisamente aquellas que se habían retrasado por una u otra razón, mientras que al comienzo de este último recorrido se las encontraban casi todos los días.

A menudo, de noche, el general había oído a lo lejos, a través del rumor de la lluvia, el redoble del tambor y el canto de un violín, unas veces gozoso, otras meditativo, tal como lo tocaban por aquellas tierras. Mientras lo escuchaba, con la cabeza cubierta bajo las sábanas, su pensamiento se trasladaba al camión siempre estacionado en el exterior, bajo la lluvia que no cesaba de caer en toda la noche sobre su carrocería negra. Se decía entonces hasta qué punto puede sentirse uno extranjero en un país que no es el suyo. Más extraño que los árboles plantados en los bordes de la ruta, se decía, aunque ellos sean árboles y no humanos. Y desde luego mucho más extranjero que las cabras, los perros o las vacas que hacían sonar sus cencerros al aproximarse la puesta de sol.

Así pues, aquella noche podría haber transcurrido como cualquier otra, pese a tratarse de una noche con boda, si el general se hubiese limitado a cavilar en torno a todo esto y después hubiera escuchado lo que le contara el cura acerca del coronel Z., cómo había ido al círculo y se había sentado a una mesa junto con unos aldeanos, quienes le contaron cosas acerca de la desaparición del coronel y las múltiples sospechas que sus palabras hicieron nacer en él. Pero aquella noche extraordinaria el general no prestaba demasiada atención a lo que decía el cura. El general se encontraba en forma.

—Y ahora, basta —le dijo al cura por tercera vez—. ¡Basta ya de todo eso! Lo que nosotros necesitamos ahora es un poco de descanso y de distracción. ¿No le parece?

El cura no respondió.

—Es una hermosa noche. Un poco de música, una copa de coñac...

—¿Y adónde vamos a ir? Aquí no hay ningún café, fuera del círculo de la cooperativa —arguyó el cura—. Y ya sabe usted cómo son esos locales...

Pero el general, sin permitirle acabar la frase, le hizo una proposición que lo desconcertó. El cura no estuvo en absoluto de acuerdo. Era la primera vez que manifestaba su oposición de forma tan rotunda. Pero el general le hizo recordar que él era el jefe de la misión y que, de considerarlo preciso, podía ordenarle que lo siguiera.

—Nos sentimos orgullosos de nuestra misión, ¿no es así? Me lo ha repetido usted infinidad de veces. Hoy le ponemos fin a esta gloriosa misión. Esta noche quiero distraerme, escuchar música, ver una pieza de teatro, ¡qué se yo! Usted me ha dicho que en este país las bodas son un verdadero espectáculo, ¿no es verdad? ¿O se refería únicamente a las ceremonias fúnebres? Tanto da. Lo que cuenta es que esta noche siento deseos de distraerme. Si hubiera una ceremonia fúnebre iríamos a presenciarla. ¿O no? ¿O acaso se trata de que esos aldeanos pueden ponernos en vergüenza? Usted mismo me ha dicho que los albaneses practican una hospitalidad que raya en la manía, de modo que, comoquiera que suceda, no corremos el riesgo de ser mal acogidos.

Mientras discutían, los helados ojos del cura no se apartaban de los suyos. El general hablaba sin parar, de modo que no se hiciera nunca el silencio. Pero, finalmente, el silencio se hizo.

—No —dijo el cura en voz baja, al tiempo que extendía el brazo en la dirección en que, a su parecer, debía de estar celebrándose la boda—. No podemos ir allí. Estamos de luto. No podemos abandonar a los nuestros.

No nos abandones. Se trataba de una llamada ya vieja. Durante año y medio, en ocasiones quedamente, en otras con fuerza, el general había escuchado esa llamada de los esqueletos. Y de nuevo pretendían retenerlo. A causa de ellos había dejado de vivir la vida durante todo un año y medio. Siempre que se decidía a apartarse de su lado, aun cuando sólo se tratara de unas horas, percibía su sordo murmullo de descontento. Él era en verdad su general, pero aquella noche se rebelaba contra ellos.

El brazo del cura continuaba extendido.

—Yo no abandono a nadie —dijo con voz apagada—. Sólo pretendo descansar un poco.

Sin esperar respuesta, el general se puso el capote y salió.

El cura lo siguió.

Capítulo XX

La boda se celebraba en una casa situada en el corazón de la aldea. Ya desde lejos el general y el cura advirtieron las intensas luces, bajo las cuales la lluvia parecía mojar todavía más. A pesar del mal tiempo, la puerta de la casa estaba abierta de par en par y había numerosas personas en el amplio porche. La gente iba y venía y toda la callejuela que conducía a la casa estaba muy animada, repleta de murmullos y sonidos diversos. Ellos dos caminaban, sin pronunciar palabra, envueltos en sus grandes impermeables negros y el callejón resonaba bajo sus pasos; los grandes y pesados del general, que avanzaba con descuido sin prestar atención a los charcos, y los pasos ligeros, más vivos, del cura.

Se detuvieron un instante ante la puerta, que tenía los dos batientes abiertos, bajo el porche, donde algunos jóvenes vestidos de fiesta fumaban y charlaban en voz baja. Entraron a continuación en el vestíbulo, en primer lugar el general; y su impermeable, bajo las lámparas de la entrada, destelleó por espacio de un segundo, reflejando sobre la espalda una imagen turbia que recordaba una composición abstracta. El cura iba detrás. El pasillo estaba lleno de mujeres y niños que armaban un gran jaleo. El tambor había callado y podían oírse las voces de los hombres, procedentes de la sala principal. Se formó un pequeño alboroto en el pasillo, alguien fue enviado desde el interior y un anciano con el asombro pintado en el rostro les salió al encuentro. Les saludó llevándose la mano al corazón y les ayudó a desprenderse de las capas de lluvia, que colgó junto a las grandes pellizas de los campesinos. Cuando penetraron en la gran estancia, acompañados por el dueño de la casa, todos los presentes se agitaron en sus asientos, murmurando entre sí y alargando las cabezas como un apretado seto rebosante de ramos y flores multicolores que se reanima de pronto con un golpe de viento.

El general no esperaba verse tan fuertemente impresionado por la escena que se ofrecía ante sus ojos. Al comienzo perdió a tal punto su aplomo que, al entrar, no acertó a distinguir más que un cúmulo de manchas de colores

móviles y llenos de vida, como si un fuerte sopapo le hubiese hecho ver miles de estrellas.

Alguien le condujo hasta una mesa, alguien tomó su capote, y él no consiguió otra cosa que saludar inclinando repetidas veces la cabeza y sonreír en dirección indeterminada a las manchas movientes que lo rodeaban, murmurando entre dientes unas palabras en su propia lengua.

Fue sólo a partir de que el tambor volviera a retumbar de nuevo, vibrante y cargado de ecos, el violín acometiera una melodía con su timbre agudo y los invitados se levantaran para bailar, cuando comenzó a recobrase. Luego percibió el blanco tintineo de los vasos que entrechocaban y la voz de alguien que, a sus espaldas, se dirigía a él en su lengua: «¿Quiere levantar su copa?» Hizo lo que le pedían y bebió. La misma voz continuó hablando, como para explicarle algo, pero aún no se encontraba en situación de comprender con claridad y él mismo se sorprendió de haber llegado a perder a tal extremo el control de sí mismo.

La fiesta se le antojaba ahora un gran organismo poderoso y amorfo, que respiraba, se agitaba, murmuraba, danzaba y lo llenaba todo con un hálito cálido, embriagador y neblinoso.

Transcurrió bastante rato antes de que el general se hubiera restablecido por completo. Sentía que los niños no apartaban de él sus ojos, en los que brillaba un silencioso gozo. Juntaban las cabezas los unos contra los otros, se mostraban con sus pequeños dedos un punto en dirección a él y contaban algo, tal vez los botones dorados del uniforme o los entorchados de la bocamanga, porque a continuación disputaban entre ellos y agitaban sus pequeñas cabezas sin conseguir ponerse de acuerdo al parecer.

La primera persona en la que se fijó el general, es posible que por inclinación profesional, fue un soldado sin gorra que destacaba entre los invitados. Se enteró de que se trataba del hermano de la novia y de que la boda se había retrasado por su causa, a la espera de que obtuviera un permiso. El joven, después de salir a bailar repetidas veces, charlaba y reía ahora en compañía de unas muchachas. Parecía muy joven, con los cabellos rubios y unos pequeños ojos sonrientes que giraban en todas direcciones.

Luego, poco a poco, el general fue descubriendo todo lo que lo rodeaba. Observó de uno en uno a los ancianos de grandes bigotes, sentados a la turca

sobre los divanes, que charlaban con parsimonia mientras fumaban sus largas pipas; a la novia vestida de blanco, toda ella una hermosa turbación; al novio sudoroso, que no paraba de ir de un lado para otro haciendo los honores; al grupo de muchachas que no dejaban de reír y de cuchichearse secretos al oído, como si no supieran hacer otra cosa en este mundo que reír y bisbisear, prometiendo goces secretos sin entregar jamás aquello que prometían; la expresión de fingida desilusión de los jóvenes que fumaban cigarrillos; a los músicos gitanos empapados de sudor; a todas las mujeres que entraban y salían de una habitación a otra, con aire de soportar pesadas preocupaciones; y finalmente a las viejas vestidas de negro, con los rostros marcados y sobrecogidos por los años, la mirada nostálgica y doliente, como una hilera de pálidos iconos.

A continuación comenzó a seguir con los ojos los ágiles movimientos de las piernas y las pisadas rítmicas de los talones sobre el entarimado, bajo el imperio trepidante del tambor; el frufú de las blancas y plisadas *fustanellas* de los hombres, con miles de pliegues y tan blancas como la nieve de los Alpes que él acababa de recorrer; los brindis de frases largas y enrevesadas que, una vez traducidas, carecían casi del menor sentido; los cantos rudos de los hombres que recordaban el brusco desplome de los crepúsculos por las torrenteras abruptas de las montañas; las canciones reptantes y patéticas de las mujeres, que parecían apoyarse en los fornidos hombros de los hombres para caminar eternamente sumisas a su lado.

El general paseaba su mirada todo en torno sin detenerse a pensar en nada concreto. No hacía más que beber y sonreír constantemente, sin saber él mismo a quién.

Yo no sé de qué ejército formas parte, pues nunca he sabido distinguir unos uniformes de otros y ya soy demasiado vieja para aprender, pero tú eres extranjero y perteneces a uno de esos ejércitos que han venido a matar a los míos. El pillaje es tu oficio y eres uno de los que me han arruinado la vida, que ha hecho de mí la vieja chiflada que soy, que viene a esta boda ajena para quedarse en un rincón y hablarte entre murmullos. Nadie entiende lo que te digo porque todo el mundo aquí está contento y yo no quiero aguarles la fiesta. Justamente porque no quiero

turbar la alegría de nadie me quedo en este rincón para maldecirte entre dientes, en voz baja, muy baja, de forma que nadie me entienda. Me gustaría saber qué es lo que te ha empujado a venir a esta boda, cómo es posible que tus piernas hayan podido traerte hasta aquí. Te sientas ahí, a esa mesa, y ríes como un imbécil. ¿Por qué no te levantas, te echas tu capote a la espalda y te marchas bajo la lluvia por donde has venido? ¿No comprendes que estás de más aquí, maldito?

Las mujeres continuaban cantando. El general sintió un soplo cálido y una agradable emoción le inundó el pecho. Le parecía estar descansando en un baño de luces y sonidos que se derramaban sobre él como un chorro caliente que saliera de un grifo y lo reconfortaban, purificaban su cuerpo de todo el barro de los cementerios, aquel lodo que desprendía un fuerte hedor a moho y a muerte.

Ahora que su turbación había pasado, el general se sentía de buen humor. Tenía deseos de charlar, de pronunciar y escuchar palabras. Buscó con los ojos al cura. Estaba ante la mesa, a cierta distancia frente a él, con la mirada fija en un punto y parecía sentado sobre brasas ardientes.

El general se inclinó hacia él.

—¿Ve qué bien se está aquí?

El cura no respondió.

El general se puso tenso. Sentía las miradas de la gente que se precipitaban sobre él como flechas silenciosas. Caían sobre sus bolsillos y botones, sobre sus hombros y raramente, muy raramente, sobre sus ojos; flechas sombrías y pesadas de los hombres, y flechas alertas, centelleantes e inseguras de las muchachas.

«Como un ave herida, aunque todavía orgullosa, tú volarás...»

—Es interesante, ¿no es cierto? —se dirigió nuevamente al cura.

Pero éste, una vez más, no respondió. Se limitó a volver la mirada como diciendo «Puede ser», y luego bajó los ojos.

—Esta gente nos da testimonio de su respeto —dijo el general—. Se lo imponemos, por mucho que en la guerra hayamos sido enemigos.

—La muerte es respetada en todas partes.

—Hace ya mucho tiempo que la guerra terminó. Lo pasado, olvidado. Estoy

seguro de que a nadie en esta boda se le ocurre pensar en la vieja hostilidad. Fíjese qué bullicio.

El cura no dijo nada y el general decidió no volver a dirigirle la palabra, al tiempo que algún fragmento del paño negro de su sotana comenzó a bailar ante los ojos.

Por lo que se ve, el cura se siente aquí de más, pensó. ¿Y yo? ¿No lo estaré yo también? Resulta difícil decirlo. Aunque ahora es lo de menos. El caso es que hemos venido y, estemos o no de más, a estas alturas lo difícil es marcharse... Resultaría más fácil retroceder bajo el fuego de las ametralladoras que levantarse de aquí, echarse el capote por los hombros y salir otra vez bajo la lluvia.

Tú mismo te das perfecta cuenta de que estás de más aquí. Sientes que hay alguien que te maldice en esta boda, que la maldición de una madre jamás se pronuncia en vano. A pesar del respeto que te muestran, sabes de sobra que no deberías haber puesto los pies en este lugar. Inútilmente tratas de convencerte de que no te has enterado. Tu mano tiembla cuando levantas la copa de rakí y las sombras que cruzan tus ojos denuncian el miedo que sientes.

El tambor volvió a resonar. El clarinete atacó su lamento; los violines lo siguieron. Llegaron nuevos invitados, seguramente retrasados, con las pellizas chorreando agua. El río desbordado les había cortado el paso y tuvieron que esperar largas horas antes de poder cruzarlo. Dieron un abrazo, uno por uno, a todos los presentes y tomaron asiento en torno a la gran mesa.

Se diría que para estas gentes una boda constituye algo sagrado, pensó el general, de otro modo no les merecería la pena viajar de noche con semejante tiempo para participar en la alegría de otro, por grande que sea. Debe de estar lloviendo a mares. En una noche así no sería posible siquiera cavar una trinchera; se llenaría inmediatamente de agua.

Dicen que has venido a recoger a los muertos de tu país. Puede que hayas reunido muchos y que aún reúnas muchos más, tal vez los encuentres a todos, pero debes saber que por lo que se refiere a uno de ellos, jamás en tu vida darás con él, del mismo modo que yo no

recuperaré jamás en vida a mi hija y a mi hombre. ¡Cómo me gustaría hablarte de ése a quien nunca encontrarás! Si no lo hago, es porque no quiero refrescar en todos estos invitados los tristes recuerdos de la guerra. ¡Cómo llovía aquella noche! Aún más fuerte que hoy. El agua lo empapaba todo. Era imposible cavar una zanja, pues se llenaba enseguida de agua, un agua negra y sucia, como si brotara de la noche misma. Sin embargo, yo conseguí cavar una. Pero no te contaré nada de aquello para no turbar la alegría de los demás, ni siquiera la tuya, ¡maldito!

El general encendió un cigarrillo que, cosa extraña, le pareció diminuto, impotente frente a las grandes pipas de brezo, largas y negras, que sujetaban los viejos con sus manos arrugadas, de las que chupaban una y otra vez mientras hablaban, como si con ello pretendieran marcar el ritmo de la conversación.

El dueño de la casa, el anciano que lo había acogido al comienzo en el pasillo, vino a sentarse junto a él, como todos los demás viejos con la pipa en la mano y con una medalla amarillenta prendida de su grueso traje de lana negra. El general conocía de sobra aquellas medallas por haberlas visto con frecuencia en la pechera de los aldeanos; siempre le parecía que cada una de ellas ocultaba en su reverso el rostro lívido de uno de los soldados muertos de su ejército. Sonrió al apergaminado rostro lleno de arrugas del anciano, que le hizo pensar en el tronco de una cepa seca y agrietada aunque todavía potente. El hombre que tenía a su lado, el que lo había invitado al principio a levantar su copa, le tradujo las primeras palabras del viejo. El dueño de la casa le expresó su bienvenida y se excusó ante su huésped por no haberse ocupado personalmente de él, pero los invitados continuaban llegando y debía recibirlos a todos.

El general articuló torpemente unas cuantas fórmulas de cortesía, inclinando la cabeza en señal de deferencia. El anciano calló y dio una honda y lenta chupada a su pipa. Después, con voz sosegada, preguntó:

—¿De dónde eres?

El general se lo dijo.

El viejo sacudió la cabeza pensativo, lo cual hizo comprender al general

que nunca había oído hablar de su ciudad natal, pese a tratarse de una gran ciudad y, por tanto, muy conocida.

–¿Tienes mujer, hijos? –lo interrogó de nuevo el viejo.

–Sí, estoy casado y tengo dos hijos –respondió el general.

–¡Que tengan larga vida!

–Se lo agradezco.

El anciano dio una nueva chupada a la pipa y unas arrugas profundas se le formaron en la frente. Parecía querer decirle algo y el general presintió que se trataba precisamente de lo que tanto había temido escuchar en aquel lugar.

–Sé por qué has venido a nuestro país –continuó al fin el viejo en un tono tan calmado que al general se le clavaron sus palabras como un puñal en el corazón.

Durante todo el tiempo que llevaba en la fiesta había temido que se produjera esta conversación, pues podía deslizarse con facilidad hacia la provocación, y había hecho esfuerzos por ignorar el motivo de su propia presencia, con la ilusión de que su olvido entrañara también el de los demás. Habría deseado, aquella noche, ser un simple turista interesado por los ritos y las costumbres de un pueblo de tan largo pasado, para hablarles después de ello a sus amigos, en su país. Pero he aquí que finalmente el maldito tema de conversación había acabado por surgir y el general se arrepintió entonces de haber acudido a la boda.

–Sí –continuó el anciano–. Haces bien en recoger los restos de tus soldados caídos. Todas las criaturas del Señor deben reposar en la tierra que las ha visto nacer.

El general movió la cabeza silenciosa en señal de asentimiento. Al cabo de un momento el viejo se incorporó pesadamente y se dirigió hacia la salida después de excusarse: debía hacer los honores a los invitados que acababan de llegar.

El general bebió un trago, aliviado. Había recobrado el buen humor. El peligro de provocación parecía haber pasado ya y podía ocuparse sin inquietud de seguir el desarrollo de la boda y beber cuanto le apeteciera.

–¿Lo ve usted? –le dijo de nuevo al cura. (Sintió que empezaba a articular las palabras con torpeza.)– Nos respetan. Ya se lo dije. Lo pasado, olvidado. ¿Cómo dice?

–Decía que en casos como el presente no es fácil discernir la frontera entre el respeto debido a la tradición y el respeto propiamente dicho –respondió el cura.

–Los generales siempre imponen respeto.

El general echó un nuevo trago.

–¿Sabe usted? Se me ha ocurrido de pronto una idea –dijo al tiempo que esbozaba un gesto malicioso y aproximaba su cara a la del cura–. Siento deseos de levantarme y ponerme a bailar con ellos.

El cura se asustó.

–¿Lo dice en serio?

–Sí, ¿por qué no?

El cura sacudió la cabeza con nerviosismo.

–No alcanzo a comprenderle esta noche.

El general se irritó.

–Ya ha hecho bastante de niñera conmigo. Déjeme tranquilo, qué diablo. No me gusta que nadie me controle. Quiero pasarlo bien.

–Hable más bajo –susurró el cura–. Nos están oyendo.

–¿Cuándo acabará siendo abolida esta miserable práctica consistente en colocar a los generales bajo control permanente?

El cura se llevó la mano a la frente como si quisiera decir: «¡No nos faltaba más que esto!».

–Voy a levantarme y punto.

–Pero usted no conoce esta danza, va a hacer el ridículo.

–De ninguna manera. Estos bailes son muy simples. Además, ¿a los ojos de quién voy a resultar ridículo, ante estos aldeanos?

El cura se llevó de nuevo la mano a la frente.

Me han dicho que esta tarde te has estado informando en el círculo sobre él. Por lo que se ve llevas largo tiempo buscándolo en vano. Pero ¿por qué tienes tanto interés en encontrar a ese siniestro coronel? ¿No será que fue amigo tuyo? Sí, seguramente se trata de eso, ya que lo buscas con tanto ahínco. Te has pasado la tarde interrogando a todo el mundo en la aldea. Pero has de saber que, aunque todos imaginan que él se pudre efectivamente en algún lugar cerca de aquí, nadie sabe a ciencia cierta el

sitio exacto donde se encuentra. Te marcharás sin llevártelo, a tu amigo, tu miserable amigo que ha envenenado mi existencia. Vete cuanto antes de aquí; eres tan maldito como él. Claro, desde luego, ahora pareces inofensivo como un cordero y miras a la gente bailar con la sonrisa en los labios, pero yo sé bien lo que te ronda en la cabeza. Piensas que llegará el día en que te arrojarás sobre esta tierra con tus tropas, para quemar nuestras casas, para arruinarlos y masacrarnos como hicieron tus camaradas. Tú no debías haber venido a esta boda. Te deberían haber temblado las rodillas cuando te pusiste en camino hacia aquí. Aunque sólo fuera por mí, una pobre vieja consumida y desventurada. Pero ¿qué es lo que ocurre? ¡Pretendes entrar en el corro! ¡Tienes el atrevimiento de bailar aquí! ¡Incluso sonríes! ¡Sí, te levantas! ¡Y los demás te permiten que participes! ¡Pero esperad! ¿Qué estáis haciendo? ¡Esto es demasiado! ¡Es una profanación!

El tambor resonaba de nuevo como el rugido de los cañones. El clarinete reanudó su gemido y los violines lo secundaron con sus finos sonos, semejantes a voces de mujer. En el centro de la estancia se esbozó el embrión de la rueda, primero con dos, luego con tres, más tarde con un número siempre creciente de danzarines.

El general observaba el círculo. Acto seguido miró al cura. Luego de nuevo el baile. El cura. El baile. El cura. El baile...

Se puso en pie. A partir de aquí, lo que tenía que pasar, pasó. Allí estaba plantado, balanceándose como un borracho, dispuesto a entrar en el corro de danzarines que se aparecía ante sus ojos como un círculo de fuego. Dos o tres veces extendió los brazos, pero los volvió a retirar de inmediato como si se quemara las manos. La rueda giraba ante él como una peonza y el viejo que encabezaba la danza doblaba las rodillas, se incorporaba acto seguido para volver a agacharse, estrellaba el pie contra el suelo como si dijera: «¡Así es y así continuará siendo siempre!», agitaba su pañuelo blanco, soltaba la mano de su compañero para hacer una nueva pirueta, plegaba las rodillas y parecía que fuera a caer segado por una hoz, pero se erguía de nuevo y de nuevo se quebraba como golpeado por el rayo, y volvía a resurgir al instante bajo el retumbar de los truenos. El tambor resonaba cada vez con mayor furia, la voz

del clarinete se derramaba a oleadas como sollozos que surgieran de la garganta de un gigante y las cuerdas de los violines vibraban, tensas como serpientes vivas. El ritmo del tambor se aceleraba a cada instante, y ahora, a través del gemido de los violines, semejaba el sonido de grandes rocas que rodaran al caer de lo alto de las montañas. El general, aún en pie, fue presa del vértigo ante aquella furia desatada, frenética al tiempo que deslumbrante. No supo cuánto tiempo duró aquello. Por espacio de unos segundos, como a través de un velo, distinguió las caras sudorosas de los músicos, el pabellón del clarinete que oscilaba arriba y abajo entre el humo igual que una pieza antiaérea, los ojos cerrados de los bailarines en éxtasis. Después el tambor calló, las cuerdas se destensaron y todo se tornó mágico; la fiesta prometía ser emocionante y durar hasta bien avanzada la noche, pero justo cuando los danzarinés regresaban a sus lugares un lamento atravesó la algarabía. El general sintió un fuerte pinchazo en el pecho. La barahúnda no había cesado y sin embargo, cosa sorprendente, todo el mundo oyó el grito. Nadie habría imaginado jamás que la vieja Nice pudiera gemir con tal potencia.

Sollozó dejando escapar gritos agudos y entrecortados, y a continuación se hizo un silencio tan hondo que incluso podían oírse los jadeos convulsivos de la vieja que se alternaban con sus gemidos. Pero ese silencio duró sólo unos segundos. El general vio a varias personas precipitarse hacia la anciana y formar un corro en torno a ella; llamaron a alguien y la desventurada que, Dios sabe por qué, no cesaba de llorar, pareció tranquilizarse.

Si la vieja se hubiese realmente aplacado, tal como creyeron el general y quienes se encontraban cerca de ella, todo habría transcurrido de mil amores y tal vez el general habría permanecido allí hasta mucho más tarde, pero la vieja Nice reanudó sus lamentos. Nada parecía poder consolarla, todo lo contrario; comenzó de nuevo a gemir, otras voces la rodearon, pero pronto sus lamentos se elevaron sobre las de todos, desgarrando la alegría general como un cuchillo. Nuevas personas, hombres y mujeres, se apresuraron para acudir a su lado, y al general le pareció que cuanta más gente se arremolinara a su alrededor, tanto más penetrante se tornaría su gemido. Los músicos volvieron a tocar, pero la vieja Nice lanzó un nuevo grito todavía más estridente y los instrumentos callaron intimidados. El general vio que el corrillo de personas que la rodeaba se convulsionaba bajo un fuerte impulso y, poco después, la

vieja se desasíó de quienes la retenían y se le plantó delante. Por primera vez contempló de cerca aquel rostro sarmentoso, amarillento, con los ojos desorbitados, desbordantes de lágrimas, su cuerpo tan pequeño y menudo.

–¿Qué hace? ¿Qué quiere? ¿Por qué llora? –preguntó el general, bruscamente sobrio.

Pero nadie le respondió. La gente se abalanzó sobre la vieja, dos mujeres la cogieron por los brazos y trataron de llevársela con amabilidad, pero ella se puso a aullar, se desasíó y de nuevo se plantó ante el general. Él vio su cara desencajada por el odio, pero sin alcanzar a adivinar la causa. Ella le gritó un chorro de palabras incomprensibles, gesticulaba ante él, le vociferaba en plena cara, y él permaneció allí plantado ante ella, pálido como la cera. La escena sólo duró unos pocos segundos, pues enseguida tiraron de la vieja hacia atrás, aunque consiguió desasirse de nuevo, se dirigió con paso rápido hacia la puerta y salió.

El general se quedó allí, de pie, sin que nadie le hubiera traducido las palabras de la vieja Nice; pero nadie entre los asistentes sabía que el cura entendía el albanés. Rodearon a la novia que estaba deshecha en lágrimas y a la señora de la casa que, lívida, se persignaba una y otra vez.

–Se lo advertí antes de que saliéramos –dijo el cura, que surgió de pronto cogido del brazo del general–. No habríamos debido venir.

–¿Qué ha sucedido? –preguntó el general.

–Ahora no es el momento de decírselo. Se lo explicaré más tarde.

–Tenía usted razón –dijo el general–. Me excedí un tanto.

Todo aquel grupo de personas que al comienzo de la fiesta se le había antojado un seto multicolor y gozoso se había mudado ahora en un sombrío bosque invernal. Las cabezas, los brazos, la manos, los largos y secos dedos se balanceaban de un lado a otro como ramas deshojadas por un torbellino; luego, sobre toda la escena, con un graznido seco, se cernía el desasosiego.

–¿A qué vienen a nuestras bodas? –dijo uno de los muchachos.

–¡Calla! ¿No te da vergüenza decir esas cosas?

–¿Qué vergüenza? –intervino otro–. Incluso tienen la osadía de entrar en el baile.

–No podíamos negárselo. Así lo manda la tradición de nuestros antepasados.

–¡Qué tradición! ¿Y de Nice, la pobre, qué dice la tradición de nuestros abuelos?

–¡Cierra esa boca! Sólo faltaría que nos entendieran.

–No temas –intervino otro–. Aunque supieran albanés, hay tanto ruido que no podrían entendernos.

En efecto, el general y el cura no entendían nada. No hacían más que observar una tras otra las caras que los rodeaban. El general echó una rápida ojeada al grupo masculino y detuvo su mirada sobre las mujeres de más edad, quienes, con sólo el rostro descubierto bajo los grandes pañuelos negros que les envolvían incluso la cabeza, parecían el coro de una tragedia antigua.

El general se vio invadido por un sentimiento de temor. Realmente le pesaba haber acudido a la fiesta. El pasado no se olvida con facilidad y, además, los albaneses son vengativos. ¿Por qué había venido? ¿A qué se debió aquella chaladura insensata? Hasta el momento las cosas habían marchado aceptablemente. Siempre estuvo acompañado y protegido por las leyes allá donde se hubiera dirigido. Pero esa noche estaba corriendo un gran riesgo. ¿Cómo se le había ocurrido acudir con la única compañía del cura a esa boda? En ella se encontraba al margen de las reglas y de las leyes. Allí podía sucederle cualquier cosa sin que nadie asumiera después la responsabilidad.

–Vámonos –dijo de pronto–. Vámonos de inmediato.

–Sí, sí –dijo el cura–. Vayámonos. Hemos sido gravemente ofendidos. Esa vieja ha tenido sobre nosotros las palabras más ultrajantes.

–Entonces deberíamos dar una respuesta antes de marcharnos. Dígame, ¿qué dijo la vieja?

El cura se disponía a responder cuando el dueño de la casa se dirigió hacia ellos.

–Quédense –dijo señalando con el brazo hacia la mesa; luego hizo una seña a las mujeres que se encargaban de servir y éstas trajeron rakí y algunas tapas.

El general y el cura se miraron entre sí, luego se volvieron hacia el anfitrión.

–Son cosas que pasan –dijo el anciano–. Pero les ruego que se queden. Siéntense.

Enfrentados a tal tesitura, bajo las miradas de todos los presentes, optaron por tomar asiento. Tenían así la impresión de hacerse notar menos.

En la gran estancia parecía haberse restablecido cierto orden y la gente se sentaba de nuevo en torno a las mesas. El general vio que el mismo hombre que había tratado de traducirle los brindis ocupaba el asiento de antes a su lado.

Le explicó que Nice era una vieja desquiciada que había quedado viuda durante la última guerra, después de que colgaran a su marido en el curso de las operaciones punitivas llevadas a cabo por el batallón que mandaba el coronel Z. Le contó también que este último había hecho que condujeran a su tienda a la hija de la infortunada mujer. Apenas tenía catorce años y, al salir de la tienda del coronel por la mañana, prefirió tirarse a un pozo antes que regresar a casa. Fue justamente la noche anterior a la desaparición del coronel. Se decía que, ignorante de la muerte de la muchacha, había vuelto a su casa con intención de volver a verla. Dejó un centinela esperándolo a la puerta y tardaba mucho, demasiado tiempo más del necesario, aunque el soldado tenía orden de no moverse de allí hasta el amanecer. Por la mañana no se encontró a nadie en el interior de la casa y nadie supo nunca lo que había sido del coronel. Algunos sostenían que había sido llamado a Tirana con urgencia, otros explicaban de distinto modo su ausencia, pero los propios oficiales del batallón guardaban silencio. Al día siguiente la unidad abandonó la zona.

Todo lo anterior fue contado a retazos, con frases entrecortadas, enmarañadas, que golpeaban la cabeza del general como un martillo.

Entretanto, la música había comenzado nuevamente a sonar, aunque nadie se puso en pie al principio con intención de bailar. Luego, las mujeres fueron las primeras en decidirse y todos daban la impresión de que el episodio de la vieja Nice estaba completamente olvidado, a excepción del general mismo. Éste permanecía envarado ante la mesa, en un estado de embotamiento que no le permitía pensar en nada. Sus ojos se volvieron a encontrar con los del cura.

—Sigo queriendo saber qué dijo la vieja.

El cura lo miró largamente con sus ojos grises y el general acabó por sentirse incómodo.

—Ella cree que fue usted amigo del coronel Z. Dijo que su sola presencia aquí la sacaba de quicio.

—¿Yo amigo del coronel Z.?

–Sí, esas fueron sus palabras.

–¿Y qué le hizo imaginar eso?

–No tengo la menor idea.

–Tal vez se debiera a que estuviéramos buscando al coronel durante toda la tarde –dijo pensativo el general, como si hablara consigo mismo.

–Es muy posible –asintió el cura con sequedad.

La cara del general se ensombreció todavía más. No veía nada, no oía nada de lo que sucedía a su alrededor.

–Me voy a levantar –dijo repentinamente–. Me voy a levantar y les voy a decir a todos que no soy amigo del coronel Z. y que, en tanto que militar, reniego de su memoria.

–¿Y por qué va usted a hacer eso? ¿Para darles gusto a estos aldeanos?

–No. Lo haré en aras del buen nombre y el honor de nuestro ejército.

–¿El nombre de nuestro ejército se va a ver mancillado porque lo insulte una vieja albanesa?

–Quiero dejar bien claro que no todos nuestros oficiales se encerraban en sus tiendas con muchachitas de catorce años, olvidando sus obligaciones militares, para hacerse finalmente matar por la mano de una mujer.

El cura alzó las cejas.

–Nosotros no hemos venido aquí para ejercer de jueces –dijo lentamente–. Es el que está en lo alto el único que puede hacerlo.

–Todos ellos parecen creer realmente que yo era amigo suyo –insistió el general–. ¿No ve cómo me observan? Mire un poco alrededor de usted. Fíjese en sus ojos.

–¿Tiene usted miedo?

El general le lanzó una mirada furiosa. Estuvo a punto de darle alguna respuesta ruda y brutal, pero en ese preciso momento sintió que volvía a retumbar el tambor y las palabras se le quedaron en los labios.

La verdad es que el general tenía miedo. Había llegado demasiado lejos con sus ocurrencias. Ahora era preciso replegarse con prudencia. Aquella turba salvaje debía ser aplacada de algún modo. Debía establecer de inmediato la distinción entre su propia persona y el coronel Z. Debía desembarazarse del coronel como se deshace uno de un pegote de barro que se adhiere a la bota.

Ciertamente, la situación parecía normalizarse, pero se trataba tan sólo de la apariencia. Sentía que en el interior de aquel organismo amorfo se fraguaba algo. Se percibía en las miradas, en los murmullos. Además, ante la puerta de entrada, junto a las pellizas y los abrigos, los fusiles de los invitados colgaban alineados en la pared de sendos clavos. El cura le había dicho que los muertos eran frecuentes en las bodas albanesas.

Debían actuar antes de que fuera demasiado tarde. Si abandonaban bruscamente la fiesta era muy posible que algún invitado ebrio les disparara por la espalda. Quien corre alienta a los perros a seguirlo. De modo que había que proceder a una retirada prudente.

El general paseó de nuevo una mirada inquieta sobre todo aquel enjambre humano que se agitaba, danzaba, reía a su alrededor; luego sus ojos se detuvieron sobre la hilera de ancianas que no se habían movido de sus asientos desde el comienzo de la fiesta, con sus rostros impassibles, levemente ladeados, coro inmortal en un decorado arcaico, y bajó la cabeza cansado, sin decir palabra.

El tambor resonaba con un redoble sordo, mientras el clarinete traspasaba la fiesta de extremo a extremo con su grito desconsolado. Los hombres, sin moverse de sus asientos, entonaban una canción y el general volvió a percibir que el crepúsculo se desplomaba desde lo alto de las montañas; escuchaba ahora el canto punzante de las mujeres cabizbajas; un canto oprimido que perdía el aliento frente a las voces viriles, como el jadeo de una mujer bajo el abrazo de amor de un hombre.

—Creo que es el momento apropiado para que nos vayamos —le dijo el general al cura.

El cura asintió con la cabeza.

—Sí, es el momento propicio.

—Levantémonos discretamente.

—De acuerdo.

—Todo consiste en no llamar la atención.

—Levántese usted primero. Yo le seguiré.

La medianoche se aproximaba. El bullicio llegaba a su punto máximo y tal vez todos habían olvidado ya a la vieja Nice, cuando se la vio reaparecer de pronto, justo en el instante en que los dos extranjeros se disponían a salir. Es

probable que el general fuera el primero en apercibirse de su presencia. La sintió como el viejo y experimentado cazador percibe la proximidad del tigre en la jungla. Al ver a la gente agitarse en la entrada e intercambiar cuchicheos, se oyó exclamar desde el fondo mismo de su ser: «¡Aquí está!», y supo que palidecía. Esta vez la vieja no lloraba, nadie pudo oír su voz, pero todo el mundo sintió que se encontraba allí, en la entrada. La música continuaba sonando y sin embargo nadie tenía oídos para ella. Junto a la puerta se produjo un arremolinamiento. Nadie conseguía explicarse por qué había vuelto la vieja Nice. Tal vez fuera bajo el influjo de su aspecto, o puede que a causa de sus ruegos, el caso es que todos se apartaron para abrirle paso y ella entró en la estancia en medio de gritos ahogados y exclamaciones. Venía completamente empapada, chorreando barro, el rostro blanco como la cal, igual que un muerto, y llevaba un saco al hombro.

El general se puso en pie maquinalmente y se volvió hacia ella, adivinando que era a él a quien buscaba. Le salió al paso lo mismo que las bestias que, percibiendo desde lejos la presencia del enemigo depredador, hechizadas por su voz, en lugar de huir corren hasta colocársele delante.

Todos se apretaron en torno a los dos, sin saber qué hacer. A nadie se le ocurría cosa alguna. La vieja Nice se plantó delante del general, clavó sobre él una mirada imprecisa, como si no lo mirara a él sino a su sombra, y entre toses le dirigió unas palabras de las cuales el general sólo entendió una: muerte.

–¡Tradúzcanme lo que dice! –gritó él, como si pidiera socorro.

Pero nadie accedió a su deseo. Echó una mirada alrededor y se encontró con los ojos del cura. Éste se aproximó.

–Afirma haber matado antaño a uno de nuestros oficiales superiores y pregunta si es usted el general que ha venido a recoger los restos de los muertos en la última guerra.

–Sí, señora –articuló el general con voz sobrecogida. Se vio obligado a hacer acopio de todas sus fuerzas para mantener la cabeza alta.

La vieja Nice añadió entonces unas palabras que el cura no llegó a traducir, pues quedaron ahogadas en el fuerte murmullo que se produjo y, antes de que nadie alcanzara a hacer el menor gesto para impedirselo, en medio de los gritos aterrados de las mujeres, arrojó sobre el entarimado, a los pies del

general, el saco que llevaba a la espalda. El cura no tenía ya nada que traducir; toda traducción era superflua, pues todo estaba perfectamente claro. La mirada del general resbaló por la silueta de la vieja hasta quedar clavada sobre el saco caído. En efecto, nada podía estar más cargado de sentido ni ser más siniestro que aquel saco cubierto de grandes pellas de barro negro todavía húmedo, que acababa de caer sobre el piso con un ruido sordo. Las mujeres se apartaron espantadas tapándose las caras, mientras las más viejas se persignaban y murmuraban con terror:

—¡Lo había enterrado bajo el umbral de su puerta!

—¡Desventurada Nice!

De pronto la vieja volvió la espalda a todos los presentes y se marchó igual que había venido, empapada, embarrada, sin que nadie pensara siquiera en detenerla, pues lo que tenía que suceder ya había sucedido.

El general no conseguía apartar los ojos del suelo. Se sentía aturdido por el ruido, los gritos, el espanto de la escena. Ni él mismo comprendió por qué se hizo de repente un profundo silencio, puede incluso que ni siquiera ese silencio existiera, pero así le pareció. A sus pies, ante los ojos de todos los presentes, se dibujaba aquella mancha oscura y muda, aquel viejo saco lleno de remiendos que asombrosamente le llamaron la atención. «¡Alguien tiene que ocuparse de él!», pensó su cerebro embotado. Entonces, en mitad del silencio, se inclinó despacio y, con manos temblorosas, cogió el saco por la boca, lo levantó tal como estaba, lleno de barro, y volvió a dejarlo caer. Luego se puso el capote, cogió de nuevo el saco, se lo echó con parsimonia al hombro y salió bajo la lluvia encorvado y mortificado bajo el fardo, como si cargara sobre sus espaldas toda la vergüenza y el peso de la tierra. El cura lo siguió.

Detrás de él alguien se puso a plañir.

Capítulo XXI

El general marchaba delante, chapoteando en los charcos de agua. El cura lo seguía detrás. Remontaron la estrecha callejuela, desembocaron en la plaza de la aldea, rodearon la vieja iglesia y, en la oscuridad, se encontraron de pronto perdidos. Volvieron sobre sus pasos sin pronunciar una sola palabra, el general siempre abriendo la marcha, y volvieron a pasar junto al pozo, por delante del círculo de la cooperativa y a lo largo de la iglesia, pero sin alcanzar a descubrir la casa donde se alojaban. Por dos veces fueron a parar al mismo punto, de lo que pudieron darse cuenta por el campanario de la iglesia, que se alzaba sobre sus cabezas, dibujado contra el cielo. El viento soplaba con tal fuerza que podría esperarse que viento y lluvia consiguieran acabar por mover la campana y hacerla tañer de pronto allá en lo alto.

La mano que sujetaba el saco estaba entumecida.

«¡Qué ligera me resultas, Betty!», me decía una tarde en el jardín. Paseábamos abrazados, dos noches antes de nuestra boda. Era una noche de otoño, cálida y turbadora. Había llovido a mediodía y los senderos del parque estaban sembrados de pequeños charcos. Me alzaba en sus brazos como si fuera una niña y me repetía continuamente: «¿Eres realmente tan ligera, Betty, o es la dicha que siento la que me lo hace creer?». Sus botas de reglamento pisaban pesadamente y sin precaución los charcos, haciendo volar en mil diminutos fragmentos el reflejo de la luna sobre el agua. «Me gustaría tenerte toda la vida en mis brazos, Betty. Sí, como ahora.» Caminaba al tiempo que me besaba los cabellos, sin parar de decirme: «¡Qué ligera eres, Betty!».

Ahora eres tú el ligero. No lo hay más ligero en el mundo. Tres o cuatro kilos todo lo más. ¡Y sin embargo me estás destrozando la espalda!

Aún erraron durante largo tiempo, dieron varias vueltas a la aldea, desorientados, como si estuvieran borrachos, tratando de alejarse de la iglesia

que reaparecía continuamente, toda negra, por encima de ellos, hasta que casi se estrellan contra el radiador del coche, que apenas se distinguía entre las tinieblas.

Recordaron entonces que el automóvil estaba aparcado justo frente a la casa, y el general fue el primero en empujar la puerta del patio y entrar. Los batientes del portón golpearon al cerrarse tras él. Dio unos pasos, abrió la puerta interior y apenas penetró en el vestíbulo se desembarazó del saco, que cayó al suelo con un ruido sordo.

A la débil luz de su mechero subió las escaleras, entró en su habitación, dejó caer el impermeable mojado y se tendió vestido sobre la cama. Un instante después oyó que se abría y cerraba nuevamente la puerta; luego al cura que se acostaba en la otra cama.

Trató de conciliar el sueño, pero fue en vano. Intentó entonces poner algo de orden en sus ideas, mas tampoco tuvo éxito.

Debo dormir, se dijo. Dormir. Dormir. Permanecer tan sosegado y silencioso como el camión de ahí fuera. Dormir a toda costa.

Cerró los párpados con fuerza, pero eso no le sirvió de ayuda. Cuanto más los apretaba, más la oscuridad se tornaba impotente y la noche era perforada por manchas, franjas de luz seccionadas, unas veces arrancadas de otro cielo, otras de la extensión azul de una playa lejana.

Me hace falta oscuridad. Necesito una oscuridad completa, sin tacha, para poder dormir. Pero las franjas de luz, blancas, malvas, junto con las manchas rojas y amarillas no desaparecían. Estaban allí, ante él, a unos centímetros de distancia, en cualquier dirección que volviera la cabeza, en el seno mismo de las tinieblas.

Se levantó, tomó una pastilla de luminal y se volvió a acostar. Pero cuando comenzaba a adormilarse se despertó sobresaltado. Allá a lo lejos, al otro lado de la plaza, el tambor había comenzado a sonar de nuevo.

¿Todavía continúa esa maldita boda?, pensó. ¿Cómo es posible? Se tapó la cabeza con el embozo para no oír, pero fue inútil. Sintió como si una criatura pequeña, muy pequeña, como un personaje de cuento de hadas, se hubiera agazapado en su cerebro y tocara un tamborcillo, de esos que llevan los soldaditos de plomo. Donde metiese la cabeza, adondequiera que orientara sus orejas, allí estaba siempre el gnomo, sentado a la turca, y tocaba, tocaba

constante y rítmicamente su tambor: bam bara bam, bam bara bam, bum buru bum, bum buru bum...

Parecía que una columna de soldados desfilara al son de su redoble.

¡Es mi gran ejército el que está en marcha!, se dijo. Después, de repente, levantó la cabeza y gritó:

—¡Basta!

Volvió a esconder la cabeza, esta vez bajo la almohada, pero al instante la volvió a alzar y llamó al cura:

—¡Padre! ¡Eh, padre! ¡Coronel, levántese!

El cura despertó sobresaltado.

—¿Qué ocurre?

—¡Tenemos que irnos de aquí cuanto antes, levántese!

—¿Marcharnos? ¿Adónde?

—A Tirana.

—¡Pero si es todavía de noche!

—No importa. Así y todo nos vamos.

—¿Es preciso?

Las botas del general crujieron sobre el piso.

—¿No lo oye usted? ¿No oye el batir del tambor? Todo continúa allí y tengo un mal presentimiento.

—¿Está asustado?

—Sí —reconoció el general—. Presiento que de un momento a otro van a venir todos a congregarse frente a esta casa y van a batir el tambor como es costumbre entre ciertos pueblos para expulsar a los malos espíritus.

El general encendió su mechero y se dispuso a hacer la maleta.

—Está bien, partamos —consintió el cura.

El general cerraba ya la maleta.

—Una danza —murmuró—. Quise participar en una danza con ellos y casi ocurre un cataclismo. ¡Qué país este, santo cielo!

—No debíamos haber ido.

—Un solo baile y a punto estuvo de convertirse en una danza macabra.

El cura farfulló unas palabras incomprensibles y ambos salieron de la habitación. Las botas del general arrancaban crujidos de los escalones de madera con ritmo irregular. Fue el primero en alcanzar el patio y se dirigió

hacia el portón. El cura se entretuvo unos instantes y, cuando el general volvió la cabeza, vio que avanzaba hacia él con un fardo a la espalda.

¡El saco!, se dijo.

Salieron finalmente a la calle. La lluvia había cesado y la oscuridad no era tan cerrada.

—¿Qué hora es? —preguntó el cura.

El general encendió el mechero.

—Las cuatro y media.

—Dentro de poco amanecerá.

En alguna parte los primeros gallos se pusieron a cantar. Un viento helado soplaba desde las montañas. Poco más allá se destacaba la sombra negra del camión.

Se detuvieron junto al coche y dirigieron sus miradas hacia el este. Se diría que, en aquella dirección, alguien fuera dando brochazos de pintura blanca sobre el horizonte, que eran absorbidos por la negrura de la noche para dar lugar de este modo a un rastro gris, húmedo y frío.

—Es en esa casa donde duermen ellos —dijo el cura señalando con la mano el edificio de enfrente.

—Despierte al conductor y dígame que no me encuentro bien y que debemos partir cuanto antes hacia Tirana.

El cura empujó el portón del patio vecino y cuando éste se abrió hizo sonar una campanilla; un perro comenzó a ladrar en un patio cercano y al poco otro le respondió. Instantes después lo hacían todos los perros de la aldea.

Pero ni siquiera el coro de ladridos impedía que el general oyera el redoble del tambor junto con un rumor lejano.

La puerta del patio chirrió de nuevo y el cura apareció con el saco siempre al hombro.

¿Es que se te ha quedado pegado el saco?, dijo el general para sus adentros.

—Se está vistiendo —le informó el cura—. Enseguida sale.

—¡Los perros! —dijo el general.

—Sí, así son en cualquier aldea. Cuando uno se pone a ladrar le secundan todos los demás.

Que ladren cuanto quieran, pensó el general. Eso no es nada. Si

sospecharan lo que hay en el camión, se pondrían a aullar de tal modo que sería verdaderamente insoportable.

—¡Maldito viento! —exclamó el cura.

Los perros cesaron de ladrar uno tras otro.

Se oyó a lo lejos mugir a una vaca, como en sueños.

Los goznes del portón del patio chirriaron de nuevo y el chófer apareció ante ellos en la semioscuridad. Se saludaron. Entre toses por efecto del aire frío de la noche, el conductor abrió las portezuelas y el general subió al coche.

El chófer colocó bien el saco a su lado en el suelo y lo empujó con el pie; el cura se instaló en el asiento trasero.

Se pusieron en camino.

Los faros del coche resbalaron por los setos sombríos que flanqueaban la carretera a ambos lados, después se desplegaron por delante iluminando directamente la calzada. Apenas se puso en marcha el vehículo, el general se envolvió en su capote y cerró los ojos. Ahora no oía nada, aparte del ronroneo del motor, y su único y ardiente deseo era dormir. Sin embargo, en lugar del sueño y sin que pudiera impedirlo, comenzó a desfilarse por su cerebro el relato minucioso de todo lo sucedido en la boda.

Necesito dormir, se dijo. No quiero acordarme de nada. No quiero volver a pasar por todo aquello. Pero su pensamiento retornaba inevitablemente a la boda. Se despojó del impermeable y tomó asiento a la mesa.

Abrió los ojos, pero no había nada que contemplar a través de la ventanilla en medio de la semioscuridad, que abría una senda para que el coche pudiera pasar y luego volvía a cerrarse sobre sí misma inmediatamente detrás de él.

El cura, con la cabeza caída sobre el pecho, dormitaba.

La calzada, de pronto despierta por los faros, surgía un instante del caos de la noche, adormilada y pálida, para volver al poco a sumirse en él. A ambos costados aparecían de tarde en tarde los mojones de señalización, completamente blancos. Era la suya una blancura perversa, que estremecía las carnes. Al general se le antojaban estelas funerarias.

El conductor frenó bruscamente y el cura, desprevenido, fue a dar de cabeza sobre el asiento delantero.

—¿Qué sucede? —preguntó aturdido.

El general, todavía entumecido, miraba al exterior. El coche se había

detenido a la entrada de un puente. Podía oírse, abajo, el murmullo del agua.

–¿Por qué nos hemos detenido? –preguntó el cura.

El chófer masculló algo a propósito del motor y salió dando un portazo. Los faros del coche proyectaban sus haces de luz de forma paralela a los pretilos del puente. El chófer levantó la tapa del motor y se inclinó sobre él, luego regresó en busca de alguna herramienta. Apartó el saco que le molestaba, lo arrojó fuera y levantó el asiento.

El general abrió la portezuela de su lado y descendió también, para comenzar al punto a dar vueltas a grandes zancadas alrededor del vehículo. El cura no se movió. El chófer maldijo entre dientes y volvió al interior a buscar alguna otra cosa. El general tropezó por segunda vez con el saco.

Este saco, pensó entonces. Este saco ha estado a punto de perdernos. Hasta ahora todo había marchado bien, pero no, tenía que aparecer este saco de mal agüero para que todo comenzara a ponerse del revés.

–Es este saco el que nos ha traído gafe –dijo elevando la voz.

–¿Cómo dice usted? –preguntó el cura.

–Digo que este maldito saco es el culpable de todo –y mientras decía esto le dio un fuerte golpe con la punta del pie. El saco rodó hacia abajo con un ruido blando hasta caer en la corriente de agua que discurría abajo.

–¿Qué ha hecho usted? –gritó el cura saliendo del coche precipitadamente.

–Ese saco era de mal agüero –dijo el general respirando con dificultad.

–¡Por fin lo habíamos encontrado! Llevábamos dos años buscándolo.

–Sí, pero ha estado a punto de costarnos la cabeza –dijo el general en tono cansado.

–¿Se da cuenta de lo que acaba de hacer? –gritó el cura al tiempo que encendía una linterna.

Se acercaron ambos al borde de la carretera y miraron hacia abajo, donde se oía el chapoteo. Sus pequeñas linternas apenas lograron iluminar débilmente el empinado terraplén.

–No se ve nada –dijo el general.

El chófer se aproximó y los tres escudriñaron durante unos instantes con la mirada el lecho del río.

–Se lo habrá llevado la corriente –dijo el general. Su voz traicionaba cansancio y pesadumbre.

El cura le lanzó una mirada furiosa y se dirigió hacia el coche.

—¡Qué frío hace! —le dijo el general al chófer—. ¡Y hace un viento que corta la piel!

Volvió a subirse al vehículo detrás del cura.

El automóvil partió.

Ahora debe de estar chapoteando en la corriente oscura como en una pesadilla, pensó el general. Cerró los ojos para no ver los mojones de la carretera y trató de dormir.

Capítulo XXII

Pasaron dos días. Era la última jornada de su estancia en Albania. El general se levantó tarde. Abrió las persianas: la mañana era sombría.

Debían de ser cerca de las diez y todavía tenía que ir al despacho de las líneas aéreas. La misa se celebraría a las once y cuarto y la recepción a las cuatro y media de la tarde. Era un día en verdad apretado.

Sobre la mesilla de noche había un grueso montón de cartas, telegramas, periódicos y revistas llegados de su país.

Sobre todo muchas cartas. Centenares de ellas, procedentes de diversas regiones del país. Contenían toda suerte de historias, episodios de guerra, algunas el plano de una loma, de una casa o de toda una aldea, dibujado por un viejo combatiente.

El general arrojó los sobres y las cartas a la papelera y salió. Descendió lentamente las escaleras, caminó después sobre las mullidas alfombras del vestíbulo y, una vez en la recepción, preguntó al conserje dónde podía encontrar al *maître* del hotel, que se presentó unos instantes después.

—¿Está usted al tanto de que vamos a ofrecer un pequeño banquete esta tarde?

—Sí, señor. Todo estará dispuesto a las cuatro y media en el salón número tres.

El general le preguntó si había visto al cura. Le respondió que había salido.

En el vestíbulo y ante la recepción reinaba gran animación. Dos teléfonos sonaban constantemente y un gran número de personas, con las maletas a sus pies, esperaba ante los ascensores. Algunos negros estaban sentados en los grandes sillones; un grupo de chinos, acompañado por dos muchachas, pasó en dirección a uno de los comedores y, frente a la recepción, dos rubias, seguramente austríacas, esperaban comunicación con Viena.

El general entró en el salón donde tomaba habitualmente café, pero no encontró ninguna mesa libre. Era la primera vez durante su estancia en ese hotel que se encontraba con tal afluencia de extranjeros.

Volvió sobre sus pasos con la intención de salir y en el vestíbulo se encontró con otro grupo de africanos que entraba por la puerta principal cargando con sus maletas.

Fuera, bajo los grandes pinos, había gran número de automóviles estacionados.

¿A qué se deberá toda esta animación?, se dijo al bajar la escalinata. Tomó hacia la derecha y caminó por el bulevar arriba en dirección a los ministerios.

Al llegar a la plaza de Scanderbeg vio banderas en torno al pequeño parque que ondeaban al viento. Sobre altos postes, en las fachadas de los ministerios y en las columnas del Palacio de la Cultura, por todas partes se veían luces y banderolas con consignas. De pronto cayó en la cuenta de que dos días después era la fiesta nacional de Albania.

Las aceras estaban abarrotadas de viandantes. Como de costumbre, se arremolinaban ante las carteleras de los cines, que se alineaban al pie de la torre del reloj. Les echó apenas un vistazo, con la mente ausente, y dos pasos más allá había olvidado por completo los títulos de las películas.

Consultó su reloj. Eran las once. Podía comprar el billete después de la misa. Delante de la Banca y tras el café Studenti, verdaderas multitudes se apresuraban en torno a las paradas de los autobuses. Allí se encontraba la terminal de las líneas que enlazaban con el complejo textil, los estudios cinematográficos, el barrio de Laprakë y la periferia de la ciudad, de modo que siempre había aglomeraciones en aquel lugar. De todos modos, el gentío era ese día muy superior a lo ordinario y resultaba prácticamente imposible dar un solo paso sin recibir un empujón. La iglesia donde se celebraría el *De profundis* se encontraba sólo una parada más abajo y el general decidió hacer el resto del trayecto a pie. Caminaba por el paseo central y pensaba nuevamente en los restos del coronel.

Obré precipitadamente, sin reflexionar, se dijo.

No recordaba con claridad cómo había sucedido todo. Sólo que se encontraba de un humor de perros y con el cerebro embotado. Su mente había estado sometida a una fuerte presión. Pero ahora que aquella noche terrible era cosa del pasado, su comportamiento se le aparecía por completo carente de sentido.

De cualquier modo, debía ponerle alguna clase de remedio al asunto.

Hablaría con el cura. Disponía de una buena porción de soldados que midieran uno ochenta y dos, la talla del coronel. En cuanto al problema de la dentadura, podía solucionarse con facilidad. ¿Quién iba a sospechar siquiera que los restos del coronel hubieran sido sustituidos por otros? Nadie.

A continuación trató de rememorar algunos de los soldados que tenían la misma talla que el coronel, pero no lo consiguió. Cada vez que, en el curso de las excavaciones, oía al especialista albanés decir en voz alta: «Un metro ochenta y dos», no podía evitar repetirse: «Lo mismo que el coronel Z.» Pero en aquel momento no recordaba a ninguno en particular.

Únicamente se acordó del piloto inglés que habían descubierto por casualidad bajo las rodadas de un camino de aldea, al que volvieron a enterrar, dejándolo descansar en paz en el lugar donde se encontraba.

Después acudió a su memoria el soldado del diario. Medía también uno ochenta y dos. Pensó en lo que ocurriría si hacían pasar sus restos por los del coronel. Imaginó la acogida que la familia del coronel y todos sus allegados le harían a los restos del humilde soldado, el grandioso oficio de difuntos que le organizarían, las solemnes exequias, a Betty toda enlutada, llorando y sosteniendo por el brazo a la anciana madre del muerto; a ésta sin cesar de hablarles a todos los presentes de su desaparecido hijo. Después las cenizas del desertor serían depositadas en el magnífico sepulcro de quien fuera su ejecutor, tañerían las campanas, algún general pronunciaría un discurso y todo sería un acto contra natura, todo una burla, un engaño, una profanación. Si los fantasmas y los espíritus existieran realmente, el soldado se levantaría de la tumba esa misma noche.

¡No!, se dijo el general. Será mejor que busquemos otro. Seguro que lo hay. Apresuró el paso. Faltaban sólo dos minutos para que comenzara la misa. Ya podía divisar delante de él la iglesia, una hermosa edificación moderna que daba directamente a la avenida. Ante la escalinata y a lo largo de las dos aceras se alineaban suntuosos automóviles de diferentes marcas y modelos.

Los miembros del cuerpo diplomático habían llegado ya. El general ascendió rápidamente los escalones de mármol. Cuando por fin entró, la misa acababa de comenzar. Introdujo sus dedos en la pila de agua bendita que se encontraba a su derecha, se persignó y se apartó hacia un costado. Dirigió los ojos al cura que hablaba, pero no consiguió entender una sola de sus palabras,

no veía más que paños negros colgados por todas partes y, bajo el crucero de la iglesia, el féretro vacío, revestido asimismo de negro. Las colgaduras y las vestimentas también negras de los asistentes absorbían la débil claridad de los cirios, y como las ventanas estaban situadas en lo alto y la luz penetraba por ellas con dificultad a través de las vidrieras multicolores, la iglesia parecía más sombría y fría de lo que en realidad era.

El cura rezaba por el alma de los soldados. El insomnio había tornado su semblante aún más pálido y sus ojos grises parecían cansados y atormentados. Los diplomáticos escuchaban con atención, los rostros rígidos y graves. Mezclado con el olor de la cera y el incienso, un ligero perfume flotaba en la iglesia.

Delante del general una mujer comenzó a sollozar apagadamente.

Es la esposa de un funcionario de nuestra legación, se dijo el general cuando la reconoció.

La voz del cura llegaba ahora a todos los rincones de la iglesia, resonante, solemne.

–Requiem aeternam donat eis!

La mujer dejó escapar un sonoro gemido y sacó el pañuelo del bolso.

–Et lux perpetua luceat eis! –continuó el cura alzando los ojos hacia la imagen de Cristo en la cruz. Después su voz se tornó aún más sonora, más profunda y solemne:

–Requiescant in pace! –finalizó, y sus palabras resonaron en todos los rincones.

–Amén! –respondió el diácono.

Durante unos segundos el general creyó oír el leve chisporroteo de la llama de los cirios.

Descansen en paz, repitió para sí, y sintió de pronto que la emoción lo invadía.

Y cuando, ante los asistentes arrodillados, el cura alzó primero la hostia, después el cáliz y acto seguido comenzó a comer el pan y a beber el vino por las almas de todos, el general imaginó a los soldados muertos por millares, con las gavetas de aluminio en las manos, haciendo cola para recibir su ración vespertina ante la enorme olla del rancho, justamente a la hora en que el sol se pone y sus rayos arrancan de las gavetas y del acero de los cascos destellos

rojizos, eternos.

Y que la luz eterna los ilumine, se repitió tras caer de rodillas lanzando sobre el frío enlosado de mármol una mirada sombría, perdida.

Sonó la campanilla y todos se pusieron en pie.

–*Ite missa est!* –resonó la voz del cura.

–*Deo gratias!* –añadió el diácono.

La gente se dirigió hacia la salida. Desde el interior se oía el ronroneo de los motores al ponerse en marcha, y cuando el general franqueó la puerta los automóviles de los diplomáticos ya partían uno tras otro. Esperó el autobús en la parada que se encontraba justo ante la iglesia. Una vez en él, se situó de pie al fondo del vehículo, junto a la gran luna trasera.

–Los billetes, ciudadanos –advirtió la cobradora.

Él entendió la palabra «billetes» y recordó que debía pagar el suyo. Metió la mano en el bolsillo y sacó un billete de cien lekes.

–¿No tiene suelto?

Imaginó la pregunta aunque no la comprendiera y negó con la cabeza.

–Son tres lekes –insistió la cobradora, señalándoselo con los dedos–. ¿No tiene usted tres monedas de un lek?

El general sacudió nuevamente la cabeza en señal de negación.

–Es extranjero, camarada –dijo un muchacho de gran estatura con voz reposada.

–Ya me lo imaginaba –respondió ella, mientras reunía las monedas suficientes para darle el cambio.

–Será un albanés de América –intervino un viejo que observaba sentado junto a la cobradora–. Hay algunos que han olvidado por completo nuestra lengua.

–No, abuelo, éste es extranjero. Estoy seguro –dijo el muchacho de hablar reposado.

–Escúchame bien –insistió el viejo–. Sé perfectamente lo que me digo. Los reconozco al primer vistazo. Es uno de ellos.

El general se dio cuenta de que hablaban de él y creyó que lo tomaban por americano.

Que me tomen por lo que quieran...

El autobús se detuvo ante la Banca Nacional y los pasajeros descendían

cuando su mirada se cruzó con la del viejo.

–*All righth!* –le dijo este último en voz bien alta, sonriendo satisfecho mientras se alejaba.

El general se abrió paso entre los campesinos que esperaban el autobús para Kazmë e Yzberish y fue a parar de nuevo al gran bulevar. En la agencia de las líneas aéreas no tuvo que esperar. Cogió su billete, se lo guardó en el bolsillo y salió.

Las aceras de la calle Dibra estaban abarrotadas de gente, sobre todo ante las grandes tiendas de fruta, los restaurantes y los grandes almacenes populares. Al pasar ante éstos se le ocurrió comprar algún recuerdo.

Se detuvo unos instantes ante los escaparates y luego entró. Una buena cantidad de artículos de regalo se alineaba sobre las estanterías; los examinó uno por uno, sin apresurarse. Siempre había sentido debilidad por ese género de objetos folclóricos.

¿Qué elegirían nuestros soldados como recuerdo antes de abandonar Albania? En el extranjero solían escoger casi todos el mismo muñequito. Sus telegramas eran asimismo idénticos. Y con escasas diferencias, sus cartas también.

De pronto, el gnomo se puso a golpear el tambor dentro de su cerebro; al principio con ritmo lento, después cada vez más rápido, más rápido, más rápido. Sólo que ahora no estaba sentado a la turca en el interior de su cabeza, sino en pie, blanco, negro y reluciente, con su túnica roja a listas negras y un turbante en la cabeza. Allí estaba batiendo el tambor, en la vitrina, todo él de porcelana, despidiendo destellos. El general era incapaz de apartar los ojos de él.

Lo señaló con el dedo.

–¿El montañés con el tambor? –preguntó la dependienta.

Él asintió con la cabeza.

La muchacha lo retiró de la vitrina, lo envolvió y se lo entregó.

–Dieciocho lekes con veinte, por favor.

Pagó y salió en dirección a la calle de las Barricadas.

Capítulo XXIII

Bum bara bum, bum bara bum...

–*Hello!*

El general se volvió, sorprendido.

–*Hello!* –respondió.

El teniente general estaba allí, ante el hotel, sobre la acera. Como de costumbre, llevaba la manga izquierda del abrigo dentro del bolsillo y con su única mano sostenía la pipa. Se saludaron. El otro dio una larga chupada, se apartó la pipa de la boca y se puso a observar las volutas de humo.

–Ante todo, y aunque haya transcurrido ya mucho tiempo, quiero pedirle disculpas por el incidente del año pasado –dijo mirando al general a los ojos–. Me hicieron entrega de su protesta. Créame si le digo que no fue culpa mía y que me sentí realmente contrariado cuando sucedió.

El general le dedicó una mirada ausente.

–¿Quién fue el responsable? –le preguntó.

–Mi acompañante. Fue él quien lo enredó todo. Y no sólo en lo que a ustedes se refiere. Pero ¿y si fuéramos a sentarnos a alguna parte? Querría contarle toda esta historia con detalle.

–Lo siento, pero ahora no dispongo de tiempo. Podemos hablar aquí mismo un momento.

–Entonces será mejor que lo dejemos para esta noche. Pero, dígame, ¿cómo le ha ido en su trabajo?

–Mal –respondió el general–. Las carreteras estaban imposibles.

–Sí, lo sé.

–Y para colmo, se nos murió uno de los obreros.

–¿Murió? ¿Y eso? ¿Tuvieron algún accidente?

–No. Fue una infección.

–¿De qué origen?

–Nunca acabó de quedar claro. Tal vez fuera un hueso, o un botón de metal.

El teniente general compuso un gesto de sorpresa.

–Imagino que cuentan con pagarle una indemnización a la familia.

El general hizo un gesto afirmativo con la cabeza y añadió después de un breve silencio:

–¡Jamás había visto tantas montañas! –dijo.

–Aún tendrá que ver más.

–No, nosotros ya hemos acabado –respondió el general–. Éste ha sido nuestro último recorrido.

–¿Han acabado? ¡Están ustedes de suerte! Seré yo entonces quien tendrá que seguir viéndolas.

–Por todas partes montañas y jóvenes trabajando los campos y abriendo terrazas. ¿Los ha visto usted?

–Cómo no. Se pasan la vida cavando.

–Desbrozan nuevas tierras para el cultivo. En cierto lugar vi que habían sembrado cereal a ambos lados de la vía férrea.

–Están sembrándolo todo. Por lo que se ve, no les basta con las tierras que ahora cultivan.

–Seguro que se alegran cuando ven que nos llevamos a nuestros soldados –dijo el teniente general.

–Desde luego. Labran inmediatamente el terreno de los cementerios que dejamos vacíos.

–A eso se le llama despojar al suelo de su elemento heroico.

El general se echó a reír.

–Y a usted, ¿cómo le van las cosas? –preguntó.

–Muy mal –respondió el otro–. Llevamos más de un año y medio recorriendo el país por montes y valles y hasta el momento sin conseguir grandes resultados.

–Ya me han contado que se encontró con dificultades.

–Sí, una buena porción de ellas –suspiró el teniente general–. Y por si no nos bastaran, nos hemos visto metidos en un desagradable embrollo.

–¿De qué se trata?

–Una historia despreciable. ¿No ve que estoy solo? Pero, a propósito, quería preguntarle... ¿Dónde está su colega, el reverendo?

–Creo que arriba, en su habitación.

El otro sonrió.

–Ya estaba pensando mal –dijo–. Porque mi alcalde lo va a pasar mal, según la impresión que tengo.

El general lo miró interrogante.

–Fue llamado con urgencia –dijo el teniente general–. Hace varias semanas que hemos suspendido la búsqueda por culpa de él –esperó a que su interlocutor diera nuevas muestras de interés, pero al ver que el general parecía estar ausente, añadió–: Un asunto que apesta, y existen muchas posibilidades de que no me equivoque. Si el escándalo termina por saltar a la prensa, las cosas acabarán mal.

–¿No se habrá apropiado de fondos destinados a la expedición? –preguntó finalmente el general con indiferencia.

–Se trata de algo peor aún. Usted sabe que no disponíamos de listas precisas –continuó el teniente general, tras comprobar que no había la menor esperanza de que el general diera muestras de curiosidad–. De modo que, según parece, bastantes familias, en particular familias de oficiales, prometieron fuertes recompensas a todas las personas relacionadas con la búsqueda de los restos. Naturalmente, a mí no –añadió riendo–. Nadie habría tenido el descaro de hacerme a mí una proposición semejante. Pero mis subordinados sí las recibieron.

–Es lo más probable –dijo el general.

–Según parece, así ha sido. Pero lo malo del caso no es eso. A fin de cuentas, cualquiera tiene derecho a retribuir a quienes le prestan un servicio, ¿no? Lo malo es otra cosa y puede que no hubiera sucedido si en lugar de expedir los restos de los soldados en contingentes sucesivos, a medida que los encontrábamos, los hubiésemos reunido todos, como han hecho ustedes.

–Nosotros, en efecto, hemos reunido un ejército entero –dijo el general.

–Si no hubiéramos hecho diferentes envíos, el asunto no habría sido descubierto tan rápidamente, pues a nadie se le habría ocurrido verificar si la talla de un esqueleto reconstruido a partir de diversos huesos correspondía a la del muerto en cuestión.

–¿Y quién se dio cuenta? –preguntó el general, que por fin sentía que se le despertaba cierto interés por el asunto.

–Al parecer una familia fue la primera en descubrir la sustitución, y usted sabe que basta con que una historia de este género se desencadene para que

luego todo rueda por sí solo y cundan las sospechas de manera interminable.

–Ya entiendo –dijo el general–. Dicho de otro modo, sus subordinados han cometido errores en la identificación de los despojos.

–Yo diría más aún, han bautizado los esqueletos de soldados desconocidos con los nombres de aquellos que les habían sido particularmente recomendados. En una palabra, si toda esta historia resulta ser cierta, estamos ante un caso de repulsivo tráfico especulativo. Los restos que se les enviaban a las familias no les pertenecían.

–¿Y todo ha sido hecho con plena conciencia y premeditación?

–Todo hace pensar que sí; teniendo en cuenta que no he vuelto a tener la menor noticia de mi alcalde.

–¿Sabía él por qué lo llamaban?

–No. Recibió un telegrama anunciándole que su esposa había caído nuevamente enferma. Después yo recibí una carta de un amigo del ministerio.

–Feo asunto, realmente.

–Para colmo, se pretende que a muchos de los cráneos les faltan una buena porción de piezas de oro que deberían tener –añadió el teniente general.

–Pero ¿no levantaban ustedes acta de cada nueva exhumación que realizaban?

–No –dijo el otro–. Ni de los dientes de oro ni tampoco de las joyas de valor que a veces se encontraban.

–Es verdaderamente fastidioso.

–Comienzo a estar harto. Me he quedado completamente solo. No sabe cómo le envidio que parta usted mañana.

El general encendió un cigarrillo.

–Sobre todo por las noches, las horas se me hacen interminables. Esto es aún peor que andar subiendo y bajando montañas y dormir en tienda de campaña.

–¡Qué se le va a hacer!

–Pensar que durante este año y medio hemos recorrido más montes que un geólogo para que ahora, al final, nos veamos en este embrollo...

–Usted lo ha dicho, como geólogos.

–Y piense en el mineral que buscamos –dijo el teniente general–. Un mineral creado por la muerte.

El general sonrió.

–Deberá usted perdonarme ahora –dijo al tiempo que consultaba su reloj–. Hoy tengo un día muy sobrecargado.

–Tengo la impresión de que es así para todo el mundo.

–Como todas las vísperas de fiesta.

–Por lo que yo sé, ésta es su fiesta más señalada.

–En efecto. La fiesta de la liberación; así es como la llaman.

–Vaya usted, no quiero entretenerle más, mi general. Espero que podamos vernos a la noche.

–Por aquí estaré. Regreso al hotel en cuanto resuelva unos asuntos.

–Hasta luego entonces.

–Hasta luego.

El general arrojó el cigarrillo en un cenicero y se dispuso a entrar en el ascensor, pero se volvió en el último momento.

–¿No podríamos hacer algo a propósito de aquellos once? –preguntó.

El teniente general se encogió de hombros.

–Lo veo difícil, muy difícil.

–¿Y eso por qué? Dispondrá usted de las direcciones adonde han sido enviados.

–Es fácil decirlo –respondió el otro con cierta expresión de amargura en el rostro–, pero piense por un momento en el drama que supondría para esas familias que se les reclamara la devolución de los restos.

–¿Y eso es razón suficiente?

–Por otra parte –añadió el teniente general–, eso no es nada frente a las complicaciones jurídicas. Pero comoquiera que sea, hablaremos de todo ello esta noche con más calma.

–De acuerdo –respondió el general y entró en el ascensor.

Capítulo XXIV

Eran las cinco y cuarto cuando finalizó la recepción. El general esperó a que todos los invitados hubieran salido y, una vez solo con el cura, se bebió de un trago, una tras otra, dos copas de coñac. Luego salió de la sala sin saludar.

Una formalidad más que ha quedado resuelta, se dijo aliviado cuando salía a la calle. Con una atmósfera un tanto fría, pero en todo caso ya ha pasado.

En nombre de su pueblo y de miles de madres había agradecido a las autoridades albanesas las facilidades que le habían proporcionado durante la búsqueda. El diputado albanés, el mismo que los recibiera al llegar al pie del avión, declaró que ellos no habían hecho más que cumplir con un deber humanitario para con otro pueblo, con el cual deseaban vivir en paz. Después entrechocaron las copas y, bajo el ligero tintineo cristalino, el general creyó percibir el lejano estampido de los cañones. Nadie conseguiría acallar ese estruendo apagado, pensó el general, y todos los que se encontraban allí lo oirían sin quererlo admitir.

Caminaba ahora lentamente entre la multitud que inundaba las calles y escuchaba a su alrededor la lengua ajena, mezclada con el rumor de la ciudad.

En la plaza de Scanderbeg se celebraba un concierto al aire libre, sobre una gran plataforma levantada ante el Palacio de la Cultura. Detrás, en lo alto de las columnas de mármol blanco, las luces multicolores colocadas para la ocasión se encendían y apagaban de forma intermitente.

Se abrió camino a través de la corriente humana y se levantó sobre las puntas de los pies para ver mejor. Detrás de él, desde el balcón del edificio del Comité Ejecutivo, dos proyectores derramaban su luz sobre las espaldas del gentío y se oía, un poco más lejano, el ronroneo de un motor. Al parecer se estaba rodando una película.

Mientras contemplaba las evoluciones de los bailarines en el escenario, el general pensaba en cosas bien distintas.

El estruendo procedía de allí, se repetía, tras los vasos de cristal transparente, y no sólo el debido a los cañones sino también al crepitar de las

ametralladoras, al tintineo de las bayonetas y al rumor de las gavetas al caer la noche, la hora en que se distribuía la ración de alimentos. Pero el entrecocar cristalino de los vasos estaba también allí, todos eran conscientes de ello, porque se trataba de algo inevitable.

Por un instante le hirió en los ojos la potente luz blanquecina de los proyectores. Miles de cabezas humanas dejaban ahora una extraña sombra sobre la plaza en forma de manchas oscuras, de un extraño efecto. Sintió un escalofrío y se puso en marcha haciendo uso de los codos para atravesar la densa multitud. Los focos se movían continuamente y hacían oscilar una franja de luz cegadora, unas veces más arriba, otras más abajo, otras justo sobre las cabezas de la gente, que se volvía inquieta, provocando así que sus propias sombras se agitaran.

El general se apartó del gentío y, a lo largo del jardín público, caminó por la avenida en dirección al hotel. Recordó la escena, sentados frente a frente a la mesa los representantes de dos pueblos y de dos Estados, únicamente separados por unas cuantas botellas y unas bandejas de fruta.

¿No es más que esto lo que nos separa?, se había preguntado el general cuando levantaron las copas para brindar por primera vez. ¿Nada más que estas botellas de esmeradas etiquetas y estas hermosas frutas frescas, escogidas en los huertos y las viñas del litoral? Recordó entonces esas viñas y esos campos bañados por el crepúsculo a ambos lados de las carreteras, que se destacaban lechosos bajo la luz de la luna, y también los ladridos lejanos y aislados de los perros. Más lejos aún centelleaba la hoguera de un pastor.

—Hay un telegrama para usted —le dijo el recepcionista, tendiéndole la llave de la habitación.

—Gracias.

Se dio cuenta de que durante los dos últimos días prodigaba demasiado la palabra gracias.

Sobre el papel azul se destacaba, pequeña, la inscripción «Urgente». Lo abrió con indiferencia y leyó: «Hemos sabido término noble misión. Rogamos notifique hallazgo coronel. Familia Z.»

Sintió que la sangre le afluía a la cabeza y las sienas le retumbaban. Logró no obstante dominarse, se dirigió lentamente al ascensor y entró.

¿Quién te mandaría embarcarte en esto?, se dijo contemplando su rostro en

el espejo. Se encontró pálido, demacrado, con unas arrugas ya indelebles en la frente, unos surcos profundos, el del centro un poco más largo que los otros dos, como las líneas que escriben las mecanógrafas en la base de un informe.

Entró en su habitación, encendió la luz y lo primero que atrajo su atención fue el pequeño montañés de porcelana que batía su tambor sobre la pila de cartas y telegramas amontonados en la mesilla de noche.

Se acostó e intentó conciliar el sueño.

Afuera crepitaban los fuegos artificiales. Las luces multicolores penetraban a través de las persianas como cortadas en lonchas y se proyectaban móviles sobre el techo y las paredes del cuarto. De nuevo recordó la gran sala, en el cuartel, mientras, más de veinte años atrás, esperaba junto a otros oficiales en la enorme mesa de la comisión médica. Con frecuencia rodaban por las manos de todos las radiografías de los reclutas. Las alzaban contra la luz y hacían girar las costillas oscuras por encima de sus cabezas. Se escuchaba a continuación una sola palabra, pronunciada con desgana y desilusión: «Apto». De ordinario decían «apto», incluso cuando aparecía una pequeña mancha entre las costillas. Sólo cuando las sombras resultaban demasiado visibles como para dejar que pasaran inadvertidas murmuraban: «Inútil». Y aquello se prolongaba durante toda la jornada; y todos los días los reclutas, con las cabezas rapadas, eran conducidos directamente a los cuarteles y desde allí al frente, donde la guerra acababa de comenzar.

Los reflejos de la luz, seccionada en bandas por la persiana, continuaban girando en redondo sobre su cabeza, de modo que cerró los ojos para no verlos. Mas en cuanto entornó los párpados se le representaron aún con más nitidez la gran sala desnuda del cuartel y los reclutas medrosos, en pie frente a la larga mesa, completamente en cueros, pálidos como cirios blancos.

Se incorporó. Era la hora de cenar. Salió al pasillo en busca del cura. Una camarera que pasaba le dijo que había salido. Así que volvió a entrar, llamó por teléfono a la portería y preguntó por el teniente general.

Al salir de nuevo al pasillo se lo encontró mientras venía hacia él.

—Iba justamente a verle a usted; el conserje me ha dicho que estaba en su habitación.

—Venga, por favor, pase —dijo el general volviendo sobre sus pasos.

—Tengo la impresión de que se disponía usted a salir.

–Sí, pero da lo mismo.

–¿No será mejor que bajemos al salón?

–Como quiera.

Sin mediar palabra descendieron lentamente la escalera de mármol. En el vestíbulo reinaba idéntica vivacidad que por la mañana y los teléfonos no dejaban de sonar.

–Parece que continúan llegando delegaciones –dijo el teniente general.

A duras penas lograron hallar en el salón un lugar donde sentarse, en un rincón. Por la ventana, que daba al bulevar, muy cerca de ellos, podían ver a la gente pasear y el resplandor intenso de los fuegos de artificio que descendían sobre sus cabezas, sobre los árboles oscuros del parque, como una densa nieve de colores vivos que se fundía al cabo de un instante, dejándolo todo sumido en una oscuridad más profunda que al comienzo.

El general pidió un rakí, el otro un coñac.

De la taberna situada en la planta inferior llegaban los sones de la orquesta; las escaleras de madera que conducían a ella crujían de forma constante con el subir y bajar de los clientes.

Entrechocaron las copas, bebieron y guardaron silencio durante unos instantes a continuación. El general volvió a llenar las copas. Le resultaba más fácil que iniciar la conversación.

Fuera restallaban los cohetes y sus destellos iluminaban el ventanal una y otra vez.

–Festejan la victoria –dijo el general.

–Sí, así es.

Contemplaron el cielo iluminarse como si descendiera desde lo alto un casco gigante y rojo, que centelleaba y derramaba mil luces, palidecía súbitamente, se enfriaba y se consumía en el seno de la noche.

–¡Bonita misión la que nos ha caído en suerte!

–Es aún más espantosa que la guerra misma –dijo el teniente general–. Yo he hecho la guerra, pero esto me parece todavía peor.

El general se fijó en la manga vacía metida en el bolsillo de la chaqueta.

No hace falta que digas que estuviste en la guerra, pensó.

–En realidad, esto es la guerra misma –prosiguió el otro–. Esos restos constituyen su esencia, lo que queda al final, como el precipitado resultante de

una reacción química.

El general sonrió con amargura. Literatura, se dijo, y volvió a llenar las copas. La música no cesaba de sonar.

–Sin duda habrá usted oído decir que a los buscadores de perlas les llegan a estallar los pulmones cuando se sumergen a gran profundidad. Pues del mismo modo va a terminar por estallarnos el corazón a nosotros con este trabajo.

–Es verdad, es lúgubre y extenuante. Hemos sido vencidos por la sombra de las armas. ¿Qué habría sucedido si realmente hubiésemos llegado a combatir?

–¿Si hubiésemos combatido? Más nos habría valido.

–Eso mismo pienso yo.

–Pese a que las operaciones de montaña son muy penosas –prosiguió el general–. Sobre todo en montañas como éstas. Yo emprendí un estudio sobre la cuestión, pero hube de dejarlo a medias. Surgieron múltiples problemas de difícil solución. La guerra sería aquí aún más dura que la que libran los americanos en la jungla de Vietnam.

El teniente general cabeceó.

–¿Si esto hubiera sido una guerra de verdad? –continuó el general–. Entonces no sería raro que dentro de veinte años otros colegas nuestros tuvieran que andar vagando por aquí en busca de nuestras cenizas. –Y a ti no solamente te faltaría un brazo, pensó–. Y puede que se reunieran para beber en esta misma mesa y hablaran de nosotros –dijo en voz alta.

–Es posible. Todo puede suceder. Aunque también es posible que sucediera todo lo contrario de lo que sucedió.

–¿Sabe? –lo atajó el general–. Un día le dije al cura que me acompaña que nuestras conversaciones se asemejan bastante a los diálogos de ciertas piezas teatrales modernas. Estoy observando que entre usted y yo sucede lo mismo. ¿Por qué hacemos tantos esfuerzos para expresarnos con frases tan poco naturales, cáusticas y efectistas?

–Porque somos hombres y tenemos nervios –respondió el teniente general en tono seco.

El general lo observó.

–No le falta razón –dijo.

–Hay personas a quienes les gusta únicamente la comida picante y bien condimentada. Es poco más o menos lo mismo, ¿no cree?

El general se echó a reír.

Continuaba oyéndose la música de la planta inferior y la cafetera emitía de cuando en cuando un suave resoplido de vapor, como una pequeña locomotora.

–¿Recuerda usted el estadio del que le hablé la noche en que nos conocimos –preguntó el teniente general–, el estadio donde estábamos excavando en aquella época?

–¿Aquel en el que no les concedieron permiso para trabajar hasta que hubo finalizado el campeonato de fútbol?

–Justamente aquel.

–Lo recuerdo, sí, vagamente. Comenzaron ustedes a cavar las fosas en los bordes, me parece, llovía sobre las gradas de cemento y el agua bajaba por ellas a raudales. Así lo describió usted.

–Sí, así era. Las fosas jalonaban con sus manchas negras todo el contorno del campo de fútbol y la cancha de baloncesto; las gradas chorreaban agua. Pero no era eso en lo que pensaba.

–¿En qué entonces?

–¿Le hablé aquella vez de una muchacha que acudía todas las tardes a esperar a su novio durante las horas de entrenamiento?

–Algo debió de contarme en efecto –dijo el general–, pero no lo recuerdo demasiado bien.

–Pues venía todas las tardes y cuando llovía llevaba siempre la capucha del impermeable alzada, y allí se quedaba, en un rincón, junto a los pilares de la tribuna, persiguiendo con la mirada las carreras de su novio en el terreno de juego.

–Ahora recuerdo –dijo el general–. Llevaba siempre un impermeable azul, ¿no es así?

–¡Sí, exactamente! –dijo entusiasmado el teniente general–. Llevaba un precioso impermeable azul y sus ojos eran de un azul todavía más claro, aunque algo fríos, pero no recuerdo haberlos visto más hermosos en mi vida. De modo que acudía todos los días, y nosotros no parábamos de cavar y cavar, aunque ya habíamos horadado el contorno del campo por todas partes.

–¿Qué sucedió después? –preguntó el general con indiferencia.

–Nada, nada de particular. Al aproximarse la noche los jóvenes dejaban de entrenarse y entonces uno de ellos le echaba a ella un brazo por los hombros y se marchaban enlazados los dos. En aquel momento, créame, yo sentía una tremenda congoja y el mundo se me aparecía vacío y carente de sentido, lo mismo que aquel estadio, ahora vacío y oscuro. A mi edad, ¿se imagina usted?

¡Valiente enamorado!, pensó el general.

–Son cosas que pasan en la vida –continuó el otro–. Justo en el momento en que menos lo esperas, un sueño loco, insensato, comienza a echar raíces en tu alma como una flor al borde de un precipicio. ¿Qué podía hacer yo, un general extranjero y para más señas lisiado y a mis años? ¿Qué podía hacer yo, que había venido a este país a recoger los huesos de mis compatriotas, con aquella joven extranjera?

–Desde luego, no tenía usted nada que hacer con ella –dijo el general–. Ahora, pensar, podía usted pensar cuanto quisiera. A todo el mundo le da alguna vez por perseguir una quimera, sobre todo cuando se trata de mujeres. Ahí lo tiene, el verano pasado, en la playa...

–A veces –lo interrumpió el otro–, atribuía el estado de postración en el que me encontraba al hecho de que ella ocupaba por completo mis pensamientos, pero no era capaz de explicarme mi tristeza. No era sólo la muchacha lo que me turbaba sino algo más, algo indefinible, abstracto, que me atañía a mí exclusivamente. ¿Me comprende?

–Algo creo comprender. Lo que le turbaba de ella, me parece, era su juventud, la expresión misma de la vida. Llevamos tanto tiempo vagando por los montes como hienas, olfateando la muerte allí donde se oculta y utilizando toda suerte de medios para obligarla a salir de su escondrijo, que llegamos casi a olvidarnos de que existe la belleza sobre la tierra.

–Tal vez tenga usted razón. El hombre siempre tiene necesidad de aferrarse a algo, como el que se ahoga se aferra a una tabla. Yo me aferré a la imagen de aquella muchacha –intentó sonreír el teniente general, mas a juzgar por el resultado no le resultaba demasiado fácil.

¡Valiente enamorado!, volvió a pensar el general, pero dijo:

–Una noche asistí a una boda albanesa e incluso me levanté para bailar con ellos –comenzó a contar. Pero el otro no lo dejó seguir.

–Pues yo –y se señaló a sí mismo con el dedo–, con mis cabellos blancos y

un brazo de menos, ¿sabe lo que hice cuando regresamos un mes más tarde a la misma ciudad? Me fui solo al estadio una tarde, justo a la hora en que solían entrenarse los jugadores. Pero estaba cerrado y no había entrenamiento ese día. No obstante, solicité entrar y el vigilante me abrió las grandes puertas de hierro. El estadio estaba más oscuro y desierto que nunca. Las zanjas ya habían sido cubiertas, aunque en la superficie del suelo podían distinguirse perfectamente las señales, como heridas cicatrizadas. Fui caminando hasta los pilares de la tribuna, el lugar donde la joven solía situarse a esperar, y sentí entonces que una honda tristeza me invadía el alma. En ese instante creí que mi vida sería aplastada por esas interminables gradas húmedas, curvadas, esas gradas grises y vacías que se extendían hacia arriba y hacia abajo, girando y girando como si no fueran a terminar nunca. ¿Me escucha usted?

–Lo escucho, ¿cómo no? –rezongó el general–. Claro que lo escucho.

Aunque para sí dijo: literatura.

Alzaron las copas y bebieron.

Hacia ya rato que en el exterior los fuegos artificiales habían dejado de iluminar el cielo y el parque de enfrente, que apenas podía distinguirse ahora, resultaba desde allí un muro que se alzaba en la oscuridad.

Estaban sentados los dos, uno frente a otro, en silencio, cuando el portero trajo el segundo telegrama.

–¿De qué se trata? –preguntó el teniente general.

–Nada, un telegrama como todos.

El general volvió a llenar las copas.

–Envían telegrama tras telegrama y creen que con eso pueden arreglar algo.

El teniente general le miró fijamente con sus ojos cansados y estuvo a punto de volver a interrogarlo, pero estimó preferible encender un cigarrillo.

–¿Sabe lo que una vieja albanesa me dijo en aquella boda? –preguntó el general–. Que yo había venido aquí para ver cómo ellos casaban a sus hijos y volver un día para matarlos.

–Atroces palabras.

–¿Atroces palabras? ¡Vaya! ¿Usted cree que son realmente atroces? ¡Pues qué diría si supiese lo que sucedió a continuación!

–Beba, colega –dijo el teniente general–. A su salud. Por su feliz regreso a la patria. ¡Cómo le envidio!

–Gracias, colega.

El general sentía que lo invadía la ebriedad.

–Se nos infectó un obrero.

–Ya me lo dijo antes.

–Murió.

–Lo sé.

El salón se desalojaba poco a poco y las escaleras del fondo crujían ahora con menos frecuencia aunque no dejaba de oírse la música.

–¿Dónde ha dicho que está su reverendo padre? –preguntó de pronto el teniente general.

–No tengo ni idea. Andará rondando por ahí, seguro que respondiendo a todos los telegramas.

El otro volvió a contemplarle con sus ojos asombrados y quiso preguntarle, pero cambió de idea y dijo:

–¿Sabe lo que me ocurrió en una ocasión en una aldea? La tierra era dura, arcillosa y salobre. Apenas era posible cavar. Cuando por fin conseguimos abrir las tumbas nos encontramos con los cuerpos intactos. Fue una visión impresionante. Tuvimos que encargar ataúdes grandes, como para los muertos de verdad.

–¡Es curioso! –dijo el general–. A mí no me ha sucedido nunca nada parecido.

–Pues eso no fue todo. Al parecer, el rumor se corrió por la comarca entera y, al cabo de unos días, un campesino compuso una canción sobre el asunto.

–¿Una canción?

–Sí, sí. Una canción. Yo mismo tomé nota de la letra. La tengo arriba, en mi habitación. La idea era poco más o menos ésta: ni la propia tierra absorbe los cuerpos de los invasores, o se niega a hacerlo; algo parecido. Por lo visto, los albaneses se lo creen. No tienen ni idea de química.

–¡Pero la guerra sí la conocen bien!

–Así es, verdaderamente. ¡Camarero!

–En cierta ocasión nosotros escuchamos un canto, que al principio tomamos por una provocación –dijo el general–. Pero se trataba de un antiguo canto, un canto amoroso, además.

–¡Ah! ¿Sí? –exclamó el otro con indiferencia.

–Decía poco más o menos así: «Oh, tú, preciosa Hanko, que eres tan hermosa como el día, no pasees entre las tumbas, pues vas a resucitar a los muertos».

–Fíjese, fíjese –dijo el teniente general.

Continuaron charlando largamente sobre toda suerte de cosas, aunque la guerra y los cementerios se colaban de modo constante en la conversación. Cada uno de nuestros pensamientos lleva colgada una chapa de hojalata como ésas, pensó el general. Una pequeña placa con la inscripción medio borrada y oxidada, apenas legible. El rótulo se agita cuando sopla el viento, y el viento sopla constantemente, como en aquel valle donde todas las cruces y las inscripciones se inclinaban del mismo lado, hacia el oeste. Cuando preguntó el porqué de este fenómeno los lugareños les explicaron que era por efecto del viento, que soplaba siempre en la misma dirección.

El salón estaba ya casi completamente vacío cuando llegó el siguiente telegrama. El general lo tomó de manos del conserje y lo abrió sin comprobar antes su procedencia.

Lo estrujó sin acabar de leerlo, lo mismo que el anterior, y lo dejó en el cenicero.

–Recibe usted esta noche telegramas muy misteriosos.

El general guardó silencio.

El otro dejó escapar un suspiro.

–Me atemorizan los telegramas nocturnos.

Aún se oía música en el sótano, pero ya eran más y más escasas las personas que recorrían las escaleras de madera.

–¿Qué hora es? –preguntó el general.

–Casi medianoche.

Alzaron nuevamente las copas por algo que el general no acabó de entender. ¿Qué importancia tendrá por qué bebemos?, se dijo. De todos modos, no conviene que me emborrache. Ya es bastante tarde. Aunque todavía queda tiempo para tomar un par de copas más.

–Tengo interés en preguntarle una cosa –dijo en voz alta, acercándose al oído del otro–. ¿Ha bebido alguna vez con un cura?

–¿Con un cura? No, que yo recuerde. No es probable que se me haya presentado el caso. Aunque no pondría la mano en el fuego.

Al general le fue imposible reprimir una nueva mirada a la manga vacía, metida dentro del bolsillo de la chaqueta.

No tienes más que una mano y me da la impresión de que la arriesgas en exceso, se dijo.

–No, que yo recuerde –repitió el teniente general.

El general cabeceó durante un buen rato.

–Dese cuenta cómo es la vida –dijo pensativo–. Hoy te encuentras viajando bajo la lluvia y mañana te tomas una copa con un cura. ¿Qué le parece?

–Desde luego.

–No, respóndame con sinceridad. ¿Está usted de acuerdo?

–¿Cómo puede dudarle, colega?

–Perdón. No debí...

–Por favor. Se lo ruego...

–¡Hum!

Con los ojos sobre el cenicero, el general hizo un gesto de sorpresa.

Capítulo XXV

–Son más de las doce –dijo el general–. Parece que quieren cerrar el bar.

–Tengo la impresión de que sí.

–¿Y si vamos a mi habitación? Podemos charlar un rato más. Me encuentro realmente a gusto en su compañía, estimado colega.

–Lo mismo le digo.

–¡Pero no olvide la botella!

–¡Desde luego! Discúlpeme.

–Si me lo permite, creo que hará falta más.

–No me cabe la menor duda.

–Estamos cumpliendo nuestro deber y nadie debe inmiscuirse en nuestros asuntos.

Subieron las escaleras trastabillando, cada uno con una botella en la mano.

–No hagamos ruido –susurró el general–. Los albaneses se acuestan pronto.

–Deme a mí la llave, tengo la impresión de que le tiemblan las manos.

–Lo importante es no hacer ruido.

–Pues a mí me gusta el ruido –dijo el teniente general–. El silencio me espanta. La nuestra es una guerra silenciosa, como una película muda. Prefiero oír el estampido de los cañones. Pero ya estoy hablando en tono teatral, ¿no es verdad?

–¡Calle! Alguien ha tosido.

–Deme la llave. ¡Una guerra muda! ¡Una guerra de muertos!

–Pase, por favor. Siéntese. Me siento muy honrado de tenerlo aquí.

–Igualmente...

Se sentaron en el tresillo, uno frente a otro, y se contemplaron con emoción. El general llenó las copas.

–Somos dos pájaros solitarios que beben rakí y coñac –dijo el teniente general turbado.

El otro asintió. Después ambos guardaron un largo silencio.

–Nos acabamos peleando a causa del saco –dijo por fin el general

frunciendo las cejas.

Se quedó con la mirada fija en su colega con expresión de hacer un esfuerzo por recordar algo.

–Lo arrojé al barranco –dijo después en tono de confidencia.

–¡Pero si me acaba de decir que estaba en su habitación!

–No me refiero a él, sino al saco.

–Ah, comprendo. Desde luego.

–Él no quería que lo tirara a la corriente –continuó el general–. Pero yo no quería bajo ningún concepto llevármelo conmigo.

–Con toda razón. Y a fin de cuentas, ¿qué importancia puede tener un saco?
–dijo el teniente general y dio una chupada a su cigarrillo.

–Sí, pero no había modo de convencerlo.

–Claro, por eso lo tiró también a él.

–No, a él no, al saco.

–Ah, sí, perdone.

Éranse una vez un coche y un camión que rodaban bajo la lluvia, pensó el general. Después lo repitió en voz alta:

–Éranse una vez un coche y un camión que rodaban bajo la lluvia...

–¿Qué dice? –preguntó el otro–. ¿Se ocupa usted de asuntos de comunicaciones?

–No, es el comienzo de un cuento que le contaré a mi nieta cuando vuelva.

–Ah. ¿Se dedica a reunir cuentos?

–Así es.

–Lo imaginaba. El problema de los relatos orales siempre me ha interesado.

–Es un asunto muy importante.

–Sin solución.

–Es usted muy amable al admitirlo.

–Sin palabras –dijo de pronto el teniente general en tono cortante.

El general le dirigió una mirada estupefacta, pero su mente se desvió enseguida a otro asunto.

–Yo tengo cuatro curas entre mis muertos –dijo.

–Pues yo no tengo ninguno –respondió el otro con pesadumbre.

–Tampoco tienes putas.

–No, tampoco putas.

–No te preocupes, todavía te queda tiempo para encontrarlas.

–Bien puede ser –murmuró el teniente general–. Se encuentra de todo bajo la tierra. ¿Dónde está el cuarto de baño?

–Ahí, detrás de esa puerta.

El general permaneció largo rato solo a la mesa. Finalmente el otro regresó.

–Una vez, en un valle, encontramos los huesos de los soldados mezclados con los de las mulas –dijo, pálido como la cera.

El general se estremeció.

–Para empezar presenté una protesta ante el gobierno albanés. Pensé que era una provocación.

–¿Y después?

–No era nada. Fueron los nuestros quienes los habían enterrado juntos. Uno de nuestros batallones de castigo.

El teniente general pronunciaba las palabras con dificultad.

–¡Generales ineptos! ¡He venido a recoger el fruto de vuestros fracasos! –dijo el general.

–No debe ofenderles. Lo suyo no fue tarea fácil.

–La nuestra lo ha sido menos.

Permanecieron unos instantes sin hablar.

–Si hubieras visto cómo nos miraba –continuó el general.

–¿Quién?

–El chófer albanés.

–¿Y por qué os miraba?, me atrevo a preguntar.

–¿Quién? ¿El chófer?

–¿Quién va a ser?

–No lo sé. El hecho es que nos miraba de forma extraña mientras nosotros discutíamos.

–Las osamentas de las mulas son muy diferentes de las de los hombres. Cualquiera podría distinguirlos al primer golpe de vista.

–Naturalmente. Es cosa fácil. Creo que el esqueleto humano se compone de quinientos siete huesos.

–Eso no es verdad, colega –dijo el teniente general amoscado–. Eso no es

siempre cierto. Yo tengo menos.

–Imposible.

–Pues así es –insistió el otro con voz ronca–. Yo tengo varios huesos de menos. Soy un lisiado.

–Vamos, vamos –lo consoló el general–. No es necesario que se atormente.

–Soy un mutilado –insistió el teniente general–. Ya veo que no me cree, pero se lo voy a demostrar ahora mismo.

Intentó quitarse la chaqueta con una mano, pero el general lo sujetó por los hombros.

–¡No es necesario, colega, no es necesario! Le creo plenamente. Le ruego que me perdone. Toda la culpa es mía. Ha sido inexcusable por mi parte...

–Es preciso que se lo demuestre a usted y a todos aquellos que no me creen. Vá usted a verlo ahora mismo.

–¡Calle! –dijo el general–. Parece que llaman a la puerta.

Guardaron silencio y la llamada se repitió.

–¿Quién puede ser a estas horas?

–Yo me asusto cuando llaman a la puerta en mitad de la noche –dijo el teniente general–. Así es como lo hicieron la noche en que tuve que partir con urgencia hacia el frente. ¡Tac, tac, tac! Después, al regresar, a duras penas conseguía abrir la puerta. Era la primera vez que lo hacía con una sola mano –añadió en tono confidencial.

El general fue a abrir con paso vacilante.

Era el conserje.

–Disculpe por molestarle a estas horas, pero ha llegado otro telegrama para usted –dijo.

–Está bien. Se lo agradezco.

Se volvió y rasgó el telegrama.

–Muy misterioso me está resultando usted esta noche –dijo el teniente general–. Todos esos telegramas nocturnos no son una buena señal.

–Son ellos otra vez –dijo el general–. Parece que están muy alarmados.

En estos momentos, los teléfonos blancos no paran de sonar, pensó. Se llaman unos a otros y luego salen apresuradamente y se precipitan unos a las casas de otros.

Intentó vagamente imaginarlos, reunidos en la casa del coronel, ocupados

en avisar a sus amistades al club; a la vieja que aparecía en lo alto de la escalera, con los brazos cruzados, mientras Betty, aterrada, se levantaba de la cama, y todos murmuraban: ¡El muy miserable, aún no lo ha encontrado! ¡El miserable!

Yo no soy un miserable, Betty, se dijo.

–¡Se van a pasar la noche en vela! –dijo seguidamente en voz alta.

–¿Qué es lo que quieren?

–El saco.

–Yo le aconsejo que se lo envíe y ponga punto final a todo este enredo. ¡Fir...més!

Una mierda, respondió para sí el general. Hizo una bola con el telegrama y lo tiró al suelo.

–¿Sabe usted? –dijo–. Sospecho que mi curita es un espía.

–Puede ser. Pero yo no pondría la mano en el fuego.

Callaron durante un rato. Tras las persianas se distinguía una luminosidad tenue, lechosa.

–Está amaneciendo –dijo el general.

–No, son las farolas de neón.

Procedente del exterior se oía el murmullo de la lluvia sobre el balcón.

–Los telegramas me dan miedo –dijo el teniente general con aire ausente–. Hay siempre en ellos algo perverso, oculto, algo que no se expresa. Recuerdo que una vez, en el frente, un oficial de estado mayor recibió uno de un amigo que llevaba largo tiempo muerto.

–Se le ocurren unas cosas muy lúgubres, colega.

–¡Calle! –dijo el manco–. ¿No oye?

–¿El qué?

–Preste atención. ¿No oye nada?

El general lo intentó.

–Nada, es la lluvia.

–No, no es eso.

De lejos, de muy lejos, llegaba un sonido rítmico y difuso. A continuación unas voces breves, cortantes, y de nuevo la lluvia.

–¿Qué es ese ruido?

–Salgamos al balcón –dijo el general incorporándose.

Al abrir la puerta, el aire frío y húmedo de la noche les golpeó los rostros y el ruido lejano y rítmico se oyó con más nitidez.

Ambos se encontraban ahora en el exterior. Caía una lluvia fina y ligera. El bulevar ofrecía un aspecto lívido bajo las luces de neón y el parque, frente al hotel, aparecía como una masa extensa, negra e inquietante.

–Por ese lado –murmuró el teniente general, con el rostro extremadamente pálido–. ¡Mire!

El general volvió la cabeza en la dirección que el otro le indicaba y se estremeció. Al fondo del bulevar, junto a la universidad, se divisaban grandes formaciones en medio de la calzada, que evolucionaban sombrías en dirección a ellos.

El ruido grave de los pasos se oía ahora con mayor claridad y las voces de mando, breves, tajantes, resonaban diáfanas en la oscuridad de la noche.

Los dos generales permanecían acodados en la balaustrada, con las cabezas vueltas hacia la izquierda. Cuando las formaciones se aproximaron al puente, distinguieron el brillo helado de los cascos y de las bayonetas mojadas, las largas hileras de soldados, los sables desenvainados de los oficiales, los espacios vacíos entre las compañías y los batallones. El suelo temblaba bajo las pesadas botas y las voces de mando cortaban el aire de la noche.

Continuaban aproximándose; todo el bulevar estaba ya ocupado por soldados y los focos arrancaban destellos multiplicados de los cascos metálicos.

–Un ejército –dijo el teniente general–. ¿Qué significa esto?

–Es su ejército. Sin duda es un ensayo de la parada de mañana.

–¿Por la fiesta?

–Sí, claro.

A lo lejos se oyó un estruendo amortiguado de motores.

–Los tanques –dijo el general.

Éstos hicieron aparición al otro lado del puente, enormes y negros, con los tubos de los cañones fundidos en la oscuridad.

El bulevar entero estaba ya ocupado por las tropas, el acero, las rítmicas pisadas, el rugido de los motores, las órdenes secas, y todo ello, como un solo cuerpo, se desplazaba hacia la plaza de Scanderbeg bajo la lluvia menuda.

Cuando la última formación desapareció tras los ministerios y el bulevar,

nuevamente vacío, quedó silencioso y pálido bajo los focos como después de una noche de insomnio, los dos volvieron al interior de la habitación.

–Todo un ejército.

–Sí, un verdadero ejército.

–Tengo frío.

–Estamos empapados.

–Beba, general, de lo contrario va a coger un resfriado.

La lluvia los había despejado a ambos. El general levantó la cabeza.

–¿Vio cómo desfilaban?

–Cómo no.

–Me recordaban a mi ejército y me pregunté cómo desfilaban mis soldados, vestidos de nailon azul con franjas negras.

–Para mí resultaría todavía más difícil –dijo el manco–. Lo que yo tengo bajo mis órdenes es una multitud desordenada y vociferante. En mi ejército todo está manga por hombro.

–Amanece –dijo el general haciendo un esfuerzo para ponerse en pie.

De nuevo se hizo el silencio.

–Me parece haber oído un ruido.

–Alguien viene por el pasillo.

Prestaron atención durante un rato. Los pasos se perdieron.

–¿Sabe usted por qué me peleé con el cura?

–No –respondió el teniente general.

–Por un esqueleto. Nos falta un esqueleto de un metro ochenta y dos.

–Vaya una cosa –respondió el otro. Después, de pronto, alzó la cabeza y sus ojos brillaron–. ¿Un metro ochenta y dos? ¿Quiere que le venda uno?

–¡No!

–¿Por qué? Tengo un montón con esa talla. También tengo uno de uno noventa y dos, si usted quiere. Incluso de dos metros. Y hasta de dos diez. Nuestros soldados eran más altos que los suyos. ¿Lo quiere usted?

–No –respondió el general–. No lo quiero.

El teniente general se encogió de hombros.

–Es asunto suyo. Yo se lo he ofrecido.

El general se puso en pie y se dirigió trabajosamente hasta la maleta. La abrió y la volcó sobre el piso. Las listas, los planos, las actas y las hojas

cubiertas de anotaciones formaron un montón informe con los pañuelos y las camisas. Cogió un puñado de listas y, dando traspiés, salió de la habitación.

¿Dónde irá este hombre?, se preguntó el teniente general.

Tras haber dado unos cuantos pasos por el pasillo desierto, el general se detuvo ante una puerta.

Aquí duerme el cura, se dijo.

—¡Padre! —llamó en voz baja, inclinando la cabeza para mirar por el ojo de la cerradura—. Padre, ¿me oye usted? Soy yo. He venido para que nos reconciliemos. Fue una tontería que discutiéramos por el coronel. ¿Cómo vamos a romper una amistad por un saco? Podemos resolver este asunto fácilmente, reverendo. Reconstruimos al coronel si usted quiere. ¿Está de acuerdo? ¡Acepte, se lo ruego! Será en beneficio de los dos. Y si quiere usted decir: Qué ligera eres, Betty, pues no tiene más que decirlo. Eso es cosa suya. ¿Que necesita el esqueleto? Yo tengo uno. He traído las listas, padre, ¿me oye? Mire, aquí están. Hay un montón de soldados de un metro ochenta y dos. Uno de la segunda compañía de ametralladoras, otro tanquista. Aquí tengo otro. ¡Levántese y repasamos las listas uno por uno! A éste le faltan dos incisivos pero, ¡qué más da! Hacemos que se los recomponga el dentista. Otro más. Otros dos. ¿Me oye? Todos miden un metro ochenta y dos. No le engaño, padre, es verdad. Uno ochenta y dos. Uno ochenta y dos. Ah, y creo que yo también mido uno ochenta y dos.

Continuó murmurando aún largamente ante la puerta, doblado por la mitad, con la boca pegada a la cerradura. De pronto la puerta se abrió, una mujer obesa apareció en el umbral y, mirándole con rabia y desprecio, le dijo:

—¡Cómo no le da vergüenza, a su edad!

El general parpadeó varias veces. La puerta se estrelló contra el marco en sus mismas narices y él se quedó allí un buen rato, aturdido. Luego se agachó y, después de encontrar excesivamente penoso recoger los papeles que se habían desparramado por el suelo, regresó a su habitación.

Penúltimo capítulo

Ya había amanecido cuando le trajeron el último telegrama, y ellos continuaban bebiendo. El general lo abrió, pero no logró descifrar una sola letra. Lo mantuvo un buen rato en alto con la mano, mientras se restregaba los ojos y arrugaba la frente, sin llegar a entender nada. Aquella tira de papel era para él un indescifrable jirón de niebla, recortado del cielo blanco. Arrugó el papel con la mano y se acercó al balcón trastabillando, lo abrió y lanzó afuera el papel estrujado.

El telegrama cayó planeando en la penumbra fría del alba.

Capítulo final

Sobre la tierra extranjera caía una mezcla de agua y nieve. Los copos pesados y acuosos se fundían en cuanto tocaban el asfalto de la explanada que se abría ante el edificio del aeropuerto. Sobre la tierra desnuda aún duraban algo más aunque no llegaban a formar siquiera una fina capa blanca, pues la lluvia destruía a su acompañante en cuanto ambas tocaban el suelo.

El general, vistiendo uniforme de gala, observaba cómo se posaban los copos sobre el cemento reluciente, cómo se saturaban de inmediato, para disolverse y desaparecer mientras a su lado continuaban cayendo nuevos copos del cielo sin límites.

–Hace frío –dijo el diputado albanés que había acudido a despedirlos.

–Sí, mucho frío –dijo el cura–. Llegamos y nos vamos en una mala estación.

El general observaba el gran avión que se aproximaba, humeante, mientras por los altavoces una voz femenina anunciaba a los pasajeros que debían apresurarse, y los trabajadores del aeropuerto acercaban la escalerilla rodante al lugar donde debería detenerse el aparato.

El viento soplaba sin cesar.

Tirana, 1962-1966.

Título original: *Gjenerali i ushtrisë së vdekur*

Edición en formato digital: 2019

Copyright © Albin Michel 1970 and Librairie Arthème Fayard 1998

All rights reserved

© de la traducción: Ramón Sánchez Lizarralde, 2010

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9181-418-4

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es